

INTRODUCCIÓN

¿Quién es Cristo, por quien muchos han dejado todo para seguirlo, por quien otros han preferido la muerte antes que traicionarle? ¿Quién es Cristo que tanto molesta a quien no lo conoce de cerca?

¿Quién es Cristo, que pasa hambre y alimenta a muchedumbres innumerables, el que se fatiga y rehace las fuerzas de los fatigados, el que no tiene dónde reclinar su cabeza y lo gobierna todo con su mano, el que sufre y remedia todos los sufrimientos, el que es abofeteado y da libertad al mundo, el que es traspasado en su costado y arregla el costado de Adán?

¿Quién es Cristo, la única persona preanunciada? Ni Sócrates, ni Buda, ni Mahoma, ni Confucio, ni Lao-tse fueron preanunciados. No sólo la Biblia preanuncia la venida de Cristo, que nacería de una virgen¹, que sería un varón de dolores entregado como expiación por las ofensas de su pueblo², cuyo reino glorioso sería perdurable, de la casa de David. Todas estas predicciones, ¿de quién se decían, si no de Cristo?

El mismo mundo pagano habló de Cristo, antes de su venida. Tácito, hablando en nombre de los antiguos romanos nos dice que la gente se hallaba generalmente persuadida, basándose en las antiguas profecías, de que el Oriente había de prevalecer, y de que de Judea había de venir el Dueño y el Soberano del mundo. Suetonio, al relatar la vida de Vespasiano, da cuenta así de la tradición romana: *“Hubo en todo el Oriente una antigua y constante creencia de que, con el apoyo de profecías indudablemente ciertas, los judíos habrían de alcanzar el sumo poder”*.

La China se hallaba en el mismo estado de expectación, pero, debido a que se encontraba en la otra parte del mundo, creía que el gran Sabio había de nacer en Occidente. Los anales del Celeste Imperio contienen esta declaración: *“En el año 24 de Chao Wang, de la dinastía de Cheon, el día 8 de la cuarta luna, apareció una luz por el lado del sudoeste que iluminó el palacio del rey. El monarca, sorprendido por tal resplandor, interrogó a los sabios. Ellos le mostraron libros en los que se indicaba que este prodigio significaba la aparición del gran Santo de Occidente, cuya religión había de introducirse en el país de ellos”*.

Los griegos le esperaron, puesto que Esquilo, en su obra *Prometeo*, seis siglos antes de su venida escribió: *“ No esperes que llegue un fin para esta maldición, hasta que venga Dios para tomar sobre su cabeza los dolores de tus propios pecados, a modo de expiación ”*.

¿Cómo sabían los magos de Oriente³ que un día había de venir el Mesías? Probablemente por medio de las numerosas profecías que los judíos habían hecho

¹ Cf. Isaías 7, 10-16.

² Cf. Isaías 53.

³ Cf. Mateo 2.

circular por el mundo, así como por la profecía de Daniel a los gentiles, siglos antes del nacimiento del que había de venir.

El mismo poeta latino, Virgilio, en su cuarto libro de las églogas, habla de una *“mujer casta, que sonríe a su hijito, con el cual la edad de hierro desaparecerá”*.

Suetonio citó a un autor contemporáneo para indicar que los romanos tenían tanto miedo a un rey que había de gobernar el mundo, que mandaron matar a todos los niños nacidos aquel año. Y ésta fue una orden que nadie más que Herodes puso en ejecución.

No solamente los judíos esperaban el nacimiento de un gran rey, un sabio y un salvador, sino que también los filósofos griegos, Platón y Sócrates, hablaban del Logos y del sabio universal *“que ha de venir”*. Confucio hablaba del *“santo”*; las sibilas de un *“rey universal”*; el célebre dramaturgo griego, de un salvador y redentor que liberaría al hombre de la *“maldición originaria”*.

Por tanto, lo que separa a Cristo de todos los hombres es que ante todo fue esperado; incluso los gentiles sentían anhelo de un libertador o redentor. Este solo hecho ya le distingue de todos los demás jefes religiosos.

Otro hecho que le distingue de los demás es que, una vez hubo aparecido, fue tal el impacto que sobre la historia produjo, que la partió, dividiéndola en dos periodos: uno antes de su venida y el otro después de ella. Esto no lo hizo Buda ni ninguno de los grandes filósofos de la India.

Un tercer hecho que le separa de todas las demás personas es el siguiente: *cualquier otra persona vino a este mundo para vivir, mientras que él vino para morir*. Para Sócrates la muerte fue piedra de tropiezo, puesto que interrumpió su enseñanza. Mas para Cristo la muerte fue la meta y el cumplimiento del propósito de su vida. Pocas palabras o acciones suyas resultan inteligibles si no se hace referencia a su cruz. La historia de cualquier vida humana comienza con el nacimiento y termina con la muerte. Sin embargo, en la persona de Cristo, primero fue su muerte y luego fue su vida. Después de su muerte comenzó prácticamente todo. Comenzó a germinar su obra y su doctrina.

Terminemos la introducción con otra pregunta:  S lo se trata de conocerlo o también de experimentarlo? Deberíamos hacer la experiencia profunda de Cristo. Llegar a decir de Cristo lo que alguien dijo: *“Cristo es mi Dios, mi gran amigo, mi compañero, mi Padre, mi grande y único amor y la única razón de mi existencia. La vida con sus poderes, riquezas y vanidades ni me dice ni me interesa en nada por sí misma. Estoy seguro que nada me costará dejarla, arranc rmela si no tuviese a Cristo. Vivo porque su mirada, su amor, su doctrina y todo su ser me dan la razón suficiente y única para desear vivir; vivo con la ilusión y el afán de poder ofrecer una prueba de mi pobre amor entregándole todo mi ser libre y espontáneamente y porque quisiera poder hacer algo para lograr que otros muchos hombres crean en él, lo conozcan, lo amen y gocen la inefable alegría de saberse sus hijos muy amados. La humanidad es desgraciada sólo*

en la medida en que no tiene a Cristo, incluidos aun aquellos hombres más poderosos y ricos y bien dotados de la tierra?”⁴.

Siendo Jesús un personaje histórico, se le puede estudiar, como a todo hombre, desde las ciencias (historia, psicología, política, religión, etc.). El interés de las ciencias por Jesús surge a partir del testimonio que dan los cristianos. Las ciencias, por su mismo método, no llegan a preguntarse lo más esencial sobre Jesucristo. Tienen que aceptar otros puntos de vista.

El interés por Jesús de Nazaret no nace ni se agota con las preguntas que hacen los científicos. El interés por Jesús surge a causa de alguna enfermedad⁵, a causa de una amenaza de catástrofe⁶, a causa de inquietudes intelectuales⁷, a causa de un deseo de superación⁸, a causa de un deseo de poder⁹. Pero también por otros motivos: al constatar que su doctrina es bella¹⁰, al ver las obras que realiza¹¹; al ver la belleza del mismo Jesús¹². Muchos se preguntan por el sentido de la vida, del sufrimiento, por la paz y el progreso, por el hambre y el respeto por los derechos humanos. A todas estas preguntas responde Jesús, pero con respuestas profundas. Y pide el cambio del corazón, para que después se dé el cambio de estructuras.

Estudiar a Jesús compromete, pues, en la evangelización, es decir, a llevar la experiencia de Cristo a otros. ¡Cuántos hay que no conocen o conocen mal a Jesucristo! Y pensar que Jesús es el más hermoso de los hijos de los hombres, por ser precisamente y misteriosamente el Hijo de Dios.

Y cuando todos conozcamos a Jesucristo, el Hijo de Dios Viviente, podremos disfrutar de la civilización del amor y transformar nuestro mundo desde dentro y desde sus cimientos. Habrá lo que tanto anhelamos: paz, libertad, igualdad social, progreso, amor y solidaridad, respeto a la vida, justicia. Todos tendremos pan, techo y vestido. Todos podremos mirarnos a los ojos y tratarnos como hermanos en la misma mesa.

Deseo que este libro llegue al corazón del lector, para que conozca más a Jesucristo, lo ame, lo imite y transmita su mensaje a quienes se encuentre por el camino de la vida.

El autor

⁴ P. Marcial Maciel, L.C., fundador de la Congregación de los Legionarios de Cristo, en una carta escrita el 5 de noviembre de 1960.

⁵ Cf. Mc 1, 40; 5, 22-23; 6, 55

⁶ Cf. Mc 4, 38

⁷ Cf. Jn 3, 1-21; Mc 10, 2

⁸ Cf. Mc 10, 17-22

⁹ Cf. Mc 10, 35-40

¹⁰ Cf. Mc 1, 27-28

¹¹ Cf. Mc 4, 41; 11, 28; Lc 8, 25

¹² Cf. Mc 14, 3-9; Lc 10, 38-42

CAPÍTULO PRIMERO

Jesucristo realmente existió

Hablar de Jesucristo es hablar de la esencia misma del Cristianismo. El Cristianismo implica principios filosóficos, pero no es filosofía; contiene principios éticos, pero no es una ética; posee principios sociales, pero no es un movimiento social. El Cristianismo es Cristo conocido, creído, amado, seguido y transmitido.

La historia, no sólo cristiana, sino también pagana, da testimonio de que Jesucristo realmente existió. Es de coherencia humana aceptar los hechos históricos. El seguir la doctrina y el mensaje de Jesús ya requiere, por una parte, fe y, por otra, voluntad de aceptación.

1. Jesucristo no es un mito. Existió realmente. ¿Existen algunos documentos históricos sobre Jesús de Nazaret?

Escritores paganos: a principios del siglo II se habla de los llamados “cristianos”, como aquellos que profesan la fe en Cristo, considerado como Dios. Así la carta que el historiador **Plinio el Joven**, procónsul de Bitinia, escribe en el año 112 al emperador Trajano que “*los cristianos se reúnen un día determinado antes de romper el alba y entonan un himno a Cristo como a un dios*”¹³. Está también **Tácito** que en sus Anales, hacia el año 115, habla del gran incendio de Roma, atribuido a Nerón en el 64, que culpaba a los cristianos de todo. Aquí está el texto: “*Para hacer cesar esta voz, presentó como reos y atormentó con penas refinadas a aquellos que, despreciados por sus abominaciones, eran conocidos por el vulgo con el nombre de cristianos. Este nombre les venía de Cristo, el cual, bajo el reino de Tiberio, fue condenado a muerte por el procurador Poncio Pilato. Esta condena suprimió, en sus principios, la perniciosa superstición, pero luego surgió de nuevo no sólo en Judea, donde el mal había tenido su origen, sino también en Roma, a donde confluye todo lo abominable y deshonesto y donde encuentra secuaces*” (15, 44)¹⁴ **Suetonio**, historiador del año 120, refiere que el emperador Claudio “*expulsó de Roma a los judíos por promover incesantes alborotos a instigación de un tal Cresto*”¹⁵.

Escritores judíos: Flavio Josefo, historiador judío, en sus Antigüedades judías, escritas hacia el año 93-94, refiere que el “*sumo sacerdote Anano acusó de transgredir la ley al hermano de Jesús (que es llamado Cristo), por nombre Santiago, y también a algunos otros, haciéndoles lapidar*” (Antiquitates XX, 9, 1). Más explícito es otro pasaje: “*Por aquel mismo tiempo apareció Jesús, hombre sabio, si es lícito llamarle hombre; pues hizo cosas maravillosas, fue el maestro de los hombres que anhelan la verdad, atrayendo hacia sí a muchos judíos y a muchos gentiles. Él era el Cristo. Y, como Pilato le hiciera crucificar por acusaciones de las primeras figuras de nuestro pueblo, no por eso dejaron de amarle los que le habían amado antes: pues Él se le apareció resucitado al tercer día después que los divinos profetas habían predicho de él estas cosas y otros muchos prodigios sobre su persona. Hasta hoy dura la estirpe de los cristianos, que tomaron de Él su nombre*” (Antiquitates XVIII, 3, 3).

¹³ “Stato die ante lucem convenire carmenque Christo quasi deo dicere” (Epistula X, 96).

¹⁴ “Auctor nominis eius Christus Tiberio imperante per procuratorem Pontium Pilatum supplicio adfectus erat” (Annales XV, 44).

¹⁵ “Judaeos impulsore Chresto assidue tumultuantes Roma expulit” (Vita Claudii 25, 4).

Testimonios cristianos: Vienen recogidos en el Nuevo Testamento, conjunto de 27 escritos: cuatro evangelios, los Hechos de los apóstoles, catorce cartas de san Pablo, las siete cartas llamadas católicas (de Santiago, 1 y 2 de Pedro; 1, 2 y 3 de san Juan, y Judas Tadeo) y, finalmente el Apocalipsis. Hay que decir que el Nuevo Testamento no es un libro de historia. Es un conjunto de libros que contiene el anuncio del mensaje de la fe. Hay en él muchos datos históricos, más que en el resto de los libros no cristianos, pero lo más importante es la fe y la conversión. Por lo mismo, no podemos mirar estos libros con ojos de historiador, sino con corazón de creyente.

También hay otros libros cristianos que hablan de Jesucristo, pero no han sido recibidos por la Iglesia como auténticos y revelados. En ellos cuenta más que la fe y la historia la exageración maravillosa, la admiración humana milagrera, las reflexiones particulares. A estos libros se les llama apócrifos.

Los evangelios son la fuente más importante sobre la historicidad de Jesucristo. Fueron escritos a la luz de la Pascua. Los redactores se sirvieron de documentos escritos anteriores, en una primera recopilación, e investigaciones personales, al tiempo que daban a sus escritos una propia intencionalidad teológica. Uno de estos documentos anteriores es la llamada *Quelle* (fuente en alemán) que recogía discursos y logia (frases cortas memorizables) de Cristo, existente ya en los años cuarenta, que fue utilizada por Lucas y Mateo. Otra fuente escrita es la conocida con el nombre de “triple tradición”, que recoge los hechos de la vida de Cristo, de la que dispusieron los tres sinópticos (Mateo, Marcos, Lucas). Disponemos de criterios válidos que nos permiten escuchar, si no las “mismas palabras de Jesús” (obsesión del siglo pasado), al menos el mensaje auténtico de Jesús y alcanzar unos hechos “sucedidos de verdad” que pertenecen a Jesús de Nazaret.

2. ¿Cómo era Palestina en tiempos de Jesús?

Primero, la situación política. Palestina estaba dominada por Roma. La cultura dominante del país era la judía, aunque también se hablaba el griego. Por tanto, era un país cruzado por varias culturas: hebrea, griega y romana. Roma respetaba bastante las particulares e instituciones de los pueblos que dominaban. Había un representante romano para gobernar, con una pequeña guardia. La vida de Jesús se desarrolla en el tiempo de los emperadores Augusto y Tiberio. Herodes el Grande es el rey de toda Palestina cuando Jesús nace. Herodes muere en seguida, dejando a sus hijos su territorio: Herodes Antipas hereda Galilea, y Arquelao Judea. En tiempos de Jesús había también judíos rebeldes, que lucharon por la independencia de Palestina, incluso con las armas. Entre ellos estaban Judas Galileo y los zelotas.

Segundo, la situación social. Palestina se componía de dos grupos sociales: los judíos habitantes en la misma Palestina y los paganos romanos. Había bastantes judíos que vivían en la diáspora, es decir, fuera de Palestina. Dentro del grupo judío había dos orientaciones desde el punto de vista religioso:

Los fariseos: era un grupo religioso al que pertenecían algunos sacerdotes, pero la mayoría eran laicos. Cumplían la ley de Moisés estrictamente. Respetaban las tradiciones (sábado, ritos purificatorios, oraciones, limosnas, diezmos, etc.) Estudiaban la ley de Moisés. Eran influyentes y respetados. Esperaban la futura llegada de un

Mesías liberador político. Creían en la resurrección final. Deseaban la independencia de Palestina. No eran amigos de los romanos, aunque vivían con ellos.

Los saduceos: grupo religioso al que pertenecían las familias sacerdotales más importantes. Querían también la independencia, pero vivían sin grandes problemas bajo la dominación romana. Rechazaban las tradiciones orales judías. No creían en la resurrección. Eran ricos.

Otras clases sociales: Las grandes muchedumbres: sencillos, religiosos; los sacerdotes: cuidaban el templo y ofrecían sacrificios; los levitas: ayudaban a los sacerdotes; los guardias del templo: ponían orden dentro del recinto del templo; los escribas: maestros y abogados; los Ancianos: Sus decisiones eran determinantes; los esenios o monjes de Qumran: una especie de orden religiosa; los discípulos de Juan Bautista; los publicanos: unidos con los romanos; cobraban los impuestos; eran ricos y odiados; considerados como pecadores; no cumplían la ley ni las purificaciones; los herodianos: deseaban que la familia de Herodes se hiciera cargo del poder de Palestina; los zelotas: rebeldes y fanáticos contra la dominación romana; nacionalistas, patriotas, creyentes y violentos; querían una nación libre y gobernada en nombre de Dios.

3. ¿Cuáles eran las instituciones religiosas?

La fe israelita se resumía así: fe en un solo Dios, revelado a los Padres, contenida en las Escrituras; Fe en la elección del pueblo de Israel.

Estas son las instituciones religiosas en tiempo de Jesús:

Sanedrín: para asuntos religiosos. Senado compuesto por 65 miembros y presidido por el sumo sacerdote. Formado por sacerdotes, ancianos y escribas, con poder para juzgar y castigar a los que cometían faltas en materia religiosa. Para condenar a muerte necesitaba el permiso del representante romano.

Sinagoga: lugar de reunión de los judíos los sábados para rezar, leer o escuchar la Escritura.

Templo: es el centro de la vida religiosa nacional. Construido y mantenido con el aporte de los fieles. Allí se celebraban los sacrificios.

Fiestas religiosas: El *Sábado*, que empezaba ya el viernes por la tarde y en el que todo trabajo estaba prohibido terminantemente. La *Pascua*: fiesta principal que recuerda la liberación de Egipto. *Pentecostés*: fiesta de la Alianza realizada en el Sinaí entre Dios e Israel. *Tabernáculos*: acción de gracias por las cosechas y frutos. *Día de la Reconciliación*: perdón de los pecados de todo el pueblo. *Dedicación del templo*: aniversario de la dedicación del templo hecha por Judas Macabeo.

Jesús, ¿que relación tenía con estas instituciones sociales, políticas y religiosas? Podemos decir lo siguiente: Jesús era de nacimiento judío. Pertenecía a la clase media baja, por su oficio de artesano. Vivía en una provincia, Galilea. No era de familia sacerdotal. No se manifiesta en él ninguna opción política ni a favor ni en contra de Roma. Habla y se relaciona con hombres de todas las clases sociales: sacerdotes,

fariseos, saduceos, pobres, publicanos, prostitutas, enfermos, pescadores, soldados romanos, etc. Desde luego no era esclavo ni mendigo ni jornalero.

CONCLUSIÓN: Que Cristo existió realmente pertenece a la doctrina de la *fe*, como también pertenece a la fe que Cristo murió realmente por nosotros y que resucitó al tercer día. Ahora bien, la fe en Cristo no es la creencia en un ser atemporal del que hayamos tenido noticia por una experiencia mística, ni, menos aún, es la creencia en un mito o en un símbolo. Nuestra fe en Cristo es fe en una Persona -el Hijo eterno del Padre- que, en un momento preciso de nuestra historia, “se encarnó por obra del Espíritu Santo de María Virgen, y se hizo hombre...” (Concilio I de Constantinopla, a. 381, *Symbolum* (DS 150). Es, pues, fe en un hombre singular y concreto. Es más, la existencia de Jesús es también un hecho probado por la *ciencia histórica*, sobre todo, mediante el análisis del Nuevo Testamento cuyo valor histórico está fuera de duda. Cabe también mencionar algunos testimonios antiguos no cristianos sobre la existencia de Jesús, como ya vimos en este capítulo. En el siguiente capítulo ahondaremos más en esto.

CAPÍTULO SEGUNDO

Los Evangelios nos remontan al Jesús histórico

Asegurada la existencia de Jesús, es preciso cuestionar cuál es el auténtico Jesús, dónde descubrirlo. ¿Hay un solo Jesús o varios? Los Evangelios son camino para un encuentro con el Jesús verdadero, pues son la fuente principal para conocer a Jesús. Ahora bien, los Evangelios no son una biografía en el sentido moderno. Son, en realidad, una recopilación del mensaje y los hechos fundamentales de Cristo, escritos para comunicar la fe en Él. Estos hechos y estas palabras de Cristo, antes de ser puestos por escrito a principios de los años sesenta por los sinópticos y el año cien por Juan, la comunidad primitiva cristiana los había transmitido en su liturgia y en su predicación.

En los Evangelios encontramos una verdadera historia de Cristo: *“La Santa Madre Iglesia ha sostenido y sostiene con firmeza que los cuatro Evangelios referidos - cuya historicidad afirma sin duda alguna- transmiten fielmente lo que Jesús, Hijo de Dios, hizo y enseñó efectivamente durante su vida entre los hombres, para su salvación eterna hasta el día en que fue levantado al cielo”*¹⁶.

Los problemas que tenemos que solucionar son éstos: ¿El Cristo judío real histórico es el mismo Cristo que el predicado por los apóstoles y la fe de la Iglesia? ¿Los Evangelios son narraciones históricas o son invenciones de los que conocieron a Jesús? Leyendo los Evangelios, ¿nos acercamos al verdadero Jesús histórico?

Se han dado muchas soluciones desde el campo protestante, pero algunas terminan diciendo que el Cristo histórico no es el mismo que el Cristo predicado por los apóstoles y que nos muestran los Evangelios. El teólogo protestante más influyente llamado Bultmann dice que no interesa el Jesús histórico, sino el Jesús de la fe. Interesa, dice, el mensaje de Jesús; lo demás es mito inventado por los apóstoles: nacimiento virginal, milagros, resurrección, etc.

Dada la importancia de esta cuestión, diremos lo siguiente, tratando de encontrar la parte de verdad y de error que se esconde detrás de estas posiciones.

1. *Los Evangelios transmiten al verdadero Jesucristo.*

Los hechos que narran eran conocidos de todos; bien por haberlos visto personalmente, bien por haberlos oído a quienes los vieron. No pudieron, por tanto, desfigurar nada de la realidad. En este caso hubieran sido desmentidos, y no hay huella alguna de rectificaciones. Si los evangelistas hubieran dicho lo que no es verdad, sus Evangelios hubieran sido rechazados por aquella generación que fue testigo de los hechos. No existe ningún documento que muestre este rechazo.

En cambio los evangelios apócrifos, que carecen de rigor histórico, fueron comúnmente rechazados. Son relatos fantasiosos e inverosímiles. Contienen errores en la geografía de Palestina, y les falta fidelidad al marco histórico. Estos evangelios nunca han sido aceptados por la Iglesia, por no estar contenidos en el Canon de Muratori que es una lista de los libros inspirados que hizo la Iglesia en el siglo II.

¹⁶ Concilio Vaticano II, Constitución *Dei Verbum*, n. 19

Los datos que dan los Evangelios sobre la geografía del país, situación política y religiosa, sobre las costumbres, concuerdan con lo que sabemos de todo esto por otras fuentes. Además, los evangelistas murieron por defender la verdad de lo que decían; y nadie da su vida por lo que sabe que es mentira.

Aparte de que como están inspirados por Dios no pueden equivocarse ni mentir. El Concilio Vaticano II dice que la Biblia entera está inspirada por Dios¹⁷. Y san Pablo: “*La Escritura está inspirada por Dios*”¹⁸.

Los Evangelios son, en realidad, catequesis y testimonio de fe de personas que creen en Cristo y que quieren comunicar la fe que tienen. Fueron escritos a la luz de Pascua.

El que los Evangelios sean un testimonio de fe no significa que no encierren un verdadero contenido histórico. Afirmamos con la Iglesia que en el origen de los Evangelios se encuentran los hechos y las palabras de Jesús. Pero estas palabras, hechos y sucesos de su vida han pasado a nosotros, a nuestros Evangelios a través de varios medios o procesos:

Primero: Cristo no escribió nada, sólo predicó la Buena Nueva.

Segundo: la primera actividad de los apóstoles después de la ascensión de Cristo es proclamar oralmente esa Buena Nueva de Jesús. Una vez muerto Jesús, una vez que ha resucitado, sus discípulos predicaban que en Él, en sus palabras y en su vida, se ha dado la salvación para todos los hombres. Predican lo que ellos habían visto y oído, bajo la luz de la resurrección y Pentecostés. También acudieron al Antiguo Testamento para comprender mejor todo lo referente a Jesús. Y al transmitir los dichos y hechos de Jesús tuvieron en cuenta las circunstancias de sus oyentes, con las consecuentes variantes.

Finalmente, se comienza una recopilación y una fijación escrita de palabras, hechos y sucesos de la vida del Señor, que contaban los discípulos para suscitar la fe. A la colección amplia de las palabras de Jesús se denomina “*fuentes Q*”. Cada escritor sagrado seleccionó el material que le convenía para los destinatarios de su obra. Los evangelistas no se proponían principalmente “narrar” una historia de Jesús, sino fundar la fe de sus destinatarios. Marcos realiza un esfuerzo de síntesis de todos los materiales y los ordena dentro de su evangelio. Mateo y Lucas se aprovechan de este esquema de Marcos y lo completan, adjuntando otros materiales de que disponían. Lo mismo hace el evangelista Juan.

Saquemos unas conclusiones importantes:

En la lectura de los Evangelios se transmite el verdadero rostro de Jesucristo. Una lectura meditada, creyente, en unión con Jesucristo y en la caridad fraterna, da un conocimiento profundo y verdadero de Jesús.

Es necesario estar en permanente contacto con los escritos del Nuevo Testamento para redescubrir el rostro de Jesucristo: sus dimensiones humanas y divinas.

¹⁷ Concilio Vaticano II, *Dei Verbum* n. 11

¹⁸ 2 Timoteo 3, 16

Este permanente contacto es necesario para no hacer de Jesús un mito; no idealizar y desencarnar la imagen de Jesús; no dejarnos captar por ideologías; reencontrar la unidad en la misma fe; no hacer de Jesús un ideal puramente humano; no conformarnos con nuestras proyecciones y deseos; encontrar el camino hacia Dios, sin perder al hombre.

Cuando se lee el Evangelio, uno se da cuenta de que existen textos de muy diferentes categorías: unos narran la infancia de Jesús, otros su actividad en Galilea; otros narran palabras que Jesús dijo, otros narran hechos, enseñanzas, la pasión o la resurrección. Lo importante es que todos los textos dependen de Jesús, se refieren a Jesús. Ahora bien, unos dependen de Jesús directamente, otros actualizar o interpretan los hechos o dichos del Señor. Pero todos son necesarios para el conocimiento histórico de Jesucristo.

¿Por qué hay semejanzas y diferencias? Cada evangelista nos transmite, junto con su historia, su propio interés, sus acentos, sus aspectos personales o culturales. Pero es indudable que existe una fundamental identidad respecto a la Persona de quien hablan e incluso de los sucesos que narran. Por eso, para encontrar la verdadera imagen de Jesucristo no se puede elegir un texto y rechazar otros. Tampoco se pueden despreciar los textos que no coinciden con mi manera de ver las cosas. Se han de tener todos en cuenta, si bien es posible hacer una distinción dado el carácter del texto que se trate. Es como sacar una fotografía desde diversos ángulos de vista.

¿Por qué algunos hoy quieren negar la historicidad de los Evangelios, siguiendo la escuela protestante de Bultmann? Hoy nadie se preocupa del problema de la historicidad del Corán (al fin y al cabo el Corán es una recopilación ecléctica de doctrinas, y Mahoma, que pretendió tener una revelación divina no la justificó nunca por milagros); y, sin embargo, muchos se preocupan por la historicidad de los Evangelios. El motivo es claro: las otras religiones no tienen la originalidad del cristianismo. El cristianismo se presenta como Dios entre nosotros, como Dios mismo encarnado para redimirnos de las grandes impotencias que pesan sobre la humanidad: el pecado, el mal y la muerte. Es la doctrina de la comunión fraterna en Cristo; por eso es por lo que se le persigue, por eso es por lo que muchos tienen que dar cuenta de él. Como decía Daniélou, la causa última de la persecución al cristianismo reside en su suprema belleza, en la belleza que irradia de la verdad.

2. *¿Hay algunos criterios de historicidad de los Evangelios?*¹⁹

Criterio de múltiple fuente: cuando un dato evangélico lo encontramos en las diferentes fuentes que componen los Evangelios, tenemos la certeza de que se trata de un dato histórico.

Criterio de discontinuidad: cuando un dato es totalmente contrario a la mentalidad de la comunidad primitiva, no se puede decir que sea ésta la que lo ha inventado. P.e. el título de “Hijo del hombre”, ni lo utilizó ni lo entendió, ¿cómo entonces lo podía inventar ella?

Criterio de conformidad: todos los exegetas están de acuerdo en que es un dato histórico la predicación de Jesús de la llegada del Reino. Es el núcleo de su mensaje.

¹⁹ Sigo los criterios que apunta el padre José Antonio Sayés en su libro “Razones para creer”, Dios, Jesucristo, la Iglesia, ed. Paulinas. Pp. 82-84

Criterio de explicación necesaria: debemos admitir como histórico un dato que aparece como explicación única de una serie de acontecimientos evangélicos y sin el cual tales acontecimientos quedarían sin explicación. P.e. o Cristo instituyó la eucaristía o no se entiende que en todas partes y desde el principio se celebre la eucaristía en el seno de la Iglesia.

Criterio del estilo propio de Jesús: todos los exegetas están de acuerdo en que Jesús tenía un estilo personal, un estilo hecho de una innegable autoridad: “*Pero yo os digo*”, y una inaudita sencillez, que hace que rompa todos los esquemas, tratando preferentemente con los niños, los enfermos, las mujeres, los pecadores.

Concluimos este apartado diciendo que los criterios aquí expuestos han de usarse en conjunto. Sólo así dan luz y seguridad. Cuando leemos los Evangelios escuchamos, si no las mismas palabras de Jesús (obsesión del siglo pasado), al menos el mensaje auténtico de Jesús para nuestra salvación eterna.

3. *¿Qué dice la fe de la Iglesia?*

Sin la adhesión de fe no se da un conocimiento adecuado de la Persona y obra de Jesús de Nazaret. Los Evangelios son los únicos testimonios válidos, incluso desde el punto de vista histórico. Para escribir estos textos fue necesaria la fe. Para comprenderlos es necesaria también. Esta adhesión de la fe tiene algunas importantes características:

Está provocada por el Espíritu Santo. Para conocer a Jesús, Dios y hombre, necesitamos la luz del Espíritu, pues es un misterio. Dios, no sólo se nos propone desde la historia, sino que desde dentro de nosotros está obrando para abrirnos al testimonio histórico en toda su riqueza y amplitud.

La adhesión de la fe no termina ni en Jesús ni en el Espíritu, sino en el Padre. La cristología debe ser fundamentalmente trinitaria. Jesucristo nos lleva al Padre. Dios, del que nos habló Jesús, es su Padre.

La adhesión de la fe tiene una dimensión comunitaria y eclesial. Fuera de la Iglesia no hay un verdadero, permanente, recto y total conocimiento de Jesucristo. Los que se separan de la Iglesia terminan, tarde o temprano, con una figura de Jesús borrosa e inexacta. Aunque el Espíritu no está encerrado en los límites de la Iglesia institucional y sopla donde quiere, también es cierto que ese Espíritu orienta a la Iglesia, la ilumina, la llama a la unidad en la caridad. ¿Qué puesto tienen los movimientos dentro de la Iglesia en la presentación del rostro de Cristo? Si están unidos al Papa y a los obispos, presentarán el verdadero rostro de Cristo; si no, harán nacer tensiones y dificultades y terminarán en la disolución.

CONCLUSIÓN: Los Evangelios son un don de Dios al mundo, son un regalo que sólo pide manos generosas que lo reciban y lo abran, corazón creyente que lo acoja, boca sincera que lo transmita y pies ágiles que lo lleven por doquier, para que todos puedan conocer, admirar y compartir el amor y la belleza de Jesucristo, el Hijo de Dios Vivo.

CAPÍTULO TERCERO

Semblanza de Jesús

¡Cómo nos hubiera gustado haber visto personalmente a Jesús, haber escuchado las palabras de su boca, sus ademanes, sus gestos! No ha sido posible. Pero nos fiamos de aquellos que sí lo vieron y escucharon, los apóstoles y evangelistas. Por eso, partiendo de los Santos Evangelios, haremos una semblanza de Jesús desde todos los ángulos: corporal, moral, intelectual, espiritual, psicológico-temperamental, pues los Santos Evangelios nos trazan una semblanza de Jesús, a brochazos, pero profunda y verdadera, gracias a la cual podremos extraer con admiración y respeto las cualidades del más hermoso de los hijos de los hombres: Jesucristo.

1. *Semblanza espiritual de Jesús*

Las riquezas espirituales de Jesús son inagotables. ¿Cuál es el centro espiritual de su actividad religiosa? Sin duda alguna la vinculación filial con Dios, su Padre. Por eso, su vida fue una oración continua. Todo le hablaba de su Padre. A su Padre acudía para las decisiones más importantes, como fue la elección de los apóstoles (cf. Lc 6, 12). A Él dirigía su acción, sus milagros. Vivía abandonado en las manos de su Padre celestial. El fundamento, la roca de su vida es su Padre. La riqueza de su vida es el Padre. El punto de referencia es su Padre. A Él acudía al levantarse y al acostarse, y le rezaba y con Él dialogaba. A Él ofrecía su jornada, sus éxitos apostólicos. A Él pedía la gracia para curar y sanar. A Él acudía cuando los hombres querían desvirtuar su misión espiritual. Presenta a su Padre como el Ideal de santidad. De Él habla en su predicación y lo retrata como padre, como viñador, preocupado de su viña. Vivía unido a Él con lazos indestructibles. Y a Él obedeció en todo. Jamás encontraremos una persona que haya comprendido, como Él, en toda su profundidad y extensión, absorbiéndole tan exclusivamente durante su vida, el antiguo precepto: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”*.

Las primeras palabras suyas que conocemos, nos recuerdan la intimidad con su Padre: *“¿No sabéis que es preciso me ocupe en las cosas de mi Padre”* (Lc 2, 49). Y sus últimas palabras serán un resumen de su vida, centrada en su Padre: *“Padre en tus manos encomiendo mi espíritu”* (Lc 23, 46). Toda su vida es la entrega a una misión encomendada por el Padre, y su Pasión en la cruz no es más que la culminación de su lucha por cumplir la voluntad del Padre.

Su Padre, por tanto, era el motor de su accionar, el imán de su corazón, la brújula que le marcaba siempre el norte de su vida. Y Él era con su Padre el Hijo excepcional, atento, cariñoso, agradecido. Él no cuenta, cuenta el Padre. Él se olvida de sí, sólo presenta a su Padre, transmite a su Padre y ama a su Padre.

Jesús sólo al Padre necesita. Tres años llevan ya sus discípulos viviendo con Él, pero nunca delibera con ellos acerca de sus planes o resoluciones, ni les pide consejo. Había en Jesús algo íntimo, un *sancta sanctorum* al que no tenía acceso ni su misma madre, sino únicamente su Padre. En su alma humana había un lugar, precisamente el más profundo, completamente vacío de todo lo humano, libre de cualquier apego terreno, absolutamente virgen y consagrado del todo a Dios. El Padre era su mundo, su realidad, su existencia y con Él llevaba en común la más fecunda de las vidas. Su oración no es más que un nuevo punto de contacto con Él, una feliz necesidad de dar

reposo y de fundir la soledad de su Yo en el Padre, y orando es, precisamente, como se mantiene unido al mismo en unidad de la que no participan los hombres, ni sus mismos discípulos.

¿Cómo presenta Jesús a su Padre? Como Dios todopoderoso y creador que obra (cf. Jn 5, 17); como Padre providente y solícito con sus criaturas, que viste los campos y alimenta a las aves (cf. Mt 6, 25-26); como un Pastor que cuida a sus ovejas y las busca (cfr. Lc 15, 4; Jn 10, 1-18). Pero la revelación más hermosa que Jesús nos hizo de Dios fue el poderle llamar Padre (cf. Mt 6, 9).

2. *Semblanza corporal de Jesús*

“Es de elevada estatura, distinguido, de rostro venerable. Sus cabellos, ensortijados y rizados, de color muy oscuro y brillante, flotando sobre las espaldas, al modo de los nazarenos. La frente es despejada y serena: el rostro sin arruga ni mancha. Su nariz y boca son regulares. La barba abundante y partida al medio. Los ojos color gris azulado, claros, plácidos y brillantes; resplandecen en su rostro como rayos de sol, de modo que nadie puede mirarle fijo. Cuando reprende es terrible; cuando amonesta, dulce, amable, alegre, sin perder nunca la gravedad. Jamás se le ha visto reír, pero sí llorar con frecuencia. Camina con los pies descalzos y con la cabeza descubierta. Estando en su presencia nadie lo desprecia; al contrario, le tiene un profundo respeto. Se mantiene siempre erguido; sus brazos y sus manos son de aspecto agradable. Habla poco y con modestia. Es el más hermoso de los hijos de los hombres. Dicen que este Jesús nunca hizo mal a nadie; al contrario, aquellos que lo conocen y han estado con él, afirman haber recibido de él grandes beneficios y salud. Según me dicen los hebreos, nunca se oyeron tan sabios consejos y tan bellas doctrinas. Hay quienes, sin embargo, lo acusan de ir contra la ley de Vuestra Majestad, porque afirma que reyes y esclavos son todos iguales delante de Dios” (Publio Léntulo, procurador de Judea al emperador).

¿Qué rasgos físicos de Jesús podemos recabar de los evangelios?

Cuerpo robusto y resistente: La vida dura del taller y las correrías por las colinas circundantes de Nazaret robustecieron el cuerpo de Jesús, preparándolo para las duras jornadas de su vida apostólica, a la intemperie por las calcinadas rutas de Palestina. Sabemos que en una jornada hizo el camino de 30 Kilómetros, por la calzada pendiente que sube de Jericó a Betania.

Junto al pozo de Sicar se sentó fatigado y sediento. Cuando los discípulos le ofrecen la comida, la rechaza diciendo que su alimento es hacer la voluntad del Padre, y antes había rechazado la bebida que le ofreciera la samaritana. No sabemos que Jesús en aquella jornada comiera o bebiera a pesar de estar fatigado, lo que prueba su complexión robusta. El evangelista detalla que Jesús iba delante de los discípulos en esa marcha ascensional hacia Betania. Sus jornadas apostólicas son agotadoras; así, en una de ellas por la mañana predica en la sinagoga de Cafarnaum, cura a un poseoso, sana a la suegra de Pedro, y por la tarde se dedica a curar los enfermos que a él afluyen de todas partes. Al día siguiente las turbas le buscan de nuevo y empieza de nuevo la jornada agotadora. En ese plan recorre todos los poblados de Galilea, predicando la penitencia y el mensaje de salvación. Es tal el trabajo que tiene que desplegar que muchas veces no tiene tiempo ni para comer.

Las turbas le siguen al otro lado del lago, y Jesús está de nueva a disposición de ellas. Después de multiplicar los panes, se retiró de noche a orar. Al día siguiente volvió a Cafarnaum a reanudar la tarea, después de haber calmado la tempestad.

Este plan de trabajo supone una salud robusta y un sistema nervioso a toda prueba. En el lago duerme en la nave mientras los discípulos luchan ansiosos con el temporal; esto refleja que tiene salud equilibrada, muy apropiada al espíritu equilibrado del Maestro, que siempre se manifiesta dueño de sí mismo y de la situación.

Su porte debía ser majestuoso y viril. Cuando sus compatriotas quieren despearle en Nazaret, Jesús pasa por medio de ellos sin inmutarse y con un continente tal, que no se atreven a atentar contra su vida. Al ser prendido en Getsemaní, sus enemigos caen unos sobre otros, impresionados del porte majestuoso del Maestro, que lejos de huir les declara: *“Yo soy a quien buscáis”*.

La mirada de Jesús debía ser majestuosa y dominadora. San Marcos repite con insistencia cuando el Maestro va a proferir una sentencia: *“Y mirándolos, dijo”*. Cuando tratan de lapidarlo en Jerusalén, Jesús interpela a sus enemigos: *“Muchas cosas buenas os he hecho, ¿por cuál de ellas me queréis apedrear?”*. Este dominio de sí mismo resplandece en las palabras mansas con que Jesús responde al criado que le ha abofeteado: *“Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?”*.

Equilibrado: esta complexión sana y equilibrada de nervios de Jesús contrasta con los desequilibrios nerviosos de Mahoma y con el agotamiento físico de Buda, que vencido por la vida, predica una religión pesimista y negativa. La actitud de Jesús en los momentos de la Pasión es la de un espíritu equilibrado, señor de sí mismo en medio de las agitaciones nerviosas de sus jueces y acusadores: En el drama de la Pasión no hay más señor que Jesús.

Sus últimas palabras en la cruz, ofreciendo perdón a los enemigos, son eco de la paz interior de su espíritu. Nada de desahogos rabiosos incontrolados, sino autonomía y perfecto control de sus actos, y todo con suma naturalidad y sin afectación.

Sano: Nunca los evangelistas aluden a alguna enfermedad del Maestro. En medio de su dura vida de apostolado su cuerpo parece responder sin debilidades morbosas. Su tarea se iniciaba muy de mañana. El frescor de su espíritu se refleja en el amor que siente por las bellezas de la naturaleza, los lirios del campo, los pajarillos del cielo, la candidez infantil.

En sus parábolas nada insinúa un espíritu cansado y pesimista; al contrario, su alma tersa sabe contemplar al Padre siempre obrando en la naturaleza y en las vidas de los hombres. La vida apostólica del Maestro discurre al aire libre, a la intemperie, caminando por las calzadas y caminos de Galilea, Samaria, Judea, Tiro, Sidón. Viviendo en extrema pobreza, sin tener dónde reclinar su cabeza, Jesús iba de un lugar para otro predicando la buena nueva. Esto no se explica sin suponiendo en él una salud robusta y equilibrada.

3. ***Semblanza moral de Jesús***

En una palabra, Jesús era impecable, es decir, libre de toda imperfección y mancha moral ante Dios y los hombres. Nadie pudo sorprenderlo en mentira o falla. Por eso pudo decir: “¿Quién me argüirá de pecado?”. Nadie pudo echarle en cara un pecado. San Pedro así afirmó: “No hubo pecado en él, ni engaño en su boca” (1 Pedro 2, 22).

Impecable significa santo. Jesús era santo. Tal convenía que fuese nuestro Sumo Sacerdote: “Santo, inmaculado, apartado de los pecados” (Hebr. 7, 26). En todo semejante a nosotros, menos en el pecado. En el concilio de Éfeso del siglo IV se afirma que Jesús nunca cometió pecado. Y en el segundo concilio de Constantinopla se condena a quien diga que Jesús tuvo pasiones desordenadas carnales. Esta herejía y esta profanación se ha vuelto a repetir en la famosa película “*La última tentación de Cristo*”. Esta postura es inaceptable porque en Jesús hay equilibrio entre el mundo pasional y el racional. El desequilibrio se da en nosotros, por culpa del pecado original. Pero en Jesús no hubo pecado original. Nació sin pecado, así lo dijo el ángel a María. Jesús no tenía tendencia interior al mal, como nosotros. Y las tentaciones del desierto o la de Getsemaní son tentaciones extrínsecas, es decir, vienen de fuerzas exteriores, provocadas por el Maligno. Y Jesús las rechaza al punto, porque en su alma no había complicidad radical alguna con el mal. El “*Apártate, Satanás*” tantas veces pronunciado por Jesús, es el reflejo de la ausencia de complicidad pecaminosa en su interior.

El historiador Ranke escribió esto de Jesús: “*Nada más inocente, más sublime y más santa ha existido en la tierra que la conducta de Cristo, su vida y su muerte. En cada una de sus sentencias sopla el puro aliento de Dios. Son palabras de vida eterna. El género humano no tiene recuerdo alguno que pueda ni de lejos compararse con éste*”. Así Jesús llega a ser el ideal ético de todos los tiempos y de todas las civilizaciones.

¿Qué decir de esas reacciones fuertes de Jesús? ¿No son accesos de ira y cólera con los vendedores del templo y con la clase dirigente de entonces?

Santidad y perfección moral no significa tener temperamento flemático, débil, apático, apagado. No. Jesús es un hombre con energía moral, de temperamento fuerte y apasionado. Y cuando está en juego la gloria del Padre y la honestidad y honradez no duda en airarse. No tolera la mentira, la falsedad, la doblez. Se indigna contra quienes quieren falsear la religión y se creen justos. Podemos imaginarlo con los ojos llameantes, los labios trémulos y las mejillas abrasadas, porque “*el celo de la casa de su Padre le consume*”. Jesús no se queda en medias tintas. Su ira no va contra las personas, sino contra la actitud hipócrita y doble de esa gente dirigente.

Por tanto, su semblanza moral estaba enriquecida con estas joyas: mansedumbre y comprensión, exigencia y fuerza. No se excluyen. Es más, se complementan.

4. Semblanza intelectual de Jesús

De Él se dijo: “*Nadie habló como Él*”. Detrás de esta frase se esconde todo el mundo intelectual de Jesús.

¿Cómo era la inteligencia de aquel que a los doce años dejó boquiabiertos a los doctores de la ley? ¿Cómo era la inteligencia de aquel que cuando hablaban todos estaban pendientes de las palabras de gracia que salían de su boca? ¿Cómo era la inteligencia de quien pronunció el hermoso discurso o sermón de la montaña, jamás superado por nadie?

La gente de su tiempo estaba asombrado ante Jesús, hasta el punto de decir: “¿De dónde le vienen a éste tales cosas y qué sabiduría era esa que le había sido dada?”. Otros decían: “¿Cómo es que sabe letras sin haberlas aprendido?”.

¿Cómo era la inteligencia de aquel que nos describió lo más profundo y misterioso, el Reino de los cielos, con imágenes tan sencillas y asequibles como la buena semilla, el grano de mostaza, un poco de levadura, la perla preciosa, la red que se echa al mar?

La teología nos dice que Jesús tuvo tres tipos de ciencia:

Ciencia beatífica intuitiva: por ser Dios, Él veía a Dios cara a cara. Veía todo el pasado, el presente y el futuro. Veía su vida, sus sufrimientos, sus trabajos, su apostolado, su muerte en la cruz, su triunfo en la resurrección. Veía las etapas de la Iglesia con todas las pruebas y vicisitudes. Veía a sus hermanos los hombres, sus avances y tropiezos, sus miserias y grandezas. Y todo esto le causaba un doble sentimiento: por una parte, alegría, por el bien que veía en muchos; y, por otra parte, pena, por el mal que muchos perpetraban a sus semejantes con guerras, crímenes e injusticias.

Ciencia infusa: es la ciencia que Dios da a los ángeles y a gente privilegiada, que sin haber estudiado, saben las cosas porque Dios se las infunde en su inteligencia y en su espíritu.

Ciencia adquirida o experimental: es la ciencia que vamos aprendiendo con el paso de los días, gradualment. Así se entiende la frase del evangelio: “*El niño crecía en edad, sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres*”. Jesús era verdadero hombre, por tanto, su conocimiento fue progresivo, como el conocimiento de todo hombre.

Jesús, pues, tenía una inteligencia brillante, intuitiva, clara, concreta, basada en la realidad, donde extraía los datos para su predicación. Era muy observador. Se fijaba en todo: en los lirios, en los pajarillos, en los campos, en las actitudes de los hombres. Sus ojos eran como una cámara de fotos.

5. ***Semblanza psicológico-temperamental de Jesús***

Hay psicologías sanas, equilibradas, serenas, entusiastas, optimistas. Y hay psicologías enfermas, hipocondríacas, esquizofrénicas, megalómanas, amorfas, raras, depresivas, pesimistas, asustadizas y desequilibradas.

Hay temperamentos para todos los gustos: colérico, nervioso, apático, sentimental, apasionado, sanguíneo, superficial, profundo.

¿Cómo era Jesús? Es un hecho: Jesús ha sido, es, y será un personaje excepcional desde todos los puntos de vista. Ha partido la historia en dos: antes de Cristo, después de Cristo.

A veces su modo de obrar es extraño, hasta el punto que sus mismos parientes creen que *“ha perdido el juicio”* (Mc 3, 21) y lo quieren llevar a su casa porque creen que compromete el honor familiar.

Los enemigos le acusan de estar poseído de un espíritu maligno, porque su obrar y doctrina rompen con los moldes recibidos del ambiente judaico (Mat 12, 24).

Otras veces su conducta parece un poco extraña: hace barro en el suelo con la saliva y unta los ojos de un ciego; o mete los dedos en los oídos de un sordo; o escribe con el dedo en el suelo o arroja airado a los mercaderes del templo. ¿No sufrirá una crisis nerviosa, no tendrá algún desajuste emocional o psicológico? ¿Quién es éste que quebranta el sábado, que come y bebe con pecadores? ¿Ha perdido los estribos?

Un maestro un tanto singular: un maestro que no tenía lugar físico donde preparar sus clases; no tenía escuela, no llevaba libros debajo del brazo. Ni casa donde dormir.

¿Qué características podemos entresacar del temperamento de Jesús, a la luz del Evangelio?

Espíritu equilibrado: a pesar de que su vida se desarrolló en un ambiente de lucha y fricción, dado que su mensaje era innovador y chocaba constantemente contra las clases dirigentes de entonces, que le consideraban intruso, Jesús les desenmascara terriblemente, con espíritu decidido, costase lo que costase.

Y lo hace con espontaneidad, equilibrio, naturalidad, sinceridad...pero también con tono y palabras punzantes, con argumentos contundentes y serenos, hasta el punto que nadie se atreve a echarle mano (Jn 7, 45).

Cuando quisieron sus paisanos despeñarle, con toda naturalidad pasa en medio de ellos, sin nerviosismo ni excitación. En su vida no hay bruscas alternativas, ni depresiones nerviosas ni rectificaciones de conducta o de doctrina. Este equilibrio y serenidad es reflejo de una armonía y equilibrio de su alma segura y centrada en torno a una misión superior.

Dice un autor de él: *“Hombre verdaderamente completo, hombre de un tiempo y de una raza apasionada de la que no rechazó sino las estrecheces de miras y errores. Tiene sus entusiasmos y sus santas cóleras. Conoce las horas en las que la fuerza viril se hincha como un río y parece desbordarse. Pero siempre permanece lúcido: nada de exageración, de pequeñez, de vanidad, ningún infantilismo, ningún rasgo de amargor egoísta e interesado. Agitadas, temblorosas, las aguas permanecen lípidas”* (Grandmaison).

En sus desahogos de cólera, su centro es el cielo de su Padre, que es el centro de su alma. Es una reacción en defensa de los intereses superiores del Reino de Dios. No busca sus intereses personales.

Espíritu lúcido y voluntad decidida: lucidez, pues sabía a qué había venido, conocía bien el plan que su Padre le había trazado. Lúcido en su hablar y predicar. No desvariaba, no perdía la memoria. Su hablar era coherente, reflexivo y brillante. Y al mismo tiempo, tenía una voluntad decidida. Nada de blandenguería, ni voluntad enfermiza o débil. Voluntad decidida, demostrada en términos tajantes: “*Si tu ojo...si tu mano...córtatelos*”.... “*Dejad a los muertos enterrar a los muertos*”.... “*Dejen todo y síganme*”. Fue esta voluntad decidida, la que hizo que algunas veces los apóstoles no se atrevieran a preguntarle...estaban como sobrecogidos y con temor, a veces. ¡Qué decisión la de Jesús: “*Que nunca salga fruto de ti*”!

Fiel a su misión: por eso rechazó las propuestas de Satanás en el desierto. Por eso rechazó la propuesta de la gente para hacerle rey temporal. Por eso rechazó la propuesta de Pedro de quitarle la cruz y el sacrificio. Por eso, al final de su vida pudo decir: “*Todo está cumplido*”.

Espíritu sincero y auténtico: en Cristo no cabían las mañas, la manipulación de la gente, el engaño, las palabras de doble sentido, la trampa.

Por eso, luchó a muerte contra el espíritu doble e hipócrita de los fariseos, a quienes trató duramente. No aguantaba la mentira. Por eso dijo: “*Vuestra palabra sea sí o no...no se puede servir a dos señores...la lámpara de tu cuerpo es tu ojo*”. Jesús no tenía máscaras. Era transparente: por eso lloraba, sentía tedio y temblor, se compadecía, se enojaba...No era un estoico. Nada tenía postizo. Por eso, desenmascara las trampas de los fariseos: “*Mostradme el denario...dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*”.

Espíritu realista, no idealista: Jamás se oyó decir de Cristo que tuvo éxtasis, es decir, momentos en que perdía el control de los sentidos, por estar en contacto con el mundo sobrenatural.

Nunca se desconectó del mundo sensible. Nunca estuvo fuera de sí, como estuvo san Pablo o santa Teresa o san Juan de la Cruz, a quienes Dios les concedió estas gracias especiales.

Jesús era realista. Vivía a la intemperie. Nunca estuvo enfermo. Esto nos demuestra que tuvo un equilibrio orgánico y psíquico a prueba de todo. Quien anda en éxtasis se siente descoyuntado, molido, con dolores musculares y orgánicos.

Jesús vivía en la realidad. Y esa realidad era dura. Tanto que le creaba tensión con su misión: “*Tengo que recibir un bautismo de sangre...las raposas tienen madriguera...vamos a Jerusalén*”. Jesús no fue un idealista ni un soñador. Pisa en tierra firme: “*Dadles de comer...estoy conmovido*”. No es un sonámbulo. No tiene espasmos nerviosos. No tenía sugerencias ni fanatismos.

Jesús nada tiene de rarezas. Por eso, come, bebe, echa en cara, discute, reza, motiva, llama la atención, se enoja.

Sus mismas parábolas demuestran este espíritu realista: pescadores escogiendo los peces buenos; los agricultores sembrando la buena semilla; los obreros esperando en

la plaza el contrato del día; la reacción de los que trabajaron más contra los más favorecidos; la preocupación de la mujer que perdió una dracma en la casa; la súplica de la mujer ante el juez inicuo; los amigos importunos que van de noche a pedir pan al amigo; el rico que no se preocupa del pobre; los fariseos que en las plazas hacen todo para ser vistos; la madre que va a dar a luz; los lirios del campo; los que entran al banquete sin llevar vestido de etiqueta... ¡Qué ojo tan realista y observador! Nada se le escapa. Con sus parábolas podríamos reconstruir el medio ambiente social de su época.

Espíritu sencillo: la sencillez es la no complicación ante Dios, los hombres y uno mismo. Es sinónimo de naturalidad, autenticidad, transparencia. Por eso, en Jesús encontramos una fluidez en la relación con su Padre. Y en el trato con los hombres no tenía gestos teatrales, ni tonos altisonantes ni espectacularidades para halagar a las masas.

No clamaba en las plazas. Su vocabulario era sencillo, natural, simple, imaginativo y plástico. No se iba a la abstracción; no se andaba por las ramas. No se daba a logicismos rabínicos eruditos. Natural, sin afectación; natural, sin rarezas; natural, sin formalismos. Por eso, pedía que los ayunos no se hiciesen en público, sino en privado. Por eso, iba a los convites con gente sencilla e incluso poco recomendable. No se complicaba. No se hacía líos. No cavilaba. No buscaba dobles intenciones a las cosas. Por eso, desenmascaraba a los fariseos, porque eran complicados de mente, retorcidos, maliciosos, malpensados. Todo en Jesús es transparente, auténtico, sincero: “El ojo debe ser el espejo del corazón”. Sencillez. Sencilla fue la llamada de cada apóstol. Nada de truenos, ni de gritos, ni de espasmos. Nada de sueños ni de visiones: “Ven y sígueme”. Sencillez. Por eso, todo lo decía de frente sin complicarse. Sencillez. Por eso, simplificó los 503 preceptos judaicos en uno solo: Amaos.

Espíritu original e independiente: A todos considera hermanos, no hay extraños ni extranjeros. Todos somos hijos del mismo Padre Celestial. En tiempo de Jesús imperaba un nacionalismo cerrado y de revancha contra el extranjero. Jesús habla de universalidad, de fraternidad, de unir Oriente y Occidente, donde se sentarán todos en el mismo banquete.

Original, también, al dar primacía y prioridad al valor ético, interior, espiritual y no a la letra, que a veces mata, si no está permeada de espíritu. “*Habéis oído que se dijo, pero Yo os digo...*”. ¡Qué postura tan valiente, gallarda, independiente! “*Nadie habló como Éste*”.

Por este espíritu de independencia corrige la interpretación dada a las leyes antiguas, simplifica todo, perfila, matiza. Todo sonaba nuevo, original: “*Dar la otra mejilla, devolver bien por mal, amar al enemigo, no permitirse ni siquiera desea a la mujer del prójimo, perdonar, sólo los enfermos necesitan del médico, buscar lo perdido, lo que sale del corazón eso es lo que mancha...*”.

Por este espíritu original, no promete un mesianismo terreno, político, social, sino espiritual, donde los pobres, los afligidos, los humildes, los pacíficos, los perseguidos son quienes tendrán su recompensa. Por eso su doctrina, por ser nueva, pedía odres nuevos, corazones nuevos, mentes nuevas. Si no, se echaría a perder el vino de su mensaje.

Original y atrevido. Se considera superior a la ley, al templo, al sábado, y con toda independencia y libertad, cambia las antiguas costumbres que eran intocables: *“Habla con una mujer samaritana, come con pecadores, cura a extranjeros, se encara con esos maestros de la ley, quebranta el sábado para hacer el bien a los necesitados...”*.

Espíritu de mansedumbre, exento de blandos sentimentalismos: No ha habido temperamento más comprensivo y condescendiente con el prójimo que Jesús. Su espíritu de mansedumbre culmina en su silencio, en su porte digno al ser abofeteado. No es un silencio lleno de miedo e impotencia; sino un silencio lleno de dominio y contención de las pasiones irascibles. Jesús es una mezcla de majestad y dulzura. Sabe condescender sin rebajarse; entregarse sin perder su ascendiente; darse sin abandonarse.

Su dulzura y mansedumbre no significaba transigencia y aprobación de situaciones injustas o de actitudes erradas. Por eso, desenmascara la falsedad, la hipocresía, con frases duras y cortantes, de las clases dirigentes judaicas. No se alza contra la autoridad; al contrario, dice a los suyos que sigan sus instrucciones, pero no su conducta. Vigoroso y suave, suro y condescendiente. En el equilibrio de ambas tendencias está el carácter perfecto.

Espíritu comprensivo y humano, sin concesiones a la demagogia: Jesús era intransigente con el pecado e indulgente con el pecador. Ahí tenemos a Jesús frente a la mujer adúltera (Juan 8, 1s) y frente a esos judíos que trajeron a esa mujer pública. Fue indulgente con ella, porque estaba arrepentida, pero fue intransigente con el pecado de la mujer: *“Vete y no peques más”*. Y fue intransigente con esos judíos: *“El que de vosotros esté sin pecado, arroje la primera piedra”*.

Aquí tenemos a Jesús frente a esa mujer samaritana (cf. Juan 4). Jesús le puso ante su cara el pecado: *“Cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido”*. Pero la fue llevando al arrepentimiento. Jesús no tiraba las piedras contra los pecadores, como hacían los fariseos. Era comprensivo con la debilidad humana. Pero era intransigente con la mentira, la hipocresía, la falsedad, la ambición, la comodidad. Por eso no dudó de hablar duro a Pedro: *“Apártate de mí Satanás”* cuando Pedro quiso quitar del plan de Jesús la cruz, lo difícil (Mateo 16, 21-23). Aún resuenan las terribles palabras contra la actitud de esos jefes religiosos: *“Fariseos, sepulcros blanqueados, raza de víboras”*. Daban la impresión de una virtud interior que no tenían.

Comprensivo con el pecador humilde. Por eso perdonó al buen ladrón (cf. Lucas, 23, 39-43), a Zaqueo (cf. Lucas 19, 1-10). Pero esta comprensión con la debilidad humana, estaba muy por encima de la demagogia o condescendencia con las pasiones bajas de las turbas. Por eso, no lanza un programa o un mensaje facilitón, cómodo, de satisfacciones sociales en el orden terrenal; no promete bienes terrenales, sino persecuciones, dificultades. Por eso, a los que le siguen les pide renuncias terribles, negarse a sí mismo, tomar la cruz...amarla a Él más que a sus seres queridos.

Nada de concesiones a la sensualidad y a la animalidad del hombre. Primero están los valores del espíritu, que piden ascesis, trabajo, renuncia. Jesús no halaga, exige. Jesús no cede, exige. No contemporaliza, exige. Nada de demagogias facilitonas, como hacían otros mesías. Su mensaje era crudo: cruz, sacrificio, renuncia. Y sin embargo, era el Pastor que busca esa oveja perdida y cuando la halla, se alegra, la pone

sobre los hombros, hace fiesta. Era ese Médico que curaba las heridas profundas del corazón de quien se acercaba humilde y arrepentido. Era ese Padre que se compadecía de esas turbas hambrientas de su Palabra, y les alimentaba sin prisas, aunque no tuviera Él tiempo para comer. Jesús, pues, era intransigente con el pecado, pero comprensivo con el pecador. Para ello se necesita tener un corazón noble, grande para amar y fuerte para luchar.

Espíritu austero: austero, no al estilo de Juan Bautista, que huye del mundo y de sus nobles alegrías. Jesús no es un anacoreta que vive aislado en el desierto, sin más compañía que la de los chacales. El anacoreta se desconecta de la vida social, de sus problemas y angustias. La misión de Jesús debía desarrollarse en el bullicio de las ciudades, conviviendo con sus conciudadanos y participando de sus preocupaciones. Los monjes anacoretas tenían este lema: “*Huye, reza, llora*”. Jesús, no. Jesús quiere santificar la vida social en su propio ambiente, en contacto con las diversas clases sociales de su tiempo.

¿Dónde está, pues, su austeridad, si tenía que vivir en medio del mundo?

En su vida personal había abrazado la más estricta pobreza. No tenía dónde reposar la cabeza. Tenía otro alimento distinto. Austeridad, como ese tener lo esencial, vivir con lo esencial; en comida, vivienda y vestido. Austeridad, como libertad interior. Cuanto menos se tiene, más libre se siente Jesús.

Su mensaje, por otra parte, exige austeridad, renuncia: “*No acumuléis tesoros en la tierra, donde la polilla corroe*”... “*¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero...?*”... “*Una cosa es necesaria*”. Pide, pues, austeridad, para desembarazar el espíritu a fin de que vuele con mayor libertad hacia la santidad. Pide perder la vida material, para salvar el alma espiritual. Como el cirujano que amputa un miembro, para el bien del todo. Pide vender todo lo material para comprar la perla preciosa de su amistad, de su gracia, de su Reino.

Nada tiene valor para Jesús, sino en función de su dimensión religiosa y espiritual. Por eso lo material debe ocupar un lugar secundario en la vida del cristiano. Si no hay renuncia en la vida, no hay clima propicio para el desarrollo de los valores espirituales. Su mensaje, por tanto, supone un programa de renuncia. No nos hagamos ilusiones: para entrar en el Reino de los cielos hay que desprendernos. La austeridad nos ayuda a elevar la mirada a las cosas de arriba, y a desprendernos de las cosas, afectivamente, primero, y efectivamente, después.

Espíritu razonablemente afectivo: la actitud de austeridad y desprendimiento ante la vida en Jesús no está reñida con un temperamento afectivo, cálido, cordial.

Austeridad no significa adustez, insensibilidad, frialdad en el trato con los demás. La austeridad regula esa tendencia de todo hombre a tener más de lo necesario. La afectividad es una cualidad que todo hombre tiene que desarrollar en el marco de un equilibrio, y que le hace ser más hombre.

¿Cómo demostró Cristo su afectividad?

En los Evangelios se nos habla de su predilección por los niños, símbolo del candor y humildad, necesarios para entrar en el Reino. Con sus apóstoles fue afectuoso y el Evangelio no esconde que Jesús tuvo predilección con algunos: Pedro, Santiago y Juan. A pesar de la rudeza de aquellos pescadores, Jesús tuvo detalles de delicadeza y afectividad: cuando les vio cansados, los llevó a la otra orilla a pasar un fin de semana. En la Última Cena los llama: “hijitos míos” y les deja el testamento del amor, como sello de su pertenencia. Les lava los pies.

Cuando les manda al apostolado se preocupa de que no les falte nada. Fue compañero de fatigas y sinsabores, de alegrías y sobresaltos de esos doce íntimos. Con ellos desarrolló una afectividad sana, equilibrada y orientada al bien. La afectividad unida a la amistad crea lazos irrompibles, estrechos y duraderos.

Antes de partir al Padre, Jesús les conforta, les anima y les promete un Consolador, el Espíritu Santo. Les promete su asistencia hasta el final de los tiempos. Hoy diríamos: “*Jesús tenía corazón*”. Esto es la afectividad. La misma Eucaristía fue regalo de esta afectividad inigualable que desembocó en amor íntimo y oblativo.

Las lágrimas que Jesús derramó en varias ocasiones demuestran que Jesús no era una persona adusta o insensible, sino, al contrario, con una capacidad de afectividad fina. Le dolía que no le aceptaran como Mesías. Le dolía la suerte de su pueblo. Le dolía la injusticia, la explotación, el sufrimiento de su gente. Le dolía la ingratitud. Le dolía la terquedad de algunos.

CONCLUSIÓN

Hemos visto todo un mosaico de virtudes en Jesús. Virtudes en plena armonía, que forman la rica personalidad de Cristo, su mundo psicológico y afectivo. Estas virtudes las vivió Jesús de un modo sereno, límpido, natural, sin tensiones. Cristo representa el equilibrio, el ideal más puro de la Humanidad. A Él tenemos que mirar todos, por ser el Camino, la Verdad y el Modelo

A modo de conclusión, hagamos un breve resumen de cuanto se ha dicho: ¿Cómo era Jesús?

Ante su Padre: obediente, agradecido, atento, solícito, amoroso, delicado, respetuoso.

Ante los hombres: Demuestra un gran interés por el hombre, por cada hombre. Le ama con compasión, le habla con sencillez, le corrige con bondad y con exigencia amorosa para que se convierta; le urge la conversión del hombre. Quiere hacerle salir de su reducido mundo, abrirle horizontes, darle alas para que comprenda lo que es, lo que puede ser. Desea hacerle superar lo inmediato para que vea lo profundo de su vida y de su actuación. Usa términos absolutos: *nadie, todos, perderse*, salvarse; no se queda en las ramas, va a las raíces (Mc 8, 35; Mc 9, 43-44). Utiliza las narraciones o parábolas para iluminar las actitudes que el hombre debe tener en su vida, para enseñarle cómo debe actuar para ser mejor: el sembrador y su cosecha (Mt 13), obrero y trabajo (Mt 20, 1-16), servidor y señor (Lc 12, 45-47), ladrón (Lc 12, 39), padre e hijo (Lc 15, 11-32),

administrador y el rico (Lc 16, 1-8); rico y pobre (Lc 16, 19-31), negociantes y casas de préstamo (Lc 19, 12-23), invitados a la boda (Lc 14, 8-12), gobernantes y súbditos (Mt 20, 25). También usaba paradojas y enigmas para hacerle pensar al hombre, animarle a buscar. Emplea el género apocalíptico para recordar la inseguridad del hombre, el juicio al que está sometido, la soberanía de Dios, su paciente espera, su justicia, la maldad del pecado, la necesidad de estar vigilante (Mt 24, 36; Mt 24, 27-28; Mt 25). ¿Desde dónde enseña al hombre? Cualquier parte es púlpito: plazas, caminos, a orillas del lago, sinagoga, banquetes, templo, etc. ¿Cómo enseña? Con autoridad, con decisión, con paciencia y bondad.

Ante las cosas: amor y respeto por la naturaleza. Se ha fijado en todo: pájaros (Lc 9, 58; Lc 12,6), los cuervos (Lc 12, 24), los lirios (Lc 12, 27), la hierba del campo (Lc 12, 28; Mt 6, 30), las vides y los sarmientos (Jn 15), las uvas y los espinos, los higos y los cardos (Mt 7, 16), los juncos y hierbas agitadas por el viento (Lc 7, 24), las nubes en el cielo (Lc 12, 54), el viento (Jn 3, 80), la gallina (Lc 13, 34). Y todas las cosas las relaciona con el Padre, con el mundo espiritual. Todo es huella de Dios. Tiene en cuenta los hechos sociales, civiles y religiosos, cotidianos. Utiliza símbolos que transportan a una realidad profunda: sal, luz, candil, perfume, polilla, carcoma, viga, perla, roca, río, viento, casa, red, tesoro, grano de mostaza, grano de trigo, cizaña, etc. Todo le servía a predicar su mensaje divino. Jesús se da cuenta de las relaciones humanas, comerciales, política y religiosas, que se dan en la sociedad en que vive.

CAPÍTULO CUARTO

Los principales nombres de Jesús

Leyendo los Santos Evangelios nos sorprende la variedad de nombres que se le dan a Cristo, ya sea por parte de los evangelistas o porque el mismo Cristo se los aplica a sí mismo: Camino, Verdad, Vida, Pastor, Rey, Luz, Pan, Maestro, Compañero de camino, Resurrección, Vida, Salvador, Mesías, Cordero de Dios, etc.. Esto nos demuestra la riqueza inmensa que encierra el corazón de Cristo. Acerquémonos, pues, al Evangelio para descubrir la hondura y profundidad de su Amor.

A lo largo de los Evangelios podemos descubrir diversos títulos de Jesús. Todos nos demuestran que ha sido el hombre más grande de la historia. Muchos hombres han sido admirados, pero no siempre amados. Jesucristo es el único hombre que ha sido amado más allá de su tumba. A los dos mil años de su muerte, legiones de hombres y mujeres, dejando su familia paterna y su familia futura, sus riquezas y su Patria, despojándose de todo, han vivido sólo para Él. Jesucristo ha sido amado con heroísmo. Millares y millares de mártires dieron por Él su sangre. Millares y millares de santos centraron en Él su vida. Jesús ha sido también el hombre más combatido de la humanidad. ¿Qué tendrá este hombre que murió hace dos mil años y hoy molesta a tantos vivos? ¿Qué tendrá este hombre que sigue enterrando a sus mismos enemigos y Él sigue vivo? ¿Quién es Jesús?

Fray Luis de León ha escrito lo siguiente: *“Vienen a ser casi innumerables los nombres que la Escritura divina da a Cristo, porque le llama León y Cordero, y Puerta y Camino, y Pastor y Sacerdote, y Sacrificio y Esposo, y Vid y Pimpollo, y Rey de Dios y Cara suya, y Piedra y Lucero, y Oriente y Padre, y Príncipe de Paz y Salud, y Vida y Verdad, y así otros nombres sin cuento”*²⁰.

¿Quién es, pues, Cristo?

Aún resuena en nuestros oídos la pregunta que el mismo Cristo formuló hace dos mil años: *“¿Quién decís que soy Yo?”* (Mateo 16, 16-17).

A esta pregunta respondió su mismo Padre celestial, respondió la gente que le vio y le escuchó y respondió el mismo Jesús.

1. ¿Qué dijo de Jesús su Padre celestial?

“Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto” (Mc 1,10): se lo dijo el día del bautismo en el Jordán, antes de comenzar la predicación del Reino de Dios. ¿Qué habrá experimentado el corazón de Jesús al escuchar de su mismo Padre celestial estas hermosas palabras, llenas de cariño y de amor? ¡Qué ánimo y aliento no habrá sentido Jesús al oírlas! Sentirse el Hijo amado, el predilecto era un motivo de tanta alegría y gozo interior para Jesús. Jesús es el predilecto porque hace siempre y con amor la Voluntad de su Padre.

“Este es mi Hijo amado, mi predilecto, escuchadlo” (Mt 17, 5); lo dijo el día de la transfiguración en el monte, antes de su pasión y muerte. Aquí añade un desafío para

²⁰ En su obra, *“Los nombres de Cristo”*, I.

todos nosotros: escuchar a su Hijo. Escucharlo porque Él es la Palabra del Padre, el que trae el mensaje de parte del Padre. Escuchar implica apertura interior, cerrar los oídos a los demás ruidos. Escuchar para que esa Palabra se meta en lo profundo de nuestro corazón, nos alimente, nos interpele, nos convierta, nos arda, nos quemé y llegue a ser un volcán que salga después en erupción y alcance su lava a todos los que están a nuestro lado.

Este Hijo es distinto a los hijos de los hombres. Corría el siglo III cuando el obispo de Antioquía de Pisidia, san Acacio, fue llevado a la presencia del cónsul Marciano. Le preguntó éste:

- Así, pues, según dices, ¿tiene Dios un hijo?
- Sí que lo tiene.
- Y, ¿quién es ese hijo de Dios?
- El Verbo de verdad y gracia...
- Pues dime su nombre.
- Su nombre es Jesucristo.
- Y, ¿qué diosa lo concibió?
- Dios no engendró a su Hijo uniéndose al modo humano con una mujer..., sino que el Hijo de Dios y el Verbo de la verdad salió del corazón de Dios.

2. *¿Qué dijeron los demás de Jesucristo?*

Jesús

San Mateo nos dice así, de parte del ángel: *“Le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados”* (Mt 1,21). Son palabras del ángel a José. Este nombre expresa la misión del Hijo de Dios al encarnarse. Revela el motivo de la encarnación. Jesús en lengua hebrea se dice Yehoshuah y quiere decir Yahvéh salva, Dios salva; quiere decir, pues, Salud-dador.

Este el nombre que resume todos los demás que enunció Fray Luis de León. Es el nombre más suave. Así lo dirá san Bernardo: *“Nada más suave de cantar, nada más grato de oír, nada tan dulce de pensar, como Jesús, Hijo de Dios”*.

¡Jesús! No existe bajo el cielo otro nombre, dado a los hombres, en el cual hayamos de salvarnos (Act 4,12).

Manuel de Iribarne cuenta la muerte trágica de Francisco Pizarro diciendo: *“Pizarro quedó solo en medio de sus enemigos, que arremetieron contra él sin compasión. Atacado por todas partes, el viejo soldado se mantuvo en pie defendiéndose durante algún tiempo, hasta que su nervudo brazo se rindió a la fatiga, incapaz de sostener la espada. Martín Bilbao le asestó entonces una furiosa cuchillada en el cuello, que dio con él de bruces sobre las losas. Un surtidor de sangre caliente brotó de su garganta. Al caer, el conquistador del Perú pidió confesión a voces. Dícese que antes de lanzar su postres aliento, como español y como cristiano, trazó una cruz con*

su propia sangre en el suelo -única firma que usó en vida- y luego la besó devotamente. Un tenue y suspirado ¡Jesús! Se escapó de sus labios”²¹.

Un nombre, pues, que trae consuelo y confianza incluso en el mismo trance de la muerte trágica.

Jesús, Cordero de Dios

Así lo nombró Juan Bautista a orillas del Jordán (cf Jn 1, 29). ¿Qué quiso significar Juan? Tal vez estaba indicándolo como el verdadero Cordero Pascual (cf Ex 12,6), o tenía en mente el cordero del sacrificio cotidiano en el templo (cf Ex 29,38); o tal vez al Siervo de Yahvéh, de Isaías, llevado al matadero como corderito mudo (cf Is 53, 6,7); podía también querer resaltar su cualidad de inocencia o su disposición al sufrimiento.

Es Cordero que quita el pecado del mundo, no sólo que lo lleva. Y san Juan dice que quita y no que quitará, para indicar y significar la virtud natural de Cristo de quitar los pecados.

Jesús, Profeta

“Este es el profeta Jesús, de Nazaret en Galilea” (Mt 21, 9-11). Jesús fue el Profeta esperado. ¿Qué es una profecía? Es un conocimiento impreso en la mente del profeta mediante una revelación divina; es una señal de la divina presciencia.

¿Qué clase de profeta: taumaturgo (que obra milagros), reformador, mesiánico?

Jesús no rechaza el intento popular de colocar su obra y su personalidad dentro del marco de profetismo, pero la supera porque no sólo anuncia la venida del Reino, sino que la realiza en Él mismo. Es profeta, también, porque es rechazado y perseguido; así supera la imagen del profeta mesiánico nacionalista, apocalíptico y espectacular.

Como Profeta Jesús tuvo conocimiento del corazón del hombre. Conocía lo que había en el corazón de Natanael (cf Jn 1, 43). Conocía los pecados de la samaritana (cf Jn 4, 17-18). Conocía las murmuraciones internas de los escribas cuando sana al paralítico (cf Lc 9, 46). Conocía los juicios del fariseo cuando la pecadora lava sus pies con lágrimas (cf Lc 7, 36-50). Conocía la traición de Judas (cf Jn 13, 27). ¡Él conocía lo que hay en el corazón del hombre!

Pero Jesús fue más que un Profeta. Y con sus profecías demostró que era enviado de Dios y además demostró que era Dios. Todo cuanto Él decía lo sabía como Dios y también como Hombre.

²¹ Manuel de Iribarne, *Los grandes hombres ante la muerte*, Ed. Montaner y Simón, Barcelona 1935, p. 127

Jesús, Mesías

Elegido y ungido por Dios y enviado con una misión. Jesús no sólo no usa el término de Mesías, sino que positivamente tiene una actitud de ocultamiento y reserva en este sentido. Impone silencio a los demonios para que no lo descubran como Mesías (Cf Mc 1, 33; 3, 12; Lc 4, 41).

Pero ocurre también que a Jesús le preguntan si es Él el Mesías y responde diciendo: “*Sí, pero...; sí, pero no del modo como vosotros pensáis*”.. Su mesianismo va a escandalizar, va a defraudar a muchos, va a ser signo de contradicción, una piedra de escándalo para los judíos.

Cristo había sido reacio a confesar públicamente su identidad mesiánica. Tenía el peligro de que le entendieran en sentido político-nacional, cuando su misión era otra muy distinta. Y cuando lo confesó públicamente en la Pasión, ante el sumo sacerdote, fue tratado de blasfemo.

Jesús, Hijo de David

Jesús no se lo aplica nunca espontáneamente, aunque tampoco lo niega cuando se lo atribuyen (Mt 21, 9-15). La muchedumbre lo considera como hijo de David (Mt 12, 23-27; Mc 10, 47-48; Lc 18, 38-39); pero Jesús no reivindica dicho título, como si tuviese miedo a la exaltación política que ello traería consigo. Era en tiempos de Jesús uno de los títulos de más acusado trasfondo político.

Jesús, el Hijo del hombre

Tiene estos sentidos:

Primero: Hijo del hombre en clara referencia al texto de Daniel (7, 9-14). Con ellos viene a indicar que su mesianismo es divino. En efecto, el hijo del hombre es preexistente, proviene del cielo y aparece junto al anciano sobre la nube, lugar de las manifestaciones de Dios.

Segundo: Jesús, al usar el título de hijo del hombre, lo hace en conexión con la función del siervo de Yavé, en cuanto que su mesianismo de origen divino y trascendente se realiza con la misión de redimir a la humanidad (Mateo 20, 28), perdonar los pecados, juzgar, consolar a los pecadores. Jesucristo emplea este título ochenta y dos veces.

Tercero: Hijo del hombre por ser verdadero hombre. Es el hijo de hombre más extraordinario de todos. Hijo de hombre porque sufrirá todo tipo de humillaciones, porque no tendrá donde reclinar la cabeza. Une la función del Hijo del Hombre con la del siervo de Yavé humillado, servidor y sufrido.

Jesús, Maestro

Es curioso ver que de un total de cincuenta y ocho veces en que aparece la palabra “maestro” en el Nuevo Testamento, cuarenta y ocho se encuentran en los evangelios, y cuarenta y uno referido a Jesús. En muchas ocasiones se dice en el

evangelio que Jesús “enseña” a los discípulos y a la gente. La actividad pública de Jesús se caracteriza por su enseñanza, por lo que parece justificado hablar respecta a Él designándolo como “Maestro”.

Jesús enseña en los lugares públicos de carácter religioso, dirigiéndose a la gente que allí se reúne: en la sinagoga los días de sábado y en el área del templo²². Ocasionalmente los evangelios mencionan la actividad de enseñanza al aire libre²³, a la orilla del mar²⁴ o en las plazas de la aldea²⁵.

La instrucción de Jesús se dirige a la gente sin distinción alguna o a los discípulos por separado²⁶. La forma de enseñanza de Jesús corresponde a la de la tradición bíblica, sapiencial y de las escuelas judías: sentencias proverbiales, semejanzas, parábolas, etc.

Este título de Jesús Maestro será objeto de todo un capítulo más adelante²⁷.

Jesús, Señor

Superior a todos, de condición divina. El título “Señor” se refiere más directamente a las relaciones de Cristo con nosotros. La función magisterial de Jesús, según el primer evangelista, tiende a coincidir con la de “Señor” de los discípulos, hasta el punto de que ninguno de ellos puede arrogarse el título de “maestro”²⁸. En concomitancia con esta acentuación del papel autorizado de Jesús en el evangelio de Mateo, los discípulos se dirigen a Jesús dándole el título de “Señor”, mientras que son los demás, los de fuera, los que llaman a Jesús “maestro”. También el evangelio de Lucas revela esta tendencia a reservar el uso del título “maestro” para los que son extraños al grupo de los discípulos, mientras que estos últimos llaman a Jesús “Señor”²⁹.

Jesus, Hijo de Dios

Jesús al presentar al Padre, indirectamente se está revelando a sí mismo como el Hijo en un sentido único y trascendente. No es que busque su gloria al revelarse como el Hijo; es que al revelar la gloria del Padre, inevitablemente revela la suya propia.

Es en el evangelio de san Juan donde Jesús se presenta como el Hijo en un sentido único y trascendente. La relación única entre ambos la presenta mediante un conocimiento mutuo único (Jn 1, 18: 10, 15; 17, 25), un amor recíproco también exclusivo (Jn 5, 20; 14, 31; 17, 24.26), mediante la unidad de ambos en la acción (Jn 5, 17.19.20.30), que hace que los dos sean una misma cosa (Jn 14, 10; 17, 21-22). De este modo, quien honra al Padre honra al Hijo (Jn 5, 22-27), y quien ve al Hijo ve igualmente al Padre.

²² Cf. Mc 1, 21; 6, 2; 14, 49; Jn 6, 59; 7, 14; 18, 20

²³ Cf. Mt 5, 2; Mc 6, 34

²⁴ Cf. Mc 2, 13; 4, 1

²⁵ Cf. Lc 13, 26

²⁶ Cf. Mc 2, 13; 8, 31; 9, 31

²⁷ Capítulo 20

²⁸ Cf. Mt 23, 8.10

²⁹ Cf. Lc 8, 24

Este es el secreto de la vida íntima de Jesús: su filiación divina. Hay en él, junto a su condición divina, una atracción continua del Padre, un deseo de estar a solas con Él; deseo que a veces sólo puede cumplir quedándose toda la noche de oración tras una jornada agotadora de actividad. Parece como si la esencia misma de la personalidad de Jesús fuese su relación con el Padre. Era algo obsesivo en Él. Incluso le llamaba “abbá”, papá, expresando así la conciencia de su filiación divina.

Jesús nos ha introducido por adopción en la relación única filial que él mantiene con el Padre. Ser cristiano es ser hijo en el Hijo.

Jesús, Mesías, el Hijo de Dios vivo³⁰

Jesús no se autodesigna nunca como el “mesías”. Son los otros, los discípulos o la gente quienes lo llaman mesías, *christós*, o con fórmulas equivalentes como “hijo de David”.

No sólo Jesús no se presenta nunca como “mesías”, sino que se muestra reticente y en algunos casos contrario frente a semejante reconocimiento por parte de los demás. Incluso cuando Pedro le confesó como Mesías, les impuso a todos los apóstoles severamente que no hablasen de él a nadie (cf. Mc 8, 30). Se trata del famoso secreto mesiánico. ¿Por qué? Porque había tendencia de entender el término “mesías” desde el punto de vista demasiado político y social. Y Jesús quería evitar a toda costa ese significado. No es un mesías político ni social, sino un mesías espiritual, un ungido de Dios, que nos salvó del pecado a través de su pasión y muerte en la cruz. No vino a instaurar un mesianismo nacionalista judío. Incluso la fuerte acentuación religiosa de su proyecto, que incluye una nueva imagen de Dios-Padre que acoge a los pobres, a los pequeños y desamparados, a los pecadores y a los extranjeros, choca abiertamente con la visión de un mesianismo político. Además, la propuesta de una síntesis ética que se caracteriza por el amor gratuito y universal que abraza incluso a los enemigos no se presta a la realización de un programa mesiánico de tipo revolucionario y socializante.

De hecho, Jesús con sus opciones y sus tomas de posición defraudó las esperanzas mesiánico-nacionalistas.

Jesús, Salvador

Jesucristo vino a salvar al hombre, no tanto a las circunstancias molestas. Por eso, aún con la venida de Cristo Salvador, perdura el mal en el mundo, sobre todo el mal físico (cf. Mt 19, 12-13; Mc 1, 14-15). Vino a salvar a todo el hombre: sea en el alma, sea el cuerpo. Y vino a salvar a todos los hombres (cf. Mt 28, 19-20). Esa salvación supuso un cambio interior del hombre. La salvación de Cristo nos hace hombres nuevos.

¿Cómo nos salvó? Encarnándose, muriendo por nosotros, satisfaciendo y reparando nuestro pecado.

³⁰ Cf. Mt 16, 16; Mt 26, 63; Mt 22, 42; Mc 15, 32; Lc 23, 35

Nosotros recibimos la salvación reconociéndonos pecadores, abriéndonos a esa salvación en los sacramentos. Estamos llamados a ser co-salvadores con Cristo, mediante nuestro sacrificio, nuestro apostolado directo.

3. *¿Qué dijo Jesús de Sí mismo?*

Yo soy (Jn 8,24; Jn 8,28); 8, 58; Jn 13,19): significa existencia, identidad, autenticidad, veracidad, unidad, coherencia. Detrás de esa definición se esconde esta gran verdad: Jesús es la Existencia que da la existencia y consistencia a todo lo demás. Quien se une a Jesús, quien lo sigue, quien trata de imitarlo será una persona que viva en la verdad, autenticidad, identidad consigo mismo. Y evitará la duplicidad, la doblez de vida, las fisuras, los resquebrajamientos, la esquizofrenia.

Yo soy el Camino (Jn 14,6): camino para ir al Padre, camino para entender al Padre, camino para entender la verdad profunda del hombre, camino para la realización humana, camino para la solución a todos los problemas socioeconómicos y culturales. Quien se aparta de este Camino se perderá, tropezará, se desviará y no llegará nunca al puerto de la salvación y de la felicidad eterna. Quien sigue este Camino, que a veces es arduo y empinado, llegará, aunque llegue cansado, sin fuerzas y arrastrándose. Él es el Camino y el gozo al fin del camino, pues nos está esperando al final con los brazos abiertos.

Yo soy la Verdad (Jn 14,6): Ha venido a traer la Verdad de Dios, la Verdad del mundo, la Verdad del hombre, la Verdad de las cosas materiales, la Verdad del sufrimiento, la Verdad de la muerte, la Verdad del más allá. Quien se aparta de esta Verdad, caerá en el error, en la mentira, en la incoherencia, en la inautenticidad. Quien sigue a esta Verdad, la ama, la vive, la defiende, podrá sentirse libre, pues “la verdad os hará libres”.

Yo soy la Vida (Jn 11, 25 y 14,6): Ha venido a traer la vida divina, de la que Él disfrutaba al lado del Padre. Y esa vida divina nos viene a través de los sacramentos y de la oración. Quien no se acerca a Jesús experimentará tarde o temprano los síntomas de la muerte. Quien sigue a Jesús, que es Vida, no morirá jamás, sino que vivirá eternamente. Es promesa de Jesús. Y Él cumple, porque es la Verdad.

Yo soy la Resurrección (Jn 11,25): Así como Él resucitó, así también nosotros, si creemos en Él, si lo seguimos, si lo amamos, resucitaremos. Y resucitaremos con nuestros mismos cuerpos. Y estos cuerpos se unirán a nuestras almas inmortales, para nunca más morir. Y unidos cuerpo y alma se formará, una vez más, nuestra persona, ya gloriosa y transfigurada, cuyo único objetivo será alabar, amar y servir a Dios en esos cielos nuevos.

Yo soy la Luz del mundo (Jn 8,12): Antes de su venida, una espesa oscuridad se cernía sobre el mundo y Él vino a traer la Luz del cielo, donde todo es transparencia, luminosidad, claridad. Quien sigue a Jesús no tropezará ni caerá, porque Él ilumina nuestro sendero. Quien sigue a Jesús no tendrá frío, porque su luz es calor para el alma.

Yo soy el Buen Pastor (Jn 10, 11): Hay tres tipos de pastores: el bueno, el malo y el mercenario. El *pastor mercenario* es asalariado, no busca el bien de las ovejas, sino

que se sirve de las ovejas para su propio provecho; no ama a las ovejas, ama el oro que le pagan por cuidarlas. El **pastor malo** es el ladrón que salta la valla para robar. Y el **Buen Pastor** es el que da la vida por sus ovejas; es Cristo. Y será Buen Pastor quien se configura con el único Pastor y está dispuesto a dar la vida por las ovejas. ¿Qué hacer ante estos tres tipos de pastores? Debemos reconocer al Buen Pastor para amarlo, respetarlo, obedecerle; al mercenario hay que tolerarlo³¹; al ladrón, evitarlo, porque si no lo evitamos, nos roba el alma³².

Yo soy la Puerta de la ovejas (Jn 10,7 y 9): puerta por la que se entra y se sale y por la que entran tanto las ovejas como los pastores, aunque no todos los pastores, sino sólo los verdaderos. Significa que Él es la Puerta de la Vida y el Camino de la Redención. Es el único mediador entre Dios y los hombres. Es la Puerta para entrar en la Casa del Padre. Es la Puerta para entrar en el Banquete celestial. Es la Puerta para entrar en la Vida eterna y feliz. Otras puertas conducen tal vez al vacío, a la violencia, a la nada, a la muerte. Quien es pastor lo único que debe hacer es hacer que sus ovejas pasen por esta Puerta que es Jesús. Quien es oveja lo único que debe hacer es hacer caso al Buen Pastor y a los pastores que le representan y entrar por esa Puerta, desoyendo la voz de los ladrones que saltan la tapia, porque quieren matar y robar. Y entrando, tendrán vida y vida en abundancia.

Yo soy el Pan de la vida (Jn 6, 35 y 48): ¡Qué atrevimiento! Darse Él como Comida, en cuerpo y sangre, alma y divinidad. ¡Nadie habló como Él! Pan porque es el elemento más sencillo, lo que nunca falta en la mesa de los pobres. Pan porque se puede partir, compartir y repartir. Pan que pide ansia interior de esa comida espiritual y corazón limpio. Pan que nutre al débil, que consuela al triste. Pan que se hace uno con nosotros; o, mejor, nosotros nos hacemos uno con ese Pan y podemos entrar en intimidad y unión tal, que nadie podrá separarnos. Eso es la Comunión, la común unión con Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre.

Yo soy la Vid verdadera (Jn 15, 1): La Vid es la que da savia y alimento y fruto a los sarmientos. Los sarmientos somos nosotros. Sólo quien está unido a esa Vid tendrá vida y no se secará. Quien no está unido a esa Vid, se seca, se corta, se arroja fuera y se quema. ¿Para qué sirve, si no? ¿Queremos dar frutos en la vida personal, en la vida familiar, en la vida social? Unámonos a esta Vid. E injerremos a esta Vid a esos sarmientos que tal vez se desgajaron o se dejaron desgajar, consciente o inconscientemente.

Yo soy Rey (Jn 18, 37): No un rey temporal, político, social que subyuga, esclaviza a sus súbditos. Más bien, es un Rey pobre pobre materialmente, pero rico espiritualmente; es un Rey entregado a la Causa encomendada por el Padre; es un Rey humilde, pero consciente de su Realeza. Es un Rey que sirve, sale de palacio para caminar por nuestros caminos polvorientos y ver las necesidades de cada uno de sus súbditos y así poner soluciones. Nuestro Rey sufre nuestras miserias y dolores y los

³¹ Verdad es que algunos predicán el Evangelio no con recta intención sino por torpe lucro, pero al menos el nombre de Jesucristo es anunciado (cf Fil 1, 15-18); aunque su corazón esté partido y aunque en el fondo sean estériles, el nombre de Jesús es predicado. De éstos se nos dice que hagamos lo que dicen pero no lo que hacen (cf Mt 23, 3). Dios sabe escribir derecho aun con líneas torcidas.

³² Serían todos los que fueron pastores, pero se dejaron atrapar por la herejía, tergiversan a Cristo, no lo reconocen como Único Salvador, lo falsifican, lo deforman, lo aguan. Entran al aprisco para robar y atrapar a esas ovejas y llevárselas a su redil.

comparte. Es un Rey especial, porque tiene como trono, la cruz; como cetro, la verdad; como ley, el amor y el perdón; como vestidura, la humildad y la pureza; como corona, una de espinas labrada con todos los pecados nuestros. Su Reinado son las naciones, las familias, cada corazón, donde Él quiere reinar, si le dejamos. No quiere que nadie quede fuera de su Imperio de amor y de paz. Este Rey pide súbditos fieles y felices de enarbolar su bandera, de servirle, de transmitir su ley y su mensaje. Estos súbditos fieles no cambian este Rey Jesús ni por el rey de copas, que sería el rey-placer, ni por el rey de oros, el rey-dinero, ni por el rey de bastos o de espada, el rey-violencia. Dicen “Viva Cristo Rey” con los labios y con la vida. No quiere ni súbditos infieles ni cobardes o mediocres, que viven éstos últimos en el ejército de Cristo, pero no luchan, no trabajan, no se esfuerzan, por seguir la ley del mínimo esfuerzo, de la queja continua, del sabotaje y de la mentira.

4. *Otros títulos*

Siervo de Yavé: que está íntimamente unido a Dios y que sufrirá por nosotros.

Sumo sacerdote: que es el puente más directo para unirnos a Dios.

Mediador: intermediario ante Dios de nuestras necesidades.

Juez: que juzgará en el último día.

Santo de Dios: hijo de Dios.

CONCLUSIÓN

Todos estos títulos nos demuestran la riqueza escondida en Jesús, el Hijo de Dios. Es la riqueza que Dios Padre quiso compartir con la humanidad. Cada uno de nosotros va haciendo a lo largo de la vida diversas experiencias de Jesucristo. Lo importante es estar abierto a este Pozo insondable y acercarnos cada día a sorber aunque sólo sea una gota de su agua saciativa y refrescante.

Ojalá terminemos nuestra vida con el nombre de Jesús en nuestros labios y en nuestro corazón. Con solo escuchar este nombre el alma se pacifica, el corazón se enardece y se ensancha. ¿Cómo no predicarlo por todos los rincones del mundo? En Él está la salvación.

CAPÍTULO QUINTO

Las diversas herejías cristológicas a lo largo de los siglos

Es curioso constatar que a lo largo de los siglos no se ha sabido entender a Jesús. Esto es lógico, porque es un misterio: un Dios con dos naturalezas, una divina y otra humana. Casi todas las herejías han mirado a Jesús desde un ángulo de vista y han despreciado o minusvalorado, consciente o inconscientemente, el otro. Pero todas las herejías han aportado mayor luz a este Misterio y la Iglesia ha podido profundizar en este Único tesoro que da razón de nuestra fe: Jesucristo. Así pues podemos decir con san Pablo: ***“Para los que aman a Dios, todo coopera al bien”***; también las herejías, porque, gracias a ellas o a causa de ellas, ha salido resplandeciente, luminosa y espléndida la figura de Jesucristo nuestro Señor.

Jesús ha sido, es y será un misterio, porque es al mismo tiempo Dios y hombre verdadero. En Él conviven dos naturalezas distintas, la humana y la divina, en una sola Persona divina. Por eso, las diversas herejías cristológicas se han dado por no saber conjugar estas dos realidades: es al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero hombre. Unos, por querer valorar la divinidad, menoscaban la humanidad. Otros, por el contrario, por querer valorar la humanidad, menoscaban la divinidad o, simplemente, la niegan. El dogma católico, en el concilio de Calcedonia, lo expresa así: ***“Nuestro Señor Jesucristo es verdaderamente Dios e Hijo unigénito de Dios, y verdaderamente hombre nacido de María, dotado de alma racional y de cuerpo; consubstancial al Padre según la divinidad y consubstancial a nosotros según la humanidad, en todo menos en el pecado; ambas naturalezas, perfectas y sin confusión, conforman una única persona divina”***

Estas son las principales herejías o errores doctrinales sobre la persona de Jesús, Hijo de Dios:

1. **Docetismo**: herejía difundida en el siglo I, por Marción, Valentín y Basílides (estos últimos, gnósticos) que reduce la carne de Cristo a una apariencia: *“Parece que come, parece que camina, parece que está cansado...”*. Tanto san Juan en sus cartas (1 Jn 4, 2) como san Ignacio de Antioquía luchan contra este error. Jesús es verdadero hombre que come, bebe, se cansa, camina, llora, se admira. Jesús caminó por las calzadas polvorientas de Israel. Jesús miró con sus propios ojos a niños inocentes, a hombres enfermos, a fariseos complicados. Jesús amó con corazón también humano.

2. **Ebionismo**: herejía difundida en el siglo II en ambientes judeocristianos que niega que Cristo haya sido engendrado por el Padre y reconoce en Cristo al hombre investido por el E.S. en el Bautismo. Esta herejía fue condenada por san Ireneo de Lyon diciendo que Cristo es verdadero hombre y verdadero Dios. Verdadero Dios porque sólo Dios puede dar eficazmente la salvación y restablecer la unión con los hombres. Verdadero hombre porque corresponde al hombre reparar su falta. Por ser Dios reparó la ofensa infinita que el hombre perpetró contra Dios. Por ser Hombre el hombre quedó redimido y su cuenta saldada.

3. **Adopcionismo**: herejía difundida en el siglo II por Teodoro el viejo y Pablo de Samosata que dice que Cristo es un simple hombre, adoptado por Dios como portador de una gracia divina excepcional. Niega, por tanto, la Trinidad y la divinidad de Cristo y la encarnación del Verbo. Volvemos a lo mismo: Jesús es verdadero Dios y verdadero

Hombre. Se necesita fe para creer esto, pues Cristo, no lo olvidemos, es un misterio. Sólo los humildes y sencillos se abren totalmente a este misterio.

4. **Gnosis cristiana**³³: herejía difundida en el siglo II por Marción, Valentín, Epifanio y Simón el mago, según la cual Jesús no es Dios sino un “eón” en medio de los demás que ha venido para dar el conocimiento al hombre engañado por sus sentidos. Cristo desciende sobre Jesús en el momento del bautismo. Es una herejía, pues crea en Jesús un dualismo de personas y desvirtúa su misión divina y redentora. Fue combatida esta herejía por san Hipólito y san Ireneo. En Jesús hay una sola persona, la divina, con dos naturalezas, la humana y la divina. De nuevo, el misterio, ante el cual nuestras rodillas deben doblegarse. Si tuviera dos personas, tendría también dos personalidades; habría dos centros de comando. La salud psíquica y psicológica correría riesgo. Esta única persona divina de Cristo hace uso de las dos naturalezas, sin mezcla y confusión, como de dos manos. Las dos naturalezas son instrumentos que la Persona divina de Jesús utiliza para realizar su misión salvadora.

5. **Arrianismo**: herejía difundida en el siglo III por Arrio, que niega la divinidad de Cristo. Cristo, dice, es hijo adoptivo de Dios, no consubstancial al Padre. Y el E.S. es la primera criatura del Hijo, por tanto, inferior a Él. Esta herejía fue condenada en el concilio de Nicea (325): “Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre”. San Jerónimo pronunció una frase célebre: “*El mundo se despertó un día y gimió de verse arriano*”. Muchísimos sacerdotes y fieles habían sido martirizados, los obispos católicos arrojados al destierro y sustituidos por arrianos. Todo esto por culpa del emperador Constancio II, arriano, que se había adueñado de todo el Imperio. Fue quien dijo: “*Se acabaron los niceanos (es decir, los católicos)*³⁴; *hemos triunfado los cristianos (es decir, los arrianos); si solamente pudiéramos agarrar y ahorcar a ese bandido obispo de Alejandría*”. Se refería a un gran defensor de la fe católica, Cirilo de Alejandría.

6. **Apolinarismo**: herejía difundida en el siglo IV por Apolinar, que niega el alma humana de Cristo, creyendo que esa alma humana sería como la nuestra, pecaminosa. Así creía salvar la divinidad de Cristo. La Iglesia en el sínodo de Alejandría (362) afirmó el alma de Cristo diciendo: “*El Verbo se encarnó para salvar alma y cuerpo; por ello tuvo que tomar un cuerpo*”. Y el sínodo de Roma del 377 condenó la herejía de Apolinar. El alma humana de Cristo no es pecaminosa, porque no tuvo pecado original, y, por los mismos, tampoco las consecuencias de ese pecado original, con el que nacemos todos los mortales. Sólo el pecado es quien deja la marca pecaminosa en el alma. Jesús no tuvo pecado, por tanto, la conclusión es bien clara.

7. **Nestorianismo**: herejía difundida en el siglo V por Nestorio, obispo de Constantinopla, que sostenía dos personas en Cristo: una divina y otra humana. El concilio de Calcedonia del 451 dice que en Cristo hay dos naturalezas separadas, unidas en una sola persona, la del Verbo. ¿Qué pensaríamos de un hombre que tenga dos personas o dos personalidades incorporadas en su ser? ¿Quién mandaría de las dos? ¡Qué lucha dentro de ese mismo ser!

³³ Cuando se habla de “gnosis” se hace alusión a ese conocimiento esotérico (gnosis viene del verbo griego “conocer”), adquirido no por aprendizaje u observación empírica, sino por revelación divina, como emanación de Dios. Esta gnosis ha dado mucha guerra a la Iglesia desde entonces y muchas sectas de hoy siguen este camino. De la gnosis al panteísmo hay sólo un paso.

³⁴ Refiriéndose al concilio de Nicea, donde se aclaró que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre.

8. **Monofisismo**: herejía difundida en el siglo V por Eutiques, archimandrita de Constantinopla, que sostenía una sola naturaleza en Cristo, la divina. Dio respuesta el concilio de Calcedonia del 451: en Cristo hay dos naturalezas: una, divina, y otra, humana. Si fuera verdadera esta herejía, ¿cómo se explicarían tantas actitudes de Cristo en el Evangelio: Jesús se cansaba, comía y bebía, caminaba, tenía unas manos, lloraba, se llenaba de santa cólera? Si no hubiera tenido naturaleza humana, no hubiera podido realizar estas actividades que son humanas.

9. **Monotelismo**: herejía difundida en el siglo VII por Sergio, patriarca de Constantinopla, que sostenía una sola voluntad en Cristo, la divina. La Iglesia dio respuesta en el III concilio de Constantinopla (680-681): *“En Cristo hay dos voluntades sin división, sin cambio, sin separación ni confusión”*. Las dos voluntades no se oponen en Cristo, porque la voluntad humana sigue sin resistir ni oponerse, sometiéndose libre y amorosamente a la voluntad divina omnipotente.

10. **La herejía de este siglo XX**: hoy día pulula por ahí una herejía muy grave. Por querer acercar tanto a Cristo a los hombres y por pedir que solucione nuestros problemas económicos y materiales, se ha despojado de Cristo toda su dimensión divina y espiritual. Para esta herejía, Jesús no vino para salvarnos del pecado, no murió en la cruz para redimirnos y abrirnos las puertas del cielo; sino que vino como guerrillero, inconformista y violento que quiere poner orden y justicia, echando mano de la violencia y la guerra, y destruyendo a todos los ricos y capitalistas, para así dar de comer a los pobres. ¿En qué Evangelio se dice esto? Sólo habiendo bebido en fuentes marxistas se ha podido llegar a estas aberraciones. El Papa Juan Pablo II nos ha dado luz sobre este gran peligro en su documento sobre las luces y sombras de la teología de la liberación³⁵. Este error distorsiona la misión de Cristo, pues Cristo vino a liberarnos del pecado que se esconde en el corazón de cada hombre. Eliminado el pecado, podrán cambiarse más fácilmente las estructuras de pecado. Quienes defienden esta posición dicen a Cristo: *“Lo urgente hoy es el estómago, la cultura, la distribución de la propiedad. Cuando hayamos concluido todo eso -y sólo lo lograremos a través de la revolución- puedes tú venir al mundo para hablarnos de tu Padre Celestial. De momento, de tu Reino lo que nos interesa es lo que nos ayuda a un planteamiento revolucionario. Y no te extrañe si nosotros te “utilizamos”, si adaptamos tu predicación a nuestras ideologías: lo mismo viene haciéndose desde hace dos mil años”*.

CONCLUSIÓN

Las herejías no nos deben escandalizar ni desalentarnos. Al contrario, nos invitan a afianzar y a afirmar mejor nuestra fe, para seguir dando razones de ella a quienes nos pidan. La Providencia de Dios sabe llevar nuestra historia por los vericuetos que a Él le parezcan más apropiados para manifestar su Sabiduría y su Misericordia con todos nosotros. Al mismo tiempo, nos hacen vigilar, porque nadie está seguro de no caer. *“Qui se existimat stare, videat ne cadat”*, nos dice san Pablo en 1 Corintios 10, 12, es decir, el que se cree estar firme, cuide para no caer.

³⁵ Ha habido dos documentos muy importantes al respecto: el primero llamado *“Algunos aspectos de la teología de la liberación”* del 6 de agosto de 1984; y el otro, *“Libertatis conscientia”* del 22 de marzo de 1986, sobre la libertad cristiana y liberación. Ambos, emanados de la Congregación para la Doctrina de la fe, con la aprobación del Papa Juan Pablo II.

CAPÍTULO SEXTO

Jesús y los apóstoles

Para cumplir su misión, Jesús no se bastaba a sí mismo. Quiso rodearse de un grupo de amigos. Los necesitaba, ¿por qué no? No vive en una lejana nube de admiración distante. Está con ellos. Vive con ellos. Les habla, les forma, les educa. Come con ellos. Un Buda y un Mahoma están humanamente mucho más lejos de sus seguidores que Jesús de sus apóstoles. En lo humano, entre Jesús y los suyos hay una hermosa corriente de compañerismo y fraternidad. En lo divino, sí, hay una barrera que marca el misterio de la divinidad. A estos íntimos, les hace partícipes de sus secretos, de su amistad, de su misión.

Jesús en su paso por la tierra quiso formar una comunidad de íntimos, con la que comenzó su Reino, su Iglesia. Los eligió porque Él quiso, y los llamó de distintos pueblos, condiciones sociales y modos de pensar. Ellos, para seguir a Jesús, dejaron todo, y se lanzaron a este mundo, confiados en este Jefe y Maestro, que les ha invitado, viviendo bajo el aire y el sol, y durmiendo donde les sorprendía la noche.

1. Características de estos doce

Los elige uno por uno, así como son, con cualidades y defectos. Cada uno es distinto. Distintos en pueblo, condición social e ideología: unos eran ricos, otros pobres; revolucionarios algunos, colaboracionistas aprovechados otros; solteros, unos, y casados, otros; unos más íntegros moralmente; otros, no tanto. A todos ellos, Jesús llama libremente, no porque hubieran hecho algo especial, sino porque Él quiso, sin mérito alguno. Constituyen un grupo elegido.

Los forma en grupo. Jesús les forma de manera especial, les abre su corazón, les explica a solas su mensaje profundo. Les revela quién es su Padre celestial. Jesús actúa con ellos de manera muy diferente a la de un maestro que transmite una enseñanza teórica. Se hace compañero de tarea y misión. No es un Sócrates que enseña desde su elevado puesto, sino un amigo íntimo que comparte y vive con ellos la misma suerte y destino, come con ellos en la misma mesa y duerme a su lado. Les forma en la vida cotidiana.

Los lanza a la misión de dos en dos, nunca en solitario. La misión hay que hacerla juntos. Los lanza a la predicación, a anunciar ese Reino que Jesús vino a establecer aquí en la tierra y que tendrá su cumplimiento allá en el cielo. En esa tarea les promete su asistencia, pero no les ahorrará dificultades y las espinas del camino. Lucharán, sufrirán, serán perseguidos³⁶. No les esconde la cruz. Al contrario, les invita a llevarla todos los días.

Con ellos crea un nuevo estilo de vida, cuya ley suprema es la libertad y el amor. Los quiere libres. Por eso, les invita a seguirle, no les obliga. Esta libertad engendra alegría. Los quiere alegres, porque está con ellos el Esposo en plena fiesta y banquete³⁷. Esta libertad no es la libertad para hacer lo que les venga en gana. Es, más bien, la libertad de los hijos de Dios, que quiere a Él sólo servir.

³⁶ cf. Mt 10, 22

³⁷ cf. Mt 9, 15

La Causa del Evangelio, de la Buena Nueva, les exige dejar todo, para seguir radicalmente a Jesús. Tendrán que romper todos los lazos familiares, no porque ya no quieran a su familia, sino porque lo exige la dedicación total, absorbente a la Causa del Reino. Deben optar por Cristo y dedicarse a Él las veinticuatro horas del día, desprendiéndose de todo lo demás.

2. *¿Qué misión les encomendó?*

Estar con Él: misión a vivir con Él, a hacer la experiencia íntima de Él, a tenerlo como amigo íntimo del alma, hasta llegar a pensar como Él, sentir como Él, amar como Él. Es lo que llamamos la identificación real con Jesús.

Predicar el evangelio a todo el mundo: para que todos los hombres lleguen a conocer a Jesucristo y su mensaje de salvación. Por eso, se lanzaron por todas partes y gracias a ellos se esparció la semilla del Evangelio.

Ser luz del mundo: Luz que ilumina todos los rincones de la sociedad. Luz que calienta los corazones fríos.

Ser sal de la tierra: sal que da sabor a la vida. Sal que preserva de la corrupción.

Echar demonios: echar demonios del cuerpo y demonios del alma.

Curar enfermos: curar cuerpos y curar almas.

Enseñar a guardar todo lo que Él les ha mandado: fidelidad al mensaje.

Bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: para hacer a todos hijos de Dios.

3. *¿Quiénes son los doce?*

Simón Pedro es quien tiene la más recia personalidad del grupo y es un hombre de una sola pieza. Llamado por Jesús, mirado por Jesús, escogido por Jesús. Más allá del pescador de Galilea veía Jesús a toda su Iglesia hasta el fin de los tiempos. Así como conoce su pasado, también sabe cuál es su porvenir: *“Tú serás llamado Cefas”*. Confiesa la divinidad de Jesús³⁸. Un líder indiscutible, ardiente, orgulloso, terriblemente seguro de sí mismo, enemigo de las medias tintas, duro en sus palabras, emocionante en su fidelidad al Maestro, dramático en su traición, generoso en su arrepentimiento. Testigo de la resurrección de la hija de Jairo³⁹, de la transfiguración en el Tabor⁴⁰, de la agonía de Cristo en Getsemani⁴¹. Quiso andar sobre las olas, pero dudó de Jesús⁴². Jesús le hizo jefe del grupo, pero a renglón seguido, le corrige sus miras humanas y terrenales⁴³. A pesar de su caída, Jesús le recupera y le confiere el primado después de

³⁸ CfMt 16, 21-23

³⁹ CfMc 5, 37

⁴⁰ CfMc 9, 2-10

⁴¹ CfMc 14, 33-42

⁴² CfMt 14, 28-31

⁴³ CfMt 16, 21-23

la pesca milagrosa: “*Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos*”⁴⁴. Jesús predijo su martirio⁴⁵ y Pedro dará la vida por Él, con gusto y valentía.

Andrés, su hermano: un tanto tímido, profundamente religioso. Más constante que su hermano Pedro. Austero. También llamado, escogido por Cristo. Será Andrés quien presentará a Jesús unos griegos que querían verle⁴⁶. Será él quien preguntará a Jesús sobre el fin del mundo⁴⁷.

Santiago el Mayor, de genio vivo, ambicioso. Fue el primero en morir por Jesús, martirizado por Herodes Agripa⁴⁸. No olvidemos que ya Cristo había predicho su martirio como respuesta a su ambición⁴⁹. Comido por el celo de Dios, decidido a imponer las cosas a sangre y fuego⁵⁰. Uno de los tres preferidos del Maestro.

Juan, el hermano de Santiago: joven, fresco, virgen, culto, discípulo amado. Enamorado de la luz y de la verdad. Valiente hasta la cruz. Jesús le reprocha su espíritu vengativo⁵¹. Presente también, como Pedro y su hermano Santiago, en la resurrección de la hija de Jairo, en el Tabor y en la agonía de Jesús. Ayuda a Pedro a preparar la Pascua⁵². En la Última Cena tuvo la gracia de recostarse en el seno de Jesús y escuchar los latidos de su sacratísimo corazón⁵³. Cristo le confía a su Madre⁵⁴. Llega el primero al sepulcro vacío de Cristo, vacío; vio y creyó⁵⁵. Reconoce a Cristo cuando se aparece junto al lago de Tiberíades, con esa mirada de águila que tenía⁵⁶. Es encarcelado, juzgado y puesto en libertad, como nos dicen los hechos de los apóstoles⁵⁷.

Felipe de Betsaida: hombre sencillo, comunicativo. Llamado por Jesús⁵⁸. Jesús le preguntó dónde comprar panes para dar de comer a esa multitud⁵⁹. Y él, realista y con los pies en la tierra, le dice que no bastaría el sueldo de un año para que cada uno recibiera un pedazo⁶⁰. En la Última Cena dijo a Jesús una de las oraciones más bellas que ha recogido el Evangelio: “*Muéstranos al Padre y eso nos basta*”⁶¹.

Bartolomé o Natanael: Es uno de los de mayor vida interior del grupo, pero es también cauteloso y desconfiado. Alguien que, antes de aceptar las razones del que le habla, las mira y las remira sin precipitaciones. Tal vez ha tenido ya alguna gran

44 Cf Jn 21, 1-17
 45 Cf Jn 21, 18-23
 46 Cf Jn 12, 20-23
 47 Cf Mc 13, 3-4
 48 Cf Hechos 12
 49 Cf Mc 10, 35-41
 50 Cf Lc 9, 54-56
 51 Cf Lc 9, 54-56
 52 Cf Lc 22, 8-13
 53 Cf Jn 13, 21-26
 54 Cf Jn 19, 25-27
 55 Cf Jn 20, 3-10
 56 Cf Jn 21, 1-14
 57 Cf 4, 1-23
 58 Cf Jn 1, 43
 59 Cf Jn 6, 5
 60 Cf Jn 6, 7
 61 Jn 14, 8

desilusión en su vida cuando Felipe le habla de que ha descubierto al Mesías. Jesús le elogia⁶².

Tomás pasará a la historia como símbolo de la desconfianza. Un poco contradictorio. Apasionado, unas veces, como cuando dijo: “*Vayamos también nosotros a morir con él*” (Jn 11,16). Sincero y destemplado, otras veces, como cuando dijo: “*Si no sabemos a dónde vas, ¿cómo vamos a saber el camino?*” (Jn 14,5). Independiente, arisco y solitario, pues no estaba con los demás cuando Jesús se apareció resucitado (cf. Jn 20, 24-29).

Mateo es un personaje extraño en el grupo. Un publicano, colaboracionista con los romanos. Pero, tan pronto como conoció a Jesús, dejó todo y lo siguió, ofreciéndole un gran banquete en su casa⁶³.

De Santiago el menor nada nos dicen los Evangelios, a pesar de que era, probablemente, primo carnal de Jesús, hijo de la otra María, hermana de la madre de Jesús. De su vida y su carácter lo único que podemos saber surge de la carta que conocemos como suya. Es un hombre que detesta la envidia, la murmuración y la mentira; y ama la misericordia y la comprensión. Hombre duro en su palabra, trata a latigazos a los ricos, pero levanta en todas sus páginas la bandera de la tolerancia entre los hombres y sus ideas. Fue el primer obispo de Jerusalén⁶⁴.

Menos aún sabemos de **Judas Tadeo**, el hermano menor de este segundo Santiago, primo también de Jesús. También escribió una breve carta, donde amonesta a los cristianos para que no caigan en la trampa de la doctrina gnóstica⁶⁵. Recomienda fidelidad a cuanto enseñaron los apóstoles de Jesús e integridad en la vivencia de la fe.

De **Simón el cananeo** o celote, nada dicen los evangelios. Se indignó, como los otros nueve, contra los dos hermanos, Juan y Santiago, que pedían los primeros puestos en el Reino⁶⁶.

Y **Judas**, el traidor. No fue el destino, ni mucho menos Cristo, quien hizo traidor a Judas. Fue él quien eligió la traición. Y lo hizo poco a poco. Jesús lo eligió “en” esperanza, sabiendo que de él podría salir un santo, como de todos los demás. Jesús ya predijo la traición de Judas, después de la multiplicación de los panes, casi como un aviso amoroso o un salvavidas para que cambiara de plan⁶⁷. Su actitud, después de la unción en Betania, fue muy dura y ya encerraba en germen la traición a Jesús⁶⁸. El

⁶² Cf Jn 1, 45-51

⁶³ Cf Mt 9, 10-13

⁶⁴ Cf Ga 2, 9-12; Hechos 12, 17

⁶⁵ Estos gnósticos establecían una separación total entre lo material y lo espiritual, sosteniendo que el verdadero ser pneumático o espiritual no podía verse tocado ni afectado por nada de lo que hiciese la carne. Es una visión muy pesimista y errada, proveniente de la concepción platónica. El cristianismo, por el contrario, dice que la carne no es mala, porque está permeada también de espíritu; es más, debe ser el reflejo del espíritu. De ahí el cuidado, respeto y veneración que debemos tener a nuestro cuerpo. Ni exaltarlo o mimarlo, ni tampoco despreciarlo. Es un instrumento de comunicación del espíritu. Si la carne o el cuerpo fueran malos, ¿por qué el Hijo de Dios se hizo hombre, se hizo carne?

⁶⁶ Cf Mt 20, 20-24

⁶⁷ Cf Jn 6, 70-71

⁶⁸ Cf Jn 12, 4-6

mismo Jesús anunció su próxima traición⁶⁹. Traiciona a Cristo con el signo más sagrado de amistad, con un beso⁷⁰. Aun así, Jesús le sigue llamando “amigo” (cf. Mt 26, 50). Judas se desespera y se ahorca (cf. Mt 27, 3-8). Matías es elegido apóstol como sustituto de Judas (cf. Hechos 1, 15-26).

CONCLUSIÓN

Estos fueron sus íntimos, sus apóstoles, sus primeros cimientos. Con ellos fundó su Reino y su Iglesia. Los eligió no por ser buenos o malos, sino porque Él quiso. El amor fue el motivo de la elección. Los elige por amor. Y los elige para que lleven su amor por todas partes.

¿Qué les dio a cambio? Su amistad, su predilección, su amor, su compañía, su consuelo, aquí abajo. Y, después, la vida eterna.

Hoy, Jesucristo sigue llamando a otros hombres y mujeres para que le echen una mano en la hermosa y enorme empresa de la Redención. Hay tanto por hacer. Hay tanto trigo que cosechar. Faltan obreros generosos, disponibles. Jesús pide manos que lleven su semilla; pide bocas que anuncien su mensaje; pide pies que lleven por doquier su Buena Nueva.

⁶⁹ Cf Jn 13, 2, 18-30

⁷⁰ Cf Mt 26, 48-50

CAPÍTULO SÉPTIMO

¿Por qué Jesús hacía milagros?

El mensaje de Jesús y su estilo personal nos ha dejado un profundo interrogante: ¿Quién es Jesús? Nadie ha hablado como Él; ha hecho añicos la piedad farisea; ha presentado de Dios una concepción que, empalmando con lo más puro del pensamiento hebreo, lo ha desbordado al mismo tiempo por completo. Su palabra es sublime, única, trascendente. Pero, ¿qué garantías da? ¿Qué ha hecho Jesús que le autorice a hablar así? Si abrimos los Evangelios veremos que las palabras de Jesús van unidas íntimamente a unas obras excepcionales que las acreditan y las hacen eficaces. Son los milagros. Sus milagros son signos inequívocos de la llegada del Reino que Él predica.

Los milagros son la garantía y la confirmación de su palabra y predicación, pues predicación y obras van íntimamente unidas. Además, los milagros son signos inequívocos de la llegada del Reino y manifiestan el dominio que Él tiene sobre todos los seres de la creación: sobre los espíritus, los hombres y los seres irracionales. Antes de realizar el milagro Cristo pide fe y humildad. Con los milagros, Jesús busca la conversión y la vuelta a Dios.

1. Características de los milagros de Jesús

No se puede separar el mensaje de Jesús con los signos o milagros, pues éstos confirman el mensaje.

Jesús realiza siempre sus milagros en el contexto del Reino, buscando la conversión. Por eso reprende a las ciudades de Cafarnaún, Corazaín y Betsaida, porque, habiendo visto los milagros que han visto, no se han arrepentido (cf Mt 11, 20-24).

Jesús realiza los milagros como signos de que ha llegado el Reino. Fuera de este contexto no obra milagro alguno. Cuando le piden un número de circo, como en el caso de Herodes o en su propio pueblo, se niega en redondo (cf Mc 6, 5; Lc 23, 9).

Jesús obra los milagros en nombre propio. No los hace en nombre de Yavé, como los profetas en el Antiguo Testamento. Sus palabras son: “*Yo te lo digo, yo te lo ordeno*”.

Jesús los hace con total sencillez y movido por el amor. Nada de formas mágicas, ni intervención quirúrgica; nada de procesos hipnóticos o sugestión. Realiza los milagros conmovido en su corazón y siempre en un contexto religioso. La máxima discreción circunda su actividad taumatúrgica. Nunca se busca a sí mismo, nunca obra un milagro para deslumbrar. A los curados recomienda silencio. Cuando el pueblo le exalta, Jesús se marcha (cf Jn 6, 15; Mc 5, 39; Jn 11,6). Nunca obró prodigios punitivos para deslumbrar o explotar el miedo del pueblo supersticioso, como vemos en los apócrifos.

Los milagros de Cristo tienen también una dimensión apologetica, es decir, los realiza como signos de que el Padre le ha enviado. Nicodemo así lo reconoce (cf Jn 3, 2). O el ciego de nacimiento (Jn 9, 33). Sus obras prueban, por tanto, su origen divino (cf Jn 5, 36).

2 *Sentido de los milagros de Jesús*

Jesús con sus milagros, curaciones, exorcismos pretende destruir efectivamente el dominio de Satanás, que subyuga al hombre por medio del pecado, la enfermedad y la muerte; y así, establecer el reino de Dios en la tierra y en cada corazón. Jesús con sus milagros manifiesta su omnipotencia y su divinidad, hechas amor por el hombre.

Tratando de resumir el sentido teológico de los milagros diremos lo siguiente:

Son signos de contenido religioso y están conectados con la presencia del Reino.

Son signos de contenido soteriológico y manifiestan que Dios salva y es capaz de salvar en el tiempo. Jesús trae la salvación completa (cuerpo y alma), una salvación sobre todo espiritual, una salvación eterna.

Son signos de sentido cristológico: Jesús es el milagro primero de donde se derivan los otros.

Son signos de contenido trinitario: el origen y la raíz de los milagros es la unión de Cristo con su Padre, en el Espíritu Santo.

Son signos de contenido escatológico, pues hacen presente una realidad que aún está escondida: el triunfo de Dios y la transformación de la naturaleza en obediencia a la voluntad de Dios.

3. *Los milagros de Jesús y la historia*

Hay quien admite sin problemas la historicidad del mensaje de Cristo, pero no la de sus milagros. Contestemos.

Los relatos de los milagros en los evangelios no son un apéndice del que se pudiera prescindir. En concreto, en el evangelio de Marcos, si prescindimos del relato de la pasión, los milagros de Cristo suponen el 47% de su Evangelio. Como dice Trilling: "*Los relatos de milagros ocupan tan extenso lugar en los Evangelios que sería imposible que todos ellos hubieran sido inventados posteriormente y atribuidos a Jesús*"⁷¹.

Además, los milagros aparecen estrechamente unidos al mensaje de Jesús. Ambos, predicación y milagros, aparecen como signos de la llegada del Reino: tienen la misma intención y responden a la misma lógica.

Otro dato importante es que muchos milagros de Jesús tuvieron un carácter público. No se trata de rumores, sino de milagros hechos delante de todo Israel, como la multiplicación de los panes (cf Jn 6) o la resurrección de Lázaro, que fue comprobada por los judíos de Jerusalén (cf Jn 12, 18).

Es más, los Evangelios fueron escritos cuando todavía vivían los contemporáneos de Jesús, que podrían haber negado sus milagros, o haber dicho que

⁷¹ W. Trilling, *Jesús y los problemas de su historicidad*, Barcelona 1975, 121.

eran falsos. De hecho, nadie, ni siquiera los enemigos de Jesús, negaron que Jesús realizara prodigios. Los fariseos no los pueden negar y usan el recurso de atribuirlos al poder del diablo (cf Mt 12, 26-27). Es curioso que una tradición judía que aparece en el Talmud babilónico hable también de los milagros de Cristo atribuyéndolos a la magia.

La historicidad de los milagros de Cristo queda garantizada no sólo por el hecho de que aparecen en todas las fuentes que componen los Evangelios, sino porque, si se les compara con los relatos helénicos de milagros, aparece una evidente diferencia con ellos, aunque estén relatados con la misma estructura (exposición de la enfermedad, petición de curación, curación y acción de gracias). Los de Cristo son sobrios, no hay magia ni artilugios raros; siempre en contexto de oración.

El hecho de que un mismo milagro sea narrado con algunas diferencias entre los evangelistas avala la historicidad, pues siempre coinciden en lo fundamental. Las diferencias provienen del estilo mismo de los evangelistas, su finalidad concreta para su auditorio concreto. Por ejemplo:

* **Mateo** narra lo esencial de los milagros y deja los detalles, lo anecdótico: su interés se concentra en Jesucristo. Describe los milagros para enseñar la doctrina de Jesús, para orientar en su seguimiento. Los milagros son un medio excelente para mostrar el cumplimiento de las promesas hechas en el A.T. y para enseñar cuál es la postura cristiana, cómo se debe creer y esperar. La llegada de Jesús y sus acciones proclaman que Jesús es el Mesías prometido y que se le debe seguir.

* **Marcos** describe los milagros añadiendo datos pintorescos que parecen tener una importancia secundaria: dice el nombre del curado (10, 46) y sus reacciones espontáneas. Los milagros son signos de la gran novedad y de la autoridad de Jesús. Después de realizar los milagros, aparece el comentario: la admiración de los que han visto el hecho, su temor, su alabanza, su adoración (1, 27; 2, 12; 4, 41; 5, 14.20.42; 7, 37). La palabra y la acción poderosa de Jesús van juntas, para destruir el poder del maligno y hacer presente el Reino de Dios. El silencio cristiano, el ocultamiento del misterio de Jesucristo en Marcos tiene una finalidad concreta: no desvirtuar el mesianismo religioso de Jesús y convertirlo en político.

* **Lucas** interpreta, conforme a su teología, los milagros como la presencia misericordiosa de Dios en Jesucristo. Por ello son motivo para alabar y glorificar (18, 43; 23, 47). Los milagros son muy importantes para mostrar que la salvación ya se está realizando en el tiempo de Jesús, que es el tiempo de la gracia. La fuerza de la curación está en el mismo Jesús.

* **Juan** narra un número pequeño de milagros (siete). Y cada milagro tiene una significación profunda: la curación del paralítico le da ocasión para exponer que Jesús obra como el Padre (5, 17); la multiplicación de los panes para decir que Jesús es verdadero pan (6, 35); la curación del ciego, para darle a conocer como la luz del mundo (9, 57); la resurrección de Lázaro, para mostrarle como la Resurrección y la Vida (11, 25). Los milagros que realiza Jesús muestran su ser. Por eso los que no los aceptan son culpables (10, 37; 15, 24). Estos milagros no son importantes por ser hechos maravillosos, sino por lo que significan: dan testimonio de que el Padre le ha enviado (5, 36), son la manifestación de la común acción entre Jesús y su Padre (10, 30; 14, 11).

No cabe decir que los milagros de Cristo son ambiguos y que sólo la fe los puede discernir: no son ambiguas las obras de Dios, sino el corazón del hombre. Cristo lo dice claramente: *“Si no me creéis por lo que os digo, creedme al menos por las obras”* (Jn 10, 38).

CONCLUSIÓN

Los cristianos más sencillos tienen una gran capacidad para comprender la presencia de Dios en su historia. Recurren a Él frecuentemente y experimentan su ayuda. Esta es una verdadera experiencia cristiana. Ahora bien, cuando se den casos de desequilibrios psicológicos y de engaños milagrereros, será la misma Iglesia, como Madre y Maestra, la que irá orientando amorosamente a sus hijos, para que no caigan en excesos. Como también explicará, cuando sea necesario, a quienes se dejen llevar de racionalismo exacerbado y nieguen todo hecho sobrenatural, comprobado y ratificado, para que sepan abrirse con fe a la acción de Dios que obra, no en contra de las leyes físicas, sino más allá de las leyes físicas.

CAPÍTULO OCTAVO

Jesús ante el pecado y los pecadores

Hemos visto aspectos exteriores de la personalidad de Jesús. Ahora es el momento de meternos en lo más profundo de su corazón. Si para alguien ha venido Jesucristo ha sido para los pecadores, para todos nosotros que sentimos los arañazos de nuestra naturaleza humana, herida por el pecado original. Canta la liturgia de la Vigilia Pascual: “*¡Feliz la culpa, que nos mereció tan noble y tan gran Redentor!*”. Jesucristo, sí, odió el pecado, pero buscó y amó con gran misericordia al pecador, porque vino a salvar lo que estaba perdido. Nadie debe sentirse excluido de su Corazón misericordioso.

Jesucristo vino a salvar a los pecadores. Esa fue la misión encomendada por el Padre desde el momento de la Encarnación. El eje central de su vida fue la lucha contra el mal radical, el pecado, que es lo único que nos aleja de Dios y nos impide la comunión con Él. Nadie mejor que Jesús ha comprendido la maldad del pecado en cuanto ofensa a la grandeza y al amor de Dios.

1. *Jesús y los pecadores*

¿Cuál es la postura de Jesús ante el mal moral, ante el pecado y ante los pecadores?

Jesús-pecado: he aquí dos palabras opuestas, contradictorias. Más opuestas que lo blanco y lo negro, que la paz y la violencia, que la vida y la muerte. El pecado es el reverso de la idea de Dios. Dios es la fuerza; el pecado es, no otra fuerza, sino la debilidad. Dios es la unidad, el pecado es la dispersión. Dios es la alianza, el pecado es la ruptura. Dios es la profundidad, el pecado la frivolidad. Dios lo eterno, el pecado la venta a lo provisional y fugitivo.

Y, sin embargo, el pecado es algo fundamental en la vida de Jesús. Probablemente no se hubiera hecho hombre de no ser por el pecado, pues la lucha contra el mal, que obstaculiza la llegada del Reino, constituyó una tarera centra en su vida terrena. Jesús no tuvo pecado alguno. Y, sin embargo, nadie como él entendió la gravedad del pecado, porque al ser Hijo del Padre podía medir lo que es una ofensa a su amor.

Por eso, conozcamos cuál fue la postura de Jesús ante el pecado y los pecadores, saber qué entendió por pecado, cuáles valoraba como más graves y peligrosos, cómo trataba de hacer salir de él a cuantos pecadores encontraba en su camino.

Comencemos por decir que en el mundo bíblico el pecado no fue nunca la violación de un tabú, como era típico de las tribus primitivas. La predicación de los profetas conducirá a los judíos hacia una visión del pecado como algo que vicia radicalmente la personalidad humana, ya que implica una desobediencia, una insubordinación en la que intervienen inteligencia y voluntad del hombre, contra el mismo Dios personal y no contra un simple *fatum* abstracto.

Las mismas palabras hebreas y griegas con las que la Biblia designa el pecado acentúan este carácter voluntario y personal. En hebreo es la palabra *hatá* que significa

“no alcanzar una meta, no conseguir lo que se busca, no llegar a cierta medida, pisar en falso”, y, en sentido moral, “ofender, faltar a una norma ética, infringir determinados derechos, desviarse del camino recto”. La versión de los setenta suele traducir ese *hatá* hebreo por *amartía, amartano* que también significan “fallar el blanco o ser privado de algo”.

Esta idea de ruptura es acentuada por los profetas que ven siempre el pecado como la negativa a obedecer una orden o seguir una llamada. En Amós es la ingratitud; en Isaías, el orgullo; en Jeremías, la falsedad oculta en el corazón; en Ezequiel, la rebelión declarada. En todos los casos la ruptura de un vínculo, la violación de una alianza, la traición de una amistad. Cada vez que uno peca repite la experiencia de Adán, ocultándose de Dios.

Por todo esto se explica que Dios tome tan dramáticamente el pecado, no como una simple ley violada, sino como una amistad traicionada, un amor falseado. Por eso en la redacción del decálogo se pone en boca de Yavé esta terrible denominación de los transgresores: *aquellos que me odian*, mientras que llama a los que cumplen los mandamientos *los que me aman* (cf Ex 20, 5-6).

¿Qué significaba el pecado en tiempos de Jesús?

Para la comunidad de monjes de Qumram, que escapaban al desierto, el mundo estaba podrido; por eso se pasaban todo el día con bautismos, abluciones y oraciones de purificación. Los fariseos se creían los separados, los puros...el resto es pecador.

Para Jesús no es que todo sea pecado y sólo pecado. Sus metas son positivas y luminosas, pero sabe muy bien que al hombre no le basta el querer para salvarse. Sabe que ha venido para salvar al hombre del pecado. Pero invita a la conversión: sin ella no se podrá entrar en el reino de Dios (cf Mt 3, 2; Mc 1, 15). Este es un Reino que sólo puede construirse después de haber destruido los edificios del mal y de haber retirado sus escombros. Casi se diría que Jesús exagera su interés por los pecadores, cuando afirma con atrevida paradoja que *ha venido a llamar, no a los justos, sino a los pecadores* (Mt 9, 12), cuando se presenta como médico que sólo se preocupa por las almas enfermas (cf Mc 2, 17). Su interés será tal que será acusado de andar con publicanos y pecadores (cf Mt 9, 12) y de mezclarse con mujeres que han llevado vida escandalosa (cf Lc 7, 36-42). Él mismo resumirá el sentido de su vida en la Última Cena declarando que su sangre será derramada *en remisión de los pecados* (cf Mt 26, 27) y, tras su muerte, pedirá a sus apóstoles que continúen su obra predicando *la penitencia para la remisión de los pecados a todas las gentes* (cf Lc 24, 44-48).

Para Jesús, ¿qué significaba, pues, el pecado?

No era sólo la trasgresión literal de una ley, como era para los escribas y fariseos, que se quedaban en lo secundario y olvidaban lo principal (cf Mt 23, 23-24). Para Jesús el pecado nace del interior del hombre (cf Mt 15, 10-20); por eso, es necesaria la circuncisión del corazón de la que habló Jeremías (4, 4). Para Jesús el pecado es una esclavitud con la que el hombre cae en poder de Satán (cf Lc 22, 3); sabe que el mismo Satanás busca a sus elegidos para cribarlos como el trigo (cf Lc 22, 31). Para Jesús, bajo el pecado hay siempre una falsa valoración de las cosas, pues el

corazón humano se deja arrastrar de lo inmediato y de las satisfacciones sensibles ⁷². Así, pues, el pecado para Jesús es un desamor a Dios, un desprecio a los demás; es decir, es una ofensa a Dios y al prójimo.

¿Cuáles son los más grandes pecados para Jesús?

El primero de éstos es la hipocresía religiosa, especialmente cuando formas o apariencias religiosas se usan para cubrir otros tipo de intereses humanos (cf Mt 23), pero pisotean la justicia, la misericordia y la lealtad.

Otro pecado muy grave es el desprecio a su mensaje o a su invitación (cf. Lc 14, 15-24). Quienes oyeron su mensaje y no lo cumplen serán juzgados más severamente (cf Mt 10, 15; 21, 31).

El escándalo a los pequeños es de especial importancia (cf Mt 18, 6-7; Lc 17, 1-3).

El pecado de soberbia (cf. Lc 18, 9-14).

El pecado de ingratitud (cf. Lc 17, 11-19).

El pecado de apego a las cosas materiales (cf. Mt 19, 16-26)

Todos los pecados que se oponen al amor al prójimo son graves para Jesús: ***“Id, malditos, al fuego eterno, porque tuve hambre y no me disteis de comer...”*** (Mt 25, 41-46).

No sólo los pecados de acción son graves; también los de omisión. Bastará recordar la parábola de los talentos en la que uno de los siervos es condenado a las tinieblas exteriores sólo por no haber hecho fructificar su denario (cf Mt 25, 30).

No es que Jesús no condenara los pecados de idolatría, blasfemia o adulterio; pero como los doctores de la ley lo repetían a todas horas, Jesús quiso poner énfasis en otros pecados que no se tomaban en serio. Incluso pedía la pureza del corazón, de pensamiento y de deseo (cf. Mt 5, 27-29).

¿Y el pecado imperdonable? Se trata de la blasfemia contra el Espíritu Santo (cf Mt 12, 30-32). Maximiliano García Cordero dice que ese pecado contra el E.S. ***“No es un pecado concreto, como trasgresión de un precepto divino determinado, sino una actitud permanente de desafío a la gracia divina”***; ese cerrarse a Dios, ese rechazo de su obra y su mensaje hace imposible el arrepentimiento y, con ello, el perdón de Dios.

2. *Jesús y los pecadores*

¿Cómo trata Jesús a los pecadores? Jesús distingue perfectamente pecado y pecador. Con el pecado, Jesús es exigente e intransigente. Con el pecador, tierno y misericordioso. En todo pecador ve a un hijo de Dios que se ha descarriado. Sus

⁷² Baste recordar aquí la parábola del hijo pródigo (Lc 15) o la de los invitados descorteses (Lc 14, 15-24).

palabras se ablandan; su tono de voz se suaviza; corre él a perdonar antes de que el pecador dé signos evidentes de arrepentimiento.

¿Qué hizo Jesús con los pecadores? Dedicación especial (cf Lc 4, 18-19; 7, 22-23; Mt 15, 24; 9, 35-36; Mc 2, 17), sean ricos (publicanos) o pobres. Se dedica a ellos con gestos muy significativos: come con ellos. Comer con alguien era signo de comunión mutua. Él come con ellos para acercarlos al banquete de Dios. Jesús ama primero al pecador y después le invita a la conversión.

Jesús aclara su postura con tres razones:

Todos los hombres pecan: luego a todos se debe acoger (cf Jn 8, 7).

Él es la encarnación de la misericordia de Dios. Y Dios es el Dios de todos (cf Mt 5, 45).

Los pecadores necesitan ser acogidos para salvarlos (cf Lc 19, 10).

Pero la actitud de Jesús ante los pecadores esconde mucho más:

Todos han de reconocerse pecadores para que Él pueda acercarse y traerles la salvación (cf Mt 9, 13).

No tiene resentimiento contra los poderosos, discriminándoles, sino interés por los necesitados; así se ha de entender la tendencia a preocuparse más por los necesitados.

Jesús se acerca al pecador, pero no admite la falta cometida. Reconoce que los pecados no deben aceptarse (cf Jn 8, 11); por eso invita siempre al pecador a la conversión.

Jesús, pues, no prefiere a unos hombres sobre otros: Él ha venido a buscar lo que estaba perdido. Su objetivo es el hombre para salvarlo, sea quien sea (cf Lc 7, 50).

El culmen de la postura de Jesús ante los pecadores es su muerte (cf Mt 26, 28; Lc 23, 34). Este punto se profundizará más adelante.

Aunque Jesús buscó siempre con amor a los pecadores, y aunque muchos se abrieron a sus rayos salvadores...no siempre triunfará el amor de Jesús. Fracasó con muchos, porque se cerraron a su amor, a su perdón. Tenemos el caso de Judas, de los fariseos. Fracasaría con su ciudad querida de Jerusalén: ***“Al acercarse y ver la ciudad, lloró sobre ella y dijo: ¡Si al menos en este día comprendieras lo que lleva a la paz!...”*** (Lc 19, 41-44).

Cuando leemos algunas palabras duras de Jesús, como, por ejemplo, ***“Si tu mano o tu pie es para ti una piedra de tropiezo, córtatelo o arrójalo lejos de ti...”*** (Mt 18, 8), nos hacen reflexionar sobre algo muy serio: la posibilidad del fracaso total, definitivo e irreversible, llamado infierno. Si Jesús es duro, y predica la conversión, es porque quiere evitarnos este terrible fracaso. El infierno es la verdadera amenaza del hombre, que destruye alma y cuerpo (cf Mt 10, 28). Jesús, es verdad, no es un Dios de infierno en ristre, ni un neurótico del averno, pero no deja de mirar con terror esa horrorosa posibilidad con la que el hombre se enfrenta. Cree en el infierno y nos

engañaría si no nos advirtiera ese espantoso riesgo. Por eso, claramente dice que quien no haga suya la vida que Él trae y no cumpla los mandamientos y muera sin arrepentirse les espera el más total y radical de los fracasos. Un fracaso, cuyo centro es la lejanía eterna de Dios por haberlo rechazado; un cataclismo ontológico para quien, habiendo sido amado por Dios hasta el punto de llamarlo hijo suyo en Cristo, rechaza obstinadamente a ese amor y con ellos su plena realización.

Dejemos claro una cosa. Jesús no es el condenador, sino el libertador. Él vino a traer la luz y no sólo a anatematizar la oscuridad. Por eso no le gusta que los hombres vivan obsesionados por si se salvarán o por cuántos se salvarán. Pero sí quiere que vivan dedicados a salvarse, que es el único negocio importante, urgente y personal; si perdemos este negocio, hemos perdido todo. Además nos invita siempre a la esperanza, nos pone todos los medios para esa total realización humana soñada y querida por Dios, que es la salvación eterna. Si se trata de ganar un pleito, o un juicio o conseguir un empleo o hacer un negocio temporal... se mueve cielo y tierra, se hacen mil diligencias y se trabaja hasta altas horas de la noche. Y para alcanzar la vida eterna y salvar el alma, ¿qué hacemos? Hay quienes viven como si la muerte, el juicio, el infierno y el cielo fueran fábulas o cuentos, y no verdades eternas reveladas por Dios y que debemos creer.

La palabra que resume la actitud de Jesús ante los pecadores es *misericordia*. Para el mundo grecolatino, antes de la venida de Cristo, la misericordia era un defecto y una enfermedad del alma. El filósofo Séneca, por ejemplo, dice que la misericordia es un vicio propio de viejas y mujerzuelas. Esta enfermedad, concluye Séneca, no recae sobre el hombre sabio⁷³. Tuvo que venir Cristo del cielo para gritarnos que la misericordia es el más sublime gesto de caridad...Es más, que la misericordia tiene un nombre: Jesucristo. Dios al encarnarse se hizo misericordia y perdón.

3. *Nosotros ante el pecado y los pecadores*

Sería bueno que repasemos un poco lo que es el pecado y cuáles son los pecados, para que cada día lo desterremos de nuestra vida, pues el pecado ha sido, es y será la mayor desgracia que nos puede acontecer en la vida.

El pecado existe. Es una realidad que brota del corazón del hombre, por instigación de Satanás que se sirve de sus engaños y de nuestras pasiones desordenadas. No es un error humano, una distracción o una fragilidad. Es, más bien, la negación de toda dependencia, la obstinación en quedarme en mí mismo, decidir por mí mismo. Es la decisión de procurarme por mí mismo la propia felicidad, de realizarme sin interferencias, y consecuentemente el rechazo de instaurar con Dios y con los demás una relación de amor. El pecado es egoísmo exagerado. Es preferirse a sí mismo, anteponerse a sí mismo a Dios y a los demás. Es trastocar el orden puesto por Dios y poner otros ídolos, otros intereses, a uno mismo en el puesto de Dios.

Todos hemos pecado, menos Jesús y su Madre Santísima.

¿Cuáles son los pecados?

Está el *pecado original* que cometieron nuestros primeros padres, Adán y Eva. Adán, como jefe de toda la humanidad, transmite a cada uno de los hombres este pecado, en cuanto padre de la humanidad, y como tal, lo contraemos todos sus descendientes.

⁷³ Cfr. Séneca, *De Clementia*, 2, 4-5

Está el **pecado actual o personal**: es aquel cometido voluntariamente por quien ha llegado al uso de razón. Tal pecado se puede cometer de cuatro maneras: con el pensamiento, con las palabras, con las obras, con las omisiones. Y todo esto puede ser contra Dios, contra el prójimo o contra nosotros mismos. Este pecado personal puede ser, a su vez: mortal o venial.

El pecado mortal es una desobediencia a la ley de Dios en materia grave, cometida con plena advertencia de la mente y deliberado consentimiento de la voluntad. ¿Qué materia sería grave? Negar o dudar de la existencia de Dios; negar una verdad de fe definida por la Iglesia; blasfemar de Dios, la Virgen, los Santos; no participar de la misa sin algún motivo grave; tratar en modo gravemente ofensivo a los propios padres o superiores; matar a una persona o hierirla gravemente; procurar directamente el aborto; cometer actos impuros consciente y deliberadamente; impedir la concepción con métodos artificiales; robar objetos de mucho valor; calumniar; cultivar y consentir pensamientos y deseos impuros; cumplir graves omisiones en el cumplimiento del propio deber; recibir un sacramento en pecado mortal; emborracharse o drogarse en forma grave; callar en confesión, por vergüenza, un pecado grave; causar escándalo al prójimo con acciones o actitudes graves .

¿Cuáles son los efectos que produce en el alma el pecado mortal? Mata la vida de gracia en el alma, es decir, rompe la relación vital con Dios; separa a Dios del alma; nos hace perder todos los méritos de cosas buenas que estemos haciendo; hace al alma digna del infierno; se nos cierran las puertas del cielo.

¿Cómo se perdona este pecado mortal? Con una buena confesión; o con un acto de contrición perfecta, unido al propósito de una confesión.

El pecado venial es una desobediencia a la ley divina en materia leve; o también en materia grave, pero sin pleno conocimiento y consentimiento. ¿Qué efectos produce el pecado venial? Entibia el amor de Dios, me enfría la relación con Él; priva al alma de muchas gracias que hubiera recibido de Dios si no hubiese pecado; nos dispone al pecado grave; hace al alma digna de penas temporales que hay que expiar o en esta vida o en el purgatorio. El pecado venial se borra con el arrepentimiento, con buenas obras (oraciones, misas, comunión, limosnas, obras de misericordia).

Los pecados capitales son siete, y se llaman capitales porque son cabecillas de otros pecados. Son éstos: **Soberbia**: es una exagerada estima de sí mismo y de las propias cosas y cualidades, acompañada de desprecio hacia los otros. **Avaricia**: es un deseo desmesurado de dinero y de haberes. **Lujuria**: es un desordenado apetito y uso del placer sexual. **Ira**: es un impulso desordenado a reaccionar contra alguno o contra algo que fue ocasión de sufrimiento o contrariedad. **Pereza**: Es una falta de voluntad en el cumplimiento del propio deber y un desordenado uso del descanso. **Envidia**: es un sentimiento de tristeza o dolor del bien del prójimo, considerado como mal propio. **Gula**: es la búsqueda excesiva del placer que se encuentra en el uso de los alimentos y bebidas.

Están, también, los pecados que **claman al cielo**: homicidio voluntario, pecado impuro contra naturaleza (homosexualidad), opresión de los pobres, no dar la paga justa a los obreros.

Finalmente, está el **pecado contra el E.S.**: desesperar de la salvación, presumir de salvarse sin mérito, luchar contra la verdad conocida, envidia de la gracia ajena, obstinación en los pecados, impenitencia final a la hora de la muerte.

CONCLUSIÓN

De todo lo que hemos visto concluimos lo siguiente:

Debemos odiar el pecado, desterrarlo de nuestra vida, luchar contra todo tipo de mal que tengamos en nuestro corazón.

Debemos renunciar al pecado, denunciarlo desde todos los púlpitos, con energía y respeto, y anunciar la Buena Nueva de la gracia.

Pero debemos rezar por los pecadores, comprenderlos, no juzgarlos, tratar de ayudarlos para que vuelvan a Dios y a las fuentes de la misericordia de Dios. Nunca condenarlos.

No nos alejemos de la casa de Dios Padre. En la casa de Dios Padre encontramos la luz, el calor, la seguridad, alegría y el amor...Fuera de la casa de Dios Padre encontramos oscuridad, frialdad, inseguridad, indiferencia de los demás, tristeza. Y si no, preguntémosle a ese hijo pródigo del evangelio (cf. Lc 15, 11ss). Y cuando tengamos la desgracia de alejarnos, aún hay posibilidad de volver, arrepentirse y abrazar a Dios, que desde siempre ha dejado la puerta de su corazón abierta a todos.

CAPÍTULO NOVENO

Jesús ante sus amigos

¿Qué hombre o mujer no ha hecho en su vida la experiencia de la amistad? La amistad es una experiencia humana hermosa, enriquecedora, humanizante y digna de los mayores elogios. Si Cristo fue verdadero hombre, ¿acaso se quiso privar en su vida de esta noble experiencia?

La amistad es un valor entre los humanos y uno de los dones más altos de Dios. El mismo Dios se presenta como amigo de los hombres: un pacto de amistad sella con Abraham⁷⁴, con Moisés⁷⁵, con los profetas⁷⁶. Al enviar a Cristo se mostró como amigo de los hombres⁷⁷. Por los Evangelios sabemos que Jesús dio a esta amistad de Dios un rostro de carne viniendo a ser amigo de los hombres. Pero tuvo, evidentemente, amigos especiales e hizo la experiencia gratificante de la amistad, por ser verdadero hombre.

1. ¿Qué es la amistad?

El mundo en que vivimos está menesteroso de amistad. Hemos avanzado tanto en tantas cosas, vivimos tan deprisa y tan ocupados, que, al fin, nos olvidamos de lo más importante. El ruido y la velocidad se están comiendo el diálogo entre los humanos y cada vez tenemos más conocidos y menos amigos.

El filósofo griego Sócrates aseguraba que prefería un amigo a todos los tesoros del rey Darío. Para el poeta latino Horacio, un amigo era la mitad de su alma. San Agustín no vacilaba en afirmar que lo único que nos puede consolar en esta sociedad humana tan llena de trabajos y errores es la fe no fingida y el amor que se profesan unos a otros los verdaderos amigos. El ensayista español Ortega y Gasset escribía que una amistad delicadamente cincelada, cuidada como se cuida una obra de arte, es la cima del universo. Y el propio Cristo, ¿no usó, como supremo piropo y expresión de su cariño a sus apóstoles, el que eran sus amigos porque todo lo que ha oído a su Padre se lo dio a conocer?⁷⁸.

Pero la amistad, al mismo tiempo que importante y maravillosa, es algo difícil, raro y delicado. Difícil, porque no es una moneda que se encuentra por la calle y hay que buscarla tan apasionadamente como un tesoro. Rara porque no abunda: se pueden tener muchos compañeros, abundantes camaradas, pero nunca pueden ser muchos los amigos. Y delicada porque precisa de determinados ambientes para nacer, especiales cuidados para ser cultivada, minuciosas atenciones para que crezca y nunca se degrade.

¿Qué es la amistad? ¿Simple simpatía, compañerismo, camaradería? La amistad es una de las más altas facetas del amor. Aristóteles definía la amistad como querer y procurar el bien del amigo por el amigo mismo. Laín Entralgo la definía así: *“La comunicación llena de amor entre dos personas, en la cual, para el bien mutuo de éstas, se realiza y perfecciona la naturaleza humana”*.

⁷⁴ Génesis 18, 17; Is 41, 8

⁷⁵ Ex 33, 11

⁷⁶ Am 3, 7

⁷⁷ Tit 3, 4

⁷⁸ Jn 15, 15

Por tanto, en la amistad el uno y el otro dan lo que tienen, lo que hacen y, sobre todo, lo que son. Esto supone la renuncia a dos egoísmos y la suma de dos generosidades. Supone, además, un doble respeto a la libertad del otro. La amistad verdadera consiste en dejar que el amigo sea lo que él es y quiere ser, ayudándole delicadamente a que sea lo que debe ser.

Seis pilares sostienen la verdadera amistad, según Martín Descalzo⁷⁹:

El respeto a lo que el amigo es y como el amigo es.

La franqueza, que está a media distancia entre la simple confianza y el absurdo descaro. Franqueza como confidencia o intimidad espiritual compartida.

La generosidad como don de sí, no como compra del amigo con regalos.

Aceptación de fallos.

Imaginación, para superar el aburrimiento y hacer fecunda la amistad.

La apertura.

¿Qué se experimenta cuando se pierde un amigo? Dejo que hable san Agustín, cuando murió su amigo íntimo: *“Suspiraba, lloraba, me conturbaba y no hallaba descanso ni consejo. Llevaba yo el alma rota y ensangrentada, como rebelándose de ir dentro de mí, y no hallaba dónde ponerla. Ni en los bosques amenos, ni en los juegos y los cantos, ni en los lugares aromático, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites del lecho y del hogar, ni siquiera en los libros y en los versos descansaba yo. Todo me causaba horror, hasta la misma luz; y todo cuanto no era lo que él era, aparte el gemir y el llorar, porque sólo en esto encontraba algún descanso, me parecía insoportable y odioso”*.

Termino este apartado con una cita bíblica: ***“Un amigo fiel es poderoso protector; el que lo encuentra halla un tesoro. Nada vale tanto como un amigo fiel; su precio es incalculable”*** (Si 6, 14-17).

2. Jesús experimentó la amistad

Es verdad que Jesús ama a todos por igual, sin condicionamientos sociales, económicos o nacionales⁸⁰. Incluso ama a sus enemigos⁸¹. Y los ama hasta la muerte⁸².

Y su amor por todos los hombres no es un amor de sentimiento pasajero ni de expresiones exteriores tiernas y afectadas. Su amor es de caridad, que encierra estas características ricas y valiosas:

Se dirige hacia los demás con un corazón abierto, sin aislarse o evadir el trato; va al encuentro de todos los que ama (cf Mt 11, 28).

Cura, consuela, perdona, da de comer, procura hacer descansar a sus íntimos.

Se compadece de quien está necesitado (cf Mt 9, 36).

No discute con sus amigos; los corrige, pero no choca con disputas hirientes (cf Mt 20, 20-28).

⁷⁹ José Luis Martín Descalzo, *Razones para el amor*, Ed. Biblioteca Básica del Creyente, p. 61-62

⁸⁰ Cf. Mt 28, 19

⁸¹ Cf. Mt 23, 37

⁸² Cf. Jn 13, 1

Se alegra con ellos en sus momentos felices (cf Lc 10, 21).

Rechaza sus intenciones desviadas (cf Mt 16, 23).

No desea nada de los hombres; no busca dar para recibir. Y cuando una vez busca consuelo en la agonía, no lo encuentra (cf Mt 26, 40).

Se siente incomprendido por ellos, pero era parte de su cruz, pues aún no había venido el Espíritu Santo que les hiciera comprender todo (cf Jn 12, 24).

Los ama sobrenaturalmente, no por sus cualidades humanas (cf Jn 13, 14).

Pero también mantiene una distancia entre sus amigos y Él, pues su mundo está mucho más allá del de ellos (cf Jn 2, 25).

¿Ha habido hombre alguno en la tierra que haya amado a los hombres como Jesús?

Es verdad esto que acabamos de decir: Jesús ama a todos los hombres, y los considera como amigos. Pero también es verdad que tuvo amigos especiales. Abramos el Evangelio.

Tiene una especial relación con Juan, el discípulo amado⁸³. En esta amistad descubrimos que Jesús compartió con alguien, en modo especial, sus experiencias interiores y reservadas. Amistad íntima. Manifestación de esta amistad íntima es el Evangelio que Juan escribió. En él se oye palpar el Corazón de Jesús; ahí descubrimos la profundidad de Dios. Por eso, a Juan se le representa como a un águila, porque voló alto, hasta el cenit de Dios.

También tuvo especial relación con tres apóstoles: Pedro, Santiago y Juan.. En esta amistad descubrimos que busca la compañía para compartir momentos especiales, sean felices, como en la transfiguración⁸⁴, o tristes, como en Getsemaní⁸⁵. Amistad compartida.

¿Quién no recuerda la especial relación con los tres hermanos de Betania, Lázaro, Marta y María?⁸⁶En ellos descubrimos la amistad de Jesús que corresponde con la misma medida que se le ofrece. Amistad agradecida. Betania era uno de esos rincones donde Jesús descansaba y donde abría su corazón de amigo. Allí, Cristo tenía siempre la puerta abierta, tenía la llave de entrada; se sentía a gusto entre gente querida y que le estimaba.

Cristo tuvo amigos, claro que sí. No hubiera sido totalmente hombre si le hubiera faltado esta faceta humanísima. Tuvo amigos en todas las clases sociales y en todas las profesiones. Desde personas de gran prestigio social, como Nicodemo o José de Arimatea, hasta mendigos, como Bartimeo. En la mayor parte de las ciudades y aldeas encontraba gentes que le querían y que se sentían correspondidas por el Maestro; amigos que no siempre el Evangelio menciona por sus nombres, pero cuya existencia se deja entrever.

⁸³ Cf. Jn 13, 25-26

⁸⁴ Cf. Mt 17, 1-13

⁸⁵ Cf. Mt 26, 37

⁸⁶ Cf. Lc 10, 38-42

¿De qué serviría la prosperidad, diría el orador latino Cicerón, si uno no la comparte con los amigos? ¿Cómo se soportaría una adversidad y una prueba sin alguien que estuviera a nuestro lado y que sufra y comparta con nosotros ese contratiempo? ¿A quién hablar de los anhelos del corazón, si no es al amigo que sintoniza en todo con nosotros? Cito a san Ambrosio: “*Ciertamente consuela mucho en esta vida tener un amigo a quien abrir el corazón, desvelar la propia intimidad y manifestar las penas del alma; alivia mucho tener un amigo fiel que se alegre contigo en la prosperidad, comparta tu dolor en la adversidad y te sostenga en los momentos difíciles*” (San Ambrosio, *Sobre los oficios de los ministros*, 3, 134).

Jesús, pues, tuvo tiempo para la amistad y el descanso. Como hombre que era se cansaría de sus fatigas y correrías apostólicas. Le llegarían al alma los desprecios, las indiferencias, las calumnias de quienes no le amaban. Al mismo tiempo, Él necesitaba expandir su corazón, sus secretos, sus ilusiones. “*Dejaba escapar toda la suavidad de su corazón; abría su alma por entero y de ella se esparcía como vapor invisible el más delicado perfume, el perfume de un alma hermosa, de un corazón generoso y noble*” (San Bernardo, *Comentario al Cantar de los Cantares*, 31, 7).

3. **Requisitos para ser amigos de Cristo**

Habría que preguntarnos qué requisitos se necesitan para entrar en el círculo de amigos de Jesús.

Jesucristo nos contesta en el Evangelio: “*Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando*” (Jn 15, 14). Y lo que nos ha mandado Jesús es amarnos unos a otros, como Él nos ha amado⁸⁷. Él nos ha mandado rezar y vigilar⁸⁸. Él nos ha mandado ser mansos y humildes de corazón⁸⁹. Él nos ha mandado ser santos como su Padre celestial es santo⁹⁰. Él nos ha mandado cargar con su yugo⁹¹. Y así podríamos seguir con todo el Evangelio. Ahí tenemos lo que Jesús nos ha mandado. Si lo cumplimos, seremos sus amigos.

Por tanto, para ser amigos de Jesús no es suficiente un amor de sentimientos, de emociones. Hay que amar a Jesús con un amor de entrega, de sacrificio, de fidelidad. Con un amor hecho obras. Obras son amores y no buenas razones.

Jesús no quiere amigos de conveniencia, que sólo están con Él hasta el partir el pan, pero que le dejan solo y huyen cuando se aproxima la sombra de la cruz⁹². Jesús no quiere amigos que se aprovechen de Él para conseguir los mejores puestos en el cielo⁹³.

Jesús quiere amigos humildes, pacíficos, de alma pura y libre de ataduras sensuales. Sólo a éstos acercará Jesús a su divino corazón.

⁸⁷ Cf. Jn 13, 34

⁸⁸ Cf. Lc 21, 36

⁸⁹ Cf. Mt 11, 29

⁹⁰ Cf. Mt 5, 48

⁹¹ Cf. Mt 11, 29

⁹² Cf. Mc 14, 50

⁹³ Cf. Mt 20, 20-28

A todos hay que amar por Jesús. Y a Jesús hay que amarlo por sí mismo. Sólo a Jesucristo se le debe amor total, porque está probado que Él es el único amigo totalmente bueno, totalmente leal.

CONCLUSIÓN

Sin Jesús, ¿qué podrá darnos el mundo? Vida sin amistad con Jesús es infierno horroroso. Vida en amorosa amistad con Jesucristo es un paraíso lleno de delicias. *“Si Jesús está contigo, no podrá dañarte ni derrotarte ningún enemigo espiritual. Quien halla a Jesús, a su amistad y enseñanzas, halla el más rico tesoro. El mejor de todos los bienes. Pero quien pierde a Jesús y a su amistad, sufre la más terrible e inmensa pérdida. Pierde más que si perdiera el universo entero. La persona que vive en buena amistad con Jesús es riquísima. Pero la que no vive en amistad con Jesús es paupérrima y miserable. El saber vivir en buena amistad con Jesús es una verdadera ciencia y un gran arte. Si eres humilde y pacífico, Jesús estará contigo. Si eres piadoso y paciente, Jesús vivirá contigo...Fácilmente puedes hacer que Jesús se retire, y ahuyentarlo, y perder su gracia y amistad, si te dedicas a dar gusto a tu sensualidad y a darle importancia exageradamente a lo que es material y terreno”*(Kempis, *Imitación de Cristo*, II, 8).

CAPÍTULO DÉCIMO

Jesús ante sus enemigos

Cuando uno lee el Evangelio se extraña de que hubiera gente que tuviera enemistad y malquerencia contra Jesús. Si Jesús es bondad, mansedumbre, comprensión, corazón abierto, ¿cómo hay quienes no le quieren? No se entiende por qué tuviera enemigos. Esto tiene que ser obra del gran enemigo que quiere servirse de algunos para deshacerse de Jesucristo, que es la Luz, el Camino, la Verdad y la Vida. Todas las potencias del mal se abalanzaron contra el Justo. La envidia, el odio, la soberbia, la mentira, la falsedad se unieron para destruir al Santo. ¿Por qué? ¿Quién venció en esta lucha?

Durante su vida terrena Jesús tuvo personas que no quisieron aceptar su misión salvadora. La postura que Él adoptó frente a ellas fue la de convertirlas y atraerles a su divino corazón, unas veces con palabras suaves, otras, exigentes; unas veces, prefirió el silencio respetuoso; otras, la frase sagaz e inteligente. No a todos pudo conquistar para su Padre, porque les respetó la libertad. Pero Él vino para salvar a todos.

1. *¿Quiénes consideraron a Jesús como enemigo?*

Aclaremos una cosa: Jesús no consideró a nadie como su enemigo. A todos amó y por todos derramó su sangre preciosísima. Serán ellos, los que no le aceptaron, los que se consideraban como enemigos suyos. ¿Quiénes eran éstos?

En el campo religioso, lo consideraron un enemigo y un peligro la mayor parte de los escribas, fariseos y sumos sacerdotes (no todos) porque se arrogaba la autoridad de llevar a plenitud la ley, porque rechazaba ciertas interpretaciones que de ella hacían, porque desenmascaraba el legalismo y la hipocresía en sus relaciones con Dios y con los hombres. Basta leer el capítulo 23 de san Mateo para darnos cuenta de todo esto. Las acusaciones de Cristo se dirigen no contra los fariseos en cuanto tales, herederos de los profetas ni contra su doctrina, realmente elevada, sino contra sus actitudes hipócritas y contra las formalidades externas a que habían reducido la religión.

Dice Monseñor Juan Straubinger, comentando este capítulo de san Mateo: *“Este espíritu de apariencia, contrario al Espíritu de verdad que tan admirablemente caracteriza a nuestro divino Maestro, es propio de todos los tiempos, y fácilmente lo descubrimos en nosotros mismos. Aunque mucho nos cueste confesarlo, nos preocuparía más que el mundo nos atribuyera una falta de educación, que una indiferencia contra Dios. Nos mueve muchas veces a la limosna un motivo humano más que el divino, y en no pocas cosas obramos más por quedar bien con nuestros superiores que por gratitud y amor a nuestro Dios”*. Evitemos en nuestra vida toda hipocresía e insinceridad. La hipocresía es asesina de toda autenticidad y rectitud de vida y priva de la posibilidad de un diálogo espontáneo y sencillo con el Creador y de una relación cordial y recta con los hombres.

En el campo civil, lo consideraron enemigo Herodes, porque creyó que el niño recién nacido ponía en peligro su reino; y Pilatos, desde el momento en que presentaron a Jesús como sedicioso y enemigo del César.

No pensemos que Jesucristo nos hará la vida imposible o que nos aguará la fiesta, como se dice. Jesús es incapaz de hacernos esto. Él quiere siempre nuestro bien, busca siempre nuestro bien. Y cuando nos exige, nos exige por amor. Ni a Herodes quiso quitarle su trono ni a Pilato. Es más, a Pilato le dijo que la autoridad que tenía como procurador la había recibido de Dios mismo.

En el corazón de Jesús no cabe, no podía haber ni una sombra de resentimiento, de malquerencia, de desprecio. Su corazón es un remanso de paz, de bondad y de caridad para con todos.

2. *¿Cómo actuó Jesús frente a ellos?*

Frente a los escribas fariseos y sumos sacerdotes: hostigó ciertamente su legalismo e hipocresía, desenmascaró su falsa religiosidad y dureza de corazón, puso en evidencia cómo deformaban la voluntad de Dios y cómo se dejaban llevar de la vanidad y amor por las riquezas, defendió su misión divina, etc. Pero acogió a quien humildemente se acercó a él, como le sucedió a Nicodemo (cf. Juan 3) y alabó al escriba que respondió correctamente (cf. Lc 10, 28).

Jesús los desnudó y les puso de manifiesto un pecado fundamental: la falta de verdad en sus vidas, de desamor a la verdad, e incluso de odio a la verdad. Ellos no soportaban que Jesús dijera: “Yo soy la Verdad”. Su rechazo de Jesucristo no fue por razones de honestidad. Lo rechazaron por ser precisamente Él, con su modo de vida singular, con su doctrina específica y nueva, con sus enseñanzas particulares nunca oídas antes. Por eso Jesús les dijo: “*Yo he venido en nombre de mi Padre y vosotros no me recibís*”.

Para probar esta desafección de algunos fariseos hacia Cristo está el testimonio de la cruz y los relatos de la Pasión. La confianza de Cristo en su Padre era como una llamada de atención a su presunción. La verdad de Cristo dolía a su doblez. El desprendimiento de Cristo chocaba contra la avaricia farisea. La humildad de Jesús era una lección difícil a su soberbia y orgullo. Muchas cosas de Cristo les molestaba a los fariseos: su seguridad, su virilidad, su amor a los pobres y pecadores, su autoridad, su arrastre, su sencillez, su porte distinguido, su sonrisa serena, el brillo de sus ojos... Muchas cosas eran para los fariseos motivo de fastidio.

Frente a los jefes políticos, Jesús es respetuoso con ellos. Les hace ver cuál es su misión, recibida de Arriba. Les pone en su lugar: al César lo que es del César. Intenta abrirles a la verdad de su mensaje. Incluso los excusa, como hizo a Pilato. No se rebaja a la curiosidad malsana de Herodes.

En general, Jesús supo enfrentar a sus enemigos sin miedo. Sigue con su posición definida, aunque incómoda para ellos (cf. Jn 11, 14-16), guiado por la meta que el Padre le encomendó, que es de índole sobrenatural (cf. Mc 8, 33).

Sigue predicando, esperando ser escuchado a pesar de posiciones ciegas (cf. Lc 20, 47-48).

Cuando ve la seguridad y la inminencia de la muerte que le preparan, sigue luchando, no para ganarse amigos, sino para dar un último esfuerzo y terminar totalmente su misión. Los enemigos nunca lo frenaron o intimidaron (cf. Lc 21, 37-38).

No evita al enemigo ni tampoco busca enfrentarse con él. No se agita febrilmente para vencer. Su objetivo no es ser reconocido vencedor, sino alcanzar su ideal (cf. Jn 19, 30). Jesús sabe aislarse de un ataque físico, cuando considera oportuno continuar todavía su obra antes de que llegue su hora (cf. Jn 8, 59; Lc 4, 23-30).

Jesús es el Justo. Pero, como dice el Libro de la Sabiduría, el justo siempre es un problema para el pecador: *“Tendamos lazos al justo, que nos fastidia, se enfrenta a nuestro modo de obrar, nos echa en cara faltas contra la Ley y nos culpa de faltas contra nuestra educación. Se gloria de tener el conocimiento de Dios y se llama a sí mismo hijo del Señor. Es un repoche de nuestros criterios, su sola presencia nos es insufrible, lleva una vida distinta de todas y sus caminos son extraños. Nos tiene por bastardos, se aparta de nuestros caminos como de impurezas; proclama dichosa la suerte final de los justos y se ufana de tener a Dios por padre. Veamos si sus palabras son verdaderas, examinemos lo que pasará en su tránsito. Pues si el justo es hijo de Dios, él le asistirá y le librá de las manos de sus enemigos. Sometámosle al ultraje y al tormento para conocer su temple y probar su entereza. Condenémosle a una muerte afrentosa, pues, según él, Dios le visitará”* (2, 12-20).

Pero a todo esto, Jesús respondió con sus brazos extendidos, con su costado abierto para acoger a todos y con su palabra de perdón: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”* (Lc 23, 34).

3. Jesús y su enemigo principal, Satanás

Es el enemigo verdadero de Jesús. Y Jesús, sí lucha contra él y contra sus planes, como veremos en el siguiente capítulo. Recibe de él ataques. Actúa en el mundo (cf. Jn 13, 2), busca condenar al hombre (cf. Mt 13, 19). Por eso, Jesús busca vencerlo (cf. Jn 12, 31). Su lucha contra Satanás es la lucha contra el mal. Por ello Cristo busca, ante todo, hacer el bien, construir el Reino de Dios.

CONCLUSIÓN

En el corazón de Jesús no cabían enemigos. Para Él todos somos dignos del amor de su Padre. A todos vino a salvar. Los que se alejan de Jesús lo hacen conscientemente, porque no quieren abrirse a su amor. ¡Lástima que se pierden el calor y el cariño de este Corazón misericordioso de Jesús! Siempre lucha por la verdad, no contra las personas (cf. Mt 22, 23-40). De todo esto se deduce que Jesús ama a sus enemigos. Trata de darles el tesoro de salvación que trae. Los respeta sin devolverles la misma piedra que le arrojan. Pero llega a zarandearlos fuertemente con palabras duras, nunca para molestarlos, sino para arrancarlos de su tensa dureza en el corazón. Podemos decir que su enemigo es el pecado, nunca el hombre. Pero ese pecado anida en el corazón de cada hombre.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Jesús ante el tentador y la tentación

No todo fue fácil en la vida de Jesús. Le costó cumplir su misión salvadora. El demonio le presentó falsos caminos para realizar su misión, pero al margen de su Padre celestial. Tentó a Jesús para que viviera un mesianismo terreno, político, deslumbrante y ambicioso. Pero Jesús no cayó en la trampa. La fuerza la sacó de su Padre en la oración y en el sacrificio.

Como verdadero hombre, Jesús fue tentado. Pero es tentado desde fuera, nunca desde dentro, pues no tuvo pecado original. El núcleo de las tentaciones propuestas por Satanás es apartar a Cristo de su mesianismo espiritual, encomendado por el Padre, y orientarlo hacia un mesianismo terreno, político, horizontal. En cada tentación del diablo Jesús respondió con un “no” rotundo, y nos ganó la victoria para nosotros, dándonos ejemplo en la lucha contra el enemigo.

1. *¿Existe el demonio?*

Hoy hay quienes niegan la existencia del Satanás, diciendo que nunca lo han visto con sus ojos ni tocado con sus manos. Otros dicen que eso fue invención de mentes un poco enfermas o atormentadas, que quisieron meter miedo a la gente sencilla y de salud quebrada, para sacarle dinero y conquistarla para sí. También hay quien dice que lo inventó la Iglesia católica para tener a todos sus adeptos bien calladitos y buenos, porque, si no, Satanás les llevaría al infierno. Otros, sobre todo predicadores, han preferido no hablar del diablo. ¿Por qué? ¿Ha pasado de moda? ¿Miedo a caer mal a la gente que les escucha? No sé.

Yo me fío de Jesús. Él habla de Satanás varias veces en el Evangelio. Es más, en otros escritos del Nuevo Testamento se habla del demonio más de treinta veces. Como botón de muestra doy estas citas: Lc 10, 18; Jn 8, 44; Mt 25, 41; Mt 13, 39; Mt 4, 1-9. Y si Jesús habla del demonio, no nos miente, porque Él es la Verdad.

La misma Iglesia católica ha declarado como verdad de fe la existencia del demonio en el cuarto concilio lateranense: “*Creemos firmemente y confesamos sinceramente que el diablo y demás demonios fueron creados por Dios buenos, mas ellos, por sí mismos, se hicieron malos*” (Denzinger, *Magisterio de la Iglesia* 428). No es que la Iglesia haya descubierto la existencia de Satán. Lo único que ha hecho ha sido definir lo que ya se encontraba contenido en la revelación. Al decir cada domingo: “***Creo en la vida eterna***”, estamos implícitamente diciendo que creemos en el cielo, donde vive Dios con sus santos, y en el infierno, donde está el demonio y los que quisieron ir con él, apartándose y autoexcluyéndose de Dios.

Si existe, ¿cómo es?

¿Ustedes han visto el aire? ¿Lo han tocado? No, porque es invisible, impalpable. Y, sin embargo, nadie niega la existencia del viento, del aire. Sólo vemos los efectos que produce el viento: destrucción de casas, derrumbamiento de árboles, caída de hojas secas, destrozos, etc.

Así también podemos decir del demonio. No lo vemos con los ojos corporales ni lo tocamos con las manos. Pero lo conocemos por sus efectos terribles que provoca en nuestro corazón y en el mundo. ¿Quién provoca los odios, los rencores, las discordias, la perversión, las impurezas, las blasfemias, las ambiciones, las mentiras, las magias, las burlas de la religión, las misas negras...y todo lo absurdo y malo que vemos? Sólo Satanás; pero se sirve de instrumentos humanos. Nosotros somos como el cuchillo que le damos para que él corte, rasgue, arañe, destruya y mate todos los valores humanos y cristianos que Dios ha sembrado en nuestro corazón, como buena semilla. Él, y sólo él nos incita a pecar, a rebelarnos contra Dios y a maltratar a los demás.

No vemos al demonio porque es un ser invisible, no material. Pero es un ser concreto, real. Es el ángel que se rebeló contra Dios y se convirtió en demonio, en ángel malo, rebelde, apóstata. Y a él le siguieron otros ángeles rebeldes, a quienes llamamos demonios.

¿Cómo actúa y dónde?

Hay una **acción ordinaria** del demonio, que el mismo Jesús experimentó. Quiere tentarnos al mal (Mt 4, 1-11). Y nos tienta en lo más débil que todos tenemos: el ansia de tener (ambición), el deseo de disfrutar (materialismo y sensualidad), y el anhelo de sobresalir (vanidad).

Y hay una **acción extraordinaria**. Nunca se puede meter en nuestra alma, a no ser que le abramos nosotros consciente y libremente la puerta. Pero sí puede meterse en nuestro cuerpo. Es lo que se llama **posesión diabólica**. El diablo se apodera del cuerpo, sin que la víctima pueda resistirse. Le hace hablar lenguas nuevas, demostrar una fuerza excepcional, revelar cosas ocultas. Esa persona pateo, muerde, araña. Otras veces, esta acción extraordinaria la hace el demonio provocando **sufrimientos físicos**. Estos fenómenos los leemos en tantas vidas de santos: el cura de Ars, san Juan Bosco, san Pablo de la Cruz, el beato padre Pío. Son golpeados, flagelados y apaleados por el demonio. Pero no logra meterse en el cuerpo de ellos; y, mucho menos, en el alma. Otra acción extraordinaria puede ser mediante la **obsesión diabólica**, que son acometidas repentinas de pensamientos obsesivos, absurdos...que le llevan a esa persona a la desesperación, deseo de suicidio, postración. Influye en los sueños. Estos estados competen a la psiquiatría. Finalmente, la **sujeción diabólica**, llamada también dependencia del demonio, llevada a cabo por el pacto de sangre o la consagración al diablo. ¡Terrible! Ya está en manos de Satanás, ya le dejó abierta el alma. Ya es posesión de Satán.

¿Cómo defendernos de Satanás?

Están los **medios comunes**, ordinarios, donde Dios nos sale con su fuerza y su gracia, que es más poderosa que el demonio: oración, confesión, comunión, obras de misericordia, devoción a la Virgen, docilidad a nuestro ángel de la guarda, que nos protege cuerpo y alma, de día y de noche.

Está un **medio extraordinario**, cuando hay posesión diabólica: el exorcismo con un sacerdote católico autorizado; no con magos ni con brujos.

Un medio también importante: no jugar con el demonio y con las cosas del demonio: el juego del vaso o copa; invocaciones al demonio; brujerías, echar las cartas, escuchar música donde se alaba al demonio y se le adora. En algunas piezas musicales en inglés se ha descubierto que, leyendo la canción de atrás para adelante, se daba culto al demonio. ¡Con el demonio no se juega, ni en pintura!

Vivamos, sí, muy tranquilos y confiados en Dios, pero vigilemos las veinticuatro horas del día, como nos dice san Pablo, porque el diablo anda rondando, buscando a quién devorar. Resistámosle fuertes en la fe y en el amor a Dios.

2. *Historicidad de las tentaciones*

¿Son hechos históricos o un juego literario de los autores sagrados, para enseñarnos una lección? ¿Son invenciones de los evangelistas? ¿Fueron tentaciones interiores o exteriores? Decir que Jesús fue tentado, ¿no sería echar una mancha sobre Él? Son preguntas interesantes. Contestemos.

Hay algunos que negaron la tentación en Jesús, porque la considerarían indigna del Hijo de Dios. Tal vez confunden una verdad: una cosa es la tentación, que en sí no es mala, y otra, es caer en la tentación. Es más, sabemos que la tentación es una oportunidad maravillosa para probar nuestro amor a Dios y nuestra opción por Él; además, la tentación nos hace descubrir los puntos fuertes y débiles de nuestra naturaleza humana; y, sobre todo, la tentación, nos hace más humildes para acudir e implorar la ayuda de Dios.

Digamos de entrada: si Jesús no vivió la tentación, no podría ser verdadero hombre y no podría ser ya un ejemplo para nosotros. Sólo será ejemplar cuando, tras haber vivido la tentación la haya superado desde su interior.

En Jesús, es verdad, no hubo la menor connivencia con el pecado, pero la tentación cruzó su vida como cruza las nuestras. Y no sólo una vez. Si el Evangelio sólo nos describe estas tres tentaciones, hay en el nuevo testamento muchas frases que nos dicen que la tentación acompañó a Jesús durante toda su vida⁹⁴. Tentado en el hambre y en la sed, en el frío y en la fatiga, en éxitos clamorosos y en fracasos desalentadores, en la soledad y en la incomprensión de los más allegados, en la inoportunidad de las gentes y en la hostilidad de los gobernantes. Jesús, al echar una ojeada retrospectiva a su vida, habla con intimidad a sus apóstoles: *“Vosotros habéis permanecido constantemente conmigo en mis pruebas”* (Lc 22, 28). La misma carta a los hebreos va más allá: *“Porque él mismo soportó la prueba, es capaz de socorrer a los tentados”* (2, 18). Y san Juan resume esta lucha y su desenlace: *“Viene el príncipe de este mundo, que en mí nada puede, pero conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre”* (Jn 14, 30).

Así, pues, Jesús fue tentado. Y la esencia de las tres tentaciones atenta contra la esencia misma de su vida: el mesianismo.

⁹⁴ *“Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compartir el peso de nuestras debilidades, sino al contrario: tentado en todo, como semejante nuestro que es, pero sin pecado”* (Heb 4, 15).

No parece probable que haya sido la comunidad o los evangelistas quienes inventaran estas tentaciones; no se atreverían a decir, una vez confesada su resurrección y divinidad, que Jesús ha sido tentado por el Maligno.

La narración de las tentaciones, dice Maximino Arias Reyero⁹⁵, es, pues, una narración contada por el mismo Jesús, que manifiesta dramáticamente lo que le ocurrió a lo largo de su vida apostólica y en diferentes oportunidades, acomodada por los catequistas-evangelistas a su público, para extraer además enseñanzas para los cristianos.

¿Fueron interiores o exteriores? Contesta José Luis Martín Descalzo⁹⁶: *“Desde un punto teológico es perfectamente posible que las tentaciones sufridas por Jesús fueran hermanas gemelas de las que todos los hombres padecemos en nuestro corazón, sin necesidad de apariciones diabólicas. Es perfectamente posible que la forma literaria con que se cuenta el suceso fuera aportada por los evangelistas, que reunieron en una sola ocasión todas las tentaciones que Cristo vivió a lo largo de su vida...”*.

3. ***El contenido de las tentaciones***

Dostoyevsky, en una de las páginas más bellas de toda la historia de la literatura (*La leyenda del gran inquisidor en los Hermanos Karamazov*) ha intuido como nadie la hondura de lo que aquí se juega: *“Si hubo alguna vez vez en la tierra un milagro verdaderamente grande, fue aquel día, el día de esas tres tentaciones. Precisamente en el planteamiento de esas tres cuestiones se cifra el milagro... Sólo por esas tres preguntas, por el milagro de su aparición, cabe comprender que nos encontramos con una inteligencia no humana, sino eterna y absoluta. Porque en esas tres preguntas aparece compendiada en un todo y pronosticada toda la ulterior historia humana y manifestadas todas las tres insolubles antítesis históricas de la naturaleza humana en toda la tierra”*.

¿Cuáles son esas tres formulaciones en las que el espíritu del mal resume toda su filosofía de la historia? ¿Cuáles son las tres antítesis que, frente a ellas, presenta Jesús? Ese es el eje de esta escena que estamos analizando. Jesús se está jugando el sentido y la dirección de su obra redentora. Satanás, por supuesto, no le está proponiendo a Jesús elegir entre el bien y el mal, sino entre el bien que su Padre quiere y otros bienes aparentes de factura y categoría humana: materialismo, vanidad, ambición, poder.

Primera tentación: Mt 4, 3-4 y Lc 4, 3-4

Es la tentación del mesianismo materialista. Reducir su vida y mesianismo a la reforma social, para satisfacer los estómagos y solucionar los problemas sociales, económicos.

Ante este ataque Jesús vence diciéndole que Él no es repartidor de pan, que Él trae algo más importante y muy distinto: la Palabra de Dios, único alimento que puede saciar definitivamente el corazón del hombre.

⁹⁵ En su Libro *“Jesús el Cristo: curso fundamental de cristología”*, ed. Paulinas 1982, p. 171

⁹⁶ En su libro *“Vida y misterio de Jesús de Nazaret”* ed. Sígueme, 1989, p. 317

¿Desprecia con ello Jesús lo material? ¿Se desinteresa de los estómagos de los hombres? No. El pan material es necesario. Él lo sabe. Y hay que luchar porque todos lo tengan. Pero Jesús trae más que pan. Ha traído la Palabra de Dios que, si es aceptada y vivida, traerá el pan de la tierra como añadidura, después de haber dado la plenitud interior y por el hecho de darla.

Si Jesús solucionara los problemas sociales y materiales, todos le seguirían, no tanto por Él, sino por el pan. Y Cristo no quiere que se le desvirtúe su misión redentora y espiritual. Él trae el pan de su Palabra que alimenta nuestra alma y la llena de entusiasmo, verdad, esperanza, amor, perdón, luz. Quien se alimenta de este pan, podrá después dar solución al hambre material y a la justicia social.

Por tanto, el contenido de esta primera tentación está en que a Jesús se le solicita a poseer unos bienes materiales con carácter preferencial sobre los valores espirituales del Reino.

Esta tentación sigue tocando las puertas de nuestro mundo⁹⁷. Hay que gritar con Jesús: “*No sólo de pan material vive el hombre*”⁹⁸, sino también de la fe y el amor a Dios y al prójimo. Debemos preferir la Palabra de Dios y los valores del Reino a los bienes materiales y a otros valores, como la familia, la riqueza, la comodidad, las ventajas propias.

Segunda tentación: Mt 4, 5-7

Es la tentación del mesianismo milagrero y fosforescente. “*Tírate y cúbrete de gloria*”. Un éxito como ése, hará que todo el pueblo se ponga en pie tras Él. No será necesario predicar, mucho menos morir. Bastará con triunfar. Satanás sabe que los hombres aman lo maravilloso, lo espectacular. Están dispuestos a postrarse ante cualquier taumaturgo, tanto si es diabólico como si se tratara de un charlatán.

Esta tentación muestra más hondura de la que aparenta. En ella entra en juego el mismo concepto que Jesús tiene de Dios y el absurdo modo de entenderlo que tiene el demonio. Para éste, Dios sería una fuente de beneficios. Por eso, el diablo incita a Jesús a usar a Dios, poniéndolo al servicio de sus intereses o de su misma misión. El demonio tienta a Cristo no tanto para que demuestre que es el Hijo de Dios, sino para que los hombres crean en Él. Es la misma tentación que formularán a Cristo cuando esté en la cruz pidiéndole que baje de ella, no como un triunfo propio, sino como un supuesto cumplimiento de su misión: *para que creamos en Él* (Mt 27, 42).

Estamos ante la tentación de la eficacia apostólica, pero tergiversando la intencionalidad y el modo. La tentación de la eficacia deslumbrante, pero sin pasar por la cruz, por el sufrimiento, por la incompreensión. “*Queremos un Mesías apoteósico, brillante...pero sin cruz*”. Es como decir: queremos el triunfo, aunque no haya santidad de vida. Sabemos que la santidad no se da sin una enorme cuota de sacrificio,

⁹⁷ Como aconteció al pueblo de Israel en el desierto, que pasaba hambre y protestó contra Moisés. Mientras el pueblo de Israel protestó, Jesús no protestó; prefirió la palabra al pan material. El maná es signo para que ese pueblo no se olvide de Dios cuando tenga otro pan.

⁹⁸ Esta misma contestación la da continuamente Jesús en otras muchas ocasiones: Jn 6, 26-27; Jn 4, 30-34; Mc 4, 3-20; Mt 10, 29; Mt 13, 44; Mt 6, 33.

sinsabores y cruces. ¿Qué es el triunfo a los ojos de Dios? ¿Qué es la eficacia a los ojos de Dios?

Esta tentación se ha producido muchas veces en la vida de Jesús. Muchas veces le han pedido diferentes personas que manifieste, por medio de milagros, la presencia de Dios en Él, para que creyeran en su doctrina⁹⁹.

Pero la doctrina y la actitud de Jesús es siempre la misma: Dios está siempre en lo escondido, en lo diario (Cf. Mt 6, 6). Dios está continuamente en la vida de Jesús. No tiene por qué reclamar una presencia milagrosa. El poner condiciones a la acción de Dios, el provocarla, ha sido visto en el Antiguo Testamento como tentación, es decir, piedra para que alguien caiga.

Al igual que Cristo, el cristiano no tiene que pedir milagros espectaculares a Dios para creer, ni signos deslumbrantes. Nos debe bastar confiar en nuestro Padre Dios que sabrá darnos lo que más nos conviene para nuestra salvación eterna.

Tercera tentación: Mt 4, , 8-10; Lc 4, 5-8

Es la tentación del mesianismo reducido a poder humano, a posesión de la tierra, que era el sueño dorado de todos los miembros de su pueblo, los israelitas y que seguirá siendo, a lo largo de los siglos, el sueño de todos los humanos. Contentarnos con el dominio del mundo y olvidarnos del alma. Es la tentación en la que cayó Adán, el primer hombre.

Esta tentación se da en otros momentos de la vida de Jesús, donde se le ofrece el ser “como Dios”, el poder ser nombrado rey de este mundo, el dominar y regir los destinos de Israel¹⁰⁰. La doctrina de Jesús sobre este punto es siempre la misma: Nadie puede servir a dos señores (Mt 6, 24); ser siervos, no señores (Mc 9, 34).

La tentación es honda: si viene a salvar al mundo, ¿no será un buen camino empezar por dominarlo y hacerlo suyo? El demonio le propone un poder terreno y político idolátrico, sin tener en cuenta la referencia a Dios; el poder político como competidor de Dios.

Jesús contesta con un rotundo “no”. El poder que Jesús trae es el poder que camina por las sendas del amor, del fracaso aparente y de la cruz. Desde la altura de un trono es muy difícil, casi imposible, amar. El trono aleja, la cruz acerca. Y de nada sirve que el demonio ofrezca a cambio de su eficacia todos los reinos de este mundo. Jesús sabe que, incluso gratis, el poder corrompe. Sabe que un Cristo “poderoso” no sería el verdadero. Y que su redención con oro sería una conquista, no una redención. La salvación no puede llegar bajo las especies de la fuerza, el poder y la riqueza.

⁹⁹ Cf. **Mc 8, 11:** Los fariseos le piden una señal del cielo para creer. Jesús no se la da. **Mt 16, 1; Mt 12, 38:** los fariseos piden milagros para creer. **Mt 27, 40; Mt 27, 43:** Le piden que baje de la cruz para creerle como Mesías. **Jn 7, 3-5:** los allegados le piden que se manifieste con milagros.

¹⁰⁰ Cf. **Jn 6, 15:** quieren hacerle Rey, pero Él se marcha. **Jn 19, 12, Mc 15, 2; 11, 7-8:** parece que los discípulos le creyeron Rey. **Mt 16, 22-23:** Pedro quiere apartar a Jesús de su camino, quiere que sea Rey, que no sufra, que triunfe.

Resumiendo: en el desierto Jesús tuvo que luchar contra el demonio que le proponía otro tipo de mesianismo; un mesianismo terreno, horizontalista, político, social, a ras de tierra. El tentador propone a Jesús cumplir su misión: en la saciedad, en la gloria y el reconocimiento admirados, en la riqueza y el poder, y todo ello obrado con la ayuda de prodigios divinos. Pero Jesús, antes de comenzar su misión, propone otro camino: el de la escucha a la Palabra de Dios, el de la obediencia humilde, el de atribuir todo al Padre. Pone a todas las luces qué clase de mesianismo viene a instaurar, por mandato de su Padre: un mesianismo espiritual, que debe pasar necesariamente por el servicio, el escondimiento, el sacrificio y la cruz. Jesús derrota a Satanás. Y cuando expulsa demonios no hace más que verificar, ratificar su victoria.

CONCLUSIÓN

Como verdadero hombre, Jesús fue tentado. La tentación no significa pecado. Debemos aclarar una cosa: mientras las tentaciones de los hombres provienen de tres frentes: el mundo, el demonio y las propias pasiones desordenadas que todo hombre lleva dentro; las tentaciones de Jesús provienen del exterior, del mundo, del demonio y de los demás hombres. Jamás de su interior, pues nunca experimentó las pasiones desordenadas, fruto del pecado original. Jesús es santo, nació sin pecado. En su interior reinaba la armonía y la identificación con la voluntad de su Padre. En nosotros convive la inclinación interna a desviarnos de la voluntad de Dios. Jesús, venciendo a Satanás, nos asegura la posibilidad de vencerlo también nosotros, si nos aliamos a Él y a su Palabra.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Jesús ante la mujer

¿Cómo se comportaba Jesús ante la mujer? ¿Huyó de ellas? ¿Las esquivaba? Jesús vino a salvar a todos. Nadie quedaba excluido de su redención. Mucho menos, la mujer, en quien Jesús puso tanta confianza, como guardiana de los valores humanos y religiosos del hogar. Indaguemos en los Santos Evangelios para ver cómo fue el trato que Jesús dispensó a las mujeres.

Jesús supo tratar a la mujer con gran respeto y dignidad, valorando toda la riqueza espiritual que ella trae consigo, en orden a la educación humana y moral de los hijos y a la formación de un hogar donde reine la comprensión, el cariño y la paz, y donde Dios sea el centro.

1. *La mujer en tiempos de Jesús*

Hoy difícilmente nos imaginamos hasta qué extremos llegó en el mundo antiguo la discriminación de la mujer.

Las religiones orientales llegaban a negarle la naturaleza humana, atribuyéndole la animal. El culto de Mithra, que señoreó en todo el imperio romano en los comienzos de la difusión del cristianismo, excluía radicalmente a las mujeres. Sócrates las ignoraba completamente. Platón no encuentra sitio para ellas en su organización social.

¿Y el mundo hebreo en tiempos de Jesús? El hebraísmo se nos muestra como una religión de varones. Filón -contemporáneo de Cristo- nos cuenta que toda la vida pública, con sus discusiones y negocios, en paz y en guerra, son cosa de hombres. Conviene, dice, que la mujer quede en casa y viva en retiro. Este separatismo estaba reflejado en las leyes imperantes: la mujer era indigna de participar en la mayoría de las fiestas religiosas, no podía estudiar la *torá* ni participar en modo alguno en el servicio del santuario. No se aceptaba en juicio alguno el testimonio de una mujer, salvo en problemas estrictamente familiares. Estaba obligada a un ritual permanente de purificación, especialmente en las fechas que tenían algo que ver con lo sexual (la regla o el parto). De ahí que el nacimiento de una niña se considerase una desgracia. Rabbi Simeón ben Jochai escribe en el año 150: “*Todos se alegran con el nacimiento de un varón. Todos se entristecen por el de una niña*”.

En fin, la mujer se consideraba como posesión del marido. Estaba obligada a las faenas domésticas, no podía salir de casa sino a lo necesario y convenientemente velada, no podía conversar a solas con ningún hombre so pena de ser considerada como indigna y hasta adúltera. Ante cualquier sospecha de infidelidad, debía someterse a la prueba de los celos (cf. Num 5, 12-18). En caso de poligamia¹⁰¹, que siempre era poliginia¹⁰², estaba obligada a tolerar otras mujeres y podía recibir el libelo por las razones más fútiles. Siempre se atribuía a ella la esterilidad de la pareja. La discriminación en caso de adulterio era radical. Esta humillación llegaba en algunos

¹⁰¹ **Poligamia** es una palabra griega que significa la condición de la persona casada simultáneamente con varios esposos o esposas.

¹⁰² **Poliginia** también es palabra griega que significa tener muchas mujeres; por tanto, la condición de un varón casado con muchas mujeres.

campos, sobre todo, en el campo religioso, a situaciones increíbles. Tres veces al día todo judío varón rezaba así: “*Bendito seas tú, Señor, porque no me has hecho gentil, mujer o esclavo*”. A lo que la mujer debía responder, agachada la cabeza: “*Bendito sea el Señor que me ha creado según su voluntad*”. Y el rabinismo de la época de Jesús repetía tercamente que “*mucho mejor sería que la Ley desapareciera entre las llamas, antes que ser entregada a las mujeres*”.

Este era el mundo en que se movió Jesús. Estas, las costumbres en las que fue educado. ¿Compartió Jesús estas discriminaciones?

2. *Jesús y la mujer*

Partiendo de los Evangelios, ¿qué características tienen las mujeres?

Trabajadora: Compara el Reino de Dios a una mujer que trabaja en la casa, que pone levadura en la masa y prepara el pan para la familia (cf. Lc 13, 20-21). Por tanto, nada más lejos de la mujer que el espíritu de comodidad, la pereza y la vida fácil y regalada. En el alma de toda mujer campea la capacidad de sacrificio y de servicio.

Cuidadosa, atenta y solícita: así como una mujer barre la casa, busca por todas partes para encontrar esa moneda perdida, así es Dios Padre con nosotros, hasta encontrarnos (cf. Lc 15, 8-10). Son características propias de la delicadeza femenina.

Afectiva y comunicativa: así como esa mujer se alegra al encontrar la moneda perdida y hace partícipe a sus vecinos de su gozo, así Dios Padre nos hace partícipes de su alegría, cuando recobra un hijo perdido (cf. Lc 15, 8-10). No olvidemos que la mujer necesita mucho más el afecto que las razones y las cosas materiales. A través de la afectividad podemos entrar en el mundo intelectual de la mujer.

Esposa previsor: con el aceite de su amor y fe sale al encuentro del esposo. Así debemos nosotros ser con Dios (cf. Mt 25, 1-13). Toda mujer debe tener previsión de cuanto se necesita en casa.

Insistente: la mujer es presentada aquí como modelo de fe insistente, hasta conseguir lo que quiere (cf. Lc 18, 1-8). De esta característica son testigos los esposos, pues saben que sus esposas consiguen todo a base de insistencia.

Servicial y generosa: Marta y las buenas mujeres, que le seguían, sirven a Jesús con delicadeza y amor, poniendo sus bienes al servicio de Cristo (cf. Lc 10, 38-42; Lc 8, 1-3). Es propio de la mujer la generosidad; ella nunca mide su entrega; simplemente se da.

Feliz en el sacrificio: como la madre al dar a luz a su hijo (cf. Jn 16, 21). El sacrificio lo tienen incorporado en su vida; nacen con una cuota de aguante mayor que la del hombre.

Humilde y oculta: como esa viuda que pone en la colecta del templo lo que tenía para vivir (cf. Mc 12, 41-44; Lc 21, 1-4). ¡Cuántas cosas, cuántos detalles ocultos hace la mujer en la casa, y nadie los ve! Sólo Dios les recompensará.

De fina sensibilidad: derrama el mejor perfume a Cristo (cf. Jn 12, 1-8). La sensibilidad es una de las facetas femeninas. Sin las mujeres nuestro mundo sería cruel; le faltaría esa nota de finura. Ellas van derramando su mejor perfume en el hogar.

Fiel en los momentos difíciles: allí estaban las mujeres en el Calvario, cuando Jesús moría (cf. Jn 19, 25). ¿Dónde estaban los valientes hombres, los apóstoles decididos, los que habían sido curados? Allí estaban las mujeres, pues cuando una mujer ama de verdad, ama hasta el sacrificio.

¿Cómo las trató Jesús?

Habla con ellas con naturalidad, espontaneidad, sin afectación; pero siempre con sumo respeto, discreción, dignidad y sobriedad, evitando el comportamiento chabacano, atrevido, peligroso. Nadie pudo echarle en cara ninguna sombra de sospecha en este aspecto delicado.

Les permite que le sigan de cerca, que le sirvan con sus bienes (cf. Lc 8, 1-3). Esto era inaudito en ese tiempo. Rompe con los esquemas socioculturales de su tiempo. ¿Por qué iba Él a despreciar el servicio amoroso y solícito de las mujeres? Ahora uno entiende mejor cómo en las iglesias siempre la mujer es la más dispuesta para todos los servicios necesarios¹⁰³, pues desde el tiempo de Jesús ellas estaban con las manos dispuestas a servir de corazón.

Busca sólo el bien espiritual de sus almas, su conversión. No tiene intenciones torcidas o dobles.

Les corrige con amor y respeto, cuando es necesario, para enseñarles la lección. A su Madre la fue elevando a un plano superior, a una nueva maternidad, que está por encima de los lazos de la sangre (cf. Lc 2, 49; Jn 2, 4; Mt 12, 48). A la madre de los Zebedeo le echó en cara la ambición al pedir privilegios a sus hijos (cf. Mt 20, 22). A las mujeres que lloraban en el camino al Calvario les pidió que sus lágrimas las reservasen para quienes estaban lejos de Dios, a fin de atraerles a la conversión (cf. Lc 23, 28).

Les premia su fe, confianza y amor con milagros: a la hemorroísa y a la hija de Jairo (cf. Mt 9, 18-26). A la suegra de Simón Pedro (cf. Mc 1, 29-39). Al hijo de la viuda de Naín (cf. Lc 7, 11-17). A la hija de la cananea (cf. Mc 7, 24-30). A la mujer encorvada (cf. Lc 13, 18-22). Jesús es sumamente agradecido con estas mujeres y sabe consolarles en sus sufrimientos.

Jesús acepta la amistad de las hermanas de Lázaro, Marta y María, que lo acogen en su casa con solicitud y escuchan con atención sus palabras (cf. Lc 10, 38-42). La amistad es un valor humano, y Jesús era verdadero hombre. ¿Cómo iba él a despreciar un valor humano?

Las perdona, cuando están arrepentidas (cf. Jn 8, 1-11; Lc 7, 36-50; Jn 4, 7-42). A María Magdalena la libró del poder del demonio (cf. Mc 16, 9; Lc 8, 2).

¹⁰³ Acérquense a cualquier iglesia y vean quiénes están dando catequesis, quiénes están al frente de Cáritas, de los comedores gratuitos, etc. Casi el ochenta por ciento son mujeres.

La llama a ser apóstol de su resurrección (Jn 20, 17). Las mujeres se convierten en las primeras enviadas a llevar la buena nueva de la victoria de Cristo.

3. *Visión de la mujer en el Cristianismo*¹⁰⁴

La mujer es ante todo una persona humana, creada por Dios, espiritual y destinada a la vida inmortal. Va en contra de su dignidad y destino convertirla en objeto de placer, esclava del capricho, de su vanidad, de la moda o figura meramente decorativa de la casa. ¡Mujeres, no se dejen manipular! ¡Mujeres, sepan respetarse! ¡Mujeres, son personas humanas con una dignidad grandísima! Reconozcan su dignidad.

La mujer es persona en cuanto mujer y sólo se realiza como persona en la medida en que se realiza como mujer. La cultura moderna demuestra que la disociación de ambos elementos genera en la persona una represión que termina por desequilibrarla y que es fuente de desestabilización familiar. ¡Mujeres, sean mujeres, conserven sus aspectos femeninos! El mundo y la sociedad les necesitan como perfectas mujeres. Lo que ustedes no hagan no lo hará nadie. El hombre tiene otro rol.

Dios ha capacitado a la mujer a través de su naturaleza femenina para su pleno desarrollo y realización como ser humano. El cuerpo y el alma femeninos están hechos naturalmente para la misión sagrada y específica de transmitir la vida. Nulificar o negar esta dimensión produce una especie de muerte psicológica de su esencia femenina. ¡Mujeres, no se avergüencen de tener hijos, muchos hijos...es ésta su principal misión!

Cristo ha redimido la imagen de Dios en el hombre que había quedado rota desde el principio, y ha curado con su amor absoluto las heridas dejadas por el pecado, de manera que ahora la mujer es capaz de expresarse y realizarse por el camino de un amor oblativo y sacrificial, verdadera fuente de vida y fecundidad. La Iglesia, con el Evangelio, cree que el amor oblativo, lejos de extinguir a la mujer, la dilata en su existencia. ¡Mujeres, queremos ver en ustedes ese amor hecho oblación y entrega! María, la madre de Jesús les da ejemplo de la hondura de este amor.

A través de la condición femenina se percibe un especial reflejo del Espíritu de Dios y su virtud como fuerza de amor, como centro de comunión, como regazo de vida, como aliento de esperanza, como certeza de que la vida triunfa sobre la muerte, así como el espíritu prevalece sobre la materia. ¡Sin ustedes, mujeres, el mundo se materializaría, y nos quedaríamos sin alma, sin espíritu! ¡No permitan que nos ahogemos en lo material!

La mujer forma parte esencial del Cuerpo Místico de Cristo en virtud de su feminidad, la cual refleja la naturaleza sponsal de dicho Cuerpo con respecto a su Cabeza, Cristo. La Iglesia es la esposa de Cristo. Al querer retratar a la Iglesia debemos mirar a la mujer de donde sacaremos la fuente de ternura femenina para aplicarla analógicamente a la Iglesia de Cristo.

¹⁰⁴ Esta síntesis la recojo de una carta del padre Marcial Maciel, L.C., fundador de la congregación de los Legionarios de Cristo, del 15 de agosto de 1997, dirigida a las mujeres.

En la historia de la Salvación la mujer ocupa un lugar irremplazable. En el tiempo que le toca vivir, ella es un anillo nuevo e irrepetible en esa larga cadena de mujeres que la han precedido como cooperadoras de la evangelización, desde aquel pequeño grupo que acompañaba y servía a Jesús. La primera de todas fue su Madre Santísima. Por tanto, el “*Vayan y anuncien*” de Jesús, también va dirigido a las mujeres, a todo cristiano, hombre o mujer.

En el tiempo de la Iglesia que le toca vivir, a la mujer cristiana le compete velar porque la Iglesia persevere en la fidelidad a su Esposo Divino, a través del mantenimiento no adulterado de su fe, y de un constante rejuvenecimiento y acrecentamiento de su maternidad espiritual sobre la humanidad redimida. Lo cual quiere decir que en la génesis y expansión del evangelio en cada tiempo y en cada cultura, la mujer debe marchar a la cabeza de los evangelizadores, a ejemplo de la Santísima Virgen y de María Magdalena. ¡Qué predilección y qué confianza la del Señor!

CONCLUSIÓN

Jesús comprende la vocación peculiar de la mujer a la vida y al amor, capaz de suscitar en ella los más nobles sentimientos e ideales. Por eso siempre apela a lo mejor que hay en la mujer: su anhelo de un amor que le permita realizar su vocación sobrenatural y eterna. Jesús no echa en cara a la mujer su vida ni su pecado, sino que la conduce de la mano misericordiosamente, para que ella reconozca su situación y su error, y vuelva a la vida nueva.

Jesús da a entender que sólo el amor de la madre, la pureza del alma virgen y la capacidad de sufrimiento del corazón femenino fueron capaces de compartir la inmensidad del sufrimiento del Hijo de Dios. Serán las mujeres quienes aprovecharán los pocos minutos de luz que quedan para embalsamar su cuerpo y perfumarlo, según la costumbre judía. Luego velarán con amor intrépido, ante la mirada insidiosa de los guardias, el cuerpo de su Maestro amado (cf. Mt 27, 61). Después de haber guardado el reposo sabático, irán muy de mañana el primer día de la semana a la tumba de Jesús con la ilusión de poder concluir ese piadoso acto de amor. Como recompensa, Jesús resucitado se les aparecerá a ellas antes que a ningún otro discípulo (cf. Mt 28, 9) y a ellas, antes que a los mismos apóstoles. Jesús les confiará la tarea de anunciar a los demás la buena noticia de su resurrección (cf. Mt 28, 10; Jn 21, 17), a pesar de la mentalidad judía, que no concedía ningún valor al testimonio de una mujer.

Por su apertura al amor y su fina sensibilidad la mujer está especialmente capacitada para comprender el mensaje de Jesús. Por ello, el Maestro no duda en revelarles verdades profundísimas sobre el misterio del Padre y su propio misterio: a la mujer samaritana le declara sin ambages que Dios es Espíritu y que no debemos adorarlo en Jerusalén o en un monte sino “en espíritu y en verdad”. Él mismo se presenta a ella como el Mesías prometido (cfr. Jn 4, 24.26). A Marta, la hermana de Lázaro, le dice que Él es la resurrección y la vida (Jn 11, 26). A María Magdalena le da a entender que su Padre Celestial es también Padre de todos los hombres (cf. Jn 20, 17). Las mujeres comprenden el lenguaje del amor, que es el núcleo del mensaje de Cristo.

Jesús no desconoce la realidad del pecado en la adúltera, en la samaritana, en María Magdalena. Pero sabe que ellas pueden alcanzar la redención de sus faltas,

porque pueden amar mucho. Jesús trata a la mujer como mujer. Ni privilegia su trato ni lo rechaza. Ve en ella un reflejo espléndido del amor del Padre, una creatura llamada a la alta vocación de madre, de esposa, de hija. Cristo lega a todos los hombres un magnífico ejemplo del trato que merece la mujer; su finura, su respeto, su delicadeza, su miramiento, su amor puro y desinteresado son un modelo perfecto del comportamiento que el hombre debe adoptar con la mujer.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

Jesús ante los enfermos

Si uno lee con detención los Santos Evangelios descubre todo un mundo, un océano de dolor que parece rodear a Jesús. Parece un imán que atrae a cuanto enfermo encuentra en su paso por la vida. Él mismo se dijo Médico que vino a sanar a los que estaban enfermos. No puede decir “no” cuando clama el dolor. El amor de Jesús a los hombres es, en su última esencia, amor a los que sufren, a los oprimidos. El prójimo para Él es aquel que yace en la miseria y el sufrimiento (cf. Lc 10, 29 ss). La buena nueva que vino a predicar alcanzaba sobre todo a los enfermos.

El dolor y el sufrimiento no son una maldición, sino que tienen su sentido hondo. El sufrimiento humano suscita compasión, respeto; pero también atemoriza. El sufrimiento físico se da cuando duele el cuerpo, mientras que el sufrimiento moral es dolor del alma. Para poder vislumbrar un poco el sentido del dolor tenemos que asomarnos a la Sagrada Escritura que es un gran libro sobre el sufrimiento¹⁰⁵. El sufrimiento es un misterio que el hombre no puede comprender a fondo con su inteligencia. Sólo a la luz de Cristo se ilumina este misterio. Desde que Cristo asumió el dolor en todas sus facetas, el sufrimiento tiene valor salvífico y redentor, si se ofrece con amor. Además, todo sufrimiento madura humanamente, expía nuestros pecados y nos une al sacrificio redentor de Cristo.

1. *La enfermedad en tiempos de Jesús*

El estado sanitario del pueblo judío era, en tiempos de Jesús, lamentable. Todas las enfermedades orientales parecían cebarse en su país. Y provenían de tres fuentes principales: la pésima alimentación, el clima y la falta de higiene.

La alimentación era verdaderamente irracional. De ahí el corto promedio de vida de los contemporáneos de Jesús y el que veamos con tanta frecuencia enfermos y muertos jóvenes en la narración evangélica. Pero era el clima el causante de la mayor parte de las dolencias. En el clima de Palestina se dan con frecuencia bruscos cambios de calor y frío. El tiempo fresco del año, con temperaturas relativamente bajas, pasa, sin transición ninguna, en los “días Hamsin” (días del viento sur del desierto), a temperaturas de 40 grados a la sombra. Y, aun en esos mismos días, la noche puede registrar bruscos cambios de temperatura que, en casas húmedas y mal construidas como las de la época, tenían que producir fáciles enfriamientos, y por lo mismo, continuas fiebres. Y con el clima, la falta de higiene.

De todas las enfermedades la más frecuente y dramática era la lepra que se presentaba en sus dos formas: hinchazones en las articulaciones y llagas que se descomponen y supuran. La lepra era una terrible enfermedad, que no sólo afectaba al plano físico y corporal, sino sobre todo al plano psicológico y afectivo. El leproso se siente discriminado, apartado de la sociedad. Ya no cuenta. Vive aislado. Al leproso se le motejaba de impuro. Se creía que Dios estaba detrás con su látigo de justicia, vengando sus pecados o los de sus progenitores. Basta leer el capítulo trece del Levítico para que nos demos cuenta de todo lo que se reglamentaba para el leproso. ¡La lepra iba

¹⁰⁵ Recomiendo aquí la lectura de la exhortación del Papa Juan Pablo II “*Salvifici doloris*”, sobre el dolor salvífico.

comiendo sus carnes y la soledad del corazón! Todos se mantenían lejos de los leprosos. E incluso les arrojaban piedras para mantenerlos a distancia.

¿Cuál era la postura de los judíos frente a la enfermedad? Al igual que los demás pueblos del antiguo Oriente, los judíos creían que la enfermedad se debía a la intervención de agentes sobrenaturales. La enfermedad era un pecado que tomaba carne. Es decir, pensaban que era consecuencia de algún pecado cometido contra Dios. El Dios ofendido se vengaba en la carne del ofensor. Por eso, el curar las enfermedades era tarea casi exclusivamente de sacerdotes y magos, a los que se recurría para que, a base de ritos, exorcismos y fórmulas mágicas, oraciones, amuletos y misteriosas recetas, obligaran a los genios maléficos a abandonar el cuerpo de ese enfermo. Para los judíos era Yavé el curador por excelencia (cf. Ex 15, 26).

Más tarde, vino la fe en la medicina (cf. Eclesiástico 38, 1-8). No obstante, la medicina estaba poco difundida y no pasaba de elemental. Por eso, la salud se ponía más en las manos de Dios que en las manos de los médicos.

2. *Jesús ante el dolor, la enfermedad y el enfermo*

Y, ¿qué pensaba Jesús de la enfermedad?

Jesús dice muy poco sobre la enfermedad. La cura. Tiene compasión de la persona enferma. La curación del cuerpo estaba unida a la salvación del alma. Jesús participa de la mentalidad de la primera comunidad cristiana¹⁰⁶ que vivió la enfermedad como consecuencia del pecado (cf. Jn 9, 3; Lc 7, 21). Por tanto, Jesús vive esa identificación según la cual su tarea de médico de los cuerpos es parte y símbolo de la función de redentor de almas. La curación física es siempre símbolo de una nueva vida interior.

Jesús ve el dolor con realismo. Sabe que no puede acabar con todo el dolor del mundo. Él no tiene la finalidad de suprimirlo de la faz de la tierra. Sabe que es una herida dolorosa que debe atenderse, desde muchos ángulos: espiritual, médico, afectivo, etc.

¿Y ante el enfermo?

Primero: siente compasión (cf. Mt 7, 26). Jesús admite al necesitado. No lo discrimina. No se centra en los cálculos de las ventajas que puede obtener o de la urgencia de atender a éste o a aquel. Alguien llega y Él lo atiende. Su móvil es aplacar la necesidad. Tiene corazón siempre abierto para cualquier enfermo.

Segundo: ve más hondo. Tras el dolor ve el pecado, el mal, la ausencia de Dios. La enfermedad y el dolor son consecuencias del pecado. Por eso, Jesús, al curar a los enfermos, quiere curar sobre todo la herida profunda del pecado. Sus curaciones traen al enfermo la cercanía de Dios. No son sólo una enseñanza pedagógica; son, más bien, la llegada de la cercanía del Reino de Dios al corazón del enfermo (cf. Lc 4, 18).

¹⁰⁶

Cf. 1 Cor 11, 30

Tercero: le cura, si esa es la voluntad de su Padre y si se acerca con humildad y confianza. Y al curarlo, desea el bien integral, físico y espiritual (cf. Lc 7, 14). Por eso no omite su atención, aunque sea sábado y haya una ley que lo malinterprete (cf. Mc 1, 21; Lc 13, 14).

Cuarto: Jesús no se queda al margen del dolor. Él también quiso tomar sobre sí el dolor. Tomó sobre sí nuestros dolores¹⁰⁷. A los que sufren, Él les da su ejemplo sufriendo con ellos y con un estilo lleno de valores (cf. Mt 11, 28).

Quinto: con los ancianos tiene comprensión de sus dificultades, les alaba su sacrificio y su desprendimiento, su piedad y su amor a Dios, su fe y su esperanza en el cumplimiento de las promesas divinas (cf. Mc 12, 41-45; Lc 2, 22-38).

Juan Pablo II en su exhortación “*Salvifici doloris*”¹⁰⁸ del 11 de febrero de 1984 dice que Jesucristo proyecta una luz nueva sobre este misterio del dolor y del sufrimiento, pues Él mismo lo asumió. Probó la fatiga, la falta de una casa, la incompreensión. Fue rodeado de un círculo de hostilidad, que le llevó a la pasión y a la muerte en cruz, sufriendo los más atroces dolores. Cristo venció el dolor y la enfermedad, porque los unió al amor, al amor que crea el bien, sacándolo incluso del mal, sacándolo por medio del sufrimiento, así como el bien supremo de la redención del mundo ha sido sacado de la cruz de Cristo. La cruz de Cristo se ha convertido en una fuente de la que brotan ríos de agua viva. En ella, en la cruz de Cristo, debemos plantearnos también el interrogante sobre el sentido del sufrimiento, y leer hasta el final la respuesta a tal interrogante.

Al final de la exhortación, el Papa dice: “*Y os pedimos a todos los que sufrís, que nos ayudéis. Precisamente a vosotros, que sois débiles, pedimos que seáis una fuente de fuerza para la Iglesia y para la humanidad. En la terrible batalla entre las fuerzas del bien y del mal, que nos presenta el mundo contemporáneo, venza vuestro sufrimiento en unión con la cruz de Cristo*” (número 31).

3. *Nosotros ante el dolor y la enfermedad*

¿Cuál debería ser nuestra actitud ante el dolor, la enfermedad y ante los enfermos?

Primero, ante el dolor y la enfermedad propios: aceptarlos como venidos de la mano de Dios que quiere probar nuestra fe, nuestra capacidad de paciencia y nuestra confianza en Él. Ofrecerlos con resignación, sin protestar, como medios para crecer en la santidad y en humildad, en la purificación de nuestra vida y como oportunidad maravillosa de colaborar con Cristo en la obra de la redención de los hombres.

Y ante el sufrimiento y el dolor ajenos: acercarnos con respeto y reverencia ante quien sufre, pues estamos delante de un misterio; tratar de consolarlo con palabras suaves y tiernas, rezar juntos, pidiendo a Dios la gracia de la aceptación amorosa de su santísima voluntad.

¹⁰⁷ Léase el capítulo 53 del profeta Isaías

¹⁰⁸ Desde el número 14 en adelante.

Además de consolar al que sufre, hay que hacer cuanto esté en nuestras manos para aliviarlo y solucionarlo, y así demostrar nuestra caridad generosa¹⁰⁹. El buen samaritano nos da el ejemplo práctico: no sólo ve la miseria, ni sólo siente compasión, sino que se acerca, se baja de su cabalgadura, saca lo mejor que tiene, lo cura, lo monta sobre su jumento, lo lleva al mesón, paga por él. La caridad no es sólo ojos que ven y corazón que siente; es sobre todo, manos que socorren y ayudan.

Juan Pablo II en su exhortación “*Salvifici doloris*”, sobre el dolor salvífico, dice que el sufrimiento tiene carácter de prueba¹¹⁰. Es más, sigue diciendo el Papa: “*El sufrimiento debe servir para la conversión, es decir, para la reconstrucción del bien en el sujeto, que puede reconocer la misericordia divina en esta llamada a la penitencia. La penitencia tiene como finalidad superar el mal, que bajo diversas formas está latente en el hombre, y consolidar el bien tanto en uno mismo como en su relación con los demás y, sobre todo, con Dios*” (número 12).

CONCLUSIÓN

Así Jesús pasaba por las calles de Palestina curando hombres, curando almas, sanando enfermedades y predicando al sanarlas. Y las gentes le seguían, en parte porque creían en Él, y, en parte mayor, porque esperaban recoger también ellos alguna migaja de la mesa. Y las gentes le querían, le temían y le odiaban a la vez. Le querían porque le sabían bueno, le temían porque les desbordaba y le odiaban porque no regalaba milagros como un ricachón monedas. Pedía, a cambio, nada menos que un cambio de vida. Algo tiene el sufrimiento de sublime y divino, pues el mismo Dios pasó por el túnel del sufrimiento y del dolor...ni siquiera Jesús privó a María del sufrimiento. La llamamos Virgen Dolorosa. Contemplemos a María y así penetraremos más íntimamente en el misterio de Cristo y de su dolor salvífico.

¹⁰⁹ San Mateo 25, 31-46 nos da la clave

¹¹⁰ Cf. Número 11

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

Jesús ante los bienes materiales

Jesús, al invitar a renunciar a las riquezas, ¿apunta hacia la carencia, incita a ingresar en el vacío y la nada? Jesús apunta más bien a conseguir una riqueza infinitamente mayor. Al igual que se entra desnudo en la vida, sólo se entrará desnudo en el Reino de los cielos, pues, si desnudo se nace, desnudo se renace. Sólo quien se ha despojado de riquezas, de ambiciones, de poderes, de falsas ilusiones, de odios y revanchas, podrá entender mejor las riquezas del cielo. Jesús no viene a empobrecer al hombre, pero sí a sustituir una riqueza pasajera por la gran riqueza de Dios.

Todos los bienes materiales son regalos de Dios, nuestro Padre. Debemos usarlos en tanto cuanto nos lleven a Él, con rectitud, moderación, desprendimiento interior. Al mismo tiempo, son medios para llevar una vida digna y para ayudar a los más necesitados. Lo que Jesús recrimina es el apego a las riquezas, y el convertirlas en fin en sí mismas.

Hay expresiones de Jesús en los Evangelios bastante desconcertantes sobre las riquezas y sobre los ricos: “*Hijos, cuán difícil es entrar en el Reino de Dios para los que confían en las riquezas. Más fácil es que pase un camello por ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios*” (Mc 10, 24). O aquella otra frase: “*No podéis servir a Dios y a Mammón*” (Mt 6, 24; Lc 16, 13). ¿Jesús desprecia las riquezas, las condena? ¿Excluye de su Reino a los ricos?

1. *Jesús ante los bienes materiales*

Jesús era una persona pobre. Nace de una familia sin grandes recursos y en condiciones pobres. Incluso no pudieron ofrecer un cordero, por falta de recursos (cf. Lc 2, 24).

No almacena bienes y sabe vivir de la Providencia de su Padre (cf. Mt 8, 20; Lc 9, 58). Es más, las cosas son para Jesús una obra del Padre. Brotaron de la mano amorosa y providente de su Padre (cf. Mt 6, 26ss).

Y cuando llama bienaventurados a los pobres (cf. Mt 5, 3), está llamando felices a quienes son desprendidos interiormente, aquellos que ponen toda su confianza en Dios, porque todo lo esperan de Él. Pobre es sinónimo del que tiene el corazón vacío de ambiciones y preocupaciones; de quienes no esperan la solución de sus problemas sino de solo Dios. Y pobreza en la Biblia es sinónimo de hambre, de sed, de llanto, de enfermedad, trabajos y cargas agobiantes, alma vacía, falta de apoyo humano.

Jesús era pobre en ese sentido: apoya su vida en Dios, su Padre. Gracias a esa libertad interior, Jesús puede disfrutar de los bienes moderada y alegremente. Es tan libre que está por encima de las apetencias, ansiedades y vanidades. Por eso sabe gozar de las cosas y, a la vez, prescindir de ellas para seguir su misión y su preferencia por Dios Padre. Goza de un banquete (cf. Lc 7, 36-49; Jn 2, 1-12), pero también se priva de lo material cuando se lo pide su misión (cf. Jn 4, 31-32). Disfruta preparando un almuerzo a sus íntimos (cf. Jn 21, 9-12); les defiende cuando los fariseos les acusan de arrancar espigas, pues tenían hambre (cf. Mt 12, 1-8).

Pero no vive en la miseria. Tiene su vida asegurada, pues en el grupo de los apóstoles había una bolsa común (cf. Lc 8, 1-3; Jn 12, 6). Compraban alimentos (Jn 4, 8) y se hacían limosnas con parte de los bienes (cf. Jn 13, 29). Es decir, Cristo tiene bienes y los administra. Participa en banquetes y fiestas y sabe cooperar con vino generoso en las bodas de Caná (cf. Jn 2, 1 ss). Y estos mismos goces sanos los desea para los demás. De ahí su hermoso y gratuito gesto de la multiplicación de los panes y peces (cf. Mt 15, 15 ss; Jn 6, 1-15).

Acepta regalos, incluso costosos (cf. Jn 12, 1-8).

Y, sin embargo, Cristo alcanza con su gloriosa resurrección la máxima riqueza que va a distribuir a todos (cf. Mt 28, 18). Sigue siendo pobre porque no posee las riquezas materiales, sino las de Dios.

¿Cuál fue, entonces, la postura de Jesús frente a los bienes materiales? La enseñanza central de Cristo en lo económico es ésta: **relativización del dinero**. A Jesús le interesa mucho más cómo se usa lo que se tiene que cuánto se tiene y, sobre todo, le importa infinitamente más lo que se “es” que lo que se tiene. Jesús quiere dar a entender que la verdadera riqueza es la interior, la del corazón. La riqueza material nos debe ayudar a ser ricos en generosidad, desprendimiento y solidaridad.

Al decir que Jesús consideraba las riquezas como relativas, no significa que Jesús fuera un adorador romántico de la pobreza, en sentido material. No es que Jesús quiera la pobreza material, que se convierta en miseria. No. Por eso, su mensaje es bien claro: todos somos hermanos y debemos compartir lo que tenemos, para que nadie sufra esa pobreza material. Si no tenemos caridad no somos nada (cf. 1 Cor 13, 1 ss).

La postura de Jesús frente a las riquezas es de una gran **libertad interior**. Jesús no está apegado a ellas, no está esclavizado a ellas, no está obsesionado por ellas. Vive la pobreza como ese desapego interior de todo. Por eso, Jesús insiste en que lo material es perecedero y lo sobrenatural es eterno. Así se entiende por qué no toma posición ante quien le pide juicio sobre lo material (cf. Lc 12, 14).

La cruz descubre profundamente el valor que Jesús concede a las cosas materiales y terrenas. Para salvar a los hombres y cumplir la misión confiada por su Padre, dio todo cuanto tenía. Jesús en la cruz es pobre de cosas, pero es rico en amor, perdón, misericordia, obediencia. De su costado abierto brotó la Iglesia, los sacramentos, el regalo de su Madre.

2. **Jesús ante los ricos**

Cuando decimos que Jesús prefiere como amigos a los pobres no estamos diciendo que excluya a los ricos. Jesús, enemigo de toda discriminación, no iba Él a crear una más. En realidad, Cristo es el primer personaje de la historia que no mide a los hombres por lo económico sino por su condición de personas.

Es un hecho que no faltan en su vida algunos amigos ricos con los que convive con normalidad. Si al nacer eligió a los pastores como los primeros destinatarios de la buena nueva, no rechazó, por ello, a los magos, gente de recursos y sabia. Y si sus apóstoles eran la mayoría pescadores, no lo era Mateo, que era rico y tenía mentalidad

de tal. Y Jesús no rechaza invitaciones a comer con los ricos; acepta la entrevista con Nicodemo, cuenta entre sus amigos a José de Arimatea, tiene intimidad con el dueño del cenáculo, gusta de descansar en casa de un rico, Lázaro, y, entre las mujeres que le siguen y le ayudan en su predicación figura la esposa de un funcionario de Herodes. Tampoco recusa el ser enterrado en el sepulcro de un rico.

Jesús ama a todos: pobres y ricos. Conocemos su relación con Simón, el fariseo (cf. Lc 7, 36), y con Nicodemo, doctor de la Ley (cf. Jn 3, 1). El rico José de Arimatea es mencionado expresamente entre sus discípulos (cf. Mt 27, 57). En sus viajes le seguían “*Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes, Susana y otras muchas que le servían con sus bienes*” (Lc 8, 3). Por lo que podemos juzgar, sus apóstoles no pertenecían a las más bajas clases sociales, sino como Jesús mismo, a la clase media.

Más que a las riquezas en sí o a los ricos, Jesús combate la actitud de apego frente a esas riquezas. Jesús veía en la mayor parte de los fariseos y saduceos, representantes de la clase rica y dirigente del país, las funestas y alarmantes consecuencias del culto a Mammón. Lo que les impedía seguirle, manteniéndoles alejados del reino de los cielos, no era la riqueza en sí, sino su egoísmo duro, su orgullo, su apego a ella, a sus privilegios.

Cuando Jesús llama la atención a los ricos es porque el rico, apegado a las riquezas, no siente necesidad de nada, pues lo tiene todo y no desea que cambien las cosas para seguir en su posición privilegiada. A quien le falta siente nostalgia de Dios y le busca.

Es un hecho que Jesús frente al pobre y necesitado lo primero que hacía era la liberación de su problema o dolencia, y sólo después venía la exigencia de conversión. Mientras que, frente al bien situado y rico, lo primero que le pedía era la exigencia de conversión y, sólo cuando esta conversión se manifestaba en obras de amor a los demás, anunciaba la salvación para aquella casa (cf. Lc 19, 1-10).

Por eso Jesús no condena sin más al rico, ni canoniza sin más al pobre. Pide a todos que se pongan al servicio de los demás. Para Jesús el verdadero valor es el servicio. Por lo mismo, la salvación del pobre no será convertirle en rico y la del rico robarle su riqueza, sino convertir a todos en servidores, descubrir a todos la fraternidad que cada uno ha de vivir a su manera.

3. *Juicio de Jesús sobre las riquezas*

No obstante lo dicho, Jesús anuncia del peligro y riesgo de las riquezas. Aquí la palabra de Jesús no se anda con rodeos. Para Jesús la riqueza, como vimos, no es el mal en sí, pero le falta muy poco. La idolatría del dinero es mala porque aparta de Dios y aparta del hermano. Así se explican las palabras de Jesús: no se puede amar y servir a Dios y a las riquezas (cf. Mt 6, 24; Lc 16, 13); la preocupación por la riqueza casi inevitablemente ahoga la palabra de Dios (cf. Mt 13, 22); es sinónimo de “malos deseos” (cf. Mc 4, 19). El que atesora sólo riquezas para sí es sinónimo del condenado (cf. Lc 12, 21). Cuando el joven rico no es capaz de seguir a Cristo es porque está atrapado por la mucha riqueza (cf. Lc 18, 23).

La crítica de Jesús al abuso de la riqueza se basa, efectivamente, en el poder totalizador y absorbente de ésta. La riqueza quiere ser señora absoluta de aquél a quien posee. Por eso, Jesús pone en guardia sobre la salvación del rico. Será difícil la salvación de aquel que haya vivido sólo para la riqueza, de la riqueza, con la riqueza, despreocupado del amor a Dios y al prójimo. Haría falta un verdadero milagro de Dios para que consiga la salvación (cf. Mt 19, 23; Mc 10, 25; Lc 18, 25).

Esta es la razón por la que el rico tiene que “volver a nacer”, como sucedió a Zaqueo (cf. Lc 19, 1-10); tiene que compartir, si quiere salvarse, cosa que no hizo el rico Epulón (cf. Lc. 16, 19-31); tiene que aceptar la invitación de Dios al convite de la fraternidad y no hacer oídos sordos, como hicieron los egoístas descorteses, que prefirieron sus cosas y por eso no entraron en el banquete del Reino (cf. Lc 14, 15-24).

¿Se salvará o no se salvará el rico? Si abrimos san Mateo, capítulo 25, 31-46, podemos concluir lo siguiente: Se salvará -rico o pobre- el que haya dado de comer, de beber, el que haya consolado al enfermo, el que haya tenido piedad con sus hermanos. Y se condenará -rico o pobre- el que haya negado lo que tiene, mucho o poco, a los demás.

CONCLUSIÓN

Es un error pensar que la vida es un ascenso hacia la fortuna material para gozar de los bienes en el más allá. ¡Qué diversos son los bienes que nos alcanzó Cristo con su resurrección! Él nos consigue la verdad, la libertad, la sinceridad, la comprensión, la satisfacción de no tener ansiedades, la paz, el perdón. Y sobre todo, la riqueza de las riquezas: el cielo. Y por ese cielo es necesario vender todo y así comprarlo (cf. Mt 13, 44-46). ¡Es la mejor inversión en vida!

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

Jesús ante la opinión pública

Hay una frase anónima que dice así: ***“Pulchrum est digito monstrari et dici: Hic est”***, que traducida sería así: Es hermoso ser señalado con el dedo y que se diga: “Éste es”. La fama es algo que todos valoramos mucho, porque toca nuestra dignidad personal. A todos nos gusta ser llamados buenos¹¹¹. Y aunque perdiéramos todo, anhelamos conservar la fama. No obstante esto, existe una virtud cristiana que se llama humildad. ¿Cómo compaginar el deseo de fama y la humildad? Jesús en cierta ocasión preguntó: ***“¿Quién dice la gente que soy Yo?”***. Realmente, ¿le importaba a Jesús la fama?

Por la lectura de los Santos Evangelios podemos concluir que a Cristo no le importaba la fama ni la opinión pública. Lo único que le importaba era la gloria de su Padre y la salvación de los hombres. Por eso, no buscó ni el aplauso ni el proponer un programa fácil y cómodo para granjearse la amistad. Su mensaje nuevo chocó en su tiempo, y aún así, no lo rebajó ni un centímetro.

1. ¿Se interesó Cristo por la fama?

Sus padres, María y José, y sus familiares, no comprendieron muchas cosas que Jesús les decía. Es más, algunos familiares le malinterpretan (cf. Jn 7, 3), le consideran loco y se lo quieren llevar a casa (cf. Lc 2, 50).

Los apóstoles, en general, no le entendieron a Jesús (cf. Mc 9, 32). Pedro quiso apartarle de su camino de cruz y sacrificio (cf. Mc 8, 32). Santiago y Juan ambicionaban los primeros puestos (cf. Mt 20, 20-28). No le entendían y temían preguntarle. En el momento de la Pasión, le abandonan y huyen, dejándole solo (cf. Mc 14, 50).

El pueblo es un poco fluctuante. Unos le siguen y le escuchan (cf. Jn 12, 19). Los enfermos quieren arrancar de Él la curación. A veces, ese mismo pueblo le rechaza (cf. Lc 4, 19) y cada vez se aleja más de Él (cf. Jn 6, 66).

Los fariseos y saduceos le ponen trampas (Mc 8, 11; Lc 20, 25; Jn 8, 6), juzgan mal todo lo que Jesús hace, le critican, tramán contra él todo un complot que lo llevarán a cabo hasta la muerte.

Los niños, como veremos más adelante, se le acercaban, le querían (Lc 18, 15-17).

Los jefes políticos y religiosos, Pilato, Herodes, Caifás, Anás no lograron entender a Jesús. Pensaban que Jesús les iba a desestabilizar su reino y mover su asiento. Por eso tramaron la muerte de Jesús (cf. Jn 11, 50).

De aquí concluimos que Jesús está solo, aún en medio de multitudes cercanas. Y, sin embargo, es consciente de ser la Verdad y de venir de Dios. Tiene que proclamar

¹¹¹ Así lo dice el poeta latino Horacio: ***“Vir bonus et prudens dici delector ego ac tu”*** (Epist 1, 16, 32); es decir: “Tú y yo nos deleitamos en ser llamados hombres buenos y prudentes”.

su mensaje y ser fiel a su tarea en contra de muchas oposiciones a su objetivo. Y dichas oposiciones irán creciendo hasta la traición y la muerte en cruz.

2. *¿Cómo trató Jesús a la gente?*

Con sus parientes y familiares a primera vista Jesús parece frío e indiferente, pero detrás de esta postura quiere decirnos a todos que por encima de los lazos de sangre hay una realidad más profunda, la espiritual. Primero está su Padre Dios y lo demás tiene que estar subordinado a Él. Jesús demuestra un gran desapego y desprendimiento de su familia, para darnos a nosotros ejemplo, tan dados a los apegos humanos, que tanto tiempo y energía nos roban y que deberíamos emplear para las cosas de Dios.

Ante los apóstoles no disminuyó en ningún momento su mensaje, aunque no le entendieran (cf. Mc 4, 13). Eso, sí, les iba abriendo el entendimiento poco a poco, explicándoles sus parábolas (cf. Mt 13). Pero no le importaba en absoluto si les agradaba o no. Y si tenía que reprenderlos, les reprendía y les llamaba la atención, con respeto y cariño. “Quien bien te quiere, te hará llorar”. Jesús pacientemente sigue enseñándoles, instruyéndoles.

Con los jefes y fariseos, Jesús era duro. No le importaba quedar bien o mal. Desde el inicio de su ministerio apostólico quiso atraerlos a su corazón redentor, pero no quisieron. Quiso romper ese barro duro de soberbia, pero muchos no se dejaron moldear por sus manos santísimas. Jesús les respetaba, pero no condescendía para granjearse la estima y el aplauso. Al contrario, con el pasar de las páginas evangélicas vemos cómo crece la hostilidad de estos jefes religiosos y políticos contra Jesús. ¿Jesús tenía miedo? Nunca. La misión, ante todo. El Plan de su Padre, primero.

Con los niños, no busca el cariño facilitón y pegajoso, que pudiera desviarse en afectillos desordenados. No. Si los abraza y habla con ellos es porque en ellos ve el rostro de los ángeles, por ser puros e inocentes. Los pone como ejemplos para entrar en el cielo. Y llama fuertemente la atención de quienes escandalicen a uno de esos pequeños (cf. Mc 10, 14-15; Mt 19, 1-4; 19, 13-15).

Cristo, en fin, soporta la soledad y la ceguera de quienes le rodean, sin echarse atrás. Él busca redimir todo y no impide la malinterpretación y el desprecio. Quiere también redimir estas miserias (cf. Lc 12, 50).

Ante el abandono o incompreensión, no deja Jesús de exigir fe. Sabe que no le pueden comprender bien. Por eso, algunos no lo siguen. Y siente que su programa se estropea y pregunta a sus discípulos si quieren irse (cf. Jn 6, 67). Está dispuesto a seguir, aunque sea solo.

Cristo quiere salvar a todos. Por eso, continúa su obra, independientemente de las reacciones de los que le rodean. Y va a los lugares donde su Padre le manda (cf. Jn 10, 16), no a los lugares más llamativos y famosos (Roma, Atenas...).

CONCLUSIÓN

¿Qué es la fama? Es humo. ¿Qué es la fama? Es viento. ¿Qué es la fama? Es polvo. Llevar una existencia colgada con los alfileres de la fama es peligroso, porque hoy estaré prendido, pero mañana cualquier golpe, aire o empujón, me derrumbará, pues la fama es cambiante, fluctuante, engañosa y subjetiva. La existencia humana tiene que estar, no prendida, sino cimentada sólidamente sobre convicciones hondas, macizas e inamovibles. Las convicciones de Jesús eran la gloria del Padre, cumplir su voluntad santísima y la salvación de los hombres, de todos los hombre. El libro de la Imitación de Cristo de Tomás de Kempis dice que no somos más porque nos alaben, ni menos porque nos desprecien; lo que somos delante de Dios eso somos. Ni más ni menos.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

Jesús ante la política

Este tema es interesante de por sí, pues todos estamos ligados con la política: o como protagonistas, o como espectadores desconcertados o como pacientes de sus injusticias. El hombre es un ser político, decía Aristóteles, es decir, debe relacionarse con los demás, con la vida pública, con la vida de la ciudad. ¿Cuál fue la postura de Jesús ante los problemas políticos que vivía su pueblo? ¿Tuvo el Maestro un verdadero pensamiento en este campo? ¿O se desinteresó absolutamente por el mundo civil que le rodeaba? Y, si expresó un deseo de cambio en la organización política de su país y del mundo, ¿qué dijo respecto a los medios para conseguirlo? ¿Aceptó de algún modo - como querían entonces los zelotes y quieren hoy ciertos cristianos revolucionarios- la lucha de clases o la violencia?

Jesucristo, como verdadero hombre, vivió la realidad temporal y política de su tiempo, sin dejarse atrapar ni condicionar por ella, pues su misión era otra. Él vino a traer un mensaje de salvación que abarcaba a todo el hombre y a todos los hombres. Y aunque iluminó, lógicamente, el campo político, sin embargo, lo trascendió y le marcó su sentido justo y recto, llamando la atención sobre los posibles abusos, tanto de una política que se aprovechaba de la religión, como de una religión politizada.

Jesús fue un hombre. Por tanto, vivió en las realidades humanas. Pintarle desinteresado de la realidad no es coherente ni con la humanidad de Jesús ni con su mensaje que trata de iluminar todos los campos de la existencia humana.

Ha habido dos tendencias opuestas. Una, considerar a Jesús un apolítico, mediante este razonamiento: dado que Jesús se oponía a que su mesianismo se redujera a un puro mesianismo político, algunos deducían que a Jesús no le interesó la política en absoluto. Aquí se quiere pintar a un Cristo misticoides. La otra tendencia era considerar a Jesús un político revolucionario, que echó a latigazos a los mercaderes del templo y siempre estuvo en pleitos con los dirigentes de entonces. Aquí se pinta a un Cristo marxistoides.

¿Cuál de las dos tendencias es correcta? Ni una ni otra. No queremos ni un Cristo temporalizado, volcado revolucionariamente en la acción política; ni tampoco un Cristo celestizado que, de tanto mirar a las alturas, se desinteresara plenamente de la tierra que pisaba.

La primera reflexión que hacemos es ésta: debemos colocar a Jesús en la realidad de su tiempo y su país: un país altamente politizado. En tiempos de Jesús la pasión política estaba encendida. El pueblo judío vivía oprimido en su existencia política por los romanos.

Una segunda constatación: Jesús era verdadero hombre y no podía desinteresarse de la vida civil. Lo importante es saber cómo se introdujo en la vida política. Qué duda cabe que su mensaje, por muy sublime que fuera, iluminó su visión del mundo, pero sin mutilarla.

Y una tercera anotación: en los Evangelios lo político existe, aun cuando ocupe un lugar secundario. Jesús no es un “militante político” que todo lo orienta hacia su

lucha por cambiar el mundo. Al contrario, se diría que se esfuerza por llevar a sus conciudadanos, excesivamente politizados, a algo más elevado, a una verticalidad en la vida. Lucha por sacar a flote unas ideas y convicciones religiosas demasiado contagiadas en su tiempo de politicismo. No es que Jesús desprecie la política, es que la trasciende.

1. Jesús y la política

Partiendo de los Santos Evangelios podemos deducir las siguientes reflexiones, que, parecen paradójicas¹¹²:

Por un lado, Jesús no parece discutir nunca el derecho de los gobernantes a mandar; por otro, señala abiertamente que los que mandan oprimen con su poder a las naciones (cf. Mc. 10, 42) y pone en guardia para no dejarse llevar de los halagos del diablo, que se cree tener el poder y dárselo a quien quiere (cf. Lc. 4, 6).

Por una parte concede sus favores al oficial regio que le pide la curación de su hijo en Caná y presenta como modélica la fe del centurión; y por otra, se enfrenta clara y frontalmente con todos los grupos poderosos; califica de “zorro” a Herodes (cf. Lc 13, 32); coloca entre los pecadores a quienes colaboran con el poder político (cf. Mt 9, 10); dice a Pilato que no tiene sobre él más poder que el que Dios le ha concedido.

Afirma, por una parte, que su Reino no es de este mundo (cf. Jn 18, 36); y, por otro, que ese Reino está ya dentro de nosotros (cf. Lc 17, 21) y centra toda su predicación en la idea de que ese Reino está llegando y que vendrá a este mundo.

Se opone a los planteamientos nacionalistas de sus conciudadanos; pero Él mismo reduce su predicación a los límites de Israel y cuando hace milagros a los extranjeros, lo hace muy a su pesar, porque no ha sido enviado más que a las ovejas perdidas en Israel (cf. Mt 15, 23).

Acepta, aunque sólo sea para no escandalizar, el pagar el tributo destinado al templo y hace para ello un milagro haciendo a Pedro que saque una moneda de la boca del pez (cf. Mt 17, 24-27); y, por otro lado, se opone radicalmente a todo el comercio montado en torno al templo (cf. Jn 2, 13-16).

Se niega a intervenir cuando le piden que medie en un asunto de herencias (cf. Lc 12, 13-15) como si el problema de los bienes materiales no le interesase; y, al contrario, centra el tema del juicio en la ayuda al prójimo en cuestiones netamente materiales: darle de comer, de beber, albergarle, vestirle (cf. Mt 25, 31-46).

Se diría que no sufre ante el destino de su pueblo por su fría respuesta en el caso de los galileos asesinados (cf. Lc 13, 1-3); y llora en cambio ante la visión de su ciudad que será destruida por invasores políticos (cf. Lc 19, 41).

¿Puede encontrarse una síntesis de todas estas aparentes antinomias? Probablemente la respuesta se ilumine con aquella afirmación de Cullman: “*Para Jesús*

¹¹² En este punto sigo las reflexiones de José Luis Martín Descalzo en su libro “*Vida y Misterio de Jesús de Nazaret*”, ed. Sígueme, pág. 588

todos los fenómenos de este mundo deben ser relativizados, de modo que su actitud se sitúa más allá de la alternativa: orden establecido o revolución”.

Jesús no menosprecia la necesidad de reformas estructurales en el mundo, pero pone su acento en la conversión individual; no menosprecia la necesidad de la política, pero pone los ojos en el Reino de Dios. No es que no le interesen la miseria y la injusticia social, es que ve en ellas una situación de pecado, de quiebra de la fraternidad y de la comunión entre los hombres. Al liberarnos del pecado, Jesús atacará la raíz misma del orden injusto.

Cristo es realista. Si bien es verdad que ve la política como un poder venido de Dios -así se lo dijo a Pilatos¹¹³-, sin embargo, también avisa de los posibles abusos de poder¹¹⁴. Es más, ve la política como un servicio¹¹⁵.

Pero por encima de la política está Dios. Si en varias ocasiones Jesús rechazó para él el poder político¹¹⁶ y el ser rey temporal¹¹⁷, es porque Él no vino a hacer política ni a establecer un Reino temporal, sino un Reino espiritual. En este Reino, será Dios quien dará sentido profundo a la política, para no desviarse ni a la izquierda ni a la derecha. Y pide dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios (cf. Mt 22, 21). La política y la religión son dos campos distintos -no contradictorios-, cosa que ni romanos ni judíos lograron distinguir bien¹¹⁸. Jesús valoraba las dos cosas. Es más, Jesús pone una barrera infranqueable: la religión no es un asunto de Estado; el Estado no puede ni dirigirla, ni controlarla, ni utilizarla, ni presentarse como legitimado por ella. El César es el César, pero sólo el César. Pero la primacía siempre se la lleva Dios. Detrás de esa frase: *“Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”*, la política de Jesús va más allá de toda política. Reconoce, sí, la autonomía de la política en todo lo que tiene de contingente, provisional, interino, pero pone la meta del hombre mucho más allá. Al César le debemos dar nuestro respeto, nuestro apoyo, nuestra iniciativa y nuestra obediencia en todo aquello que mande y ordene, siempre y cuando concuerde con la Ley de Dios. Y a Dios hay que darle nuestra vida toda, porque de Él venimos y de Él hemos recibido todo lo que somos y tenemos.

Terminemos este apartado diciendo: Jesús no es ni conformista, pues advierte a las autoridades sus abusos; ni revolucionario, que intenta hundir el poder. Más bien, Jesús busca la atención de todo el hombre, el hombre integral, y sobre todo el hombre interior que es la fuente de todo y en donde se fraguan las posiciones políticas, la verdad o la mentira, el amor o el egoísmo, el respeto o el atropello, la honestidad o la impureza (cf. Mt 15, 10-20).

2. *¿Jesús fue violento?*

¹¹³ Cf. Jn 19, 11

¹¹⁴ Cf. Lc 22, 25

¹¹⁵ Cf. Lc 22, 26

¹¹⁶ Cf. Mt 4, 8-10

¹¹⁷ Cf. Jn 6, 15

¹¹⁸ Dice Martín Descalzo que en ese tiempo los judíos regulaban la política con la religión; y los romanos regulaban la religión con la política (*Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, p. 590).

A Jesús se le ha considerado violento ante varios acontecimientos. Veámoslos serenamente para dar un juicio.

Los vendedores del templo (cf. Jn 2, 13-22): Dice Papini con la pasión que le caracteriza: *“Ese templo era todo, menos el lugar para el santo de los santos y el altar de los sacrificios... Todo: fortaleza en caso de asedio, banco de depósitos, feria en tiempo de peregrinación y de fiestas, bazar en toda ocasión, bolsa de contratación, foro para las disputas de los politiquillos, las pedanterías de los doctores, los chismes de los desocupados; lugar de paseo, de cita, de tráfico... arnés de guerra y plaza de mercado... Jesús, al subir hacia el Templo, es el transfigurado de la montaña contra los los escribas disecados en los pergaminos, el Mesías del nuevo Reino contra el usurpador del reino envilecido en las componendas y putrefacto en las infamias; es el Evangelio frente a la Torá, el Futuro frente al Pasado, el Fuego del Amor frente a la Ceniza de la Letra... El acto de Jesús no era sólo la justa purificación del santuario, sino también la manifestación pública hacia Mammón y los siervos de Mammón. El Negocio -ese ídolo moderno- es para Él una forma de latrocinio. Un mercado, pues, es una cueva de bandidos corteses, de salteadores tolerados. Pero quien no desciende a las transacciones del mundo ni busca ganancia que no sea espiritual, no puede soportar eso que la costumbre alaba y las leyes permiten”*¹¹⁹.

¿Cómo se entiende ese gesto de Jesús? No es difícil imaginarse lo que Jesús sintió al ver aquel espectáculo que hería no sólo a los sentidos corporales, sino, sobre todo, a los sentidos del alma que llegaban con ansia de oración y de recogimiento. El peregrino sentía que el alma se le caía a los pies, que todos sus sueños de oración alimentados durante el camino chocaban cruelmente contra la sucia realidad. La amargura llenaba el alma de los más pusilánimes, la cólera invadía a los mejores. Sobre todo cuando pensaban que lo que nació como un servicio a los peregrinos se había convertido en la casa de Mammón.

Quien pregonaba la salvación de los pobres, ¿podría tolerar aquella ofensa a la pobreza de Dios y de los hombres? Quien predicaba la necesidad de la oración interior, ¿soportaría ese espectáculo de disipación y mercado? Quien trató durante su vida pública de acercar a los hombres a su Padre, ¿permitiría que esos traficantes mancharan la casa de su Padre celestial?

¿Violencia? Jesús con ese gesto combate no el templo y el culto, ni el comercio en sí. Combate, más bien, los abusos y la mezcla de religión y comercio, la falta de seriedad en la oración, el cambalache de unos sacerdotes protegiendo el negocio y lucrándose de él. Entre la ofensas hechas por el hombre a Dios, pocas hay más grandes que la de utilizar el nombre de Dios para enriquecerse y esquilmar a los demás.

Pero hay algo más profundo: con ese gesto Jesús está anunciando el nacimiento de un nuevo y distinto templo y de un nuevo y diferente modo de dar culto a Dios. Ya no será monopolio de los judíos el culto a Dios en el templo. El templo era signo nacionalista de separación de los gentiles y de predilección hacia los judíos. Jesús abre las fronteras, para que todos recen a su Padre, que es el Padre de todos.

¹¹⁹ En su libro “*Historia de Cristo*”, ed. Porrúa, S.A., p. 139-140.

Por tanto, no hubo violencia en ese gesto de Jesús. No golpeó a los hombres. Derribó, sí, las mesas de los cambistas. Era su rostro, era su fuerza interior y no un modesto látigo de cuerdas lo que imponía. Y tal vez la mejor medida de su gesto nos la dé el hecho de que su “violencia” no provocó la de los contrarios, sólo su desconcierto, sólo su temor ante la idea de encontrarse con un profeta. Jesús levantó el látigo, no contra los hombres, sino contra el mal. Sabía muy bien que un día sus hombros aceptarían cargar con ese mal de los hombres y que, en consecuencia, el látigo caería sobre esas sus espaldas cargadas.

Jesús inauguró la violencia de los pacíficos. La de los que gritan la verdad y están dispuestos no a matar en nombre de ella, pero sí a morir por ella. Y ésta es la violencia que temen los poderes del mundo. Porque saben que el velo del Templo se rasgó el día que ellos desgarraron el templo del cuerpo de Jesús. Porque saben que la semilla de la fe creció mientras ellos destruían a los mártires. Saben también que, en cambio, la fe se debilitará el día en que los violentos -aunque lleven el apellido de cruzados- sustituyan a los mártires.

En el trato con los fariseos y los escribas: el capítulo doce del evangelio de san Mateo es un botón de muestra de la dureza de Jesús con los fariseos. No fue una violencia armada e irracional. Su dureza tenía una finalidad: buscaba mover los corazones de los jefes religiosos, endurecidos por su autoestima, arrogancia y soberbia. Eran barro endurecido que Jesús quería ablandar. Pero su palabra en muchos de ellos cayó en terreno baldío. Jesús quiso ponerles en su lugar. Ellos se creían los únicos maestros, los únicos jefes. No podían soportar que alguien les diese lecciones. Ellos se creían distintos de los demás, por eso se consideraban como “separados”, de una raza pura, elegida. Jesús les puso en su lugar y les quiso abrir los ojos del alma para que tomaran conciencia de la falta de humildad y sinceridad en la que vivían. Llevaban puesta una careta que ocultaba un interior corrompido, doble. No quiero redundar en lo que ya dije en el capítulo *Jesús y sus enemigos*. Remito al lector a esas páginas.

Su entrada en Jerusalén el domingo de Ramos: cf. Mt 21, 1-11. Parecería tener un sabor popular y tumultuoso, entrando como líder. Pero en realidad esta acción debe ser interpretada en sentido sagrado y profético. Se cumplían las Escrituras. No había nada de violencia ni de desafío. Fulton Sheen escribe al respecto: *“La profecía venía de Dios por medio de su profeta, y ahora el mismo Dios la estaba cumpliendo. La profecía de Zacarías tenía por objeto hacer ver el contraste entre la majestad y la humildad del Salvador. Si contemplamos los antiguos relieves de Asiria y Babilonia, de Egipto, de Persia y Roma, nos sorprende ver la majestad de los reyes, que cabalgaban triunfalmente montados en caballos o carros de guerra, e incluso a veces sobre los cuerpos de sus postrados enemigos. En cambio, contrasta con ellos el rey que hace su entrada en Jerusalén montado en un asno. ¡Cuánto debió reírse Pilato, si es que desde su fortaleza contempló aquel día el ridículo espectáculo de un hombre que estaba siendo proclamado rey y, sin embargo, hacía su entrada montado en la bestia símbolo de los seres despreciados, vehículo adecuado para uno que cabalgaba hacia las fauces de la muerte! Si hubiera entrado en la ciudad con el fausto y la pompa de los vencedores, habría dado ocasión para que creyeran que era un Mesías político. Pero la circunstancia que Él eligió corroboraba su afirmación de que su reino no era de este*

*mundo. Nada había en aquella entrada que sugiriera que aquel pobre rey fuese un rival del César”*¹²⁰.

Tenía un zelote entre los suyos: cf. Lc 6, 15: Simón, el zelote. Los zelotes eran los guerrilleros de Yahvé. Eran la radicalización del fariseísmo, con una mayor carga de política y de violencia. Eran los fanáticos de la ley. Aunque Jesús escogió a un zelote, esto no significa que todos sus seguidores lo fueran. Él aceptó a todos y escogió a los que Él quiso. Además, Jesús confiaba en la acción de la gracia divina en esta alma. No nos escoge santos; nos escoge para hacernos santos.

Los mismos discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35) esperaban que Él fuera el libertador de Israel. Sí, pero no necesariamente el libertador político. De hecho, Jesús les explicó las Escrituras, porque no las entendían bien.

Así, pues, conviene fijarnos en el mensaje esencial de estos textos. Jesús era un hombre con excepcionales dotes, dentro de un marco muy natural y su relación con revolucionarios de su tiempo no es sino marginal y casual y, desde luego, no en materia de revolución. Cuando le interroga Pilato le hace ver que Él no tiene guardias o fuerzas armadas (cf. Jn 18, 36).

Él es el Príncipe de la paz.

CONCLUSIÓN

Uno de los títulos más hermosos de Cristo es el de Cordero de Dios (Jn 1, 29). ¿Podemos imaginarnos a un cordero convertido en lobo violento de repente? Este Cordero vino, no para matar, sino para ser sacrificado en una cruz. Su sangre cae de la cruz. Quienes se aprovechan de esa sangre purificadora lograron cambiar su corazón violento en un corazón suave, comprensivo y perdonador. Y quienes se suban a esa cruz, contemplarán todas las realidades temporales con otros ojos, con los ojos de ese Cordero Inmaculado, que supo caminar por la vida, dejando el aroma de la trascendencia y santificando cuanto tocaba. Así el cristiano, debe manejar las cosas temporales y políticas, como medios para servir a Dios y al prójimo, no para ofenderle ni oprimir al hermano.

¹²⁰

En su libro “*La Vida de Cristo*”, capítulo 33

CAPÍTULO DÉCIMOSEPTIMO

Jesús y los niños

¿Quién no recuerda los años de la infancia? En general, fueron años vividos en la alegría, inocencia. Es bueno adentrarnos en los Evangelios para ver cómo se comportaba Jesús con los niños. Viviendo en una época que ponía la perfección en la ancianidad y despreciaba la infancia, Jesús era un apasionado de los niños, se atrevió a poner a los pequeños como modelos. Él que no quiso tener hijos de la carne, disponía de infinitos ríos de ternura interior; y repartió su amor simultáneamente entre los pecadores y los niños¹²¹.

Jesús siente una gran predilección por los niños, y los pone como ejemplo de inocencia, sencillez y pureza de alma. Es más, Él mismo se identifica con ellos al decir que quien reciba a uno de estos pequeños a Él recibe. Para entrar en el cielo hay que hacerse como niño.

Los niños eran en ese tiempo “tolerados” por la simple esperanza de que llegarían a mayores. No eran contados como personas. Su presencia nada significaba en las sinagogas, ni en parte alguna. Parecía que el llegar a viejo era la cima de los méritos. Conversar con un niño era tirar y desperdiciar las palabras. Cuando veamos a los apóstoles apartando de su Maestro a los críos entenderemos que no hacían sino lo que hubiera hecho cualquier otro judío de la época.

Pero Jesús, una vez más, rompería con su época. Donde prevalecía la astucia, entronizaría la sencillez; donde mandaba la fuerza, ensalzaba la debilidad; en un mundo de viejos, pediría a los suyos que volvieran a ser niños.

1. Postura de Jesús frente a los niños

Jesús conoce a los niños: Sabe cuáles son sus juegos y sus gracias. Y habla de ellos con alegría. En Mateo 11, 16 nos cuenta la parábola de los chiquillos que tocan la flauta a sus amigos y que juegan a imaginarios llantos. En cada pupila de los niños vería su propio rostro y su propia alma. Jesús conoce la ilusión de los niños de correr, hacer sanas travesuras, gritar.

Jesús valora a los niños: Dice que de la boca de los niños sale la alabanza que agrada a Dios (cf. Mt 21, 16). Los pone como modelos de pureza e inocencia. Son ellos, los niños, los que saben, los inteligentes, porque es a ellos a quienes Dios ha entregado su palabra y lo profundo de sus misterios (cf. Mt 11, 25). ¡Cuántos niños nos sorprenden con sus preguntas y respuestas! Un niño vale no porque sea lindo o feo, rico o pobre, listo o menos dotado. Vale por el tesoro de gracia e inocencia que porta dentro de su alma.

¹²¹ Así lo expresaba Papini, con cruel paradoja: “Jesús, a quien nadie llamó padre, sintióse especialmente atraído por los niños y los pecadores. La inocencia y la caída eran, para él, prendas de salvación: la inocencia, porque no ha menester limpieza alguna; la abyección, porque siente más agudamente la necesidad de limpiarse. La gente de en medio está más en peligro: está medio corrompida y medio intacta; los hombres que están infectos por dentro y quieren parecer cándidos y justos; los que han perdido en la niñez la limpieza nativa y no son capaces de sentir el hedor de la putrefacción interna”.

Jesús les quiere: Sólo dos veces encontraremos en los Evangelios la palabra “caricias” aplicada a Jesús. Y las dos veces serán caricias dirigidas a los niños (cf. Mc 9, 35-36; Mt 18, 1-5). Les abrazaba, dice uno de los evangelistas, describiendo una efusión que nunca vimos en Jesús ni referida a su madre siquiera. Será una caricia limpia, sin dobles intenciones. Será un abrazo lleno de ternura divina. Al abrazar a un niño, Jesús abrazaba lo mejor de la humanidad.

Jesús se preocupa por ellos: Reprende a quienes les mirasen con desprecio (cf. Mt 18, 10); señala, sobre todo, los más duros castigos para quien escandalizare a un niño (cf. Mt 18, 6). Y hasta nos ofrece una misteriosa razón de esta especial preocupación de Dios por ellos: “*Porque sus ángeles ven de continuo en el cielo la faz de mi Padre que está en los cielos*” (Mt 18, 10). Como que los ángeles custodios de los niños están en primera fila en el cielo, recreándole y contándole a Dios las travesuras de esos niños, a ellos encomendados.

Jesús los cura: Cura a esa niña de doce años (cf. Mc 5, 39), a quien llama con dulzura Talitha, es decir, “niña mía”; y la aprieta contra su corazón. Detrás de esta niña se encuentra toda niña de ayer, de hoy y de siempre. Y pide a sus padres que le den de comer. Sí, comida abundante, no sólo para su cuerpo, sino también para su alma.

Cura a la hija endemoniada de una mujer pagana (cf. Mt 15, 21-28). Pagana porque no creía en el Dios verdadero; creía en Baal, el dios engañador, el dios cruel, el dios fornicario, el dios vengativo. Baal es el símbolo del demonio, y los baales equivale a decir, demonios. Pues uno de esos demonios poseía el cuerpecito de esta niña pagana. La fe y la humildad de la madre arrancaron el milagro de Jesús.

Cura al hijo único de una viuda (cf. Lc 7, 11-15). Esta viuda no le pide nada a Jesús, ni por su hijo adolescente ni por ella. Era tan grande su pena y tantas sus lágrimas que no se entera de nada de lo que le rodea. Fue Jesús quien se fijó en el tamaño de la cruz que llevaba aquella mujer. “*Joven, a ti te lo digo: levántate*”. Levántate y crece, por dentro y por fuera.

Cura al hijo de un oficial real (cf. Jn 4, 46-54). El padre creyó en la palabra de Jesús. Y con la curación creyó también toda su familia. ¿Qué tienen los niños que arrancan de Jesús el milagro?

¿Cómo respondían los niños a Jesús? Los niños, por su parte, quieren a Jesús, también. Corrían hacia Él. Y es misterioso que este Jesús, un tanto frío y adusto ante los lazos familiares, al que encontramos un tanto tenso ante sus apóstoles, sea tan querido por los niños. Los niños tienen un sexto sentido, y jamás correrían hacia alguien en quien no percibieran esa misteriosa electricidad que es el amor.

2. *La llamada de Jesús a la infancia espiritual*

Jesús no sólo ama a los niños, sino que les presenta como parte suya, como otros Él mismo: “*El que por Mí recibiere a un niño como éste, a Mí me recibe*” (Mt 18, 5). Esta frase se ahonda más con otra: “*Quien recibe a uno de estos pequeños en mi nombre, a Mí me recibe, y quien me recibe a mí, no es a mí a quien recibe, sino al que me ha enviado*” (Mc 9, 37).

Hay en Jesús como una eterna infancia, porque vive en permanente pureza, limpieza de alma, ausencia de ambición y egoísmo. Estas son las cosas que van manchando mi infancia espiritual. Por eso, Jesús se atreverá a pedir a todos el supremo disparate de permanecer fieles a su infancia, de seguir siendo niños, de volver a ser como niños (cf. Mt 18, 2-5).

¿Qué le pedía a Nicodemo? Renacer del agua y del Espíritu (Jn 3, 3). ¿Qué condición les puso a los apóstoles para entrar en el cielo? Hacerse como niños.

La infancia que Jesús propone no es el infantilismo, que es sinónimo de inmadurez, egoísmo, capricho. Es, más bien, la reconquista de la inocencia, de la limpieza interior, de la mirada limpia de las cosas y de las personas, de esa sonrisa sincera y cristalina, de ese compartir generosamente mis cosas y mi tiempo. Infancia significa sencillez espiritual, ese no complicarme, no ser retorcido, no buscar segundas intenciones. Infancia espiritual significa confianza ilimitada en Dios, mi Padre, fe serena y amor sin límites. Infancia espiritual es no dejar envejecer el corazón, conservarlo joven, tierno, dulce y amable. Infancia espiritual es no pedir cuentas ni garantías a Dios.

Ahora bien, la infancia espiritual no significa ignorancia de las cosas, sino el saber esas cosas, el mirarlas, el pensarlas, el juzgarlas como Dios lo haría. La tergiversación de las cosas, la manipulación de las cosas, los prejuicios y las reservas, ya traen consigo la malicia de quien se cree inteligente y aprovechado. Y esta malicia da muerte a la infancia espiritual.

La infancia espiritual no significa vivir sin cruz, de espaldas a la cruz; no significa escoger el lado dulzón de la vida, ni tampoco escondernos y vendar nuestros ojos para que no veamos el mal que pulula en nuestro mundo. No. La infancia espiritual, lo comprendió muy bien santa Teresita del Niño Jesús, supone ver mucho más profundo los males y tratar de solucionarlos con la oración y el sacrificio. Y ante la cruz, poner un rostro sereno, confiado e incluso sonriente. Casi nadie de sus hermanas del Carmelo se daba cuenta de lo mucho que sufría santa Teresita. Ella vivía abandonada en las manos de su Padre Dios. Y eso le bastaba.

Cuatro son las características de la infancia espiritual: apertura de espíritu, sencillez, primacía del amor y sentimiento filial de la vida. Apertura, no cerrazón. Sencillez, no soberbia. Primacía del amor, no de la cabeza. Sentimiento filial, no miedo ni desconfianza.

¿No será el purgatorio probablemente la gran tarea de los ángeles de quitarnos emplastos, capas, láminas que hemos ido acumulando durante la vida...para que vuelva de nuevo a emerger de nosotros ese niño que tenemos dentro y que Dios nos dio el día de nuestro bautismo?

CONCLUSIÓN

Gran tarea: hacernos como niños. Requiere mucha dosis de humildad, de sencillez. Dios nos dice que debemos pasar por la puerta estrecha, si queremos entrar en el cielo. En el Reino de Dios sólo habrá niños, niños de cuerpo y de alma, pero niños, únicamente niños. Dios, cuando se hizo hombre, empezó por hacerse lo mejor de los

hombres: un niño como todos. Podía, naturalmente, haberse encarnado siendo ya un adulto, no haber “perdido el tiempo” siendo sólo un chiquillo...Pero quiso empezar siendo un bebé. Lo mejor de este mundo, ¡vaya que lo sabía Dios!, son los niños. Ellos son nuestro tesoro, la perla que aún puede salvarnos, la sal que hace que el universo resulte soportable. Por eso dice Martín Descalzo que si Dios hubiera hecho la humanidad solamente de adultos, hace siglos que estaría podrida. Por eso la va renovando con oleadas de niños, generaciones de infantes que hacen que aún parezca fresca y recién hecha. Los niños huelen todavía a manos de Dios creador. Por eso huelen a pureza, a limpieza, a esperanza, a alegría. ¡No maniatemos a ese niño que llevamos dentro con nuestras importancias, no lo envenemos con nuestras ambiciones! Por la pequeña puerta de la infancia se llega hasta el mismo corazón del gran Dios.

CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO

Jesús ante la muerte

La pasión y muerte de Jesús pueden ser contempladas desde diferentes puntos de vista: con una intención puramente histórica, preguntándose por los motivos de su muerte (políticos, religiosos); con una intención exegética, donde se indaga en los datos que nos transmiten los Santos Evangelios; con intención espiritual y contemplativa, a fin de unirse a la muerte de Jesús. También se ha querido dar a la muerte de Cristo un sentido político. Adentrémonos en el corazón de Dios para ver exactamente su hondura y su intención al mandar a su Hijo al mundo, para que muriera en una cruz, y así redimirnos del pecado y abrirnos las puertas del cielo.

La muerte de Cristo en manera alguna ha sido causada por motivos políticos o sociales. Ha sido, más bien, un acto voluntario, libre por parte de Jesús para salvar a la humanidad, porque así se lo pidió su Padre. Por tanto, fue un acto de obediencia filial a su Padre y de amor y entrega a los hombres, a fin de que liberados del pecado, pudiesen volver a Dios, darle culto y predicarlo por todos los rincones del mundo.

Al narrar la pasión y muerte de Jesús, los cuatro Evangelios coinciden en casi todos los detalles. Esto nos indica que dependen de una misma fuente. La narración de la pasión y muerte de Jesús es lo más antiguo del Nuevo Testamento y está orientada a que los oyentes y lectores participen y se unan a la muerte del Señor y a sus sufrimientos.

Los Evangelios no hablan de la muerte de Jesús como un hecho casual o fortuito. Toda la narración de los Evangelios va apuntando a la muerte. Se dice, con razón que la narración de la vida de Jesús es como una introducción larga a la narración de la muerte. Será san Pablo, en sus cartas, el que más claramente identifica la vida y predicación de Jesús con la muerte en la cruz.

En la muerte de Jesús aparece con claridad el sentido que ha dado a toda su vida y a su predicación. No hay entre ambas ninguna contradicción. Su vida ha sido un cumplir el plan de la redención, encomendado por el Padre. Y este plan necesariamente pasaba por la muerte en cruz, para que así se pusiera de relieve el amor real de Dios al hombre.

Ahora bien, la muerte de Jesús no es, sin más, una consecuencia lógica y necesaria de su predicación. Ha sido un acto voluntario, libre por parte de Jesús para salvar a la humanidad. Fue un acto de amor, de entrega, que clarifica y ratifica todo lo hecho en su vida anteriormente (cf. Jn 19, 30).

Desde su Encarnación está presente esta entrega que se hace visible en su muerte (cf. Flp 2, 7). En la Encarnación se ve el anonadamiento, el abajamiento. También se ve esto en cada suceso de su vida (cf. Mt 4, 1-11), ya que toda ella significa servicio, amor entregado por la salvación de los hombres.

Por tanto, la muerte de Jesús no es sólo consecuencia de un conflicto histórico. Ha de ser comprendida como la dimensión última y más profunda de la vida de entrega y de servicio.

1. *Momentos de la Pasión y Muerte del Señor*

La conspiración y la traición: la amenaza de la muerte aparece a lo largo de toda la vida de Jesús¹²². Lo que provoca esta amenaza es el odio de los hombres ante la postura de Jesús: postura de compasión y solidaridad con pecadores y pobres (cf. Mc 2, 16); llamada a vivir la religión en clave de amor (cf. Mc 2, 18); actitud de crítica, sin compasión, a la hipocresía y al fariseísmo (cf. Lc 6, 24-26). Pero lo que más exacerba a estos jefes religiosos y políticos es que Jesús no propone sólo una doctrina, sino que se pone a sí mismo como ejemplo a seguir. Lo más importante de la doctrina de Jesús es el mismo Jesús. Por eso, la conspiración va contra el mismo Jesús, “*porque, siendo hombre, te haces Hijo de Dios*” (Jn 19, 7). Jesús, ante todo esto, no cede, sigue adelante con su misión, aunque sabe que le llevarán a la muerte. Y en esta conspiración ha participado cada pecador. Siguen todavía vigentes, caminando por nuestras calles, los cobardes Pilatos, los Herodes sensuales, los soberbios Caifás, los Judas traicioneros, los Pedros presuntuosos...

La Última Cena: es la anticipación de la muerte en la cruz por los hombres. Lo que en la muerte en la cruz se realiza de una manera histórico-real, se realiza en la Cena de modo real pero sacramental. Con la Última Cena comienza una nueva época; la época en la que Jesús va a estar presente entre los hombres en el pan y en el vino consagrados. En la Última Cena se concentra todo el misterio del sacrificio de Cristo y el mandato de repetir este gesto del Señor hasta que Él venga.

La oración del huerto: aquí comienzan a narrarse los padecimientos de Jesús. Aquí siente, por una parte lo que cuesta cargar con los pecados de los hombres, y, por otra, el profundo amor y obediencia a su Padre, que le pide redimir a la humanidad. El dolor que aquí asume Jesús es un dolor libre y amoroso; nuestro dolor, por el contrario, es debido a nuestros pecados.

El prendimiento: símbolo de la maldad de todos los hombres de su tiempo, pues todos participaron en su muerte. Unos a otros se van pasando a Jesús, para que todos puedan clavarle el puñal de la traición, del odio, de la envidia. Judas entrega a Jesús a los sacerdotes; éstos al Sanedrín; el Sanedrín a los romanos; los romanos a los soldados y al pueblo entero. El mismo Padre celestial entrega a su Hijo a los hombres. ¡Qué misterio de amor! Y, no obstante, Jesús se entrega libremente, porque es la voluntad del Padre.

Proceso y condena: Ante el jefe religioso judío se le procesa por blasfemo; ante el jefe político romano, por alborotar a la gente y enemistarla con Roma. Pero todo fue injusto. Lo que se quería es quitarse de en medio a Jesús. Lo que más impresiona durante el proceso es la inconsistencia de las acusaciones, el vacío en que quedan los motivos que aportan los falsos testigos para condenarle. Después de la condena se pondrá de manifiesto lo injusto que fue todo, pues nadie querrá hacerse responsable de la muerte del Justo: Judas devuelve el dinero recibido por su traición; los judíos hacen que Pilato lo condene y Pilato se lava las manos. Nadie quiere asumir su responsabilidad.

¹²² Cfr. Lc 2, 35; Mt 2, 16-18; Lc 4, 28-29; Mc 3, 6; 6, 30; 10, 38; 11, 18; 12, 12; 14, 1

Castigos y muerte: la narración de los castigos a Jesús ha sido siempre una fuente de contemplación ilimitada. En ese rostro coronado de espinas, amoratado, lleno de salivazos; en esos hombros cubiertos con un manto de púrpura y en esas manos atadas y manteniendo una caña “real” aparece el verdadero hombre (cf. Jn 19,5). Es la mejor imagen del hombre lleno de pecados y esclavizado por todos los poderes del mundo. Es la mejor imagen del Hombre-Dios para manifestar lo que le ha costado su creación. En la muerte, Dios da el definitivo juicio contra el pecado: un juicio de condenación al pecado y a todo pecador que no se abre a esa cruz y no se deja empapar por la Sangre bendita de Jesús; y un juicio de salvación al pecador arrepentido, que se deja bañar por esa Sangre que lo limpia y le salva. Las siete palabras que Jesús pronuncia en la cruz son un resumen de su vida y su último testamento¹²³. De la lanza del costado, brota la Iglesia y los sacramentos. Cristo en la cruz es todo un símbolo para contemplar y meditar: brazos abiertos, abrazando a todo el mundo. El palo vertical indica la reconciliación con Dios. El palo horizontal, la reconciliación con los hermanos. El costado abierto para que nadie quede excluido de la Redención.

El silencio del sepulcro: Como hombre verdadero, Jesús compartió nuestra suerte hasta las últimas consecuencias. Bajó al sepulcro. Bajó hasta lo más profundo de nuestra realidad humana. Pero baja para subirla y llevarla a Dios. Baja a nuestra realidad para iluminar las oscuridades de la muerte. Con su muerte, Jesús ha vencido la muerte, la soledad, el abandono, la tristeza, el pecado y el mal. Y los frutos de esta victoria los estamos saboreando en la Iglesia.

2. ***La muerte salvífica de Jesús***

La muerte de Cristo, ¿tuvo sentido político o religioso? Está claro que la muerte de Cristo no tiene otro sentido que el religioso: se entregó a la cruz, por obediencia a su Padre y para salvar a todos los hombres.

Pero, ¿Jesús tuvo conciencia de esto?

Jesús ha ido viendo cómo se cernía sobre él una muerte violenta; estaba dispuesto a aceptarla. La muerte de Jesús no viene de sorpresa, no es un accidente, ni una equivocación. Desde que entra en el mundo se perfila el horizonte negro de sus sufrimientos y ya cuelga la cruz sobre la vida de Jesús, como profetizó Simeón (cf. Lc 2, 34). Y Él la esperaba desde hacia tiempo, la acepta y no se rebela. Siempre que habla de ella la relaciona con la resurrección (cf. Mt 16, 21). Por eso la ve como una “transfiguración” de sí mismo.

Jesús tiene clara conciencia de cómo será su muerte (cf. Mc 9, 30-32). Y esto no es una añadidura posterior de los apóstoles, pues de hecho ellos no entendían prácticamente nada. Jesús ve la muerte como algo de su misión (cf. Jn 3, 14.17) y no como algo dramático y natural.

¹²³ Estas son las siete palabras de Jesús en la cruz: “Padre, perdónalos; no saben lo que hacen” (Lc 23, 34); “Hoy estarás Conmigo en el Paraíso” (Lc 23, 43); “Mujer, mira a tu hijo; hijo, ésta es tu madre” (Jn 19, 26-27); “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34); “Tengo sed” (Jn 19, 28); “Todo se ha consumado” (Jn 19, 30); “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46).

¿Cómo llegó esa muerte a Jesús? La muerte llega a Jesús por medios muy desgraciados. **Los intereses religiosos** de sus enemigos buscan acabar con sus innovaciones y su sinceridad (cf. Jn 11, 41-50). **Los intereses políticos** de los gobernantes no quisieron arriesgar la estabilidad de Judea en favor de la justicia (cf. Lc 23, 12; Mt 27, 19-20). **Las turbas y los discípulos**, que esperaban mucho de Él, se dejan manipular y no tienen decisión y firmeza en apoyarle. Todos le condenaron.

La causa de su muerte fue religiosa. Jesús reformó y rechazó algunas tradiciones religiosas: curó en sábado, tocó a los leprosos, aceptó comer con quienes eran considerados pecadores, etc. Pero, sobre todo, se mostraba con una autoridad personal para hacer esto. Su poder emanaba de su persona. Y si le condena el poder político es porque la doctrina religiosa de Jesús tiene consecuencias para toda situación humana: política, economía, poderío, justicia, etc. Es decir, viviendo la doctrina de Jesús, todos los campos políticos y sociales deben seguir un cierto derrotero encaminado a la honestidad, justicia y solidaridad. Y esto costaba.

¿Cómo afrontó la muerte?

Diversamente a nosotros: llega ante ella en plenitud de fuerzas y posibilidades, no en un momento de derrumbe de sus energías o en el declive de una situación sin futuro ni provecho. La vive con hondo sentido: Su muerte dará vida a muchos (cf. Jn 14, 6; 11, 25).

Jesús acepta la muerte como una consecuencia de su misión. Vio en la muerte el camino por el que debía caminar: por eso va a Jerusalén. Para Él la muerte no significa un fracaso de su misión, sino el cumplimiento de su misión, por obediencia al Padre y amor a los hombres. Así entendemos el porqué los primeros cristianos aceptaban el martirio y la muerte por fidelidad al Maestro y a su doctrina.

Con su muerte salvó a los hombres. Sabía perfectamente que su vida tenía sentido, si la daba y la entregaba. Se siente servidor (cf. Lc 22, 27; Mc 12, 45). Y esta postura de servicio había que llevarla hasta las últimas consecuencias, aunque costara. Si Jesús pidió amar a los enemigos, ¿cómo iba Él a no entregarse por ellos? Si toda su vida fue buscar a los pecadores, comer con ellos, perdonarles, ¿cómo no darles el supremo perdón hasta el final? Por tanto, Jesús se entrega a la muerte amando, pidiendo, intercediendo, bendiciendo y realizando un acto supremo de donación por todos los hombres. Y lo hace con libertad. No es la muerte de un héroe obligado al martirio (cf. Lc 4, 30; Jn 8, 59). Sabe que triunfará con su muerte (cf. Jn 10, 17-18). Este triunfo sobre la muerte se ve ya en las tres resurrecciones que efectuó (cf. Lc 7, 11; Mc 5, 22; Jn 11, 1).

Se somete a la muerte con poder. Es decir, la muerte le viene de fuera, porque dentro de Él reina la vida (cf. Jn 1, 4). No se trata de un deterioro de sus fuerzas biológicas. Y la acepta por un interés: amor a su Padre y a los hombres. La afrontó con hondo sentido redentor. Él no tenía que pagar nada por sí. Lo hizo por nosotros.

Este sentido salvífico de su muerte, Jesús lo comunicó a sus discípulos en la Última Cena, con gestos y palabras. Ofrece el pan y el cáliz, como símbolo real de su entrega. Su pan será su Cuerpo para que lo coman y tengan la vida divina; su cáliz con su Sangre será la prueba del amor más grande: dar la vida por sus amigos y pagar la

deuda debida por sus pecados. ¡Hermoso y costoso rescate! Desde que murió Cristo en la cruz, pasamos de la muerte a la vida, de la tiniebla a la luz, del error a la sabiduría, del egoísmo al amor, de la esclavitud a la libertad de los hijos de Dios. Dios ha querido padecer por nosotros, no ser simplemente sustituido por alguien (cf. Jn 6, 51; Lc 22, 19). En la cruz se descubre el misterio del amor redentor de Cristo, que va más allá de los cálculos humanos (cf. Mt 16, 23).

¿Connotaciones políticas la muerte de Cristo? Ninguna. Que los jefes políticos se molestasen con la doctrina de Cristo, es otra cosa. Lógicamente, la Persona de Cristo y su doctrina tenían sus implicaciones a todos los niveles y pedían cambio del corazón. Y con el cambio de corazón, vendría, como consecuencia, el cambio de las estructuras políticas y sociales. Siempre para bien, claro. ¿Estarían dispuestos estos líderes políticos y sociales a este cambio? Pero profundicemos esto en el siguiente punto.

3. *La muerte de Jesús, ¿fue causada por un conflicto político?*

Algunos han intentado desvirtuar la muerte de Cristo diciendo que con su muerte ha querido dar una bofetada a las clases privilegiadas y poderosas y se ha colocado al lado de los explotados y despreciados. Y siguen razonando así: todo cristiano, si quiere ser fiel a Cristo tiene que hacer lo mismo, es decir, atacar a los poderosos y comprometerse seriamente, aunque sea con armas y con violencia, a la causa de los pobres y explotados, a fin de liberarlos. De esta manera se descubrirá el nuevo rostro de Dios.

Esta interpretación es unilateral y no corresponde a la doctrina católica. Así dice el Papa Juan Pablo II en la tercera conferencia de Puebla: *“Se pretende mostrar a Jesús como comprometido políticamente, como un luchador contra la dominación y contra los poderes, e incluso implicado en la lucha de clases. Esta concepción de Cristo como político, revolucionario, como el subversivo de Nazaret, no se compagina con la catequesis de la Iglesia. Confundiendo el pretexto insidioso de los acusadores de Jesús con la actitud de Jesús mismo -bien diferente- se aduce como causa de su muerte el desenlace de un conflicto político y se calla la voluntad de entrega del Señor y aun la conciencia de su misión redentora. Los Evangelios muestran claramente cómo para Jesús era una tentación lo que alterara su misión de Servidor de Yahvé. No acepta la posición de quienes mezclaban las cosas de Dios con actitudes meramente política. Rechaza inequívocamente el recurso a la violencia. Abre su mensaje de conversión a todos, sin excluir a los mismos publicanos. La perspectiva de su misión es mucho más profunda. Consiste en la salvación integral por un amor transformante, pacificador, de perdón y de reconciliación. No cabe duda, por otra parte, que todo esto es muy exigente para la actitud del cristiano que quiere servir de verdad a los hermanos más pequeños, a los necesitados, a los marginados; en una palabra a todos los que reflejan en sus vidas el rostro doliente del Señor”*.

Jesús, pues, aparece como maestro religioso y no como figura política. El movimiento que él encabeza, y que se extiende por el mundo romano, no tiene ninguna significación directa.

La raíz de la condena de Jesús fue su “blasfemia” y no principalmente su actitud ante la ley y las tradiciones. Es decir, la actitud de Jesús por la que merece la muerte está en que Él mismo y por su misma autoridad: enseña, transgrede la ley y las

tradiciones, y lanza un nuevo modo de vivir, una nueva ley. La consecuencia es su eliminación. La verdadera causa: la confesión de que Él es el Hijo de Dios Bendito (cf. Mc 14, 61-62).

Hay ciertos detalles que no pueden ser pasados por algo: Jesús murió condenado injustamente. Esto aparece claramente en los Evangelios: no hay motivos para su condena (cf. Mc 14, 59). Por lo mismo, no hay una consecuencia lógica justa entre lo que dicen que ha hecho y la condena. En su condena aparecen motivos más profundos de los que acostumbramos a llamar políticos: el faltar a la verdad, la avaricia del traidor, el odio y la envidia de los enemigos, la violencia, el engaño y la traición.

A pesar de todo, la muerte de Jesús tiene una profunda importancia para la política y la sociedad, porque descubre los valores que están más allá de ellas y que deben ser respetados siempre y en toda ocasión. El mayor valor para Jesús estará en reconocer y amar a Dios y al prójimo.

El Nuevo Testamento afirma que Jesús entrega su vida por obediencia al Padre. En este acto encuentran los hombres el perdón de sus pecados. Este dato tiene que quedar bien claro siempre.

4. *¿Qué hemos ganado con la muerte de Jesús?*

Un primer fruto: ***Jesús con su muerte nos ha liberado de una falsa concepción de Dios.*** Ya no aparece distante, sino como un Dios que ama al hombre pecador, se hace uno como él, sufre por él y le devuelve la dignidad para la que fue creado.

Otro fruto: ***Jesús con su muerte nos libra de las diferencias humanas.*** Basta decir que la cruz demuestra que todos, de cualquier raza o condición, necesitamos de la misericordia divina.

Un tercer fruto: ***Jesús nos ha liberado del temor y de la muerte.*** La muerte para el cristiano no es ya una desgracia, un caer en la noche oscura, sino un caer en las manos de Dios, que nos espera para el abrazo de amor. Con la muerte no desaparecemos, sino comenzamos a vivir la vida eterna (cf. 1 Cor 15, 55-56; Rm 5 y 6).

Con su muerte, ***Jesús nos ha liberado, además, de la esclavitud de la ley.*** No es el esfuerzo humano por cumplir la ley lo que nos salva, sino el amor gratuito de Dios.

Finalmente, ***Jesús con su muerte nos ha liberado del pecado,*** que es el mal de los males y la raíz y causa de todos los males sociales, estructurales. Nos ha liberado del pecado como negación de Dios, como olvido de Dios, como desprecio de Dios. Pecado como egoísmo y encerramiento en nosotros mismos. Pecado como explotación del prójimo. Pecado como endiosamiento de nuestras cualidades. Pecado como ambición, vanidad y soberbia. Pecado como envidia, mentira, lujuria.

CONCLUSIÓN

Lo más hermoso de la muerte de Cristo no ha sido el apropiarnos y gustar de estos frutos de liberación. Falta el aspecto positivo: ¿para qué nos ha liberado y nos ha desatado las manos y el corazón? Para poder conocer al verdadero Dios, para servirle y

darle culto en el monte santo, para darlo a conocer a los demás con nuestra palabra y nuestro apostolado, para crear la civilización del amor, donde todos seamos hermanos, sentados en la misma mesa, felices y contentos, disfrutando del Espíritu de Dios, presente en su Iglesia.

CAPÍTULO DÉCIMONOVENO

Jesús resucitó

Sin la resurrección todo lo relacionado con Jesús se reduciría a nada. Ni la encarnación sería el nacimiento del Hijo de Dios, ni la muerte sería una redención, ni sus milagros serían milagros. Sin ese triunfo final, Jesús quedaría reducido a un genio del espíritu o quizá simplemente a un gran aventurero, por no decir a un loco iluminado. Y, ¿nosotros? Seríamos unos ilusos, los más miserables. Nos alimentaríamos de sueños, daríamos culto en vano. Nuestra esperanza sería una amarga estafa.

Jesucristo resucitó por su propio poder, por ser Dios. Nadie vio a Cristo resucitar, pero Él dejó unos signos. Primero, el sepulcro vacío; pero esto no disipó las dudas. Segundo: las apariciones. Sólo el encuentro vivo con Cristo resucitado disiparía la incertidumbre de los apóstoles. Estas apariciones no fueron visiones ni imaginaciones interiores de los discípulos. Fue iniciativa de Jesús, que “se dejó ver”, que vino a los suyos; y no una experiencia subjetiva. El Resucitado es visto porque se aparece, no se aparece porque es visto. Ellos fueron testigos y garantes de algo que vieron y oyeron y no lo pueden callar. Es más, prefirieron dar su sangre -y de hecho la dieron- antes que renegar de la resurrección del Señor.

El Evangelio habla de que Jesús ha resucitado. San Pablo hablará más ampliamente de la Resurrección (cf. 1 Co 15, 12), pero siempre en relación con Jesús resucitado. Los discípulos vieron a Jesús resucitado; no le vieron mientras resucitaba. Nosotros creemos a los discípulos, creemos lo que nos dicen y creemos que ha sucedido lo que nos narran.

Cuando nos preguntamos por la Resurrección de Jesús debemos atender a estas cosas:

El hecho de la Resurrección no cae dentro de la investigación científica. Es un suceso demasiado grande para poder ser captado por la ciencia experimental. Esto no quiere decir que no sea histórico. La Resurrección de Jesús es un suceso histórico, aunque la ciencia no llegue a él. No sólo lo que es científico es real e histórico. En la Resurrección de Jesús ocurre algo totalmente nuevo. Para lo nuevo no hay medidas. La ciencia no tiene instrumentos para medir lo absolutamente único y nuevo.

La Resurrección es un acontecimiento original sin antecedentes. Es un hecho realizado por Dios, es la acción de Dios más importante y decisiva en nuestra historia¹²⁴. El obrar de Dios en el mundo no es como el obrar de las criaturas; es más profundo y radical, es de otra manera. ¿Cómo se puede descubrir su obra en mí? Desde luego no mediante aparatos científicos. Pero nadie que sea honrado puede negar que existe a lo largo de toda la historia humana la experiencia de que Dios obra en el mundo. En la Resurrección de Jesús se da un hecho límite del obrar de Dios; es un obrar nuevo, que determina la historia. En este sentido se puede decir que es “transhistórico”, más allá de la historia. Pero deja rastros en la misma historia.

¿Como narrar este hecho nuevo, original? Cuando el hecho que se quiere contar se sale de lo corriente, no se encuentra fácilmente un lenguaje que lo transmita. No hay

¹²⁴ Cf. Rm 4, 25; He 3, 15; 2, 24; 1 Co 6, 14; Ef 1, 19-20

más remedio que utilizar un lenguaje indirecto, de semejanzas, un lenguaje tomado de otros campos. Así aparecen en estas narraciones de la Resurrección del Señor formas literarias tomadas de la resurrección de muertos a la vida o imágenes llenas de gran imaginación. La dificultad que se experimenta para hablar de una cosa que impacta, que es importante, corrobora su existencia.

Las personas que han experimentado este suceso tienen suma importancia. Los discípulos de Jesús no tienen conocimientos ni intereses científicos; no desean dar a conocer cómo ocurrió la Resurrección. Desean comunicar una Buena Noticia: "*Cristo está Vivo, pues se nos ha aparecido a nosotros*". Buena Nueva que es para todos: El mismo que murió está vivo, y con su Resurrección confirma su misión. Todo lo que dijo era verdad.

De todo esto, sacamos esta conclusión: la resurrección de Jesús es el hecho central del Cristianismo:

Para la fe: con ella se confirma la divinidad de Jesús (cf. 1 Co 15, 14-19). Si no resucitó, ¿en qué creemos?

Para la visión de Cristo: sólo la resurrección permite tener una visión completa de Cristo. Si no fue así, Cristo fue derrotado.

Para la visión de la vida cristiana: tanto la vida humana como la cristiana van encaminadas a la muerte. Además, el cristiano vive sufriendo con la cruz de cada día. Y, sin embargo, gracias a la resurrección el cristiano ve la vida con futuro optimista (cf. 1 Tes 4, 13-18; Rm 8, 11).

1. El hecho de la resurrección de Jesús

Trascribo aquí una cita de Fulton Sheen en su libro "*Vida de Cristo*", que me parece muy apropiada: "*En la historia del mundo sólo se ha dado una vez el caso de que delante de la entrada de una tumba se colocara una gran piedra y se apostara una guardia para evitar que un hombre muerto resucitara de ella: fue la tumba de Cristo en la tarde del viernes que llamamos santo. ¿Qué espectáculo podría haber más ridículo que el ofrecido por unos soldados vigilando un cadáver? Pero fueron puestos centinelas para que el muerto no echara a andar, el silencioso no hablara y el corazón traspasado no volviera a palpar con una nueva vida. Decían que estaba muerto. Sabían que estaba muerto. Decían que no resucitaría, y, sin embargo, vigilaban...*".

¡Cristo resucitó! Los certificados de la muerte y resurrección serían firmados por los mismos enemigos. Lo más asombroso fue que los enemigos de Cristo esperaban la resurrección, mas no así sus amigos. Por eso, sus enemigos vigilaban el sepulcro. Mientras, sus amigos estaban derrumbados en el cenáculo.

Jesús resucitó por su propio poder. Es verdad: nadie ha visto a Cristo resucitar. Sin embargo, es una resurrección que no escapa a la historia, pues ha dejado huellas en ella: el sepulcro vacío y las apariciones. Es por medio de estas huellas como los apóstoles han conocido el hecho mismo de la resurrección. Si no hubiera sido por que vieron a Cristo resucitado, no habrían creído jamás en su resurrección. Como recuerda el Catecismo de la Iglesia católica (cf. número 643), los apóstoles no estaban para

visiones de tipo místico, toda vez que la condenación de Cristo había sido la condenación de un maldito según la ley, de modo que su fe estaba por los suelos, a punto de partir para Galilea y reemprender su vida habitual, como nos recuerdan las palabras de los de Emaús (cf. Lc 24, 21).

Es más, una resurrección como la de Cristo no la podían ni imaginar, pues los judíos creían en la resurrección gloriosa de los hombres al final de la historia, pero no podían pensar en una resurrección definitiva (aunque fuese la del mesías) dentro de la historia, de modo que el día siguiente fuese un día normal. Es lógico que mostrasen sorpresa e incredulidad: era algo que no podían ni imaginar; además, estaban ante un cuerpo glorioso. Sin embargo, tras una primera vacilación, llegan a reconocer el cuerpo de Jesús sin duda alguna: un cuerpo glorioso, de suyo invisible, pero que se hace visible a los que Él quiere, como Él quiere y cuando Él quiere, pues de otro modo sus discípulos no habrían creído en la resurrección.

La primeras comunidades cristianas afirman que Jesús ha resucitado de entre los muertos. Es un dato que encontramos en múltiples textos¹²⁵. Existen en el Nuevo Testamento textos donde se habla implícita e indirectamente de la muerte y resurrección de Jesús¹²⁶. También hay textos explícitos y directos: Mc 8, 31 (primer anuncio); Mc 9, 9 (transfiguración); Mc 9, 30-32 (segundo anuncio); Mc 10, 32 (tercer anuncio); Mc 14, 28 (anuncio aparición).

Podemos concluir que no hay comunidad cristiana sin fe en la Resurrección de Jesús. Es un hecho claramente histórico que la Iglesia primitiva cree en la Resurrección de Jesús. Todos los textos primitivos concuerdan con la tendencia que se da en la misma vida de Jesús; es decir, son coherentes con su doctrina. El hecho que los discípulos confiesan no es deducible ni se explica adecuadamente por influencias subjetivas, por visiones, hipnosis, engaños sugestivos, etc. Su situación de desesperanza y la realidad de la muerte de Jesús no dejaban lugar a un engaño de esta naturaleza.

El hecho de la fe de los discípulos nos obliga a decir que se basa en un acontecimiento que soporta y da lugar a esta fe. De ello son muestra los testimonios que encontramos a lo largo del Nuevo Testamento. Es decir, que el anuncio revelador del ángel, el sepulcro vacío y el testimonio de las apariciones son textos que contienen una verdad histórica: Jesús ha resucitado verdaderamente.

¿Visiones de los discípulos? No. Si analizamos los relatos, vemos inmediatamente que el verbo que se emplea para hablar de las apariciones es *opthé* (“se dejó ver”), porque en la traducción griega de los LXX era el verbo consagrado para hablar de las apariciones de Yavé. Quiere decir esto que no se trata de una visión como experiencia subjetiva, sino de una iniciativa de Dios que viene a los suyos: el Resucitado es visto porque se aparece, no se aparece porque es visto.

¹²⁵ He 2, 23-36; 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 30-32; 10, 34-43; 1 Pe 1, 21 (fórmulas de predicación)
Rm 4, 24-25; 10, 9; 1 Co 6, 14; 1 Tes 1, 10; 4, 13-14; 2 Tim 2, 8; Rom 8, 34 (profesiones de fe)
1 Co 15, 3-5; Rom 14, 9 (fórmulas de catequesis)
1 Pe 3, 18-22; 4, 36; Rom 6, 8; 1 Tes 1, 9-10; Fil 2, 6-11; 1 Tim 3, 16 (Himnos litúrgicos)
Lc 24, 34; 1 Co 16, 21-23 (Fórmulas aclamatorias)

¹²⁶ Véase, por ejemplo, en la parábola del sembrador (cf. Mt 13, 8) se habla del grano que cae en tierra, que muere y da fruto. En Juan 12, 24: “*Si el grano de trigo que cae en tierra no muere...*”. Y otros textos: Mc 2, 19; Mc 10, 38-40; Mc 12, 1-9.10; Jn 12, 24; Mc 8, 35; 10, 29

El Nuevo Testamento tiene otro término, *horama*, para hablar de visiones interiores. Este término no lo emplean nunca para hablar de las apariciones de Jesús. El mismo Pablo, que ha tenido visiones y éxtasis, habla de ellas excusándose (cf. 2 Co 12, 11), mientras que del encuentro con Cristo en el camino de Damasco habla sin excusa alguna (cf. 1 Co 9, 1; 15, 8; Gál 1, 12 ss). Sólo por este encuentro explica Pablo que ha sido constituido apóstol y sólo por él se presenta como testigo de la resurrección de Cristo (cf. 1 Co 15, 8).

¿Son históricos los relatos de la resurrección de Cristo?

Resumiendo un poco lo dicho hasta ahora.

Primero: el testimonio de la resurrección de Cristo (sepulcro vacío y apariciones) aparece en todas las fuentes de los evangelios y Nuevo Testamento: no hay testimonio más unánime. El sepulcro vacío sólo tiene dos explicaciones. O alguien se llevó el cadáver o Cristo resucitó. El cadáver no lo robaron los enemigos de Cristo, pues al correrse la noticia de la resurrección la mejor manera de refutarla hubiera sido enseñar el cadáver. Si no lo hicieron, es porque no lo tenían. Tampoco lo tenían sus amigos, pues los apóstoles murieron por su fe en Cristo resucitado, y nadie da la vida por lo que sabe que es una patraña.¹²⁷

Segundo: la resurrección de Cristo es algo inimaginable para la mentalidad judía, que sólo la esperaban al final de los tiempos.

Tercero: los primeros testigos de la resurrección son mujeres, cuando en la sociedad judía el testimonio de una mujer no tenía valor alguno. ¿Cómo podían inventar un detalle así? En los mismos relatos los apóstoles aparecen como hombres sin esperanza alguna, abatidos y deprimidos. Jesús mismo los trata de “insensatos y lerdos” (cf. Lc 24, 25), gente que no esperaba nada. ¿Podía la comunidad primitiva inventar esto de sus propios jefes? **Cuarto:** los discípulos estaban dispuestos a no callar lo que habían visto y oído, aunque se echara encima, como así sucedió, toda la mentalidad de entonces. No saben explicarlo, pero no pueden sino confesarlo, incluso con el martirio. Nadie muere por una invención, ni por un sueño...si es que está cuerdo.

La resurrección de Cristo es totalmente distinta de la resurrección de Lázaro o del hijo de la viuda de Naín: éstos resucitaron para volver a morir, pero Cristo resucita para nunca más morir. La resurrección de Cristo no fue una reviviscencia para volver a morir, como le pasó a Lázaro. Tampoco fue una reencarnación, propia del budismo y del hinduismo. Menos aún fue el mero recuerdo de Jesús en el ánimo de sus discípulos.

Fue el encuentro con Jesús resucitado lo que provocó la fe de los discípulos en la resurrección y no viceversa.

2. *Significado de la resurrección de Jesús para nosotros*

¹²⁷ Se puede dar la vida por un ideal equivocado, pero no por defender lo que se sabe que es mentira. Dice Pascal: “Creo de buena gana las historias cuyos testigos se dejan matar para defenderlas”. Y esto hicieron los apóstoles.

Pero, ¿cuál es el significado profundo de la resurrección de Jesús?

Dios ha intervenido en nuestra historia y ha realizado en Jesús la acción más grande posible. Ha dado a la historia aquello a lo que, aun sin saberlo, ella aspiraba. Todos aspiramos a la inmortalidad, a no desaparecer del todo. Hay en nosotros algo que grita que no morirá.

Es más, con su resurrección Jesús nos ha dicho que el pecado y la muerte no pueden tener la última palabra. Él ha vencido y ha ganado para nosotros.

No sólo eso, también Dios da su sello a la vida de Jesús. Lo que Jesús había dicho y hecho recibe la certificación divina. Jesús será de ahora en adelante meta, medida y realización de todos nuestros anhelos.

Además, con la resurrección de Jesús la vida humana en Cristo y por Cristo tiene sentido eterno. La muerte no significa la supresión y superación de la vida, sino la aprobación de ella. Lo que existe es asumido por Dios. Nuestro mismo cuerpo no será ningún obstáculo para gozar de Dios, pues será asumido y transformado por Dios y ha sido ya introducido, en Jesús, en la vida divina.

Y sobre todo, la resurrección de Jesús nos lanza a anunciar esta gran noticia a todos nuestros hermanos.

¿Por qué hoy a algunos les cuesta creer en la Resurrección de Cristo?

Hoy día hay muchos obstáculos para creer en la Resurrección, debido a nuestra mentalidad materialista, pragmatista, hedonista, utilitarista, relativista, consumista. El hombre de hoy se quiere quedar en los límites materiales y temporales, prácticos y comprobables, horizontalistas. El secularismo está haciendo estragos por doquier. Por eso, el hombre de hoy mira poco hacia arriba. Piensa que todo acaba con la muerte. Le cuesta creer en la Resurrección.

Pero para quien cree, la fe y la esperanza en la Resurrección es algo que todos llevamos dentro. Sin esperanza en la Resurrección, es decir, en un futuro, la vida no tiene sentido. Incluso en los hombres que se suicidan, existe un deseo de supervivencia. La muerte no es la última palabra ni el fin de todo.

El hombre es un ser abierto, está siempre en proceso de crecimiento. Se da en él una dinámica: el futuro es parte de su ser, de su presente. ¿Acaso, ese futuro será vacío, será un engaño, una ilusión? Todas las civilizaciones han experimentado la posibilidad y la realidad de una vida después de la muerte. Sólo se logra borrar este sentimiento y esta convicción profunda mediante presiones, amenazas, y por muy poco tiempo. El hombre ha creído y seguirá creyendo que con la muerte no termina todo para él. El cristianismo quiere comprender esta realidad, quiere reinterpretarla. Y lo hace a partir de la misma historia de Jesucristo.

CONCLUSIÓN

Los cristianos creemos en nuestra resurrección, porque creemos y hemos sido convencidos de la Resurrección de Jesucristo, por el testimonio de los apóstoles. Esta

Resurrección confirma la esperanza que tendríamos en nosotros mismos, y que no nos atrevíamos a formular. Los argumentos que nos proponen en contra de ella, no son convincentes, no son científicos ni nos dejan tranquilos. Sobre una vida limitada, caduca, finita, no sabríamos realizar nuestra existencia. Pero, además, sabemos que la fe y la esperanza en la Resurrección no nos impiden luchar y transformar este mundo en que vivimos, sino que nos dan fuerzas para ello. El cristiano es un hombre que tiene el corazón en el cielo, sí, pero los pies bien puestos sobre la tierra; tierra que labra, riesgo, escarda y donde construye la ciudad de Dios, donde va haciendo surcos rectos que conducen a la eternidad. Tenemos el ejemplo de tantos y tantos hombres y mujeres que, creyendo en la Resurrección, han dado sentido a su vida, a su trabajo, a su dolor. Por eso somos capaces de proclamar nuestra esperanza a todos los hombres.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Jesús Maestro y Evangelizador

La palabra humana es la manifestación de la interioridad de la persona. En el hablar, el hombre saca de su intimidad lo que guarda como un tesoro en el alma. Por tanto, la palabra es portadora de espíritu. En el hablar, el hombre transparenta la grandeza o la mezquindad de su corazón, la limpieza o las zonas oscuras de su ser. La palabra es, pues, una espada de doble filo. Dios quiso hacerse Palabra en Jesucristo, para hacerse oír a los hombres y comunicar su mensaje de salvación. Para ello, Dios tuvo que encarnarse, hacerse hombre. A Jesús le llamaban Maestro, porque en verdad lo era. Este Maestro, no sólo traía un mensaje del Padre, sino que Él mismo era el Mensaje, su Persona se identificaba con su Mensaje. Este Jesús Maestro pide oídos abiertos de discípulo atento. Su Mensaje ennoblece, eleva, dignifica, salva. Y, al mismo tiempo, su Mensaje compromete a comunicarlo a los demás, para que otros se beneficien de su acción salvadora y pacificadora.

Jesús es el Maestro que ha venido a enseñarnos la Buena Nueva del Padre. Es un Maestro que enseña con autoridad, con sencillez y originalidad, no como los escribas y los fariseos, cuya vida no coincidía con lo que enseñaba y cuya predicación se quedaba en las exterioridades. El Mensaje de Jesús no estaba separado de su Persona; Él era el Mensaje. Y este Mensaje es salvador y redentor. Pide por nuestra parte la aceptación libre y amorosa, pues sólo así producirá el efecto salvífico.

1. Jesús, Maestro y Evangelizador

“Para esto he sido enviado” (Lc 4, 43).

Proclamar de ciudad en ciudad el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuesta por Dios, tal es la misión para la que Jesucristo se declara enviado por el Padre. Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena.

¿Quién enseña?

Jesús, el Hijo de Dios Vivo. Y lo hace como Maestro. Ahora bien, es un maestro superior a cuantos han existido en la historia. No ha necesitado sentarse a los pies de un Gamaliel, como san Pablo. Es un Maestro original. No tiene libro, no ha ido a la escuela, no tiene escuela. Él es la doctrina y el libro abierto. Él es la escuela donde hay que aprender. Jesús sacaba de lo propio, no de lo aprendido. Su corazón era un tesoro de gracia y de verdad.

Los grandes maestros ofrecen instrucciones a sus discípulos, pero, ¿se ha dado alguna vez el caso de que un maestro haya hecho de su muerte el modelo de conducta para ellos? Tal cosa es imposible, ya que ningún maestro terreno pudo prever jamás la clase de muerte de que habría de morir, ni tampoco fue la muerte la razón por la cual vino a enseñar. Sócrates, con toda su sabiduría, nunca dijo a los jóvenes filósofos de Atenas que bebieran cicuta porque él moriría por los efectos de esta planta venenosa. Pero nuestro Señor hizo de la cruz la base de su primera instrucción dada a los apóstoles. Incluso cuando obraba como Maestro hizo que la sombra de la cruz se

proyectara sobre los apóstoles. Los sufrimientos que ellos padecerían serían idénticos a los que Él habría de padecer.

Ningún sabio o místico, ningún Buda o Confucio creyeron jamás que su doctrina hubiera de despertar tal antagonismo por parte de los hombres que hubiera de acarrearles a ellos, los maestros, una muerte violenta. Sin embargo, Cristo sabía que su doctrina chocaría contra los criterios de este mundo, contra muchos hombres. El hombre, en su orgullo, si considera a Dios como algo que le desafía, negará su existencia; y si Dios se hace hombre y, por tanto, vulnerable, lo crucificará.

Jesucristo es un Maestro que viene a cumplir las profecías. Y viene como Maestro y Señor. Jesús es completamente Él, es su propia ciencia y conciencia, aun cuando explica la Sagrada Escritura. La explica de manera muy distinta a los fariseos y escribas. No es un maestro más, es el Maestro eximio que tiene la verdad, y no que busca la verdad. La verdad la vive Él. No ha de hacer más que poner la mano en el tesoro de su corazón, para sacar, como Él mismo dice, cosas antiguas y cosas nuevas (cf. Mt 13, 52).

Es un Maestro que primero obra y después enseña. Este es el método del verdadero Maestro de la humanidad. La doctrina de Jesús era la expresión inmediata y la efusión de su ser, era Él mismo. No todos los maestros de la humanidad suelen vivir según su doctrina. A veces, se enseña una cosa y se vive de otra manera. La enseñanza de Jesús, por el contrario, era su querer, y su querer era su poder. Aun al morir se reveló como el gran Maestro del arte de morir. Desde entonces sabe la humanidad por qué la muerte es el camino que conduce a la vida.

¿Cómo es este Maestro Jesús? Es un Maestro manso y humilde, que no se impone con violencia, sino que se propone con humildad (cf. Mt 11, 29). Es un Maestro inteligente y perspicaz, que sabe contestar airoso a las tretas de sus enemigos (cf. Lc 2, 47; Jn 8, 7). Es un Maestro astuto, que no cae en las trampas que le tienden los fariseos (cf. Mt 22, 21). Es un Maestro pacífico, cuyas palabras pacificaban el espíritu (cf. Mt 5, 1ss). Es un Maestro comprensivo, sobre todo con los más necesitados (cf. Mt 20, 25). Es un Maestro que explica todo con sencillez (cf. Mt 13, 1ss). Es un Maestro que ratifica su enseñanza con su vida y con su sangre (cf. Jn 15, 13).

¿Qué enseña?

¿Antiguas verdades en forma nueva, y así ganar los corazones? ¿O tenía algo nuevo que decir a la humanidad, algo que ésta no supiera antes, y que fuera como un conocimiento redentor, liberador?

En una palabra, Jesús enseñaba y anunciaba del modo más perfecto el misterio más insondable: **el misterio de su Padre Dios**. Y esto de dos maneras: primero, mostrando a Dios nuestro Señor como objetivo único, absoluto y último del hombre, como el sentido verdadero, definitivo y más elevado de nuestra vida; y, segundo, enseñándonos a ver en el servicio de Dios el único gran deber, lo único necesario.

Además de anunciar a su Padre, Cristo, en cuanto Maestro y Evangelizador, anuncia también ante todo un Reino, **el Reino de Dios**; tan importante, que, en relación

a él, todo se convierte en “lo demás”, que es dado por añadidura. Solamente el Reino es, pues, absoluto y todo el resto es relativo.

Jesús Maestro se complacerá en describir de muy diversas maneras la dicha de pertenecer a ese Reino, una dicha paradójica hecha de cosas que el mundo rechaza¹²⁸: las exigencias del Reino y su carta magna¹²⁹, los heraldos del Reino¹³⁰, los misterios del mismo¹³¹, sus hijos¹³², la vigilancia y fidelidad requeridas a quien espera su llegada definitiva¹³³.

Como núcleo y centro de su Buena Nueva, Jesús anuncia **la salvación**, ese gran don de su Padre Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es, sobre todo liberación del pecado y del Maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por Él, de verlo, de entregarse a Él. Todo esto tiene su arranque durante la vida de Cristo y se logra de manera definitiva por su muerte y resurrección; pero debe ser plenamente realizado el día de la venida final del mismo Cristo, cosa que nadie sabe cuándo tendrá lugar, a excepción del Padre¹³⁴.

Este Reino y esta salvación -palabras clave en la evangelización y enseñanza de Jesucristo- pueden ser recibidos por todo hombre como gracia y misericordia, pero a la vez cada uno debe conquistarlos con la fuerza¹³⁵, con la fatiga y el sufrimiento, con una vida conforme al evangelio, con la renuncia y la cruz, con el espíritu de las bienaventuranzas. Pero ante todo cada uno los consigue mediante un total cambio interior, que el evangelio designa con el nombre de *metanoia*, una conversión radical, una transformación profunda de la mente y del corazón¹³⁶.

Este Reino y esta salvación las llevó a cabo con palabras y con signos¹³⁷ que provocan estupor en las muchedumbres y que al mismo tiempo las arrastran hacia Él para verlo, escucharlo y dejarse transformar por Él.

Por tanto, el núcleo de su enseñanza y predicación es su Padre, el Reino de su Padre y la salvación de su Padre, traída por Él mismo. Pero tratemos ahora de concretarlo un poco más, de hacer una síntesis de su predicación. ¿Qué enseña Jesús?

- * El misterio de la Trinidad.
- * El teocentrismo, frente al legalismo moral predominante entonces.
- * El amor a Dios como base del trato con Él, frente al temor tan marcado del Antiguo Testamento.
- * El misterio del hombre, a quien pone por encima de las cosas y de las tradiciones. El hombre no es esclavo de nadie. Cristo descubre al hombre la fuerza para vencer. Pero curiosamente esta fuerza es el mismo Jesús.

¹²⁸ Cf. Mt 5, 3-12

¹²⁹ Cf. Mt 5-7

¹³⁰ Cf. Mt 10

¹³¹ Cf. Mt 13

¹³² Cf. Mt 18

¹³³ Cf. Mt 24-25

¹³⁴ Cf. Mt 24, 36; He 1, 7; 1 Tes 5, 1-2

¹³⁵ Cf. Mt 11, 12

¹³⁶ Cf. Mt 4, 17

¹³⁷ Cf. Vaticano II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”* 4

- * La caridad universal, el perdón.
- * El sentido del dolor, de la muerte y del pecado.
- * El deber misionero y evangelizador de todo discípulo suyo.

Estas enseñanzas destacan que Jesús no es un simple filósofo o un atrevido moralista que viene a proponer unos principios interesantes: su mensaje está más allá de los cálculos humanos. Su mensaje es un buen canal para poder intuir la infinita diferencia que existe entre nosotros y Dios, entre nosotros y Él.

¿Cómo enseña?

Enseña con autoridad (cf. Mt 7, 28-29).

Enseña con originalidad.

Enseña con la convicción de hablar como Dios (cf. Jn 8, 38) en lo que se descubre que se encuentra en una esfera muy superior a la normal.

Enseña con sabiduría, como quien ha saboreado antes la experiencia de cuanto dice (cf. Lc 2, 47).

Enseña con sencillez, porque habla de lo que tiene dentro. Pequeñas frases salidas de sus labios contienen grandes mensajes (cf. Lc 7, 47).

Reúne el prodigio intelectual explicando grandes misterios (“Nadie habló como Éste”) con el prodigio moral de su arrolladora santidad (cf. Jn 6, 68-69). Sus palabras no sólo convencen; también convierten (cf. Jn 1, 49).

Lo que enseña, lo practica. Por eso, su enseñanza concluye en pedir seguimiento (cf. Mt 4, 19; 8, 22). Es un maestro que no pide sólo que aprendan, sino que sigan sus mismas huellas.

¿Qué medios estilísticos emplea para enseñar?

Enseña con sentencias, parábolas, demostraciones.

Sus sentencias son cortas, agudas; dan con seguridad en el blanco. Por eso se graban de un modo imborrable en la memoria. Sentencias de fuego, afiladas como espadas. Cortas, recias, como un golpe agudo, como un latigazo que silba por el aire: “*Si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale también la otra*” (cf. Mt 5, 39).

Sus parábolas¹³⁸ pertenecen a las más exquisitas de la literatura mundial. Son tan profundas y densas, que ni siquiera el sabio puede agotar su sentido; y, por otra parte son tan sencillas, tan sin artificio, que aun el hombre más sencillo se siente subyugado por ellas.

La técnica de la demostración la usaban también los rabinos. Pero las demostraciones de Jesús son sin aparato científico, sin ampulosas argumentaciones. Lo hace sencillamente, espontáneamente.

2. *Diversas posturas frente a Cristo Maestro*

¹³⁸

Véase, sobre todo, el capítulo 13 de san Mateo

A cuatro podríamos resumir las posturas nuestras frente a Cristo Maestro, que Él mismo describió en la parábola del sembrador y la semilla (cf. Mt 13, 1-9). Él como Maestro ha hablado y habla para todos. Arroja su semilla a todos los vientos y en todos los campos y terrenos. Esa semilla tiene la virtud y la potencia de transformar a todos. Pero, ¿por qué no en todos tiene el mismo efecto? No depende ni de Cristo ni de la semilla, sino del terreno. El terreno es el símbolo del hombre y de su libertad.

El terreno al borde del camino: es el hombre superficial, que escucha todo tipo de enseñanzas de quienes pasan a su lado. También escucha a Cristo Maestro. Pero como es superficial, no distingue los diversos tipos de semillas que le ofrecen en el camino. No se preocupa de la semilla y deja que los pajarracos de este mundo se la coman. Quien está al borde del camino no se arriesga por nada. Quiere sólo estar a la caza de novedades, sin compromiso serio ni con Dios, ni con los demás. Son aquellos hombres donde la semilla no cuaja, no ahonda....se la comen los grandes enemigos del alma, sobre todo, ese mundo facilitón, divertido, light...que pasa junto a nosotros continuamente tentándonos con sus fáciles propuestas de pan y circo, como en tiempo de los romanos. En los Evangelios, ¿quiénes serían este tipo de terreno? Tal vez, muchas personas de la turba, de la multitud, que vivían al borde del camino y que, aunque escuchaban a Jesús, nunca esa palabra de Dios cuajó en sus corazones.

El terreno pedregoso: las piedras de la dureza y cerrazón de corazón, la autosuficiencia y soberbia pueden irse acumulando en nuestra alma y simplemente malogran la semilla y no dejan que penetre, ni produzca fruto. En los Evangelios, serían algunos fariseos el símbolo de este terreno.

El terreno espinoso. Las espinas ahogan la buena semilla, le quitan fuerza y vigor. Las espinas son la excesiva preocupación por las cosas materiales, nos ahogan en la búsqueda desenfadada de lo material, de la fama, de los placeres a toda costa.

El terreno bueno. Sería el terreno ideal, donde la semilla germina y da fruto. En este terreno Jesús Maestro se siente muy satisfecho. Es terreno abierto, dócil, esponjoso, bien regado, abonado y fertilizado. Aquí estaría María, su Madre, la gente sencilla y humilde, que seguía a Jesús y escuchaba sus Palabras. En este terreno la palabra de Jesús fructifica, el treinta, el sesenta o el cien por ciento, según la generosidad de cada uno.

CONCLUSIÓN

Es hermoso llamar a Jesús con el dulce nombre de Maestro. Sus palabras humanas son palabras humanas de Dios. Él es revelación del Padre. Él es no sólo el maestro de la verdad, sino que es la misteriosa Sabiduría preexistente cabe Dios. De ahí que Cristo ha de ser tenido como maestro a un nivel distinto de todos los demás. No sólo hay que aprender lo que enseña, aceptar su mensaje, sino que es necesario identificarse con Él hasta poder decir con san Pablo “*vivo yo, ya no yo, sino que es Cristo quien vive en mí*” (Gal 2, 20).

Dirá Juan Pablo II: “*La majestad de Cristo docente, la coherencia y la fuerza persuasiva únicas de su enseñanza, se explican sólo porque sus parábolas y sus razonamientos no son nunca separables de su vida y de su mismo ser. En este sentido, toda la vida de Cristo fue una enseñanza continua: sus silencios, sus milagros, sus*

gestos, su oración, su amor por el hombre, su predilección por los pequeños y los pobres, la aceptación del sacrificio total en la cruz para la redención del mundo, su resurrección, son la actuación de su palabra y el cumplimiento de la revelación” (Catechesi tradendae, número 9).

Él es el único Maestro y el definitivo Maestro. Ya no debemos esperar otro. Y si viniera, no hay que hacer caso. Cristo ya lo ha dicho todo sobre Dios y sobre las verdades fundamentales de la vida y de la muerte. ¡No hagamos caso a todos esos maestrillos y gurus de sectas que vienen a encandilarnos con sus nuevas doctrinas que -según ellos- vienen a perfeccionar las anteriores!

Termino poniendo algunas características de la Palabra de Cristo, siguiendo a santo Tomás. La palabra de Jesús es poderosa para conmover, es sabrosa para producir consolación y atrayente para atrapar al oyente, porque promete los bienes eternos.

CAPÍTULO VIGÉSIMOPRIMERO

Jesús y la Eucaristía

La Eucaristía es el regalo más hermoso que Jesús nos dejó en la tierra. ¿Qué hubiera sido de nuestra vida sin esta presencia silenciosa, vigilante y amorosa de Dios en los Sagrarios de las iglesias? ¿Cómo caminar por los senderos de este mundo sin este Alimento espiritual? La Eucaristía es el misterio de un Dios que quiso quedarse entre nosotros como Amigo íntimo, como Compañero inseparable. Las delicias de este Dios es estar con los hijos de los hombres. Ahí en la Eucaristía Dios se reviste con el velo de sencillez, de humildad, del anonadamiento, para que nadie pueda decir que es demasiado grande como para acercarse a Él. ¿Quién será capaz de despreciar este inmenso y postremo esfuerzo del Corazón de Jesús para ganarse al hombre?

La Eucaristía ha sido el mayor regalo que Cristo nos dio antes de volver al Padre. En la Eucaristía, Cristo está con su presencia real, personal y sustancial. En la Eucaristía Cristo se sacrifica por cada uno de nosotros. En la Eucaristía, Cristo se hace comida y banquete para todos los hombres. En la Eucaristía, Cristo quiso que se perpetuara hasta el final de los tiempos el memorial de su pasión, muerte y resurrección, a través de los sacerdotes.

En la Eucaristía no solamente recibimos la gracia, sino el Manantial y la Fuente misma de donde brota. Todos los sacramentos se ordenan a la Sagrada Eucaristía y la tienen como centro¹³⁹. Oculto bajo los accidentes de pan, Jesús espera que nos acerquemos con frecuencia a recibirle: el banquete, nos dice, está preparado (cf. Lc 14, 15ss).

1. ¿Qué significa la Eucaristía para Cristo y la Iglesia?

Nos servirán estos textos: Jn 6, 1-71; Jn 13, 1-38; Lc 22, 7-23.

Cristo había entablado una amistad muy honda con sus apóstoles, hasta el punto de abrirles los tesoros de su corazón. Ahora tenía que dejarlos y volver al Padre, pero quiere también quedarse con ellos. Y revolviendo, revolviendo en su corazón saca de él este maravilloso regalo de la Eucaristía: su presencia real, personal y sustancial en el mundo, bajo las especies de pan y vino. En la Eucaristía se da una conversión del pan y del vino en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Cristo. Esta conversión se realiza por la Palabra de Cristo y por la acción del Espíritu Santo. Y es llamada transubstanciación. Cristo está todo entero presente en cada una de las especies y todo entero, en cada una de sus partes.

Se queda en la Eucaristía como Alimento. Al vernos hambrientos y fatigados, tuvo compasión de nosotros y nos sacia. ¿Quién no necesita el Pan de vida eterna? Cristo se queda como pan sencillo, humilde, asequible para estar al alcance de todos. Nadie queda excluido del banquete sagrado. A todos invita, a todos llama. Comiendo ese pan, nos hacemos uno con Él, nos unimos íntimamente a Él. Sólo nos pide el traje de fiesta, el alma limpia. La Comunión exige la conciencia de no estar en pecado grave; en caso contrario, se debe recibir el Sacramento de la Reconciliación.

¹³⁹

Cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, 3, q.65, a.3

La Eucaristía es Memorial de la Pasión de Jesús, para que siempre recordemos que Cristo murió en la Cruz para salvarnos de la esclavitud del demonio, del pecado y de la muerte eterna.

En cada Eucaristía Jesús vuelve a dar su vida por nosotros, para salvarnos. La Eucaristía es el Sacrificio de la Cruz, que se hace presente sacramentalmente, no de manera cruenta -derramando la sangre física-, como el primer Viernes Santo, sino de modo incruento, pero no por eso menos real. Nos reconcilia con su Padre. Establece una nueva Alianza entre Dios y el hombre. Y esta Alianza no será momentánea, sino perdurable. Sólo pide que yo tienda mi mano y acepte esa Alianza. Pero el hombre puede romper esa Alianza y volver a traicionar a Jesús.

No sólo la Eucaristía es Sacrificio de Cristo, sino también es sacrificio de la Iglesia porque al sacrificio de Cristo se une el sacrificio de todos los fieles: sufrimientos, oraciones, trabajos y fatigas. Toda la Iglesia se une a la ofrenda y a la intercesión de Cristo.

También la Eucaristía es sacrificio de acción de gracias al Padre, por el que la Iglesia expresa su reconocimiento a Dios por todos los beneficios, por todo lo que ha realizado mediante la creación, la redención y la santificación. En la Eucaristía la Iglesia canta la gloria de Dios, en nombre de toda la creación.

Este Cristo en forma de pan, se queda en el Sagrario para ser nuestro Amigo y Compañero. Podemos hablarle, como hacían sus discípulos, y contarle lo que nos ilusiona y nos preocupa. Jamás encontraremos un oyente tan atento, tan bien dispuesto para lo que le contamos o pedimos. *“Aquí es Cristo en persona quien acoge al hombre, maltratado por las asperezas del camino, y lo conforta con el calor de su comprensión y de su amor. En la Eucaristía hallan su plena actuación las dulcísimas palabras: Venid a Mí, todos los que estáis cansados y cargados, que Yo os aliviaré (Mt 11, 28). Ese alivio personal y profundo, que constituye la razón última de toda nuestra fatiga por los caminos del mundo, lo podemos encontrar -al menos como participación y degustación- en ese Pan divino que Cristo nos ofrece en la mesa eucarística”* (Juan Pablo II, 9-VII-1980).

2. ¿Qué nos exige la Eucaristía?

San Francisco de Sales nos dice lo siguiente: *“Si los mundanos te preguntan por qué comulgas con tanta frecuencia, diles que lo haces para aprender a amar a Dios, para purificarte de tus imperfecciones, para consolarte en tus aflicciones, para apoyarte en tus debilidades...diles que son dos las clases de personas que han de comulgar con frecuencia: las perfectas porque, estando bien dispuestas, faltarían si no se acercasen al manantial y a la fuente de perfección, y las imperfectas, precisamente para que puedan aspirar a ella; las fuertes para no enflaquecer, y las débiles para robustecerse; las enfermas para sanar, y las que gozan de salud para no caer enfermas; y tú, como imperfecta, débil y enferma, tienes necesidad de unirte con frecuencia con tu Perfección, con tu Fuerza y con tu Médico... Diles que quienes no están muy atareados han de comulgar con frecuencia porque tienen tiempo para ello, y quienes tienen mucho trabajo también, porque lo necesitan, pues quienes trabajan mucho y andan cargados de penas han de tomar manjares sólidos y frecuentes. Diles*

que recibes el Santísimo Sacramento para aprender a recibirlo bien, porque no se hace bien lo que no se hace con frecuencia” (Introducción a la vida devota, II, 21).

¿Cómo debemos acercarnos a la Eucaristía? ¿Qué nos exige?

Primero, la **fe**. La Eucaristía es un misterio de fe: Cristo se esconde en ese pan que ven nuestros ojos, que saborea nuestro gusto, que tocan nuestras manos. Pero ahí está Jesús, en Cuerpo, Alma, Divinidad. *“No te preguntes si esto es verdad -nos dirá santo Tomás-, sino acoge más bien con fe las palabras del Señor porque Él, que es la Verdad, no miente”* (Summa Theologica III, 75, 1).

Después, la **humildad** para reconocernos hambrientos y necesitados de este Pan de vida eterna. Quien está ahído y lleno de los manjares terrenos, difícilmente tendrá hambre de este manjar celestial. *“Todo lo tenemos en Cristo; todo es Cristo para nosotros. Si quieres curar tus heridas, Él es médico. Si estás ardiendo de fiebre, Él es manantial. Si estás oprimido por la iniquidad, Él es justicia. Si tienes necesidad de ayuda, Él es vigor. Si temes la muerte, Él es la vida. Si deseas el cielo, Él es el camino. Si refugio de las tinieblas, Él es la Luz. Si buscas manjar, Él es alimento”* (San Ambrosio, *Sobre la virginidad*, 16, 99). Comulguemos con hambre, con apetito espiritual.

Tenemos que acercarnos, también, con el **alma limpia** de pecado grave. El alma en gracia es el traje de fiesta que pedía Jesús (cf. Mt 22, 11). *“No asista, pues, ningún Judas -dirá san Juan Crisóstomo-. Si alguno no es discípulo, retírese: no se admite a los tales a la Sagrada Mesa ... Ningún inhumano se acerque, ningún cruel y sin compasión, ninguno en absoluto que esté manchado. Esto os lo digo a vosotros, los que comulgáis, y a vosotros, los que administráis la comunión. Porque es preciso hablaros también a vosotros para que distribuyáis estos dones con mucha diligencia. No se os reserva pequeño castigo si, sabedores de la maldad de alguno, le permitís participar en esta mesa. ¡Aunque sea jefe militar, aunque sea prefecto, aunque sea el mismo que se ciñe la diadema, si se acerca indignamente, apártale; mayor potestad tienes que él!* (Homilía sobre san Mateo, 82). San Pablo también es bien claro: *“Porque quien come y bebe indignamente del Señor, su condenación se come y se bebe”* (1 Co 11, 29). Y concretamente la Iglesia ha enseñado siempre con claridad que *“nadie debe acercarse a la Comunión con conciencia de pecado mortal, por muy contrito que le parezca estar, sin preceder la Confesión sacramental”* (Concilio de Trento, Sesión XIII, cap. 7, c). Dice san Juan Crisóstomo: *“Si te acercas bien purificado, recibes gran beneficio, si te acercas manchado de culpa (de pecado grave) te haces acreedor a la pena y al castigo eterno. Porque con tus culpas le vuelves a crucificar”* (Homilía Evangelio de san Juan 45).

Junto a estas disposiciones interiores, están las disposiciones externas: **ayuno** prescrito por la Iglesia, es decir, no comer nada una hora antes de comulgar, a excepción de agua, el **modo digno de vestir**, las posturas respetuosas. Nos acercamos a Dios tres veces Santo. El santo Cura de Ars, dentro de su sencillez, decía a sus fieles: *“Digo también que debemos presentarnos con vestidos decentes; no pretendo que sean trajes ni adornos ricos, mas tampoco deben ser descuidados y estropeados: a menos que no tengáis otro vestido, habéis de presentaros limpios y aseados. Algunos no tienen con qué cambiarse; otros no se cambian por negligencia. Los primeros en nada faltan, ya que no es suya la culpa; pero los otros obran mal, ya que en ellos es una falta de*

respeto a Jesús, que con tanto placer entra en su corazón. Habéis de venir bien peinados, con el rostro y las manos limpias” (Sermón sobre la Comunión).

Finalmente, el *desagravio a la Sagrada Eucaristía*. Jesús se queda en el Sagrario para que le consolemos y le desagraviemos por los pecados cometidos contra este espléndido Sacramento, con profanaciones, sacrilegios, indiferencias, desprecios, rutinas y distracciones. Hay que tratarlo bien a Jesús Eucaristía. En una ocasión entró un sacerdote anciano a una Iglesia y un joven sacerdote celebraba la misa un poco rápido y distraído. El anciano sacerdote se acercó al Altar y le susurró al oído al joven sacerdote: *“Tratádmelo bien, tratádmelo bien. Es Hijo de buena Madre”*. El Cuerpo de Cristo presente en la Hostia Sagrada hay que tratarlo con mucho respeto.

CONCLUSIÓN

¿Qué frutos obtenemos con la Comunión? La comunión ordena las costumbres, forma el carácter, alimenta las virtudes, consuela a los afligidos, fortalece a los débiles, invita a su imitación a todos los que se acercan a Él, llena a todos de gracias para incrementar y santificar el Cuerpo Místico. Además, la Comunión conserva la vida de la gracia y preserva del pecado, aumenta la gracia santificante y las virtudes sobrenaturales, borra del alma los pecados veniales y disminuye las malas inclinaciones. La Eucaristía es el remedio de nuestra necesidad cotidiana, medicina de la inmortalidad, antídoto contra la muerte y alimento para vivir por siempre en Jesucristo. Concede al alma la paz y la alegría de Cristo, y es un anticipo de la bienaventuranza eterna. Terminemos con una oración a Jesús Eucaristía: *“Te amo, Señor, por tu Eucaristía, por el gran don de Ti mismo. Cuando no tenías nada más que ofrecer nos dejaste tu cuerpo para amarnos hasta el fin, con una prueba de amor abrumadora, que hace temblar nuestro corazón de amor, de gratitud y de respeto. Nos dejaste tu último recuerdo palpitante y caliente, a través de los siglos, para que recordáramos aquella noche en que prometiste quedarte en los altares hasta el fin de los tiempos, insensible al dolor de la soledad en tantos sagrarios...¡Qué pobres serían nuestras vidas sin tu compañía! Nuestro Padre, nuestro Hermano, quieto rincón junto al que descansamos al final del vértigo de la jornada”*¹⁴⁰.

¹⁴⁰ Es una frase del padre Marcial Maciel en su libro *“Salterio de mis días”*, salmo por los sacramentos, pág. 119

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEGUNDO

Conciencia de Cristo

¿Qué pensaba Jesús de sí mismo? ¿Se sabía el Mesías enviado? ¿Quién era Jesús para Jesús? ¿Se entendía Hijo de Dios? El episodio de Jesús en el templo a los doce años nos demuestra la conciencia lúcida que tenía de su vida, de su misión. Como Dios que era, Jesús tenía perfecta conciencia de ser el Mesías enviado por el Padre. Pero su conciencia humana de su yo divino posiblemente fue progresando como la de todo hombre.

Digamos de entrada: Jesús es un misterio, no un problema. Es un misterio que debe ser adorado con respeto, antes de comprender algunos aspectos de su existencia. A partir de los Evangelios podemos decir que en Jesús se da algo profundamente nuevo que no se da en ningún otro ser viviente.

1. *Tiene conciencia de ser enviado para una misión divina*

Jesús conocía su misión y para ello organizó su “agenda”. Por eso: comienza a predicar en Israel un contenido y actitudes nuevas (cf. Mt 5, 7), elige sus discípulos y les encarga la misma misión dándoles poderes para ello (cf. Mc 3, 13-19), acepta o permite que le den títulos como Hijo del hombre (cf. Mc 3, 38), Mesías (cf. Mt 16, 16), Profeta (cf. Lc 13, 33); inicia una nueva alianza con Israel por medio de sus discípulos (cf. Lc 22, 20).

En todas estas acciones se manifiesta la conciencia de una misión, un objetivo en su vida y, por lo tanto, su conciencia. Su misión es liberadora para Israel y se realiza en actos liberadores: cura enfermos, expulsa demonios, acoge a los marginados (cf. Mc 2, 14-17), perdona a los pecadores, libera a los oprimidos por la ley (cf. Mc 10, 4-8; Lc 11, 46; 14, 1-6), libera de un culto vacío (cf. Lc 19, 45-46), libera de injustas autoridades (cf. Lc 20, 45-47).

Por tanto, su misión no es política. Jesús fue un reformador religioso. El mesianismo de Jesús carecía de esa dimensión política que los judíos querían tuviera. Lo cual no implica “a-politicismo”. La historia de la Iglesia más primitiva confirma que los discípulos no quisieron asumir ningún papel político. Y, sin embargo, pronto su doctrina iba a ser odiada y seguida por reyes, emperadores, políticos.

Jesús tenía conciencia compacta de su misión. En ningún momento dudó de su propia identidad. ¡Cuántas frases encontramos en los Evangelios donde nos demuestra esto! ***“Sabiedo Jesús....Salí del Padre y vengo al mundo...Mi Reino no procede de aquí...Yo sé de dónde vengo...Se dijo, pero Yo os digo...Mi alimento es hacer la Voluntad de mi Padre...El que me ha enviado está conmigo porque siempre ha hecho lo que es de su agrado”***.

Cimenta su vida y su misión sobre la Voluntad de su Padre. Cimiento sólido, irrompible. Nada hace sin consultar a su Padre. Todo lo refiere a su Padre. Su predicación y su misión gira en torno a su Padre.

Cristo concibe su vida como una misión: ***“Yo sé que Tú me has enviado”***.

Tuvo muchas dificultades ante su misión. La soledad, el lugar, las deserciones de algunos, las oposiciones de los jefes, la inconstancia de los elegidos, la ingratitud, la cerrazón de otros. En fin, nada fue fácil. Todo esto más que doblegarle, le hacía tomar mayor conciencia de su misión de Redentor de la humanidad.

Tiene conciencia de que su misión es única, irrepetible y nace de su persona.

Esta misión es comprendida por Jesús como superior a la de los profetas y a la Ley. Este poder y autoridad surge de Él mismo. Jesús no recurre a la ley para reformar la ley, ni a la investidura de jefe para evangelizar, expulsar demonios o perdonar pecados. Por eso no tiene respuesta la pregunta de los sacerdotes y fariseos: “*¿Con qué autoridad haces esto? ¿Quién te ha dado tal autoridad?*” (Mt 21, 23). Esta autoridad es lo que le hace diferente y superior al Bautista (Mt 11, 11-16); a Moisés (Mt 5, 21-27); a Salomón (Lc 11, 31); a David (Mt 12, 3-8); a Jonás (Lc 11, 32). Jesús es consciente de este poder, primero porque lo hace y, después, porque lo dice: “*Todo me ha sido entregado por mi Padre*” (Mt 11, 27).

Es única, porque nadie ha surgido, ni antes ni después de Él, con esta misión redentora. Es irrepetible, porque no volverá a repetirse; su sacrificio fue de una vez por todas.

2. *Tiene conciencia de ser Hijo de Dios*

Jesús tiene conciencia de ser Hijo de Dios. Lo manifiesta explícitamente en varios pasajes de Juan¹⁴¹ y en el empleo del término “abba”.

¿Qué ha querido significar con esta expresión? Igualdad con el Padre en amor, poder, sabiduría; dependencia absoluta de su Padre, confianza y entrega total; libertad plena.

Esta conciencia de ser el Hijo muy amado del Padre es la dicha íntima, la secreta felicidad de su vida que brilla en sus ojos y comunica a toda su figura humana el reflejo de lo sobrenatural, de lo santo, de lo divino.

Si Jesús tenía conciencia de ser una manifestación del Dios eterno, esto explica por qué su mensaje abarca, al mismo tiempo, el fin del mundo y el presente, por qué se encuentran en su conciencia personal la eternidad y el tiempo, por qué se siente a la vez salvador y juez del mundo y por qué es suyo el reino de Dios. El fundamento del mensaje de dicho reino está en la afirmación de su divinidad.

Esta unidad de Jesús con Dios explica igualmente la energía con que se constituye centro de su mensaje. Sin duda que el reino de Dios es el objeto más inmediato y más directo de su mensaje, pero es también inseparable de su persona, puesto que se manifiesta en ella.

¹⁴¹ Cf. Jn 3, 18; 11, 27; 20, 31. Mientras en los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos, Lucas) nunca se proclama a sí mismo Jesús “Hijo de Dios”, en el evangelio de Juan esto forma parte de la autorrevelación explícita de Jesús (Cf. Jn 10, 36; 19, 7).

Nada parecido hay en la historia de las religiones. En toda institución de tipo religioso, los fundadores no eran el objeto ni el centro, sino únicamente los predicadores. La persona de Buda, de Mahoma o de Moisés no constituía propiamente el contenido de la nueva fe y del culto.

Pero en el Cristianismo ocurre algo muy diferente. El Cristianismo es Jesucristo y el mensaje cristiano.

3. *Tiene conciencia de ser Rey*

¿Cómo es nuestro Cristo Rey?

Cuando vino hace dos mil años, vino oculto en pañales, en la humildad, sencillez, pobreza, mansedumbre. No quiso imponerse, sino proponerse. No quiso ser temido, sino acogido y amado. No quiso hacer ruido, sino pasar desapercibido. Se dejó alimentar, enseñar, adoctrinar. Caminó, se cansó, tuvo sed, lloró. Fue amado por uno hasta la locura del martirio. Y odiado por otros, hasta llevarle a la muerte. Un Rey que guardó la espada de su justicia, para desplegar sólo la capa de su misericordia, que tendía a todos los que a Él se acercaban. Un Rey que salió a la conquista del mundo, no con un ejército de fieros guerreros, adiestrados en artes marciales o bélicas; sino con un minúsculo equipo de humildes pescadores, que sólo sabían el arte de pescar y remendar las redes. Un Rey que anunció su Reino maravilloso de paz, de humildad, de pobreza, de pureza, de verdad. Un Rey que prefirió morir por sus súbditos, y así salvarnos. Pero un Rey que resucitó, se fue al Cielo, nos dejó su presencia viva en la Eucaristía y en los sacramentos. Y un Rey que vendrá Glorioso, al final de los tiempos para desplegar su Justicia y dar su premio a quienes lucharon con Él, en su bando, bajo su bandera..

Es un Rey un poco especial y distinto a nuestros reyes terrenos.

Es un Rey pobre y rico al mismo tiempo: pobre, materialmente. ¿Cómo nació? Pobre, envuelto en pañales en un pesebre de animales. ¿Cómo vivió? Pobre, entre los pobres de Nazaret, con lo esencial y necesario. ¿Cómo salió al apostolado? Pobre, con lo puesto, con una túnica; no tenía dónde reclinar su cabeza; se hospedaba en casa de amigos. ¿A quién elige? A pobres pescadores. ¿Qué predicaba? La pobreza de espíritu, es decir, el desprendimiento de las cosas materiales. ¿Cómo muere? Paupérrimo, sin nada, desnudo. Pero, al mismo tiempo, *es rico espiritualmente*: estaba revestido de toda la santidad divina, de todo el amor del Padre, de toda bondad, misericordia, mansedumbre y pureza.

Es un Rey entregado a la Causa encomendada por el Padre: la causa de la salvación eterna de todos los hombres. Desde la mañana a la noche predicaba, curaba, iluminaba, animaba, consolaba. De ciudad en ciudad. De pueblo en pueblo. ¿Cuándo dormía? ¿Cuándo comía? ¿Cuándo se quejaba? “*Yo tengo otra comida...para esto he venido...hay otros pueblos que me esperan...*”. ¡Qué Rey tan sacrificado, tan abnegado, tan olvidado de sí mismo! La Causa del Reino era su obsesión, su pesadilla, su ilusión, su tarea. Totalmente entregado las veinticuatro horas. Y todo con inmenso amor de entrega.

Es un Rey humilde: Viene en el silencio de una noche, sin gritos, sin campanillas. Vive escondido treinta años en el anonimato de un pueblo oculto, Nazaret.

Los milagros que realizaba los ofrecía a su Padre: Él era las manos y el corazón del Padre. Se agachó a lavarnos los pies. Soportó las insolencias y desprecios de los jefes religiosos y políticos de su tiempo que le humillaron, le maltrataron, le desvistieron, le golpearon, le escupieron, le abofetearon, le coronaron de espinas, le clavaron en una cruz y le mataron. Y Él no abría la boca. Como oveja muda era llevado al matadero. Humilde y sin resistencia tiende sus brazos al madero y lleva la cruz y se deja clavar. Todo por mí, para salvarme.

Consciente de su Realeza: “Yo soy Rey; Yo para eso he venido” dijo a Pilatos. Pero es distinto a los reyes de aquí abajo. Nuestro Rey sirve, sale de palacio para caminar por nuestros caminos polvorientos y ver las necesidades de cada uno de sus súbditos y así poner soluciones. Nuestro Rey sufre nuestras miserias y dolores y las comparte. Es un **Rey especial**. ¿Su corona? Una de espinas. ¿Su manto real? La desnudez. ¿Su cetro? Una caña, un palo. ¿Su trono? Una cruz. ¿Su Reinado? Las naciones, las familias y cada corazón, donde Él quiere reinar. No quiere que nadie quede fuera de su imperio de amor y paz.

¿Qué clase de súbditos tiene?

Los fieles: felices de enarbolar la bandera de Cristo, de servirle, de transmitir su ley y su mensaje. No cambian a Cristo ni por el rey de copas (placer) ni por el rey deoros (dinero) ni por el rey de bastos o de espada (violencia). Dicen “Viva Cristo Rey” con los labios y con la vida¹⁴². **Los infieles:** dejaron a Cristo por querer seguir una vida de comodidad, de placeres, sin compromisos. Tienen otros reyes en sus vidas. **Los cobardes y mediocres:** viven en el ejército de Cristo, pero no luchan, no trabajan, no se esfuerzan. Siguen la ley del mínimo esfuerzo, de la queja continua, del sabotaje y de la mentira.

¿Cuál es el objetivo de este Rey?

El plan estratégico de Cristo Rey es llevar y establecer su Reinado a todas partes y en todos los rincones. ¿Con qué armas? No con armas mortales, ni por la violencia, ni por el engaño, sino por la fuerza del amor. Llevar su **Reino de justicia**, que destruya toda injusticia. Su **Reino de amor**, que acabe con los odios y egoísmos. Su **Reino de verdad**, que aniquile la mentira y los errores doctrinales. **Su Reino de paz**, que suplante a la guerra. Su **Reino de pureza**, que limpie toda inmundicia. Su **Reino de vida**, que termine con esa terrible cultura de la muerte (aborto, eutanasia, manipulación genética). Su **Reino de luz**, que desenmascare a las falsas antorchas del liberalismo, neomodernismo, tecnicismo que pretenden iluminar nuestra sociedad y lo único que están logrando es dejarnos bizcos y ciegos para las cosas espirituales y echar de un plumazo a Dios de la esfera política, económica y social. Su **Reino de desprendimiento interior**, que desate todas esas cadenas que nuestro mundo y el dinero nos pone, arrebatándonos la verdadera libertad interior. Su **Reino de esperanza**, que anime a los desalentados y desilusionados de la vida. Su **Reino de verdadera alegría**, que supla esa otra alegría postiza y ligera de los fáciles placeres. Su **Reino de fe**, que disipe el ateísmo, el agnosticismo y el indiferentismo religioso que cunden en nuestro mundo; y

¹⁴² Como el padre Agustín Pro, jesuita, en la guerra de los cristeros, en México. Cuando le preguntaron sobre su último deseo antes de ser fusilado, él gritó: “¡Viva, Cristo Rey!”.

que acabe con esos movimiento pseudorreligiosos que intentan robar nuestra fe y mezclarla con elementos paganos.

¿Cuáles son las exigencias de Cristo Rey?

Son tres: negarse a sí mismo, tomar la cruz de cada día y seguir las huellas de este Rey, llevando en la mano y en el corazón su estandarte y su bandera. **Negarse a sí mismo** significa luchar para contrarrestar esas tendencias desordenadas que todos llevamos dentro desde el pecado original: la tendencia a la ambición, a los apegos, a la vida fácil, al egoísmo, al disfrute sin freno, a la vanidad, a la soberbia, a querer tener la razón, a imponernos. El medio para negarnos es la mortificación de nuestro cuerpo, de nuestros sentidos...y la búsqueda de cuanto nos cuesta por amor a Cristo. **Tomar la cruz cada día** significa mirar la cruz de frente, no rehuir, ni acortarla, ni cubrirla de terciopelo para que no nos moleste, agradecerla todos los días a Dios, llevarla con serenidad, paciencia y, si es posible, con alegría interna...Todos los días, no sólo cuando no nos pesa. **Seguir las huellas de Cristo** significa que tenemos que poner nuestro pie donde Jesús lo ha puesto, pues Él va delante marcando el camino. Llevando su bandera con orgullo, con amor y alegría y clavándola en nuestra casa, en el trabajo, en todas partes donde vayamos.

¿Cuál es el premio a quienes luchan en su ejército y bajo su bandera?

Aquí en la tierra: el ciento por uno, sí, pero con persecuciones; y allá arriba, la vida eterna. El ciento por uno en seguridad de éxito, alegría interior, paz del alma, certeza de la compañía de Jesús, realización en la vida. Pero con persecuciones, es decir, con dificultades, con cruz, con espinas. La vida eterna, después; es decir, el cielo prometido por Dios a quienes fueron fieles y supieron sufrir con amor y paciencia. .

CONCLUSIÓN

En suma, la obra, la doctrina y toda la actividad de Jesús son la vida de un hombre que tiene conciencia de ser esencialmente uno con el Padre. Y lo sabe y tiene conciencia desde el principio de su vida hasta su muerte. En el momento de su entrada en su vida pública, el día de su bautismo por Juan, este convencimiento que tenía de ser el Hijo de Dios, le fue confirmado por una voz venida del cielo: *“Tú eres mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias” (Mc 1, 11).*

Jesús tuvo conciencia, también, de ser Rey. Rey, por naturaleza, pues es Dios; por herencia, pues es el heredero de la corona; por dominio, pues es Creador; por derecho de conquista, pues venció al demonio y a la muerte. ¡Qué orgullo sano el pertenecer al Reino de Cristo y tenerle a Él como Rey!

¿Qué conciencia tengo yo, como cristiano, de ser, por el bautismo, rey, pues lucho contra el pecado; hijo adoptivo de Dios por la gracia; apóstol de Jesucristo?

CAPÍTULO VIGÉSIMOTERCERO

La segunda venida de Cristo

Los Símbolos, después de proclamar que el Señor ascendió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre, afirman que “desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”¹⁴³. Lo rezamos en el Credo. Que Jesucristo volverá es un dogma de fe, una verdad irrefutable, revelada por Dios, que es la Suprema Verdad. Y ante los dogmas no cabe sino la postura de fe: aceptación total de esa verdad, con mi inteligencia y voluntad, pues Dios no puede engañarnos.

Hoy que corren por ahí diversas ideas sobre el fin del mundo y el juicio final, con mucho de imaginación y poco de verdad; hoy, que muchos falsos pastores, que lideran sectas, hablan a todas horas, con tonos apocalípticos y terroríficos, sobre el fin del mundo, conviene que nos detengamos en este tema. ¿Qué hay después de la muerte? ¿Quién me recibirá al final de mi vida? ¿No caeré en la nada y en la desaparición total? ¿Tendré que rendir cuentas de mi vida? ¿Quién será mi juez? ¿Cómo será el modo real de ese Juicio? ¿Qué papel desempeñará Jesús en él?

Desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en su gloria, como juez de vivos y muertos, es inminente (cf. Ap 22, 20), aun cuando a nosotros no nos toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad (cf. Hch 1,7; Mc 13, 32). Este advenimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento (cf. Mt 24, 44; 1 Te 5, 2), aunque tal acontecimiento y la prueba final que le ha de preceder estén “retenidos” en las manos de Dios (cf. 2 Te 2, 3-12).

Si hay algo de lo que el ser humano está seguro es que un día va a morir. Todos los animales mueren, pero no lo saben. La tragedia del hombre radica en que sabe que va a morir. Esto constituye para él una certeza inamovible, de modo que, en muchos casos, lo que pretende hacer es no pensar en ello y tratar de adormecer, en la medida de lo posible, un interrogante que no cesa nunca. La muerte es extraña y enemiga del hombre, a primera vista; sería lo primero que el hombre suprimiría de tener poder para ello.

La muerte es, hoy en día, el gran tabú del que no se habla a los niños. Si se nos acerca a nuestras vidas, tratamos de olvidarla lo antes posible, para que no trastorne el ritmo de nuestras ocupaciones y bienestar. Y como la persona no quiere saber de límites y de muerte, sentirá la muerte como un absurdo y un sin sentido.

Miguel Unamuno, gran escritor español de la generación del 98, vivía atormentado por la certeza de la muerte. Quería vivir, lo deseaba con el corazón, pero la razón no le prestaba certezas de vida: “*No quiero morirme, no, no quiero, ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por ello me tortura el problema de la curazón de mi alma, de la mía propia*”¹⁴⁴.

Lo importante no es la muerte en sí, sino saber quién nos espera al final de la muerte terrena. ¡Es Cristo! Ese Cristo que, después de su resurrección, subió a los cielos

¹⁴³ Por ejemplo, DS 11, 12, 30, 41, 76

¹⁴⁴ Miguel de Unamuno, “*Del sentimiento trágico de la vida*”, Salamanca 1965

para prepararnos un lugar. Ese Cristo, que separará a los buenos de los malos. Ese Cristo, que dará el premio a quienes tuvieron caridad, fueron fieles a los mandamientos, hicieron producir fielmente los talentos y conservaron el aceite de la fe en sus lámparas¹⁴⁵. Ese Cristo, que respetará la decisión de quienes quisieron seguir su camino de perdición, alejándose de Dios y autoexcluyéndose libremente del amor divino.

Y ese mismo Cristo que nos juzgará en ese juicio particular, después de nuestra muerte, vendrá al final de los siglos, pero ya en gloria, para el juicio universal y final.

Entonces, Cristo vendrá *“en su gloria acompañado de todos sus ángeles...Serán congregadas delante de él todas las naciones y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda...E irán éstos a un castigo eterno y los justos a una vida eterna”* (Mt 25, 31-32.46)” (Catecismo de la Iglesia católica 1040).

1. *“Vendrá con gloria”*

¿Qué es lo que nuestra fe pretende afirmar cuando hablamos de la segunda venida del Señor? Lo que queremos decir es simplemente esto: el mundo no continuará indefinidamente, ni acabará al azar chocando con alguna estrella perdida, sino que concluirá por una intervención directa de su Creador, que es Dios.

El Universo y su Historia es un poema gigantesco en el cual nosotros nos movemos como si fuéramos los autores, pero del cual, en realidad, además de dirigirlo misteriosa y ocultamente, Dios se ha reservado la iniciación, el nudo y el desenlace; los cuales teológicamente se llaman: Creación, Redención y Parusía.

La Segunda venida de Jesucristo está revelada. La revelaron los ángeles a los Apóstoles y a los primeros cristianos en el momento mismo de la Ascensión de Jesús a los cielos: *“Varones galileos, ¿qué estáis allí mirando al cielo? Este Jesús que habéis visto subir al cielo, del mismo modo volverá a bajar del cielo”* (Hch 1,11). Y el mismo Jesucristo lo dijo a los judíos: *“Veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Poder y viniendo entre las nubes del cielo”* (Mc 14, 62).

Decimos que vendrá con gloria. ¿Qué significa? La primera venida fue en carne débil, mortal, en Belén. Pero su segunda manifestación será gloriosa y verdaderamente divina, cuando vendrá no para sufrir, sino para dar a todos el fruto de su propia Cruz, es decir, la resurrección y la incorruptibilidad. No será juzgado, sino que juzgará a todos.

Dos son los errores más comunes sobre la venida del Señor, que vuelven a repetirse en nuestro tiempo como lo han hecho a lo largo de toda la historia.

El primero es el de los que piensan que Cristo no vuelve más; o al menos, no se toman el tiempo de pensar en su venida. De estos ya escribió san Pedro profetizando nuestros tiempos: *“Sabed, en primer lugar, que vendrán en los últimos días seductores falsos que andan según sus concupiscencias. Y dirán: ¿Dónde está la promesa de su venida? Todas las cosas perseveran lo mismo que desde el principio del mundo”* (2 Pe 3, 3-4). Ésta es la enfermedad más específica de nuestro mundo moderno, y su fruto es

¹⁴⁵

Recomiendo leer el capítulo veinticinco de san Mateo.

el ignorar la causa de nuestros desequilibrios y de nuestros males y, consecuentemente, no saber dónde poner el remedio; más aún, ni siquiera sabemos cuál es la enfermedad, porque el que ignora para dónde va, no sabe tampoco dónde está parado. A esto conduce el rechazo de la Encarnación, porque ya lo dijo san Agustín: el que no recibe a Cristo en la Primera venida, tampoco lo recibe en la Segunda.

El segundo error es el de los falsos profetas. Vivimos en un mundo ansioso de profecías. Pide que le pronostiquen el día y la hora del fin del mundo; ronda adulando a todos los que se presentan con el título de mesías. Pero *“nadie sabe el día ni la hora”*, dijo el Señor. Por eso, a todos cuantos se creen anunciadores del fin del mundo les tenemos que aplicar las palabras de Miqueas: *“No desvariéis, desvarían ellos”* (Miq 2, 6).

Entonces, ¿no podemos determinar cuándo será el fin del mundo? No, no podemos. Ni nos conviene saberlo. A nosotros nos basta y nos sobra con saber esto: vendrá. ¿Cuándo? En el momento menos pensado. Entonces debemos estar preparados, como si fuera hoy mismo.

2. ***“Vendrá a juzgar a vivos y muertos”***

¿A qué vendrá? Vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Por eso, estemos en donde estemos, en ese momento solemnísimos, compareceremos delante del Señor.

Jesucristo es Juez. *“Es Él quien ha sido constituido por Dios juez de vivos y muertos”*, dice san Pedro (Hch 10, 42). Y san Pablo añade: *“Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba el pago debido a las buenas o a las malas acciones que haya hecho mientras estuvo revestido de su cuerpo”* (2 Co 5, 10). Cristo juzgará a los hombres con la misma naturaleza que asumió: *“en aquella misma carne ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”* (Inocencio III, *Profesión de fe, 18.XI.1208* (DS 791)).

¿Cuál ha de ser nuestra actitud? Prepararnos para el juicio del Señor, con un temor reverencial. Y esto, por tres motivos, dice santo Tomás:

Ante todo, por la sabiduría del Juez: Jesús lo conoce todo, nuestros pensamientos, palabras y obras, porque *todo está manifiesto y descubierto delante de sus ojos* (Hb 4, 13), y *todos los caminos del hombre están patentes a sus ojos* (Prov 16, 2). Dios dice por boca de Jeremías: *“El corazón del hombre es perverso e impenetrable. ¿Quién podrá conocerlo? Yo, el Señor, que escudriño los corazones y sondeo los riñones, que doy a cada uno según su proceder, conforme al fruto de sus obras”* (Jer 17, 9-10). Por eso, san Pablo llama a ese día, el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres (cf. Rm 2, 16).

En segundo término, debemos prepararnos con temor reverencial, por el poder del Juez: el Señor vendrá revestido de omnipotencia, nada ni nadie se le rebelará y todo se pondrá a sus órdenes para combatir a sus enemigos. Dice el libro de la Sabiduría: *“El universo entero combatirá con Él contra los insensatos”* (5, 21). Con mucha razón Job decía: *“Nadie hay que pueda librarse de tus manos”* (10, 7).

Finalmente, por su inflexible justicia: ahora es el tiempo de la misericordia, pero entonces será el momento de la justicia. “*Cuando llegare mi tiempo, Yo juzgaré con justicia*” (Sal 74, 3). “*En el día de la venganza, el celo y el furor no tendrá miramientos, ni se aplacará por las súplicas de nadie, ni aceptará dones en rescate, por grandes que sean*” (Prov 6, 34). Por eso escribía Orígenes: “*¡Qué estrechos serán en el día del juicio los caminos de los pecadores!*”.

Al mismo tiempo, la actitud cristiana ha de ser la confianza, porque a los justos Cristo se mostrará lleno de dulzura y de encanto, ya que, como se lee en Isaías: “*contemplan al Rey en su belleza*” (33, 17). Por nuestra parte, hemos de tomar al pie de la letra la admonición de san Pablo: “*¿Quieres no temer a la autoridad? Haz el bien, y merecerás elogios de ella*” (Rm 13, 3).

3. *La resurrección final y universal*

Hacia el fin tendrá lugar la resurrección de la carne. Todos los hombres y mujeres han de resucitar por el poder de Dios. Nosotros creemos en la resurrección y no tenemos miedo a los verdugos que en todos los tiempos acechan a la Iglesia: “*No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla*” (Mt 10, 28).

El tiempo de dicha resurrección está oculto y todos los que hasta el presente se empeñaron en determinar dicho tiempo fueron tenidos por embusteros, dice santo Tomás.

El alma tomará su mismo cuerpo, pero transfigurado en cuerpo de gloria¹⁴⁶. ¡Qué confianza y alegría el saber que la muerte ya ha sido vencida! Y ha sido vencida por la Encarnación del Verbo, y por su Sacrificio redentor.

Según opinión de gran número de teólogos y de Santos Padres, resucitaremos en la plenitud de la vida, con los caracteres de la naturaleza humana en su más pujante, lozano y perfecto desarrollo. Y sin los defectos que hayamos tenido en esta vida. Dice el profeta Isaías: “*Entonces, el cojo saltará como un ciervo, y la lengua de los mudos cantará gozosa*” (35, 5).

Resucitaremos con el mismo cuerpo, pero transformado. Resucitar con el mismo cuerpo significa recobrar la propia vida en todas sus dimensiones auténticamente humanas: no perder nada de todo aquello que ahora constituye e individualiza a cada hombre. No habrá cambio de personalidad. No seré otro. Continuaré siendo yo. Seré el mismo, pero no lo mismo. Resucitará lo mejor de mí.

Resucitaremos con nuestro propio cuerpo, aunque no necesariamente con la misma materia, que ha cambiado repetidas veces a lo largo de toda la vida con el metabolismo. Soy el mismo, pero no lo mismo. Identidad de la persona, no identidad de las moléculas. Soy la misma persona, pero no tengo la misma materia.

Quizás a muchos la idea de nuestra resurrección se les haga más increíble porque tienen una idea equivocada de ella. Creen que Dios tendría que andar recogiendo los átomos que un día formaron parte de un determinado organismo y estás dispersos

¹⁴⁶

Recomiendo leer el Catecismo de la Iglesia católica, número 999

por todo el mundo para volverlos a juntar y formar de nuevo aquel cuerpo. Pero lo que hace que sea el mismo hombre no es que tenga numéricamente el mismo cuerpo, sino que sea la misma persona. De hecho, a lo largo de la vida, hemos ido renovando todos los átomos de nuestro cuerpo y seguimos siendo la misma persona. La resurrección no es problema de rigurosa identidad corporal, sino de rigurosa identidad personal.

La fe en la resurrección ha sido siempre un escándalo. Jesús tuvo que defenderla frente a los saduceos¹⁴⁷. Su proclamación valió a Pablo la burla de los atenienses¹⁴⁸. Y hasta la acusación de locura¹⁴⁹. En las polémicas contra el cristianismo naciente fue uno de los blancos favoritos de las críticas; hasta el punto de que san Agustín pudo decir que en ningún otro punto encontraba la fe cristiana tanta oposición como en la resurrección de la carne. En nuestros días, la fe en la resurrección aparecerá como un absurdo a los ojos de los racionalistas, que sólo admiten lo demostrable o lo susceptible de verificación empírica.

La resurrección no tiene nada que ver con la reencarnación del hinduismo y del budismo¹⁵⁰. La invasión que hemos sufrido de predicadores de otras religiones ha ocasionado un tremendo confusionismo en muchas ideas y verdades de los católicos. Una de ellas es la reencarnación de los muertos en un animal o en otra persona. Esto es totalmente inaceptable para un católico. Dice la Biblia: “*Es destino de los hombres morir una sola vez*” (Hebreos 9, 27). La doctrina de la resurrección consiste, precisamente, en la salvación de todo el hombre, incluido el cuerpo con el que hemos vivido. El hombre es esencialmente hijo de Dios, lo cual exige el poder conocerle y amarle; y esto no sería posible si se reencarnase en una rana o en un escarabajo. Ni tampoco en otro hombre, pues cada persona es responsable de sus propias obras, y nadie puede cargar con la responsabilidad de las obras de otra persona. Ni estamos nosotros pagando los pecados de otros, ni nadie pagará los pecados de los que sólo nosotros somos responsables¹⁵¹.

Salta una pregunta: ¿en qué se basa la creencia en la reencarnación y el entusiasmo por las religiones de oriente? “*Personalmente creo que se deben al deseo de seguir creyendo en el más allá, pero evitando el encuentro con un Dios personal que nos puede juzgar. Es una forma de creer sin comprometerse, porque son religiones que carecen propiamente de moral y de un Dios personal*”¹⁵².

CONCLUSIÓN

Vendrá, pues, la Parusía y el Juicio final. Aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo (cf. Mt 24, 30). En ese momento tendrá lugar el universal juicio. Cristo, junto con sus elegidos, separará a las ovejas de los cabritos (cf. Mt 25, 34). Los malos irán al fuego eterno y los justos a la vida eterna (cf. Mt 25, 46). Luego tendrá lugar la

¹⁴⁷ Cfr. Mateo 22, 23-33

¹⁴⁸ Cf. Hechos de los apóstoles 17, 32

¹⁴⁹ Cf. Hechos de los apóstoles 26, 24

¹⁵⁰ Por reencarnación se entiende la doctrina según la cual el espíritu después de la muerte, retorna a la carne según la ley del *karma*, por la cual se paga en una reencarnación las faltas cometidas hasta que, suficientemente purificado, uno queda liberado ya de la carne.

¹⁵¹ Cf. Cándido Pozo, *Teología del más allá*, VII, 5. Ed. BAC. Madrid 1980

¹⁵² P. José Antonio Sayés, en su libro “*Teología para nuestro tiempo*”, Ed. San Pablo, 1995, p. 237

innovación de todo el universo material, ya que habrá cielo nuevo y nueva tierra (cf. Is 65, 17; Ap 21, 1)¹⁵³.

Cómo será en cantidad y modo dicha innovación, “sólo la conoce quien será su Autor”, dice santo Tomás. Allí Dios será todo en todas las cosas (cf. 1 Co 15, 28), la materia llegará a la máxima dignidad, expresando al Espíritu divino, pues será un perfecto espejo de Dios.

A nosotros, los cristianos, sólo nos cabe rezar, trabajar y esperar, sabiendo que *pasa la figura de este mundo* (1 Co 7, 31). La Parusía es motivo de esperanza y de oración: “*¡Ven, Señor Jesús!*” (Ap 22, 20). *Maranatha*. Tras esta victoria, “*cuando todo le esté sometido, entonces el Hijo mismo se someterá a Aquel que se lo sometió todo a Él, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas*” (1 Cor 15, 28).

El cristiano no debe tener miedo a la muerte. Los primeros cristianos iban contentos al martirio, como iba el viejo obispo de Antioquía, Ignacio, el cual exhortaba con lágrimas a los fieles que, en su camino al martirio en Roma le salían al paso prometiéndole que iban a interceder por él para evitarle la muerte: “*Por favor, hermanos, no me privéis de esta vida, no queráis que muera...Dejad que pueda contemplar la luz, entonces seré hombre en pleno sentido. Permitid que imite la pasión de mi Dios*”¹⁵⁴.

¹⁵³ El cristiano debe soñar con ese cielo nuevo: “*Por lo que conocemos aquí no es fácil imaginar el grado de esplendor de allá arriba. Un rostro, un cuerpo perfecto de mujer, una melodía que electriza las fibras de nuestro ser, un caballo de raza, la embriaguez del esquí, el esplendor de las noches o de los días de sol, la impresión de plenitud física del mar o del desierto, la satisfacción del esfuerzo o de una obra cumplida, una página, un cuadro, una estatua que despierta en nosotros resonancias secretas, todo lo que constituye la belleza del mundo, nuestra alegría o exaltación, todo lo que podemos amar a través del más minúsculo reflejo de Dios, todo eso no es más que podredumbre frente a la belleza que será nuestra y para la que estamos hechos*” (G. De Larigaudie, *Buscando a Dios*, Salamanca 1969, 27).

¹⁵⁴ San Ignacio de Antioquía, *Ad Romanos* 6, 2-3, (PG 5, 692-693)

CAPÍTULO VIGÉSIMOCUARTO

Jesús y su Madre (I)

Hasta ahora hemos hablado de Jesús. Pero este Jesús tuvo una madre como cada uno de nosotros. Y esta madre es María. ¡Bendito el vientre que llevó a Jesús y benditos los pechos que le amamantaron! Si Jesús es el Sol invicto, María es la Luna llena, cuya luz la recibe directamente de ese Sol invicto. Luna sin menguante, sin posibilidad de eclipse. Luna, cuyos rayos llevan iluminando dos mil años la noche y la oscuridad de nuestro mundo. Luna que brilla en los santuarios marianos esparcidos por todo el orbe. Como dice la canción: *“Quién será la Mujer que a tantos inspiró poemas llenos de amor; le rinden honor la música y la luz, el mármol, la palabra y el color. Quién será la Mujer, que el rey y el labrador invocan en su dolor, el sabio, el ignorante, el pobre y el señor, el santo al igual que el pecador. María es esa Mujer, que desde siempre el Señor se preparó, para nacer como una flor, en el jardín que a Dios enamoró”*.

María es verdaderamente Madre de Dios y del Redentor y es verdaderamente la madre de los cristianos porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes. La Anunciación a María por parte del ángel inaugura el cumplimiento de las promesas de Dios para la salvación de los hombres. Dando el consentimiento a la Palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús. Y con esta gracia le vinieron a María los demás privilegios: ser Inmaculada desde el primer instante de su Concepción; ser Virgen antes del parto, en el parto y después del parto; ser Asunta a los cielos en cuerpo y alma, como una participación singular en la Resurrección de su Hijo y una anticipación de la resurrección de los demás cristianos. Ella es nuestra Madre en el orden de la gracia, es Madre de la Iglesia y Modelo de fe y caridad. Es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. La verdadera devoción a Ella consiste sobre todo en la imitación de sus virtudes.

A María no es posible aislarla de Jesús; ha de ser vista siempre en relación a Él. Todo lo que la Iglesia dice de María depende en último término de que Ella es la madre de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Pero, al mismo tiempo, depende de la reflexión de la Iglesia. Por eso, la Virgen María debe ser comprendida desde Jesús y desde la vida de la Iglesia.

En la Sagrada Escritura están claramente expresadas las verdades más fundamentales que la Iglesia confiere a María: la de ser Madre de Jesús y la de ser, no obstante, Virgen; la de ser llena de gracia y sierva que sigue a su Hijo. Y, en cuanto tal, es parte de la Iglesia, si bien como modelo y madre de ella.

A partir de este núcleo contenido en la Escritura, la Iglesia ha proclamado más en concreto otras verdades que están en relación con las reveladas en la Escritura: la elección y la confirmación en gracia desde su misma Concepción (Inmaculada Concepción), la glorificación de María (Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al cielo) y su papel en el mundo.

Meditemos un poco en el Evangelio para sacar los rasgos y la fisonomía espiritual de María. Y lo haremos desde el corazón y con el corazón. Sólo con el corazón comprenderemos a esta mujer y madre que todo cuanto le acontecía lo solía pasar por su corazón inmaculado.

1. *La inesperada sorpresa de la anunciación* (Lc 1,26-38)

¿Qué hace esta creatura, esta doncella cuando recibe la visita inesperada de Dios, a través del ángel Gabriel?

Oye y escucha atentamente

Alguien ha escrito:

*"Tú has hablado, Señor,
en el silencio de mi noche
y tu palabra ha grabado en mi corazón tu voluntad.
Y porque hablaste,
hay en Ti una voluntad que yo desconozco.
Es la voluntad de tus mandatos.
Yo quiero, Señor, cumplir esa voluntad"*¹⁵⁵.

Dios habló a María. Y como María tenía un alma tan pura, tan limpia, tan cristalina, inmediatamente percibió la luz de Dios, la voluntad de Dios en su vida.

María es bienaventurada sobre todo por haber escuchado la palabra de Dios y haberla guardado, y no tanto por ser la madre de Dios; así lo dijo Jesucristo, su Hijo, a aquella mujer que había lanzado el piropo a su madre.

Escuchar la palabra de Dios es la actitud primordial de la fe de una creatura. La fe, por tanto, no es primeramente un acto del pensamiento personal, una creación de la inteligencia humana, sino la acogida en el corazón del pensamiento divino, y de un pensamiento expresado concretamente bajo forma de palabra.

Escuchar es abrirse a esta palabra y recibir todo el pensamiento y la hondura que ella manifiesta. Así hizo María: escuchó el plan de Dios expuesto por el ángel o por esa voz interior. No expuso primero su propio pensamiento ni su propia decisión. No escuchó otras sirenas que la invitaban a una vida más fácil y sin tantas complicaciones.

¡Cuántas cosas quiere Dios decirnos a lo largo de la vida! Continuamente nos habla en el silencio de nuestra vida ordinaria, en el silencio de nuestro trabajo, en el silencio de nuestro corazón, cuando vamos caminando. Cada día quiere Él enseñarnos nuevas melodías, nuevas partituras. También nos habla Dios en el ruido de los acontecimientos, de los sobresaltos y de las contrariedades.

¿Qué requisitos se necesitan para escuchar a Dios?

* **Silencio**: para escuchar hay que estar en silencio de nuestras facultades interiores. Hoy el silencio está amenazada por tantos ruidos provenientes del exterior (sirenas del mundo) o del interior de nuestro corazón (nuestras pasiones); todo esto nos atrofia el oído interno, nos aturde y nos incapacita para escuchar la palabra de Dios.

¹⁵⁵ Este texto y los restantes son palabras del padre Marcial Maciel en su libro "*Salterio de mis días*", salmo de la fe.

* Limpieza de alma: quien está limpio de corazón está en sintonía con la onda y la emisión de Dios. Bienaventurados los limpios de corazón porque no sólo verán a Dios, sino que escucharán a Dios.

* Vigilancia: Esta palabra de Dios, pronunciada en el silencio, corre el peligro, si no vigilamos, de ser ahogada por la cizaña de otra palabra, la *Antipalabra*, que no es la palabra de Dios, sino una palabra que se interpone en el canal de Dios y estropea la emisión. Dirá el cardenal Karol Wojtyla en su libro "Signo de contradicción" que esa Antipalabra es el enemigo, que no quiere que esa palabra de Dios caiga en buena tierra, germine y dé fruto. Tenemos que estar alertas para que ese enemigo no venga por la noche, cuando estamos despistados, cuando no vigilamos la ronda de nuestro castillo interior y nos arrebate esa palabra divina.

¿Cuándo hay que escuchar a Dios?

Hay que escuchar a Dios siempre, pero especialmente en períodos de crisis esta facultad de escuchar a Dios es particularmente necesaria. La fe, un tanto alicaída en estas situaciones límite, sólo puede renovarse colocándola delante de la Palabra de Dios, manifestada en la Sagrada Escritura. Sólo así podremos rastrear el sentido oculto de esa situación difícil que estamos viviendo y que Dios ha permitido. Si escuchamos nuestras pasiones, oiremos nuestra voz, no la de Dios.

María busca respetuosamente

Segundo paso: buscar. "¿Cómo será esto?".

*"Por eso, cuando hurgo en tus llagas
buscando las razones de mi fe...
¡No te me duelas, Señor!
Que buscar no es dudar.
El que busca es porque anhela y cree encontrar.
Y no busco para mí, sino para mis hermanos".*

María busca y hurga en el sentido de la voluntad de Dios para Ella. La búsqueda no significa desconfianza en Dios sino penetración profunda y objetiva de ese plan de Dios para no dar un paso en falso, para no dejarse llevar por el subjetivismo. Esa búsqueda empuja a María a cotejar sus planes, sus ilusiones, sus proyectos con el Plan de Dios para Ella, aquí y ahora.

Busca en la presencia de Dios. No busca en el pajar de su egoísmo con la linterna de sus propios raciocinios, por muy brillantes que fueran. Es demasiado serio lo que Dios le ha propuesto como para despacharlo Ella sola.

El hombre es un buscador nato. Como buen peregrino que es, siempre está atravesando los campos¹⁵⁶ de este mundo buscando las respuestas a tantos interrogantes profundos. Busca la felicidad, lo sabemos. Todos estamos llamados a ser felices. Pero la

¹⁵⁶

De hecho la palabra peregrino viene del latín "*Per-agrum*", es decir, a través del campo.

felicidad del hombre está unida al plan que Dios tenga para cada uno. Y en el buscar y compenetrarse con ese plan, trazado por Dios para nosotros, está la felicidad.

Aquí nos asaltan otros peligros: querer buscar nuestra felicidad, al margen del plan que Dios quiere de nosotros. Resultado: no somos felices, no nos sentimos a gusto. María interpeló a Dios: "¿cómo será esto?".

*"Yo anhelo, Señor, ser todo tuyo.
¿Qué quieres que haga?
Dime, Señor, que tu siervo te escucha.
Sé que en temer a Dios y hacer lo que Él quiere,
está todo el hombre
Pues bien, Señor;
yo quiero ser todo un hombre.
Y porque quiero serlo,
me entrego completamente a Ti.
Quiero hacer lo que tú quieras.
Quiero querer lo que tú hagas.
Quiero que mi voluntad no sea otra sino la tuya.
Pero tuya no por conformidad, sino por identificación".*

María cree confiadamente

*"Yo creo, Señor; creo en Ti
que eres la Verdad Suprema,
derramada al mundo
a través de las cinco llagas sangrantes de tu Hijo...
Creo en tu palabra inefable, serena
pues nada me sucederá sin tu disposición".*

Tercer paso: creer a Dios, creer en Dios. María tenía un plan: ser virgen toda su vida. Ese era su proyecto.

Dios, por el contrario, tenía el suyo: para María ser la Madre de Dios. ¿Cómo conjugarlo? El punto de unión está en la fe de María. La fe de María unió esos dos polos que humanamente no podían unirse: virginidad y maternidad al mismo tiempo en ella.

He escuchado, he buscado...y Dios me ha respondido. ¿Qué hacer? Creer en Él sin ningún tipo de titubeos, ni vacilaciones: "¿Y si no sirvo? ¿Y si luego me sale mal? ¿Y si luego no entiendo a Dios? ¡Con lo cómodo que estoy donde estoy!". "Creo, cuando tiro mis redes una y cien veces y las saco mojadas, vacías, casi rotas".

Este paso es el del amor. Dijimos que el escuchar es la actitud primordial de la fe; pues aquí diremos que el amor es la condición para entregarnos a Dios sin regateos. Porque no es verdad que el amor nazca siempre de la fe; lo más corriente es que la fe se aclare en un corazón que ya ama.

María acepta y se abandona gozosamente

*"Yo quisiera abandonarme a Ti,
que me pongas junto a ti,
como un sello sobre tu corazón".*

*"Señor, pues que soy libre, renuncio a mi libertad
A mi libertad que es mi voluntad.
Y yo no quiero voluntad
Porque yo no quiero más voluntad que la tuya
¡Toma, Señor, mi libertad!
Y que sea tu divina voluntad
la única dueña y señora de mi corazón..."*

María no entiende del todo, pero prefiere abandonarse humilde y plenamente al misterio propuesto por Dios, porque Él no puede defraudarle ni mucho menos engañarla: *"Yo creo en Ti que eres la Verdad suprema derramada al mundo a través de las cinco llagas sangrantes de tu Hijo"*.

De esta manera, Ella se convierte en territorio libre y disponible para que Dios haga su obra maravillosa. Así como el Edén había sido el Paraíso de la creación, la Virgen sería el Paraíso, el nuevo Edén de la Encarnación.

2. El gozo profundo en Belén (Lc 2,1-7)

En la Anunciación María es una mujer de fe. La consecuencia lógica de la fe es el amor. Belén se convierte en cuna de amor. ¿Cómo era el amor de María para con Jesús?

Amor maternal

Fue María verdadera Madre del Hijo de Dios. Una madre no engendra naturalezas sino personas. Por eso María engendró la verdadera persona divina del Hijo. Así lo definió el concilio de Éfeso contra Nestorio que decía que María era sólo madre de Cristo hombre, es decir de la naturaleza humana. Una madre da a luz una persona y no una naturaleza. Una naturaleza no se sostiene por sí misma y en sí misma.

¡Qué diálogos de madre e hijo! *"Madre, me siento orgulloso de tenerte como Madre. Gracias, por darme tu latido humano, tu cariño maternal. Gracias, por tenerme junto a tu corazón, por alimentarme con tu sangre, con tu fe, con tu amor".... "Hijo, soy yo quien estoy muy agradecido contigo. ¿Qué meritos he hecho yo? ¿Estaré a la altura de ser tu madre?"*.

El cristiano tiene que ser un hombre con mucho amor. Los demás tienen que sentirnos cercanos. ¡Cuántas veces tenemos que hacer de madre y de padre al mismo tiempo con esas almas atribuladas, necesitadas de comprensión, de respeto, de consuelo!

Amor virginal lleno de ternura y afecto

Este amor de María tiene el privilegio de ser, a la vez, maternal y virginal. La virginidad confería una incomparable hermosura al amor de María a su Hijo. Esta virginidad puso una nota de perpetua juventud en el amor maternal de María.

El corazón del virgen es un manantial siempre fresco, incontaminado, lleno de ternura y de afecto sincero y limpio. El corazón del virgen no es un corazón seco, frío, narcisista...sino todo lo contrario, está lleno de comprensión, de cariño, de bondad, de dulzura.

La virginidad hace sintonizar con Cristo, con sus deseos de amor, sus latidos de amor. La virginidad es la expresión de un amor más puro y más pleno a Dios. Es la orientación de todas nuestras potencias afectivas hacia Él, aspiración suprema del corazón humano.

"De este amor a Dios brota la bondad de pensamiento, la suavidad de juicio, la delicadeza en las expresiones, la finura en la servicialidad y cordialidad aun cuando se encuentre con temperamentos insoportables, tratos rudos y secos, asperezas". El amor virginal hace violencia a nuestro egoísmo, a nuestra impaciencia, a nuestros disgustos...y los convierte en ríos de mansedumbre y bondad. "Quiero, Señor, que la dulzura invada los caminos de mi vida, dulzura de mi corazón para asemejarme al tuyo, altar de dulzura...Dulzura de mis labios para que tu palabra llegue virgen, transparente al alma de mis hermanos. Dulzura de mis pensamientos, como Job en medio de su dolor".

Amor puro sin ningún tipo de egoísmo ni posesión

De ordinario el amor de una madre es posesivo. María, sin embargo, amó a su hijo, se entregó a su hijo sin buscar de Él las compensaciones que toda madre busca de ordinario. Se entregó a su Hijo sin esas imperfecciones propias temperamentales en que una madre manifiesta su enojo o su impaciencia o su demasiado celo posesivo. Era tal la armonía interior que reinaba en el alma de María, que nunca Jesús se sintió contrariado ni decepcionado por la conducta de su Madre.

Su amor a Cristo fue puro y desinteresado porque María nunca se aprovechó del puesto privilegiado de su Hijo, como quisieron hacer los discípulos que se disputaban los mejores puestos junto a ese Rey. Ella sabía que su Hijo estaba destinado a los hombres y no se lo guardó celosamente para Ella sola. Sí, se desvivía por Él, pero desinteresadamente, consciente de que si bien era su hijo, no le pertenecía a Ella: "Sería el Salvador del pueblo".

"Porque el que se ama, no ama. Porque el amor a sí mismo es exclusión. Y el amor al prójimo es donación". "Amaré, Señor, a mi prójimo en la humildad, porque la humildad es tu rostro". "Haz, Señor, que ame a mi prójimo según tu corazón con un amor puro, pero fuerte que no decline ante las flaquezas y cobardías, con un amor sin envidias, que no intente robar a mis hermanos los dones que les has concedido para que trabajasen por ti.

Amor teologal

La gracia había elevado el amor maternal de María al nivel de la caridad teologal, porque el término de su amor era directamente el mismo Dios: la Persona divina de su Hijo. Sin embargo, nosotros tenemos que amar a Dios a través del prójimo,

hasta el punto que el mismo Dios considera hecho a Él lo que hemos hecho por el prójimo.

La filantropía camina por nuestras calles; es ese amor horizontal. Pero el amor teologal viene de arriba, de Dios.

Evidentemente, Dios otorga la caridad a todos los hombres que le abren libremente su alma; pero a María se la daba bajo la forma del amor maternal. Es decir, en María su amor maternal se identificaba con la caridad teologal. Las demás madres aman a Dios y a sus hijos con dos amores distintos; María con un único e idéntico amor.

Cuando decimos que las madres adoran a sus hijos, hay que fijar bien el límite de esta adoración, puesto que en sentido propio tan sólo a Dios puede dirigirse. ¡Es una hermosa metáfora! *"Te adoro, mi solecito"*. María, sin embargo, pudo adorar legítimamente y en el verdadero sentido de la palabra a su Hijo, adorarle con una religiosa veneración.

Amor generoso

Todo lo dicho hasta ahora: que su amor no es egoísta, ni posesivo, ni aprovechado...no quita que Ella le haya amado con un amor real, es decir, le haya dado todo a su Hijo: todo su cariño, todo su afecto de madre, todas sus caricias, el pensar sólo en Él, el amamantarlo, el cambiarle los pañales...No idealicemos tanto, tanto a María que vayamos a pensar que los ángeles venían a hacer lo que era deber de ella como madre.

Le dio todo: su fe, su confianza, su amor, su cuerpo. La misma herencia física de Jesús le venía de su Madre...Jesús tenía los rasgos físicos de María.

"Yo sólo con amor puedo, Señor, pagarte. Pero darte porque me das, no me basta. Porque otros me dieran, yo también les daría. ¡Y tú no eres...uno más, Señor! ¡Porque tú eres...tú! Y te amara aunque nada me diceses. Y te amara aunque todo me negases.

Amor vigilante

Vigilaba las veinticuatro horas del día, como hace toda madre los primeros meses de su hijo. Una madre vigila, no duerme; sabe cuándo necesita el niño el alimento, cuándo hay que cambiarle de pañales, cuándo llora porque el niño tiene algún dolor.

Vigila para que su hijo no reciba un mal aire.

María también tuvo que vigilar, pues había muchos Herodes sueltos que intentaban matarle.

Hay que cuidar a ese Cristo que viene a nuestras almas todos los días en la comunión, defenderlo a capa y espada para que nadie nos lo robe ni nos lo mate.

Amor expansivo

No se quedó con su Hijo solo en Belén. A quienes fueron a la gruta les hizo partícipes de su Hijo. A los pastores, a los reyes.

"El amor a Dios incluye el amor constante, desinteresado y heroico a los demás... Muchos aún no te conocen, viven hundidos en las tinieblas, sin fe y sin amor. Que les llegue el don de tu conocimiento a través de mi cuerpo. Que encienda la antorcha de su fe junto a mi fuego crepitante" .

3. La ofrenda de María en el templo (Lc 2,22-39)

Tercera instantánea del alma de María: el desprendimiento. Hemos visto su fe, su amor. Demos un paso más.

Estaban felices con su Hijo en Belén. Parecía que esa felicidad no se iba a acabar. Quejarse de la pobreza, cuando tenían ese Tesoro consigo, les hubiera parecido simplemente ridículo.

Pero, no. Sobre esa alegría ya gravitaba una espada en el horizonte. Así fue. Un mes más tarde se pusieron en camino hacia Jerusalén para ofrecer a Dios ese Niño primogénito. Los primogénitos eran propiedad de Dios. En rigor los primogénitos hubieran debido dedicar su vida entera al servicio de Dios. Pero en la realidad eran los miembros de la tribu de Leví los que "cubrían" este servicio en representación de todos los primogénitos de todas las tribus. Para esto debían pagar un precio por este rescate.

María sabía que aunque rescataba a su Hijo con ese "par de tórtolas", sin embargo, su Hijo seguiría siendo total y absolutamente de Dios. Ella lo tendría en préstamo, pero sin ser nunca suyo. María se desprendió de ese su fruto querido. Desprenderse no es cosa fácil. Es muy duro.

¿Cuál es la esencia del desprendimiento?

No consiste propiamente en la separación material, efectiva de las cosas y de las creaturas; lo cual, por lo demás, en esta tierra jamás es posible en modo absoluto: necesitamos de cosas materiales para comer, vestirnos, hacer apostolado, etc...

La esencia del desprendimiento está en la separación afectiva de todo cuanto se usa; es esa "desafección espiritual"; mantener el corazón libre de todo apego. Por tanto, la esencia del desprendimiento está en el desapego de ese núcleo secreto que somos cada uno de nosotros, con nuestras ambiciones legítimas, con nuestras ilusiones santas, con nuestras preferencias.

*¡Librame, Señor, de mí mismo!
Y ni las dulzuras del amor,
ni las exaltaciones de la dicha,
ni las amarguras del dolor,
me hagan su esclavo.*

¿Cómo era el desprendimiento de María?

Doloroso. Hasta ese momento todo había sido júbilo, castañuelas, aleluyas de ángeles, gozo de pastores. Un niño es siempre una alegría para una madre, para una familia, para un hogar. María como que hubiera querido retrasar su ida al templo. Algo presentía.

Pero se puso en camino. Allá va María. ¿Qué lleva al templo? Su mejor tesoro, su Hijo querido, su todo, el objeto de su alegría profunda... Lo lleva para ofrecerlo a Dios Padre y a los hombres. No es suyo, no es para ella, no es para su disfrute personal.

¡Cómo iría sangrando su corazón durante el camino que conducía al templo, cuando lo tenía entre sus manos y lo apretaba junto a su corazón! ¡Cómo le miraría una y otra vez! “¿Qué tiene este Hijo mío? ¿Por qué es tan distinto a los demás niños?”. Si apenas había nacido...y ya Dios Padre lo quiere para sí, y la humanidad pecadora, triste y sola, lo reclama para sí desde el abismo de su miseria.

Y María lo lleva al templo, aunque su corazón sangraba. Todo desprendimiento es doloroso...es como arrancar la venda de una herida ya fuertemente adherida. Doloroso, como doloroso fue para Abraham desprenderse de su querido hijo Isaac. Doloroso, porque todo lo que uno había acariciado de bueno, lo que uno había ambicionado de noble, lo que uno tenía en posesión como pequeños o grandes tesoritos...creía que nunca se le quitarían. Y viene Dios y le pide el sacrificio de todo esto, cueste lo que cueste: desapego de gustos, de ambiciones, de planes.

*A veces duele, Señor, mi sacrificio
pero por encima de mi dolor resplandece el gozo
de sentirte cerca, guiándome a la cumbre
de tu perfección por los duros caminos.
La cima es alta y yo sé, Señor,
que hay que llegar sin lastre...
quiero ponerte por encima de todas las cosas,
las largamente amadas
las fuertemente anheladas*

También el desprendimiento de María fue libre y motivado. María, aunque fue conducida al templo por inspiración del Espíritu y para cumplir lo que mandaba la ley, sin embargo, ella fue libremente, sin coacción alguna. Allí fue la Inmaculada, la no atenazada por las pasiones ni por el egoísmo.

Desprenderme sólo porque me lo mandan los diez mandamientos, es absurdo. Desprenderme porque quiero volar ligero y conseguir así la santidad, es fino egoísmo, y por tanto, nuevo apego, que deshonor ese desapego que hice. Estos son motivos espúreos que agravan y dilatan ese sutil apego a nosotros mismos.

María se desapegó por un motivo teologal: porque se lo daba al Padre Celestial, de quien lo había recibido; y lo ponía a disposición de todos los hombres, independientemente de que los hombres valorasen o no esa ofrenda tan costosa para su corazón maternal.

*"Yo quisiera de Ti, ¡Dios mío!,
aquel desasimiento absoluto de las cosas del mundo*

*que dejara sin ambages mi total entrega a Ti...
Yo anhele, Señor, esta santa indiferencia
que me anulará a mí mismo para fundirme en Ti.
Y poder yacer en tus manos como fiel de balanza
para que tú lo inclines hacia donde se te antoje".*

Junto a su Hijo, su riqueza efectiva, que no la cambiaría por nada, María también llevó al templo sus ilusiones más íntimas, su voluntad, su corazón, sus afectos, sus sentimientos más nobles y sagrados. Todo, absolutamente todo lo ofreció junto a su Hijo en el templo.

*Quiero que tu voluntad se imponga a la mía
que mi pobre voluntad, expuesta a errar,
camine junto a la tuya, conocedora de la verdad,
que tu voluntad se adueñe de mi corazón,
absorba todo mi ser,
que tu gran verdad resplandezca en mi cuerpo*

Desprendimiento, ¿a cambio de qué? A cambio de su Hijo, recibió en el templo por su ofrenda una espada. De por sí fue doloroso el desprenderse de su Hijo.

El anciano Simeón fue cruel con María. ¿Por qué le anticipa lo que Ella sería en vida: la madre de una piedra de escándalo contra la que tropezarán muchos egoísmos, placeres, orgullos, soberbias, potentados, reyes, siglos? ¡Su Hijo, signo de contradicción! ¡Su Hijo, piedra de escándalo! Bienaventurados los pobres...¡No puede ser!

¿Por qué una espada? Era duro aceptar esto. Dios llena a quien esté vacío. Y esa espada fue poco a poco introduciéndose en el corazón de María. En el Calvario esa espada se clavó totalmente.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Jesús y su Madre (2)

Queremos seguir con María, la Madre de Jesús, la Madre de la Iglesia y nuestra Madre. De Ella, decía san Bernardo, “nunca lo suficiente”. Y lo he hecho a propósito, porque María se lo merece, porque Jesús estará contento de que se hable de su Madre, y porque lo pide el corazón filial de quien escribe estas páginas. Además, como sacerdote que soy María es la madre de mi sacerdocio, fui ordenado sacerdote a los pies de la Virgen de Guadalupe, en Roma, y a Ella encomendé mi trabajo sacerdotal. Por eso, permítaseme que hable de Ella un poco más extensamente. Han sido meditaciones que fui haciendo leyendo los Santos Evangelios. Si le ayudan al lector, daré gloria a Dios.

Así pues, sigamos con la figura esplendorosa de María. Vayamos a Nazaret.

4. *María, maestra y discípula en Nazaret (Lc 2, 51-52)*

María, con la espada bien clavada en el corazón, sale del templo, adolorida. Jamás hubiera pensado que fuera tan duro ser la madre de Dios. Tuvo que redimensionar mucho sus pensamientos. Ese santo orgullo que sintió en Belén por ser la madre de Dios, por tener entre sus manos al mismo Hijo de Dios, ahora ese mismo orgullo viene purificado por la espada de dolor.

Y ahora se dirige a Nazaret, con el niño en sus brazos. Pesaba un poco más, porque comenzó a llevar desde este momento la cruz de su Hijo...y la cruz de su Hijo pesa mucho, porque está labrada con los pecados de todos los hombres. Comienza María a ser corredentora; en la cruz, su Hijo le confirmará en esta vocación.

¿Qué hizo en Nazaret durante esos largos treinta años?

Hizo de maestra y de discípula, al mismo tiempo.

María como maestra. María formó a su Hijo, lo educó. Nos parece una herejía decir que una persona humana, por muy santa que sea, haya podido ejercer realmente influencia sobre Dios, haya podido darle educación, formación.

Y sin embargo, es cierto: Cristo fue tan auténticamente educado por María como engendrado por ella. La divinidad de Jesús, lejos de obstaculizar la influencia materna de María, acentuó su fuerza. Él, Jesús, se dejó, en su humildad y vaciamiento, formar y educar como el mejor de los niños. Quería ser incluso perfecto niño, es decir: niño indefenso, necesitado de la protección, cuidado, educación de su mamá.

Perfecto niño no significa ser niño prodigio que al mes ya sabe hablar, a los cuatro ya toca un instrumento, a los ocho debuta en un concierto. Esto es ser un niño prodigio y un genio, pero no un niño como todos. Jesús quiso ser un niño como todos. Se dejó formar y educar, para darnos a nosotros ejemplo.

¿Qué formó María en Cristo?

María contribuyó en la formación del alma humana de Jesús, le enseñó a rezar. Enseñaría a su Hijo las oraciones tradicionales del judaísmo.

Influyó también en la formación del corazón de su Hijo. María fue educando el corazón de Jesús en la humildad, para que estuviera volcado sólo a Dios, su Padre, y a los hombres, sus hermanos. Encaminó el corazón de su Hijo no a buscar honores ni ambiciones ni a apetencias terrenas, sino a buscar la humildad: *"Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón"*.

Su mismo Hijo, ya en el apostolado tratará de no manchar ese corazón humilde de su madre con ambiciones humanas y privilegios para su madre. Esto le hizo exclamar a Bernanos la siguiente frase: *"su Hijo no permitió que la gloria humana la rozara siquiera. Nadie ha vivido, ha sufrido y ha muerto con tanta sencillez y con una ignorancia tan profunda de su propia dignidad"*.

Educó el corazón de su Hijo en la caridad y amor a los demás. ¿Por qué Jesús sentía compasión de la multitud, por qué su sensibilidad registraba las palpitations del corazón de los hombres, por qué para todos tenía sentimientos de bondad, cariño, cercanía? María tuvo mucho que ver en esto.

María formó la fina sensibilidad y los nobles sentimientos de Jesús. ¿De dónde le vino a Cristo esa fina sensibilidad, abierta a la belleza de la naturaleza: a los lirios del campo, a los pajarillos del cielo...? De su Madre. Cuando iban de paseo, María le iría ponderando todas esas maravillas de la naturaleza. Se detendría y le haría valorar la belleza de la creación.

De Ella aprendió la gratitud. El *"Te doy gracias, Padre..."* ¿no es el eco del himno de gratitud que María siempre entonaba en su casa de Nazaret?

Y su voluntad y aguante. De Ella aprendió esa aceptación gozosa del plan de Dios, esa entereza ante el sacrificio: caminata, exilio, fuga a Egipto; la larga espera en Nazaret, ida del hijo a su apostolado. De Ella aprendió el aguante ante la pobreza que reinaba en Nazaret; la tenacidad ante las contradicciones...¿Cómo nos vienen a la mente los sufrimientos e injurias del patíbulo de la cruz, sufridos y soportados con una entereza digna de un hijo, cuya madre fue atravesada por una espada de dolor! Esa espada atravesó a madre e hijo.

María como discípula. Por otra parte, Ella misma, como la hermana de Marta, se sentaba a los pies de su Hijo, iba llenando su alma de jugo espiritual, ahondaba en el conocimiento de su Hijo, sin dejarse llevar de la monotonía de la vida. También la rutina quiso arañar a María. Pero Ella nunca se acostumbró a vivir con su Hijo. Mas bien, se abría al resplandor divino que su Hijo despedía. Por eso, daba vueltas a cuanto veía y oía de su Hijo. Su Hijo era para ella su Maestro.

5. *María perdió su tesoro en el templo* (Lc 2,40-50)

Volvemos al templo...¿Qué tendrá el templo que tanto fascina a María?

La primera vez fue para ofrecer a su Hijo y quedarse sin Él. Ahora vuelve a quedarse sin Él durante tres días y lo encuentra una vez más en el templo para reafirmarle Dios que ese Hijo que tiene delante no le pertenece, está en los quehaceres de otro Padre, el Padre celestial.

¡Qué golpes tan duros para una psicología femenina, para un alma tan sensible como la de María! ¿Es que eran necesarios tantos golpes, tantos litros de sangre? ¡Cómo Dios sigue probando y acrisolando a María!

María vivió tres días de noche oscura para su alma. Como noche oscura vive quien ha perdido a Jesús, el Sol naciente.

¡Perder a Jesús! ¡Qué tragedia!

¿Es que puede el hombre ver sin esta luz? ¡Cuántos hombres han perdido a Jesús y viven sin luz.

¿Es que puede el hombre caminar sin este Camino? ¡Cuántos hombres han perdido el camino y van tropezando por otros caminos llenos de escombros y zarzas.

¿Es que puede el hombre vivir sin esta Vida? ¡Cuántos hombres viven muertos!

¿Es que puede el hombre vivir en la verdad de sí mismo, sin esta Verdad?

¿Es que puede el hombre vivir en gracia y de la gracia sin la Gracia? ¿Es que puede el hombre sostenerse y saciar su sed y su hambre sin este Alimento?

¡Perder a Jesús! ¡La mayor desgracia!

*Yo sólo temo perderte.
Y como temo perderte, temo al pecado
Al pecado, que es, para mí, la perdición de Ti.
Al pecado que es contra Ti
No a la pena que viene de Ti.*

*No hay dicha sin Ti, ni pena contigo.
Fuera tu cielo sin Ti yo renunciaría a tu cielo
Fuera tu infierno contigo, yo querría tu infierno.*

Sin Jesús todo es noche en la vida

Y en la noche no podemos ver, no podemos caminar, no podemos correr, no podemos trabajar. En la oscuridad, la barca de mi vida se puede estrellar contra los arrecifes de este mundo. En la oscuridad es más fácil caer en los barrancos, pisar en falso y rodar por tierra. En la oscuridad todo es inseguridad, miedo, temor. En la noche hacen muchas veces los hombres las mayores fechorías.

Perder a Jesús es perder el faro que nos alumbraba en la noche de la dificultad, es perder el aliento que nos permitía caminar por los senderos de la vida.

Esta noche que viven tantos hombres, envueltos en densas tinieblas de indiferentismo, escepticismo, ateísmo práctico...¿no será porque han perdido a Jesús, que es Luz?

María experimentó esta noche. Tres días de oscuridad. Eclipse total de ese Sol divino, para ella que es la Luna...Luna que recibe su luz del Sol divino.

Sin Jesús todo es angustia del corazón

Perder a Jesús es quedarse solo, sin esa compañía que dulcificaba el corazón en los momentos de duda, de olas embravecidas, de luchas tremendas contra nuestras pasiones o contra nuestros enemigos. Perder a Jesús es perder el puerto seguro y no saber qué norte guiará nuestra barca. ¿A dónde iré si he perdido el puerto? Perder a Jesús es perder el ancla que yo arrojaba tantas veces al mar para que se encallara en el fondo y sujetara la embarcación de mi vida, contra las mareas, maremotos, corrientes y vientos y vaivenes de mis sentimientos.

¡Qué angustia estar en pleno mar, en plena tormenta interior sin este timonel-Jesús- seguro a bordo de mi barca, sin esta ancla!

¡Cómo experimentó esta angustia Lope de Vega en aquella famosa rima sacra, símbolo de su propia vida!

*Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola:
¿adónde vas perdida,
adónde, di, te engolfas?
que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.
Como las altas naves
te apartas animosa
de la vecina tierra
y al fiero mar te arrojas.*

Sin Jesús todo es tristeza del alma

Perder a Jesús es perder la alegría de mi vida, el gozo profundo de mi entrega, el por qué de mi existencia, la razón de mis sacrificios, de mis renunciaciones. Sin Cristo todo es tristeza, porque Él "*alegraba los más tristes momentos de mi vida, sanaba las heridas más dolorosas, consolaba las penas más profundas*".

Perdido quien es médico, la herida se pudre. Perdido quien era consolador, me acorrala la desesperación y me hundo. Perdido quien era mi amigo, mi amor y mi todo, ¿qué me queda? Profanación de mi vida cristiana, tristeza de alma.

Perder a Cristo es triste destino, pero posible. ¿Y no vigilo para que nadie me quite a Jesús, para que nadie me pise a Jesús, para que nadie me extravíe a Jesús?

Podemos perder a Jesús de tres maneras: o porque me lo han robado mis pasiones y me han destrozado esta joya que es Jesús, la gracia de Cristo en mi corazón y en mi conciencia. Tenemos que vigilar; o porque le he extraviado yo por irme en otras caravanas, donde tal vez se me ofrecía una vida más regalada, menos dura, más fácil; o

porque Él se me oculta y se me esconde, para probar mi amor y mi fe. Esto no es perder a Jesús; es un perder aparente, pero en esos momentos Él está muy cerca de nosotros, como se lo dijo Jesús a Catalina de Siena cuando se quejaba: "*Catalina, no te había abandonado; Yo estaba cerca de ti y por eso venciste*". Esta noche es la noche descrita por los grandes místicos, donde Dios me quiere quitar todas las agarraderas humanas, purificarme de todo apego para unirse a mí.

Esta escena de la pérdida de Jesús en el templo es un adelanto del Calvario, porque aquí experimentó por unos instantes lo que todo pecador experimenta al perder a Dios por el pecado: "me han quitado un pedazo de mí mismo".

6. *La escondida vida pública de María* (Lc 1,39-56 y Jn 2,1-12)

Llegó el tremendo día en que su Hijo tuvo que abandonarla para irse al Apostolado. Fue tal vez una tarde, en la sobremesa: "*Madre, mañana salgo a mi apostolado; dame tu bendición*". Y María le contesto: "*Ya me lo esperaba, Hijo, desde hace tiempo*".

Madre e Hijo se abrazaron efusivamente. María derramó furtivas lágrimas que cayeron sobre la túnica de su Hijo.

Volvió a entender que ese Hijo no era suyo, no era para Ella.

Sí, le había dado a luz, le había educado y formado...pero no era para ella, sino para el Padre Celestial y para esta humanidad doliente y tan necesitada de un Redentor. La espada se metía un poco más en su corazón. Y María se desprendió con mucho dolor de este fruto de su seno.

Fue una escena dura, sin duda alguna...como cuando alguno de los hijos se despide de sus padres, para hacer una carrera en el extranjero. Marcharse de casa, donde uno ha experimentado el cariño, la solicitud, el amor, el calor de los papás...donde uno se educó, se formó, vivió intensos momentos con sus seres queridos...donde uno vio a su padre desvivirse por uno...donde vio a su madre sufrir y gozar... ¡es duro, muy duro!

María experimentó todo esto. Y Ella en grado superlativo, porque, ¡qué hijo perdía una vez más!

No sólo comenzó la vida pública para su Hijo. También Ella tuvo su vida pública. Ella podía haber tenido la tentación de encerrarse en su propia existencia, tan rica, tan pura...Pero rechazó la tentación. Ella quiso ponerse en contacto con los vecinos, comprenderles, estimarles, prestarles sus servicios. El hecho de haber sido invitada a las bodas de Caná y haber aceptado la invitación, es una prueba de su vida ordinaria de sociedad.

El Evangelio nos cuenta dos escenas donde María sale de su quieto rincón de Nazaret y realiza su apostolado: con su prima y en Caná.

¿Con qué salió al apostolado? ¿Qué llevó al apostolado? ¿Cómo vivió su apostolado? ¿Cómo la vive Ella, María?

Transmitiendo a Cristo. María, la primera evangelizadora del cristianismo. Allá va a evangelizar a su prima, a llevarle la buena nueva, la alegría de la salvación.

El apostolado es eso: Llevar a Cristo. Inyectar a los demás la vivencia de ese Dios que bulle dentro, que amenaza por salirse del corazón.

El encuentro con su prima es muy revelador. Sintió la necesidad de correr y hacer partícipe a alguien de ese Dios que tenía dentro. Por eso fue de prisa. El apostolado es eso: repartir de prisa a Cristo a esos hombres que viven sin él, que necesitan de él.

*Enséñame a repartir tu fe entre los hermanos
de prisa, porque se hundan las almas
y la mies es mucha y los operarios pocos.*

Nos urge esto debido a la fuerza de las sectas que están invadiendo nuestro mundo, nos están robando adeptos con su proselitismo. ¿Por qué se pasan a las sectas? Los hombres sienten un gran vacío en su existencia, están insatisfechos y van buscando soluciones a sus problemas en el supermercado de las sectas. Tal vez nadie les predica sobre Cristo, nadie les lleva la buena nueva del Evangelio. Porque en cuanto se les lleva a Cristo, como hizo María con su prima, tiene que saltar de gozo esa fe en nuestro interior, como saltó Juan en el seno de Isabel.

¡Es grande el desafío que tenemos! Llevar a Cristo. Reafirmar la fe de los católicos. ¿Nos arde por dentro el ansia de transmitir a Cristo? Dar a Cristo. Dar a Cristo siempre: en la calle, en las charlas, en los encuentros con los jóvenes.

María llevó a Isabel la alegría de Dios.

Isabel, tal vez un poco triste, como triste estaban todas las mujeres de ese tiempo que no tenían la gracia de ser madres y no estaban rodeadas de gritos de júbilos de niños. María, feliz y contenta, va a llenar de ese don del espíritu, el gozo, toda la casa y sobre todo el corazón de esa pobre mujer.

Llenó a Isabel del espíritu que María llevaba dentro a toneladas. En esto consiste el apostolado en llevar a Dios a los demás, a Dios que es alegría, que es gozo, que es fuerza para sobrellevar las dificultades.

Lo vive con grandísima humildad. Ella, la reina de los apóstoles, vive en el anonimato, sigue a Jesús de puntillas, no quiso hacer sombra a su Hijo, para que sea Él quien sobresalga y brille y no lastimar así su ministerio absorbente y exclusivo.

¡Cuántas veces se habrá dicho Ella en su interior: "*Conviene que Él crezca y yo mengüe*"!

Ya lo creo que tenía inmensos deseos de seguir de cerca la predicación de su Hijo. Hubiera estado incluso en sus derechos de madre el visitarle varias veces, ver qué hacía, oír qué decía. ¡Era su madre!

Pero Ella era consciente de que podía interferir en esa tarea absorbente y exclusiva de su Hijo, dedicado totalmente a la predicación del mensaje. No quería restarle energías. Los lazos humanos, si son lazos, queramos o no, nos atan un poco. Y al atarnos nos impiden la libertad de movimientos.

*Amaré, Señor, a mi prójimo en la humildad,
porque la humildad es tu rostro;
porque la has elegido como la piedrecilla de David
para derribar la mole de Goliat;
porque fue tu compañera
desde Nazaret hasta la cruz...*

Si no somos humildes Dios nos resistirá, nos hará infecundos en el apostolado, nos hará probar el polvo de la ineficacia apostólica.

*"El arco de los poderosos se ha quebrado
y los suaves tienen la fuerza del cinturón
Porque Tú, Señor,
has ungido de humildad y dulzura tu evangelio
por eso se acercan a aprenderlo los heridos
en todos los frentes de la vida.*

*Ciñeme, Señor, con tu dulzura
que ella será mi fortaleza inexpugnable.
Dulzura de mi corazón para asemejarme al tuyo,
altar de dulzura.
Dulzura de mis labios para que tu palabra
llegue virgen, transparente al alma de mis hermanos.
Dulzura de mis pensamientos
como Job en medio de su dolor.*

Lo vive con un corazón lleno de caridad. María sale al apostolado con un corazón lleno de amor y caridad. Hace de Buen Samaritano. Esa caridad le hizo remediar en Caná esa situación bochornosa.

La caridad tiene ojos para ver esos sufrimientos y miserias humanas, ese dolor profundo en que están sumergidos los hombres. Se trata de ver a Jesús sufrir en los miembros de su cuerpo místico. ¡Llevar unos ojos bien abiertos, no para mancharlos, sino para ver la miseria de los hombres! ¡Quitarnos esa venda del egoísmo que nos hace pasar de largo y no socorrer al prójimo!

La caridad tiene corazón para compadecerse, como el buen samaritano, que se enterneció de ese pobre hombre caído. Se trata de compadecerse de ese Jesús de carne y hueso que muchos hombres han tirado y profanado al borde del camino. ¡Qué corazón no debe tener el cristiano para poder albergar a todos los marginados de la sociedad!

La caridad tiene manos para servir al prójimo en sus necesidades espirituales y materiales; manos para vestir esa desnudez interior en la que están los hombres.

7. El desgarramiento de María en el Calvario (Jn 19,25-27)

En Belén dio a luz a su Hijo entre gozo y alegría profundos; y aquí dio luz, entre un dolor inmenso, a la humanidad entera. Allí fue la Madre del Redentor; aquí, la Madre de la Iglesia redimida. Allí el amor de María florecía; aquí en el Calvario se purificaba, se aquilataba, maduraba y se dilataba para cobijar bajo su regazo a toda la humanidad doliente.

Así como la Anunciación unió a María con la Divinidad antes de la venida de su Hijo; ahora el Calvario une a María con la humanidad hasta la segunda venida de su propio Hijo. De esta manera se hizo corredentora junto a su Hijo Redentor.

Todos tenemos nuestro Calvario, personal, intransferible, fecundo, dado por Dios para ser corredentores con Cristo porque "sin derramamiento de sangre, no hay redención" (Heb 9,22).

Con el dolor y a través del dolor podemos unirnos meritoriamente a la pasión de Cristo.

A María debemos darle nuestro más profundo pésame en el Calvario, después de ver morir a su Hijo. El Sábado Santo para un cristiano es un día de luto para acompañar a esta Madre Dolorosa. Hagamos una reflexión para ese Sábado Solemne.

Las últimas caricias en ese terrible día fueron las de María. Una vez bajado de la cruz y antes de ser colocado en el sepulcro, el cuerpo muerto del Hijo reposó en el regazo de su Madre. Nadie podía negarle tal derecho a tal mujer. Dios había querido que el corazón de Cristo ensayara su primer latido en el seno virginal de María. A Ella le tocaba, también en su regazo verificar que ese corazón se había parado. La humanidad se apretó en María para darle a Dios su bienvenida a la tierra; en el Calvario volvía a apretarse en María para despedirlo.

Retornó el Hijo al regazo de la Madre. Ella nos lo había entregado a los hombres hacía sólo tres años, lleno de vigor, de gracia y de hermosura. Treinta años de cuidados maternos, de amorosa vigilancia, de consagración sin regateos, para darnos "el más bello de los hijos de los hombres". Y nosotros, en tres años, lo habíamos consumido y estrujado. Nos bastaron tres horas para acabar con Él, rompiéndolo y desfigurándolo. María lo miraba atónita y no acababa de identificarlo: "***Lo que les entregué; y lo que ahora me devuelven***". El regreso del Hijo a la Madre. Su regazo se abrió como una playa acogedora para recibir en ella los restos de un naufragio; todo lo poco que quedaba luego de la Pasión, y que el mar depositaba en la playa de María.

Las manos de la Madre se dedicaron a la dulce y dolorosa tarea de recomponer en lo posible las roturas de aquel hijo hecho pedazos. Le cerró un poco más los ojos entreabiertos para que pudiera dormir mejor. Le restañó las heridas. Le alisó y ordenó la barba; y trató de componer un poco la revuelta maraña de sus cabellos.

Al fin se detuvo en una de las heridas: la del costado. No podía separar de ella, ni sus ojos húmedos, ni sus manos temblorosas. Las yemas pasmadas de sus dedos, iban y venían, suavemente, paralelas a sus bordes sangrientos, dibujando una vez más, sin cansarse, aquella hendidura misteriosa.

Bajó de pronto su cabeza y sus labios se posaron sobre los de la herida. Estaba besando el corazón del Hijo. Se detuvo un momento para escuchar su latido. Inútil. El corazón se había parado. Volvió a besar aquel misterio, mientras repetía todo lo que Ella sabía, lo que había dicho siempre, lo que constituía la definición de su vida: “*Aquí está la esclava del Señor...*”. Porque Ella también sabía que aunque los labios y el corazón del Hijo estaban mudos, su Palabra seguía viva.

Señora de la Piedad, por tu Hijo muerto, concédeles a todas las madres, ser siempre playas abiertas, para recibir a sus hijos, vengan como vengan, después de las tormentas y los naufragios de su vida.

Y anima, Señor, a los hijos, estén como estén, a regresar a la playa de la madre. En ese regazo pueden recomponerse todas las roturas. Y si a los hijos, destrozados o malditos por la vida, nos fallara el regazo de nuestra madre por falta de comprensión o por ausencia irremediable, recuérdanos, Señora, que Tú eres siempre madre y que tu regazo es la playa siempre abierta para los restos de nuestro naufragio, por podridos y culpables que sean.

No en vano estrenaste, Señora, y ensayaste para todos los hombres la playa de tu regazo acogiendo el cadáver de tu Hijo. Tu regazo es playa, Madre, pero también es astillero, donde se recomponen los barcos y los navíos, solos y maltrechos por los temporales.

Hoy quiero traer a tu astillero la barca de tu Hijo, la nave de su Iglesia. Calafatea su casco, endereza el timón, pon en norte la brújula, planta bien los palos y recose las velas. Ya lo has hecho mil veces. Que sea otra vez más. Ayer, por tu Hijo. Hoy, por tu Iglesia. Y tú siempre, la piedad, con tu regazo abierto.

Madre, nadie pudo conciliar el sueño esa noche. Ni los hombres, ni las casas, ni los animales, ni los árboles; ni siquiera las piedras y las rocas consiguieron entregarse al sueño.

Todos los ojos mantenían sus pupilas dolorosamente abiertas, iluminadas por la luna. Y de muchos ojos rodaban, grandes y calientes, lágrimas irrestañables. Aquella noche un rocío insólito, tibio y amargo, cubrió todo el universo: la creación lloraba por el fracaso y el entierro de Dios.

Lloraban los leprosos, los ciegos, los paralíticos. ¿Quién los curará? Les habían enterrado su salud. Lloraban los pecadores, los publicanos y las prostitutas. ¿Quién los perdonará? Nadie podrá llenar el hueco que quedaba vacío en su mesa, a la que se sentaba para comer con ellos.

Lloraban los esclavos: la libertad tenía sepulcro. Y los débiles: la mano que les alzaba yacía impotente y rota. Y a los pobres - pobres ya sin remedio - les acababan de secuestrar, enterrándolo, el Reino de los Cielos. Lloraban los novios: ahora sí que va a faltar el vino de las bodas. Lloraba el lago de Tiberiades. “*¿Será mentira que caminó sobre el cristal del agua? ¿Mentira que le gritó a la tormenta y ella obedeció? ¿Mentira que multiplicó en su orilla los panes y los peces? ¿Mentira? Yo lo vi. Yo lo vi*”. Lloraba el nardo. “*Le han partido los pies que yo besé*”. Lloraban el vino y el pan. “*Ya no seremos nunca más su carne y su sangre*”.

Y los niños que Él besó y acarició no podían dormir esa noche y también lloraban. “¿Qué te duele, hijo? - No lo sé, mamá; me duele todo”...

Y, sobre todo, lloraba María. Ya no podía ver esos ojos brillantes y llenos de luz y cariño. Ya no podía oír esa voz dulce y pacificadora. Y ya no podía sentir las manos de su Hijo cuando la abrazaba a Ella todos los días. Ya no podía verle correr con ese paso sereno y seguro. Ya no podía ver sus cabellos ondulantes por el viento. Ya no podía experimentar el calor del corazón de su Hijo contra su pecho materno. Ya no podía ver a su Hijo sentado en la mesa, hablándole de los tesoros de su corazón. Perdió a su Hijo queridísimo.

María sufre la soledad. Cuando uno pierde un ser querido sufre la soledad. María cruzó el túnel oscuro de esta situación humana que se llama soledad. Veamos cómo ella vivió esta soledad para seguir su ejemplo.

Vivió la **soledad física**. Esa ausencia de compañía humana, porque murió su Hijo. ¿Cómo y con qué podrá llenar ahora ese vacío que ha dejado la ausencia de su hijo? Su Hijo le dejó en su lugar a Juan, como guardián e hijo adoptivo. Ella ama intensamente a Juan, pero no es lo mismo: su hijo es su hijo, y no puede ser sustituido por nadie, por muy bueno que sea. Esta soledad física no se cura con la compañía física de otras personas. La soledad y el desconsuelo que sufre María no son fáciles de aliviar con palabras ni con remedios externos.

Vivió la **soledad psicológica**. Consiste en sentir o percibir que las personas que me rodean no están de acuerdo conmigo o no me acompañan con su espíritu, que están a años leguas de mi espíritu, no comparten mi fe y mi amor. A pesar de la compañía de Juan y de las otras mujeres, María se siente inmensamente sola. Esta soledad proviene del darse cuenta de que la mayoría no ha captado como ella la necesidad de la muerte de su hijo: es una soledad llena de hostilidad por parte de los escribas y fariseos, que seguían viendo con malos ojos a cualquiera que hubiera formado parte del grupo de Jesús. Siente la misma soledad psicológica que sintió su Hijo frente a la multitud de gente a quien curó. ¿Dónde están ahora todos ellos? ¿Tan pronto han olvidado los beneficios recibidos? ¿Dónde han quedado los frutos de su predicación? Ni sus mismos apóstoles captaron el sentido de la misión de Jesús. Todos estos interrogantes acongojan el corazón solitario de María. Fray Luis de Granada expresa así esta soledad: ***“Oh dulcísimo hijo mío, ¿qué haré sin ti? Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro y toda mi compañía. Ahora quedo huérfana sin padre, madre sin hijo, viuda sin esposo y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré más entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicación del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré más a mi mesa comiendo y dando de comer a mi alma con tu divina presencia. Ya no me veré más a tus pies oyendo las palabras de tu dulce boca...Hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad”***.

Vivió la **soledad espiritual**. Esa soledad que experimenta el alma frente a Dios, cuando parece que Dios nos abandona y nos deja solos frente a nuestros problemas y angustias; la soledad de quien sabe que sólo él y nadie más que él debe responder un sí o un no libres, ante Dios. Jesús la experimentó en Getsemaní y en la cruz. También María experimentó esta soledad espiritual: tuvo que enfrentarse sola a la

responsabilidad de ser madre y sus consecuencias. Ahora, después de muerto su Hijo, debe afrontar ella sola el dolor y el sufrimiento, la ignominia de ser madre de un crucificado. La espada de dolor y soledad está penetrando ahora más que nunca hasta herir las fibras más sensibles del corazón. Y Dios, ¿por qué callaba? “¿Por qué no me consuelas? ¿Me has abandonado?”.

Vivió la ***soledad ascética***. Es el clima interior que consigue el alma, como fruto del esfuerzo personal de aislarse de las personas, acontecimientos, cosas, gracias al desprendimiento, recogimiento y el sacrificio. Esta soledad no es aislamiento infecundo, por despecho del mundo; sino posibilidad para un encuentro más íntimo con Dios, para darle todo el ser. Es la soledad de quienes optaron por una vida consagrada o sacerdotal. Soledad ascética como condición para que Dios sea mi única compañía invadente y profunda. María la vivió. Por eso meditaba una y otra vez todas las cosas en su corazón. Esta soledad ascética es una soledad fecunda: cuánto acumulamos de Dios para darlo a las almas; cuánta paz para transmitirla a los demás; cuánta luz y consejo para iluminar tantas conciencias...Y todo, gracias a esta soledad ascética. Respetemos mucho esta soledad de las almas consagradas. Esta soledad es soledad activa y serena, porque es estar con Dios, viviendo en su regazo.

Por eso, en el Sábado Santo, día de la gran soledad de María, hay que darle nuestro más profundo pésame a María.

Nuestro pésame, María, por la pérdida de tu Hijo, nuestro hermano mayor. Por haber perdido la Luz de tus ojos; el Amor de tu corazón; la Alegría de tu casa; el Consuelo de tus penas. Pésame, María, porque perdimos el Camino, la Verdad y la Vida. Pésame, María, porque enterramos la Palabra eterna y vivificadora.

Pésame y perdón, María. Y aquí nos tienes. Tú Hijo nos encomendó a Ti. ¿Nos aceptas, a pesar de todo? Volvemos a tu regazo, tristes y arrepentidos. Y, ¡ánimo, María! Tu Hijo dijo que resucitaría. Ten esperanza y sostén la nuestra, que está débil y titubeante.

8. La Reina de los Apóstoles en el Cenáculo con ellos (Hch 1,14)

Allí estaba la Reina de los apóstoles en medio de ellos, protegiéndoles; el Trono de sabiduría, enseñándoles a orar e implorar la venida del Espíritu; la Causa de nuestra alegría y el Consuelo de los afligidos, animándoles.

¿Cómo habrá sido ese primer Pentecostés con la Madre de Jesús? El mismo Espíritu que la inundó a ella hacía treinta y tres años, ahora inundaría y fecundaría a esta primera iglesia, que estaba en oración con María. Y les infundiría fuego ardiente y ansia apostólica para lanzarse al apostolado.

Yo también como cristiano tendré que proteger a los hombres que están tan desprotegidos contra las inclemencias de este mundo; tendré que darles ese complemento y suplemento de alma y enseñarles a orar; y, sobre todo, les tendré que llevar el consuelo y la alegría profunda del Espíritu, invitándoles al sacramento de la confesión.

Que todos los días sean Pentecostés, para que el Espíritu Santo nos inunde con sus siete sagrados dones: sabiduría, entendimiento, consejo, ciencia, fortaleza, piedad y

temor de Dios. Que nos dé a saborear sus succulentos frutos: amor, alegría, paz, generosidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia.

CONCLUSIÓN

Como sierva del Señor, María es el Modelo de la Iglesia y modelo de las madres. Modelo que conduce a Cristo y de colaboración en su obra, de comunión con Él. Modelo y ejemplo en el sufrir adversidades. María es educadora de la fe, pedagoga del Evangelio y estrella de la Evangelización. No podemos olvidar lo que nos dice el Concilio Vaticano II: *“Recuerden los fieles que la verdadera devoción a la Madre de Dios no consiste ni en un estéril y transitorio sentimentalismo, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, que nos lleva a reconocer la excelencia de la Madre de Dios y nos inclina a un amor filial hacia nuestra madre y a la imitación de sus virtudes”*¹⁵⁷. La imitación de sus virtudes es la verdadera piedra de toque de la devoción mariana. Porque de nada serviría visitar sus santuarios, rezarle rosarios, encenderle velas, hacerle promesas, llevarle flores, si no terminamos por parecernos a Ella. Pablo VI dijo: *“Es natural que los hijos tengan los mismos sentimientos que sus madres y reflejen sus méritos y virtudes”*.

Desde aquí lanzo una invitación a leer el libro de Luis María Grignion de Montfort, titulado *“Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen”*. Es uno de los autores marianos, junto con san Bernardo, que mejor ha captado latidos de esta madre de Dios y madre nuestra, María. En ese libro nos da los motivos de esta devoción a María: nos entrega totalmente al servicio de Dios; nos hace imitar el ejemplo dado por Jesucristo, y practicar la humildad; nos llena María de las virtudes que Dios le concedió a ella; es un medio excelente de procurar la mayor gloria de Dios; da una gran libertad interior; procura grandes bienes al prójimo; y es un admirable medio de perseverancia.

Nuestra devoción a María, sigue diciendo Luis María Grignion, debe ser interior, tierna, santa, constante, desinteresada.

Que María Santísima nos lleve de su dulce mano hasta el Trono de su Hijo Jesucristo.

¹⁵⁷

Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium* 67

EPÍLOGO

¡Cuántas cosas más podrían decirse sobre Jesucristo! Cristo es el más hermoso de los hijos de los hombres. Pero sobre todo es el Hijo Amado del Padre Celestial, en quien tiene puestas todas sus complacencias.

Cristo es un pozo profundo, con agua fresca, limpia, sanadora y reconfortante. Quien se acerca a Él con fe y humildad, con alma de niño, nunca quedará defraudado. Al contrario, sentirá el deseo de seguir ahondando en la experiencia profunda e íntima del conocimiento y amor de Jesús, para después salir gritando como aquella samaritana del Evangelio: *“Venid a ver a un hombre que me ha adivinado todo lo que he hecho”* (Jn 4, 29).

Pero para llegar a esto, hay que dejar nuestro cántaro, tal vez vacío, seco o roto, junto a los pies de ese Cristo que se ha parado junto a nosotros, con indecible amor y pidiéndonos a cada uno en particular: *“Dame de beber”* (Jn 4, 7). Es decir, dejar nuestra vida, quizá no del todo limpia y transparente, para comenzar o recomenzar una existencia nueva, donde Cristo sea “El Camino, la Verdad y la Vida”, a quien mirar, seguir, imitar y propagar por todos los rincones del mundo.

Prometí sacar un libro sobre Cristo y aquí estoy dando cumplimiento a mi sueño y a mi ilusión, pues mi primer libro no podría dedicarlo a nadie más que a Jesús, la Razón de mi vida y de mi Consagración religiosa. Mi único anhelo en la vida es que Jesús sea conocido, amado, seguido, imitado y transmitido por todas partes. En Él está la Salvación.

Buenos Aires, enero de 2000

BIBLIOGRAFÍA

1. M. ARIAS CORDERO, *Jesús el Cristo, curso fundamental de cristología*, Ediciones paulinas, Santiago de Chile, 1980
2. F. OCARIZ, MATEO SECO Y RUESTRA, *El misterio de Jesucristo*, EUNSA, Navarra 1993
3. RINALDO FABRIS, *Jesús de Nazaret, Sígueme*, Salamanca, 1992
3. JEAN GALOT, *Cristo, tú, ¿quién eres?*, Cete, Madrid 1982
4. JEAN GALOT, *Cristo liberador*, Cete, Madrid 1982
5. GONZÁLEZ GIL, *Cristo, el misterio de Dios*, BAC, Madrid 1981
6. AUER J., *Jesucristo: Hijo de Dios e Hijo de María*, Herder, Barcelona 1978
7. GONZÁLEZ CARLOS, *Él es nuestra salvación. Cristología y soteriología*, México 1988
8. KASPER W., *Jesús, el Cristo*, Sígueme, Salamanca 1982
9. MAXIMILIANO GARCÍA CORDERO, *Jesús: He aquí el hombre. Semblanzas de Jesús*, Maximiliano, Edibesa, Madrid 1996
10. KARL ADAM, *Jesucristo*, Herder, Barcelona 1973
11. KARL ADAM, *Cristo nuestro hermano*, Herder, Barcelona 1979
12. LUDWIG OTT, *Manual de Teología dogmática*, Herder, Barcelona 1986
13. ROMANO GUARDINI, *El Señor*, Patmos, Rialp, Madrid, 1965
14. PAPINI GIOVANNI, *Historia de Cristo*, editorial Porrúa, México 1993
15. FULTON SHEEN, *Vida de Cristo*, Herder, Barcelona 1985
16. MARTIN DESCALZO, *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, Sígueme, Salamanca 1992

ÍNDICE

Introducción	p. 1
1. Jesús realmente existió	p. 4
2. Los Evangelios se remontan al Jesús histórico	p. 8
3. Semblanza de Jesús	p. 12
4. Los principales nombres de Jesús	p. 24
5. Las diversas herejías y errores cristológicos a lo largo de la historia	p. 33
6. Jesús y los discípulos	p. 37
7. Jesús y los milagros	p. 42
8. Jesús y el pecado y los pecadores	p. 46
9. Jesús y sus amigos	p. 53
10. Jesús y sus enemigos	p. 58
11. Jesús y el tentador y la tentación	p. 61
12. Jesús y la mujer	p. 68
13. Jesús y los enfermos	p. 74
14. Jesús y los bienes materiales	p. 78
15. Jesús y la opinión pública	p. 82
16. Jesús y la política	p. 85
17. Jesús y los niños	p. 91
18. Jesús ante la muerte	p. 95
19. Jesús resucitó	p. 102
20. Jesús Maestro	p. 108
21. Jesús y la Eucaristía	p. 114
22. Jesús y su conciencia	p. 118
23. La Segunda Venida de Jesús	p. 123
24. Jesús y su Madre (1)	p. 129
25. Jesús y su Madre (2)	p. 139
Epílogo	p. 151
Bibliografía	p. 152
Índice	p. 153